

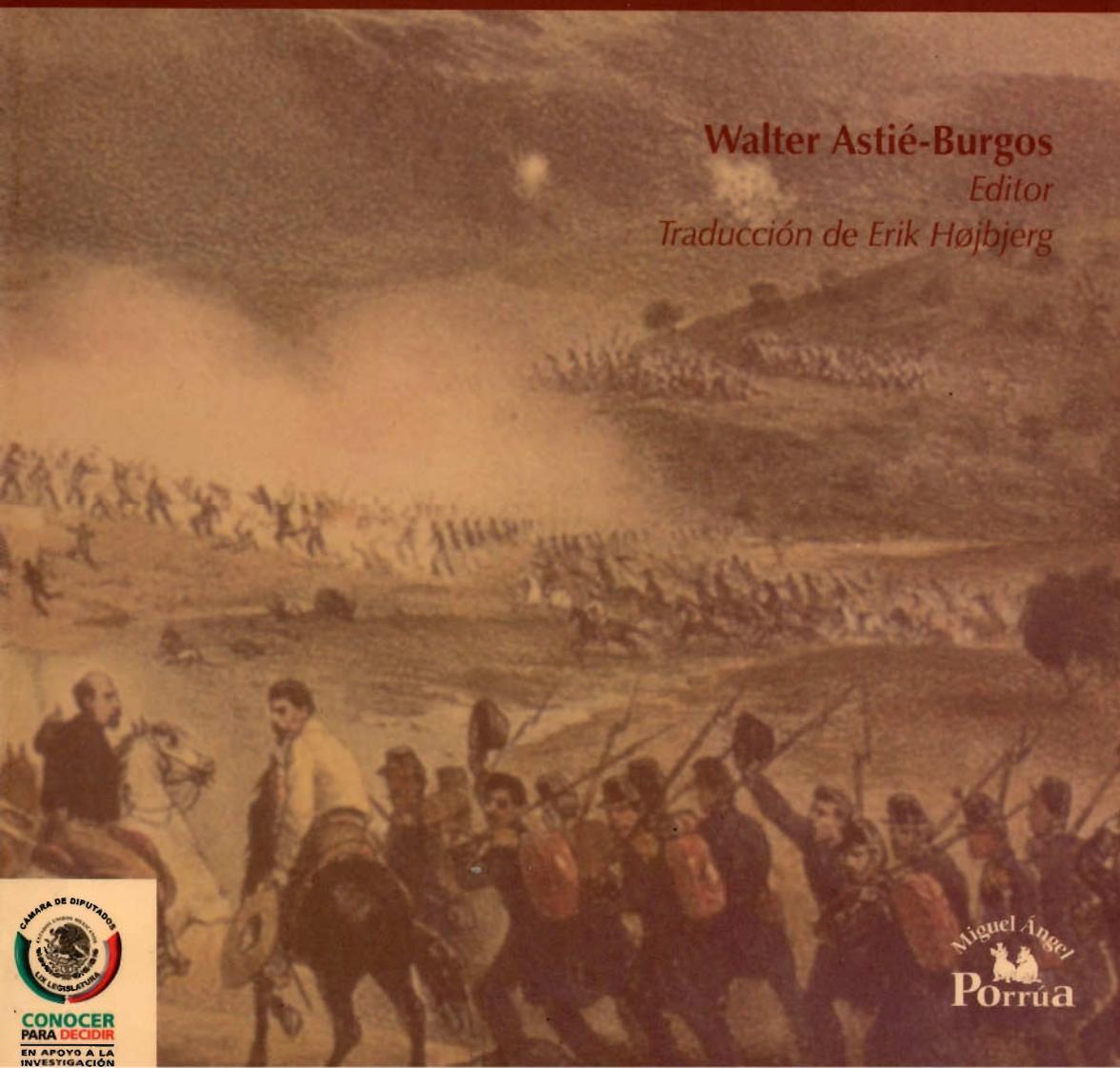
Memorias de México

Barón Henrik Eggers

Walter Astié-Burgos

Editor

Traducción de Erik Højbjerg



Miguel Ángel
Porrua

Memorias
de México

Barón Henrik Eggers

Memorias México de

Walter Astié-Burgos
Editor

Traducción de Erik Højbjerg



**CONOCER
PARA DECIDIR**
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN
ACADÉMICA

Miguel Ángel

Porrúa

MÉXICO • 2005

La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LIX LEGISLATURA,
participa en la coedición de esta obra al incorporarla
a su serie CONOCER PARA DECIDIR

Título original de la obra: *Ærindringer fra Mexico*
(*Memorias de México*)
Traducción: Erik Højbjerg

Primera edición, febrero del año 2005

© 2005

WALTER ASTIÉ-BURGOS

© 2005

Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 970-701-577-2

Imagen en portada con base en la litografía de
Constantino Escalante, *Zitácuaro*, 1862.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o in-
directa del contenido de la presente obra, sin contar previa-
mente con la autorización por escrito de los editores, en térmi-
nos de la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, de los
tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

www.maporrua.com.mx

www.maporrua.com.mx

www.maporrua.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.



PRESENTACIÓN

WALTER ASTIÉ-BURGOS

A lo largo de los años la lejanía geográfica e histórica entre México y Dinamarca ha sido grande; difícilmente podemos encontrar hechos, acontecimientos o personajes que de alguna manera tiendan un puente de comunicación entre los habitantes, la cultura, o el destino de ambos países. Frente a ese vacío no es de extrañar que en forma un tanto fantástica, pero no imposible, alguien haya tratado de encontrar ese ausente vínculo de unión en el ámbito de la leyenda. El mítico hombre-dios de las culturas del México prehispánico, Quetzalcóatl, bien pudo haber sido uno de aquellos intrépidos aventureros vikingos que, según *La saga de los groenlandeses*,¹ hacia finales del siglo ix partieron de Groenlandia para explorar lo que hoy día es Canadá y las costas norteamericanas de Nueva Inglaterra, y que bien pudieron haber llegado hasta tierras mexicanas. En éstas, uno de ellos habría profetizado que otros hombres blancos semejantes a él, algún día también llegarían del mar para sojuzgar a sus habitantes.

Si bien ello así ocurrió, la llegada del Viejo al Nuevo Mundo a partir de 1492 no creó las condiciones propicias para que se pudiera dar un acercamiento entre México y Dinamarca, pues los avatares de la siempre cambiante realidad euro-

¹ Hacia el año 800, escandinavos procedentes de Dinamarca, Suecia y Noruega colonizaron Islandia, y en 986 Erik el Rojo llegó desde ésta a Groenlandia. De acuerdo con la citada *Saga*, un descendiente de Erik el Rojo, Leif Eriksson, en el siglo ix viajó de Groenlandia a América, donde fundó una colonia llamada Vinlandia que al paso del tiempo perdió contacto con Europa. En su afán de atraer colonos a esas nuevas y frías tierras, dichos exploradores-aventureros dieron a Groenlandia (*Grønland*) el nombre de "Tierra verde" siendo que no sustentaba mayor vegetación, y al territorio norteamericano el de "Tierra del vino" (Vinlandia). Cfr. Erik Wahlgren, *Los vikingos y América*, Barcelona, Ediciones Destino, 1990.



pea provocaron que los dos países se encontraran más alejados que nunca. Ya no sólo se trataba de la distancia geográfica, sino que además se había interpuesto una infranqueable barrera de tipo político y religioso. Ambos países quedaron ubicados en dos distintas y antagónicas vertientes de la cristiandad occidental; México fue vinculado por la espada y la cruz a la poderosa España de Carlos V que encabezaba la lucha de la contrarreforma contra los pueblos protestantes del norte de Europa. Dinamarca era uno de ellos desde que el rey luterano Cristián III se apoderó del trono. Gracias a la tecnología el hombre ya había logrado salvar la inmensidad de los océanos que separaban a un continente del otro, pero también había creado nuevos y más profundos abismos entre ellos de tipo ideológico y religioso.

Sin embargo, fue precisamente esa división político-religiosa la que, paradójicamente, propició el primer gran contacto entre los dos países. Fray Jacobo de Dacia,² hermano del rey Cristián II depuesto por el protestante Cristián III, fue desterrado de Dinamarca junto con los demás franciscanos y emprendió un largo peregrinaje hacia la católica España de Carlos V, quien era cuñado de su hermano. El emperador de todas las Indias recién descubiertas permitió a fray Jacobo compensar el haber perdido para su fe la patria que lo vio nacer, convirtiendo a ella a los habitantes del Nuevo Mundo. Llevando consigo cartas de recomendación del emperador para el virrey de la Nueva España, entre 1525 y 1528 viajó a México para no regresar jamás a Europa:

Es justo se renueve y eternice [escribió el franciscano Diego Muñoz] la memoria de fr. Jacobo Daciano, natural del reino de Dacia y de la sangre real de él, de los más insignes teólogos, y que más expertamente hablaba la lengua hebrea, griega y latina, que ha pasado a estas partes, y se le dé honra y gloria que por sus trabajos merece, y se animen otros, por su ejemplo, a seguir el camino de la virtud.[...] Y sin recibir mal ni daño se salió [de Dinamarca] que fue cosa maravillosa a vista de muchos, y se vino a España, pasando por tan diversas tierras y naciones a pie y pidiendo de puerta en puerta, como verdadero hijo de nuestro Seráfico Padre... Llegado a la presencia del emperador Carlos V, y entendida su santidad, letra y nobleza y el ardiente deseo y santísimo intento de pasar a estas partes de las Indias

²Hasta el momento subsisten distintas opiniones sobre el origen de fray Jacobo Daciano, pero para muchos historiadores fue, o bien hijo de los reyes daneses Juan y Cristina, o hijo natural de éste. Fue hermano del rey Cristián II que se casó con una hermana de Carlos V, Isabel. Frente a la rebelión de la nobleza danesa y sueca (Suecia era gobernada por Dinamarca), Cristián e Isabel abandonaron su país para buscar apoyo en las posesiones de los Habsburgo, lo que aprovecharon los nobles para poner en el trono al duque Cristián, quien se convirtió en el rey Cristián III y adoptó el luteranismo. Cfr. Palle Lauring, *A History of Denmark*, Copenhagen, Høst & Søn, 1995; y Jørgen Nybo Rasmussen, *Fray Jacobo Daciano*, México, El Colegio de Michoacán, 1992.

a dilatar la santa fe católica entre estas gentes, a la sazón idólatras y bárbaras, lo cual él había antedicho en su tierra, le dio Cédulas Reales muy favorables en su recomendación para el Visorrey y Real Audiencia, y vino a la Provincia del Santo Evangelio [y más tarde] se pasó a esta Provincia de los Apóstoles.³

La labor que fray Jacobo Daciano desempeñó como misionero y protector de los indios –fue el primero en administrar la comunión a los tarascos– en Coeneo, Zacapu, Tzintzuntzan y Tarécuato le ganó el afecto eterno de los habitantes de Michoacán. Fue el primero que abogó por la ordenación de los nuevos creyentes y su participación de pleno derecho en la jerarquía de la Iglesia. La ejemplar vida de quien fuera el primer danés que vivió en el continente americano también es recordada todavía en su país natal; una de las novelas más conocidas del mejor escritor danés contemporáneo ya fallecido, Henrik Stangerup, es precisamente *Fray Jacobo*.⁴

Un segundo episodio de aquellas épocas que igualmente está envuelto en el misterio de la leyenda, es el relativo al descubrimiento del científico danés Federico Miguel Liebman en 1841. Liebman fue enviado a México por su gobierno en 1840 para levantar un inventario botánico en los estados de Veracruz, Puebla y Oaxaca, y en la región de Tehuantepec hizo un sorprendente hallazgo. En el poblado de Pochutla encontró una pequeña comunidad indígena que se comunicaba entre sí en danés antiguo y empleaba vocablos arcaicos del mismo idioma. Intrigado por el peculiar fenómeno y como buen científico, realizó una minuciosa investigación, logrando mediante los datos que obtuvo de los más viejos del lugar, del alcalde y del párroco, y principalmente de las tradiciones orales de la comunidad, elaborar una hipótesis sobre el origen del idioma danés en la región. Hacia finales del siglo xvi algunos piratas, que bien pudieron haber sido ingleses, holandeses o franceses que frecuentemente merodeaban las costas de la Nueva España, habrían desembarcado en Huatulco o en Puerto Ángel en el estado de Oaxaca, y por razones desconocidas abandonaron a una parte de la tripulación que era danesa. Con el paso del tiempo ésa se relacionó con los pobladores de la localidad y se unió a mujeres indígenas, transmitiendo a sus hijos la lengua materna, la que para la época de Liebman se encontra-

³Jørgen Nybo Rasmusen, *op. cit.*, pp. 157-158.

⁴El título original de la obra publicada en danés en 1991 fue *Broder Jacob*, misma que fue traducida al español en 1993 bajo el título de *Fray Jacobo* en España por Tusquets. Otras de sus obras más conocidas son *El hombre que quería ser culpable*, *Lagoa Santa*, *El Seductor*; *es difícil morir en Dieppe*.

ba sumamente mezclada con náhuatl, totonaca, mazateca, mixteca y zapoteca. Liebman consignó meticulosamente el resultado de sus pesquisas en su diario del viaje, y cuando regresó a Dinamarca publicó en 1843 un artículo sobre el particular en el diario de Copenhague *Dansk Ugeskrift*. Desafortunadamente Liebman⁵ murió aún siendo joven y su diario se extravió, por lo que no se ha podido dar mayor seguimiento a su descubrimiento en Pochutla.⁶

La independencia de México ofreció nuevas oportunidades para el acercamiento entre los dos países, pues después de tres siglos de monopolio español, el mercado mexicano se abrió al comercio internacional. Dinamarca, que tanto era un país de comerciantes y de marinos, como tenía cierta vecindad geográfica con la nueva nación por poseer colonias en las Islas Vírgenes del Caribe, se aprestó a beneficiarse de dichas oportunidades. Ello explica el que uno de los primeros tratados internacionales que el México independiente suscribió, fuera precisamente el de amistad y comercio con Dinamarca de 1827.⁷ Las influyentes asociaciones de comerciantes danesas solicitaron a su gobierno abrir consulados en algunos puertos mexicanos, por lo que a partir de 1836 éstos se establecieron en la ciudad de México, en Tampico, Veracruz, Campeche, laguna del Carmen y Mazatlán.⁸ Si bien las relaciones oficiales, comerciales y humanas se comenzaron finalmente a desarrollar entre los dos países, no lograron alcanzar

⁵ Federico Miguel Liebman, botánico y zoólogo, nació en Dinamarca en 1813 y murió en 1856. Como resultado de su viaje a México envió a su país 47 cajas con plantas secas y vivas, con las que se formó un herbario de 40 especies. En 1845 fue nombrado profesor de botánica en la Universidad de Copenhague y en 1849 asumió la dirección del jardín botánico de esa ciudad. A varias de las especies que clasificó se le agregó el sufijo "liebman" en memoria a su trabajo. Cfr. *México Actual*, órgano informativo de la embajada de México en Dinamarca, año 8, núm. 10, octubre-diciembre de 1998, p. 5.

⁶ El doctor Gutierre Tibón fue uno de los interesados en el descubrimiento de Liebman, y en una emisión de radio del 14 de julio de 1962 señaló lo siguiente: "...quiero recordar que una provincia de Dinamarca está ni más ni menos en América; aludo a Groenlandia, cuyos nativos son de estirpe americana, en donde se ha formado un mestizaje, un espléndido mestizaje, que debe parecerse al que se formó hace cuatro siglos entre daneses y americanos en la villa oaxaqueña de Pochutla". Igualmente escribió un artículo al respecto: "Dano-mexicanos en la costa de Oaxaca", en la columna "Gog y Magog", *Excelstior*, 15 de diciembre de 1966.

⁷ El Tratado de Amistad, Comercio y Navegación fue firmado en Londres el 19 de julio de 1827 por Sebastián Camacho y Charles Ernst conde de Moltke. Las relaciones diplomáticas se vieron interrumpidas por largos periodos; Maximiliano nombró como su representante a Francisco Serapio de la Mora, y Porfirio Díaz también acreditó representantes hasta su caída en 1911. Las relaciones se restablecieron a partir de 1837, y en 1956 México nombró su primer embajador en ese país. Han sido embajadores mexicanos Carlos Peón del Valle, Paula Alegría, Leobardo Reynoso, Benito Berlín, Bernardo Reyes, Rodolfo Navarrete, Rafael del Villar, Ricardo Galán, Sergio Mota Marín, Mario Ruiz Massieu, Mauricio Valdés y Walter Astié-Burgos. El primer embajador danés en México fue nombrado en 1960: Askel Christiansen.

⁸ Statens Arkiver Rigsarkivet (Archivo Real del Estado); expediente del Ministerio de Relaciones Exteriores sobre relaciones con México, folio 282, años 1825-1840.

el dinamismo que tuvieron las conducidas con las grandes potencias, principalmente con la Gran Bretaña y Francia –más tarde igualmente con España– y, por supuesto, con Estados Unidos. En virtud de ello, sólo pudimos localizar escasos documentos sobre nuestro pasado común en los archivos reales de Copenhague,⁹ siendo la mayoría de ellos relativos al nombramiento de los cónsules daneses en México, como fue el caso del exequátur firmado el 30 de mayo de 1842 por el presidente Antonio López de Santa Anna en favor del cónsul general Henry Huth. También encontramos una interesante nota del año de 1859 firmada por nuestro entonces ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Díez de Bonilla, declarando persona *non grata* al cónsul general Gustavo Kauffmann, por haberse involucrado –como frecuentemente ocurría en aquellas épocas– en los asuntos internos del país.¹⁰ Ello nos deja ver que las relaciones que se iniciaban, como fue el caso con otros países europeos, no estuvieron exentas de problemas.

Teniendo en cuenta estos magros antecedentes, fue una grata sorpresa cuando, siendo embajador de México en Dinamarca, tuve conocimiento de las memorias del joven barón Henrik Eggers sobre los atribulados años que pasó en México entre 1865 y 1867, que fueron publicadas en Copenhague en 1869. El descubrimiento no fue casual, pues se lo debo a otro de los grandes escritores contemporáneos, no sólo daneses sino escandinavos, que ha encontrado en la cultura y en la historia de México inspiración para algunas de sus obras.¹¹ Ib Michael, considerado como el gran exponente nórdico del “realismo mágico” y galardonado con el premio nacional de literatura de su país, fue quien primeramente tropezó, años atrás, con las memorias de Eggers. La por demás interesante y rica narración de este joven militar y aventurero sobre los convulsivos años del fallido segundo Imperio mexicano, ejercieron sobre él un fuerte impacto: tanto ésa como sus propias vivencias en México, lo llevaron a escribir una novela corta sobre este episodio.¹² Algunas de las obras de Michael han sido traducidas al español, siendo las dos más conocidas en México *La chica de vainilla (Vanillepiggen)* y *El jinete (Den Tolvte Rytter o El doceavo jinete)*. El per-

⁹El que escribe fue embajador de México en Dinamarca de febrero de 1995 a julio de 1999.

¹⁰Archivo Real del Estado, folio 1163, años 1859-1861.

¹¹*El matarife del guajolote volador, La tierra maya, La vida de los indios en la selva tropical, Popol Vuh; traducción e interpretación del libro sagrado de los mayas, Viaje de regreso y El ojo cerrado; diario del viaje a México en 1971.*

¹²*La pata del venado (Hjortefod)*; el libro está ilustrado por el famoso pintor danés Per Kirkeby que viajó con él a México.

sonaje central de esta última, Gómez, es un imaginario descendiente de la conquistadora española de México que, mágicamente, entrelaza sus hazañas en México y Dinamarca.

El 3 de junio de 1997 invité a Ib al Instituto Cultural Mexicano de Copenhague a impartir una conferencia sobre su obra y su inspiración mexicana, y fue durante la plática previa que sostuvimos cuando me reveló la existencia de las *Ærindringer fra Mexico* (*Memorias de México*) de Henrik Eggers. Lo que me refirió sobre su contenido, de inmediato despertó mi interés, tanto en conocerlas, como en traducirlas al castellano. La tarea que desde ese momento nos propusimos no dejó de tener sus dificultades. La primera fue la de conseguir un ejemplar del libro, puesto que únicamente se realizó una edición de pocos volúmenes en 1869, y la segunda, la de la traducción. Lo primero lo solucionamos después de una dedicada búsqueda en las librerías de viejo de la ciudad de Copenhague, y para lo segundo recurrimos a los invaluable servicios de nuestro cónsul honorario en dicha ciudad, y gran amigo, señor Erik Højbjerg, quien generosamente dedicó casi un año de su tiempo a la laboriosa tarea de poner en castellano las 323 páginas del texto original escrito en letra gótica y en danés antiguo. Su apasionamiento con la narración de Eggers no fue menor que la de Ib Michael o la del que escribe, por lo que el día que terminó una primera versión de la traducción, con enorme satisfacción me hizo saber que sentía que ya contaba con un nuevo amigo, que le había enseñado muchas cosas sobre un país al que con orgullo representa desde hace varios años en Dinamarca.

El siguiente paso correspondió al suscrito, quien se encargó de darle una nueva redacción a la traducción directa, realizar las inevitables y numerosas correcciones de costumbre e incluir como notas de pie de página una serie de datos sobre los personajes o los hechos históricos que se mencionan, así como a hacer algunas aclaraciones cuando se consideró que ello resultaba conveniente para la mejor comprensión del texto. Finalmente debo agradecer a la baronesa Hanne Wedell-Wedellsborg, quien lamentablemente ya falleció, su valiosa ayuda para obtener datos adicionales sobre la vida posterior de su compatriota una vez que regresó a Dinamarca, y al departamento de fotografía de la Biblioteca Real de Dinamarca por haber localizado la fotografía del autor que incluimos en la versión castellana de las memorias. Agradezco muy sinceramente a estos buenos amigos daneses su valiosa y generosa colaboración que permitió que, después de casi dos años de trabajo, pudiéramos contar con la primera traducción al castellano de la obra de Eggers, misma que, a través de

la prestigiada Editorial Miguel Ángel Porrúa, hoy se pone a la disposición del público mexicano después de 136 años de que fue publicada. Ello, de alguna manera, viene a establecer un nuevo vínculo de comprensión, unión y amistad entre daneses y mexicanos.

Las memorias de Henrik Eggers

El barón Heinrich Franz Alexander von Eggers nació en Dinamarca¹³ en 1844, y en diciembre de 1864 se alistó en el cuerpo de voluntarios austriacos que, junto con un cuerpo similar reclutado en Bélgica y principalmente con el ejército de Napoleón III, fue enviado a México para sostener al efímero Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Después de casi tres años regresó a Copenhague, y en 1869 publicó las memorias sobre sus experiencias en México intituladas *Erindringer fra Mexico (Memorias de México)*.

Después de 136 años las memorias de Henrik Eggers finalmente llegan al país al cual se refieren, y se suman a las escritas por varios de sus compañeros de armas que participaron en la contienda bélica entre liberales y conservadores, y entre la República y el Imperio. Si bien el testimonio de Eggers en muchos aspectos es similar al de otros soldados extranjeros que son conocidos en México,¹⁴ en tanto que proporciona el punto de vista de un europeo sobre este convulsivo episodio de nuestra historia, tiene, sin embargo, una importante característica que lo diferencia de los demás. La mayoría de las memorias fueron escritas por militares franceses, austriacos o belgas, quienes por provenir de los tres países que mayormente se vieron involucrados en la aventura imperial, necesaria y explicablemente reflejan las inclinaciones patrióticas,

¹³Nació en el ducado de Slevig en la frontera con Alemania, mismo que junto con los ducados de Holstein y Lauenborg, Dinamarca perdió en favor de Prusia durante la guerra de 1864 en la que Eggers participó como cadete. El nombre Heinrich es alemán y al danés se traduce por Henrik (Enrique).

¹⁴Entre las de origen francés podríamos citar las siguientes: Françoise Barail, *Mes Souvenirs*; A. Berthet, *Quatre ans au Mexique*; Georges Bibesco, *Souvenirs de la bataille de Puebla*; Jules Bochet, *Campagne du Mexique*; Charles Deltheil, *Souvenirs de la campagne du Mexique*; Augustin Frelaut, *Correspondance*; Albert Hans, *La guerre au Mexique selon les Mexicains*; y *Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien*, Emile Keratry; *Le Mexique et les chances de salut du nouvel empire*; Henri Loizillon, *Lettres sur l'expédition du Mexique publié para sa soeur 1826-1867*; Jacques Randon, *Mémoires du Maréchal Randon*, etcétera. Entre las belgas las de Alfred van der Smissen, *Souvenirs du Mexique 1864-1867*; las de el Capitaine Loiseau, *Notes Militaires sur le Mexique 1864-1867*; A. Clesse, *Souvenirs de la campagne de Tacambaro*, Eugène Amiable, *Légionnaire au Mexique 1865-1867*. Entre las de origen austriaco las de Samuel Basch, *Recuerdos de México* y el *Diario* del príncipe Carl Khevenhüller publicado en español en 1989 por el Fondo de Cultura Económica.

políticas e ideológicas de sus autores. El caso del danés Eggers fue distinto, puesto que a diferencia de los franceses no fue enviado a México para cumplir una misión inherente a sus responsabilidades como miembro del ejército de Napoleón III. De igual manera tampoco se enroló en el cuerpo de voluntarios como los austriacos o los ciudadanos de las diversas naciones que conformaban el Imperio multinacional de los Habsburgo, que acudieron al llamado de su casa gobernante, ni como los belgas que decidieron formar parte de la guardia de honor de la hija de su soberano, el primer rey de Bélgica, Leopoldo I. Como él mismo lo manifiesta, decidió incorporarse a las fuerzas voluntarias por no tener mayor cosa que hacer después de haber participado en la guerra danoprusiana de 1864, y por el deseo de buscar la aventura en el Nuevo Mundo. La ausencia de compromisos o ataduras de tipo político, ideológico, o incluso morales y emocionales, permitió a Eggers realizar observaciones y evaluaciones más objetivas sobre las realidades que encontró y confrontó en México, pues no se sintió constreñido, intelectual o psicológicamente, a tratar de justificar la aventura imperial, ni a avalar los supuestos que se esgrimieron para sustentarla o defenderla. Por la misma razón sus puntos de vista y estado de ánimo no se vieron afectados por la carga emocional que para muchos de sus camaradas representó el fracaso del proyecto, la derrota del Imperio, y el fusilamiento de Maximiliano. Aunque Eggers ante todo fue un europeo y un aristócrata militar que profesó gran lealtad hacia la causa que voluntariamente escogió, y especialmente hacia el emperador Maximiliano –al que nunca conoció–, no dejó de admitir –al igual que otros soldados de diferentes nacionalidades– que sus verdaderas simpatías estaban de parte de los liberales y no de aquellos que en Europa habían promovido la monarquía mexicana, a quienes en forma despectiva llama “los clericales”. El hecho de que no volvió a tomar las armas después de que fue liberado por los republicanos deja ver, por una parte, que fue un soldado de honor que cumplió su palabra de no hacerlo más y, por la otra, que prefirió continuar la aventura en el Nuevo Mundo recorriendo el país como viajero pacífico, a tener que volver a asociarse con los clericales para vivir como pronunciado en las montañas por una causa que ya veía perdida.

Los juicios de Eggers partieron de su experiencia directa y del contacto cotidiano con México y los mexicanos, y no de las ideas y prejuicios que prevalecieron en el Viejo Mundo en el siglo pasado, los que sustentados en los nocivos y falaces argumentos pseudocientíficos de la superioridad de una raza y de una civilización, sirvieron para justificar las injustificables aventuras

imperialistas que las grandes potencias emprendieron en varios continentes. Eggers se supo apartar de esta tendencia, y se limitó, tanto a analizar la realidad mexicana con un certero y espontáneo sentido común, como a tratar de encontrar las explicaciones de los males que afectaban al país en el contexto de su propia evolución histórica. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, no responsabilizó de las desgracias nacionales a la supuesta inferioridad racial, sino que con objetividad y realismo reconoció que éstas se derivaban, precisamente, de los tres siglos de dominio europeo:

Los conquistadores no sólo subyugaron a los naturales de América mediante la violencia externa, sino que también, al encadenar su espíritu por medio de la religión, hicieron que desapareciera de él cualquier idea de libertad... Cuando se tiene en cuenta que bajo el dominio español prevaleció la intención de mantener a la población en la ignorancia para evitar que “los pervertidos principios y erudición de los europeos” llegaran hasta estas tierras, no sorprende que la educación no se encuentre en el mismo nivel de los países europeos a los que les tomó varios y lentos siglos para llegar hasta donde se encuentran hoy día... Las huellas de los trescientos años de represión se observan por igual en todos los grupos de indígenas, y no desaparecerán hasta que logren alcanzar el nivel cultural de los criollos.

A mediados del siglo XIX aparecieron en Europa conceptos de carácter pseudocientífico en los que se sustentó, no sólo la ideología colonialista, “sino aun racista”,¹⁵ que sirvió para justificar la avasalladora conducta exterior de las potencias. Entre 1861 y 1868, en muchos sectores de la política oficial de Francia, España o Inglaterra, generalmente se alimentaba una visión del pueblo mexicano concebido como un pueblo inferior a causa de la “sangre indígena”,¹⁶ y con base en ella se buscó avalar, tanto el dominio y despojo de las “razas inferiores”, como el inevitable engrandecimiento, mayor riqueza y poder de las “superiores” a costa de las primeras. En virtud de que el mundo fue concebido como un mero campo natural para la lucha hegemónica y la competencia destinada a satisfacer los intereses y ambiciones de los poderosos, Napoleón III se aprestó a no permitir que la expansiva raza anglosajona acabara apoderándose de él en detrimento de la raza latina, de la cual se autonombró líder:

¹⁵Noël Salomon, *Juárez en la conciencia francesa, 1861-1867*, México, Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, SRE, 1975, p. 15.

¹⁶*Idem.*

En el estado actual de la civilización del mundo [escribió Napoleón III], la prosperidad de América no es indiferente a la de Europa, puesto que ésta alimenta nuestra industria y hace vibrar nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera, pero no tenemos ninguno en que se apodere de todo el Golfo de México, domine las Antillas y América del Sur y se convierta en la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México, y por consiguiente de América Central y del paso entre los dos mares, ya no habrá otra potencia en América más que Estados Unidos. Si por el contrario, México conquistara su independencia y mantuviera la integridad de su territorio, si un gobierno estable se constituyera por medio de las armas de Francia, habríamos interpuesto un dique infranqueable a las usurpaciones de Estados Unidos, habríamos mantenido la independencia de nuestras colonias en las Antillas y en las de la ingrata España; habríamos extendido nuestra influencia benefactora a centro y Sudamérica, y esa influencia resplandecería al norte y al sur, crearía inmensos mercados para nuestro comercio y procuraría las materias indispensables para nuestra industria.¹⁷

Bajo esa visión geoestratégica y racial, México fue presa de las ambiciones de Europa y de Norteamérica, y ambas se aprestaron a ayudar a su “desabilitada raza” a “salvarse de sí misma” y colocar al país “bajo su órbita civilizadora”. El mesiánico proyecto redentor de establecer en México una monarquía respaldada “por las armas de Francia”, amén de contrarrestar la expansión norteamericana, supuestamente buscaba terminar con la anarquía que había imperado desde la independencia, imponer el orden y la ley, y sacar el debido provecho de sus legendarias riquezas que, se argüía, los mexicanos no habían sido capaces de aprovechar por su debilidad racial. De esta manera se partió de la creencia de que el éxito del proyecto estaba debidamente asegurado por la superioridad de los “caucásicos”, y nada patentizó tan claramente esa desmedida confianza, y las falsas premisas en las que se sustentaba, como el iluso y confiado mensaje que el general Charles Ferdinand Latrille, conde de Lorencez, envió al ministro de Guerra de Napoleón, Jacques Random, cuando al frente del que se consideraba como el mejor ejército del mundo, intentó la fracasada toma de la ciudad de Puebla el 5 de mayo de 1862: “Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de moralidad y de elevación de sentimientos, que ruego a V.E. se digne decir al Emperador que desde luego, a la cabeza de mis 6,000 soldados, soy el amo de México.”

¹⁷ Philippe Séguin, *Louis Napoleon le Grande*, París, Bernard Grasset, 1990, pp. 264-265.

Durante su estancia en México, Eggers no se guió por esos absurdos supuestos, y se limitó a constatar objetivamente la realidad de las cosas, llegando a conclusiones que contradecían la pregonada superioridad de unos y la inferioridad de otros, y que echaban abajo las premisas sobre las que se justificó la ocupación militar y la erección del Imperio. Así, por ejemplo, en sus memorias señala:

...como mencionaré más tarde cuando hable sobre los indios, demostraré que en cuanto a talento natural y aptitudes, a menudo se encuentran en el mismo nivel, si no es que en uno superior, al de la llamada gente de razón;... Su inteligencia natural en ninguna manera es inferior, y lo único que le hace falta es el aprendizaje necesario para que pueda colocarse al mismo nivel cultural del europeo; los múltiples casos de indios puros que se han convertido en los hombres más ilustres de México es testimonio de ello... El indio tiene mayor energía y firmeza de carácter que el criollo o el mestizo, y no hay duda de que una vez que la difusión de la educación permita su elevación, él será quien conducirá a México a un futuro mejor.

En Europa se responsabilizaba de los problemas del país (principalmente la inestabilidad política y el atraso económico) a la sangre india del presidente Benito Juárez:

¿Era indio puro o mestizo? Según los columnistas “franceses” fue lo uno o lo otro, pero la elección de la categoría étnica en que se le colocara poco importaba, porque cualquiera que fuese la clasificación, se le atribuían defectos e inferioridades inherentes, o bien a la pureza de su raza, o bien al carácter mestizo que erróneamente le atribuían. En ambos casos, para la mayoría de los periodistas oficialistas su gran falla era no ser de “raza española, o sea no ser blanco”. De ahí derivaban, según ellos, verdaderas taras orgánicas y morales que aparecían en el modo de gobernar del Presidente.¹⁸

Eggers, por su parte, hizo observaciones como las siguientes:

La tribu zapoteca es una de las más inteligentes, y sin duda se puede considerar como superior a la de los famosos aztecas de la época de Cortés. El Presidente de la República, Juárez, los generales Porfirio Díaz y Félix Díaz, el conocido diplomático y general Almonte y otros hombres de igual talento, son todos indígenas puros procedentes del pueblo zapoteco; ...El que este razonamiento [la capacidad del indígena] no es una mera fantasía, sino una certeza, lo demuestra el hecho de que Juárez, Porfirio Díaz, Almonte, Mejía, Álvarez, y muchos otros, eran indígenas que de simples pas-

¹⁸Noël Salomon, *op. cit.*, p. 17.

torcillos y mozos, han pasado a ocupar los puestos más altos del país, lo que no sólo han logrado con su valentía y arrojo, sino también merced a los conocimientos que adquirieron y a su espíritu superior. Estos ejemplos demuestran fehacientemente la capacidad que tiene el indígena para absorber la cultura moderna, y la fuerza de carácter de que dispone para hacerla fructificar.

En lo tocante a los argumentos sobre la incivilización y barbarie que privaban en México y que justificaban la misión salvadora del Viejo Mundo, Eggers, de acuerdo con lo que vio *in situ*, emitió una opinión diferente, pues aunque no dejó de reconocer y comentar en detalle los serios problemas del país, no se empeñó en resaltar únicamente lo negativo, sino también lo positivo:

La ciudad [de Puebla] tiene toda la apariencia de una gran urbe europea, y sólo la presencia de los indígenas que de vez en cuando se encuentra uno por la calle, nos recuerda que estamos en el trópico al otro lado del Atlántico; ...en suma [en Puebla] es posible creer que se está en España o en Italia; ...Hay que reconocer que en Puebla los modales son finos y la formalidad exquisita, y ello obligadamente cautiva al extranjero. Es un placer observar que en la calle, incluso entre la gente de las clases más bajas, los unos se tratan a los otros como en nuestros países sólo se relacionan los diplomáticos. Podría pensarse que desde pequeña esta gente no ha hecho otra cosa más que estudiar los libros de buenas maneras de las baronesas Frense o Kingges; ...el haber llegado a una ciudad [Puebla] cuya civilización está completamente a la altura del nivel europeo, nos proporcionaba un enorme placer; ...A ello hay que agregar que el mexicano tiene una educación y una gracia innata en sus movimientos que hace que su natural urbanidad nunca aparezca como afectada o que resulte poco atractiva. Cuando extiende la mano y pronuncia el consabido "Servidor de usted caballero", uno tiene la impresión de estar frente a un Grande de España o a un miembro de la corte de Francisco I.

A mayor abundamiento, también encontró que Europa bien podría inspirarse en México en algunos aspectos, copiarle algunas cosas, o seguir su ejemplo en otras:

Aun el europeo más educado puede llegar a sentirse incómodo ante el perfecto comportamiento de un mexicano de clase baja. Desde muy pequeños los niños son educados en el arte de la cortesía; en las escuelas mexicanas se enseña esta disciplina, llamada urbanidad, que a nosotros nos podría ser muy útil; ...las ciudades mexicanas se distinguen por su limpieza, lo cual podría servir de ejemplo a los pueblos sudeuropeos ...El teatro de Puebla es muy elegante y podría servir como modelo para la remodelación del Teatro Real de Copenhague; ...Por la importancia

que tiene para las democracias parlamentarias, en nuestros países debería seguirse el ejemplo de México en cuanto a la educación que se da a los jóvenes para que aprendan a expresarse con habilidad y gusto en su lengua materna, tanto en forma oral como escrita. Es un verdadero placer escuchar a los estudiantes cuando presentan sus exámenes anuales pronunciando un discurso sobre algún tema, además de que también lo hacen en forma escrita expresándose correcta y elegantemente en la lengua española: Quevedo o Lope de Vega no tendrían de que sentirse avergonzados.

Por lo que hace al dramatizado atraso del pueblo mexicano con relación a las “naciones civilizadas”, el observador danés comenta lo siguiente:

...el arte de escribir está muy difundido en México, y el país no se queda atrás en comparación, por ejemplo, de Francia; ...existen para ello las escuelas populares y de primeras letras que proporcionan a las clases bajas un nivel de conocimientos comparable, por ejemplo, al que se imparte al pueblo llano de Francia. En las ciudades casi dos terceras partes de la población sabe leer y escribir.

En lo tocante a la pretendida incapacidad mexicana para administrar y hacer progresar su país, reconoce, por el contrario, la labor realizada desde la independencia:

Pero lo que sí resulta verdaderamente sorprendente es el extraordinario progreso que se ha hecho desde la independencia, pues en las ciudades casi dos tercios de la población masculina sabe leer, y más de un tercio escribir; un hecho que no sólo coloca a Turquía y a Rusia a la sombra de México, sino también a otras naciones europeas; ...Debe reconocerse el meritorio esfuerzo que han hecho los gobiernos liberales para proveer de educación al pueblo, ello como un primer paso para formar buenos ciudadanos; ...no deja de ser sorprendente que bajo las condiciones que han imperado en México durante los últimos cuarenta años se haya podido mantener el interés por la ciencia y el estudio; es un verdadero honor para Oajaca haber conservado el prestigio que siempre ha tenido por la capacidad y talento de sus hijos; ...El talento natural que se encuentra entre los mexicanos de las clases altas también existe en las bajas, aunque sus conocimientos son mucho más limitados, y llama poderosamente la atención lo mucho que han aprendido desde la independencia; antes de ella no existía nada que se pudiera considerar como educación popular.

Con esa misma incisiva capacidad de observación y marcado interés en ir al fondo de las cosas, Eggers examinó la situación de la causa imperial, y en tres diferentes capítulos hace una metódica descripción de las dificultades

políticas, militares y económicas que enfrentaba, lo que desde temprana hora lo llevó a concluir que el Imperio distaba mucho de “haberse asentado en tierra firme”. Al respecto, no dejó de constatar las contradicciones del régimen imperial:

El nuevo gobierno, para ganarse la simpatía del partido liberal y con ello tratar de reconciliar las dos fuerzas mortalmente divididas, aprobó las leyes de reforma de Juárez y confirmó la expropiación de los bienes de la Iglesia, el establecimiento del matrimonio civil y la secularización de la enseñanza. Ello, sin embargo, no sólo sirvió para distanciar al emperador del partido clerical que en secreto comenzó a conspirar para hacerlo caer, sino que tampoco logró atraer a los liberales que se negaban a reconocer un gobierno imperial que se contraponía a la constitución del país.

En este sentido destaca las causas que estaban condenando al fracaso a la causa imperial:

Los apuros económicos se agudizaron, y la falta de ese *nervus rerum gerendarum* imposibilitaba emprender las acciones militares indispensables y organizar el ejército nacional que, en el futuro, debería ser el único sostén del Imperio. Los franceses no podían quedarse para siempre en el país, y los cuerpos austriaco y belga cada día se reducían más como consecuencia de los estragos de la guerrilla y de las enfermedades.

Al reconocer la efectividad de la guerrilla que hacía imposible el sometimiento de todo el territorio del país, no dejó de ver con realismo cuál era la verdadera e inderrotable fuerza de la resistencia republicana: “La guerra de guerrillas sólo puede ser conducida por aquellos que, por una parte, cuentan con el apoyo de la población y, por la otra, que tienen un conocimiento íntimo del territorio. Los guerrilleros habían nacido en los lugares en donde operaban e igualmente actuaban bajo las órdenes de quienes eran de ahí.” No dejan de llamar la atención las continuas referencias positivas que hace sobre los líderes republicanos, especialmente respecto a Juárez –al que nunca deja de reconocer como el Presidente de la República– y a Porfirio Díaz.

Con la misma agudeza, detalle (lo que nos hace suponer que llevó un minucioso diario) y un sano sentido del humor, nos hace compartir los avatares de su corta carrera militar en México, describiendo tanto sus momentos de júbilo y triunfo, como los pesares de la derrota que sufrió cuando Porfirio Díaz tomó Oaxaca en octubre de 1866, y las penurias de sus seis meses de prisión. Ello, sin embargo, no aminoró ni su interés, ni sus simpatías por México, pues a

pesar de todo decidió permanecer en el país para continuar conociéndolo, e incluso contempló la posibilidad de quedarse en él para siempre.

Lo que hace sus memorias aún más interesantes, atractivas y amenas, es el hecho de que su narración no se limita a sus experiencias militares, sino que nos proporciona un verdadero retrato del México y de los mexicanos de aquellos tiempos. En este sentido sus memorias también difieren de las de otros soldados, pues a su incisiva capacidad de observación y a su gran curiosidad no escaparon los principales aspectos de la vida mexicana, lo que sorprende mayormente si se considera que sólo tenía 20 años de edad cuando llegó a México en 1865. Examina con amplitud a la sociedad, a sus distintas clases, sus formas de vida, costumbres, tradiciones, entretenimientos, etcétera. Nos habla detalladamente de los indígenas, de su forma de ser y de pensar, sobre su comida, vestido y trabajo y, en especial, sobre la opresión de siglos que seguía pesando sobre ellos. Describe duramente al clero mexicano, al papel que desempeña en el país y sus defectos y vicios. También reseña el grave problema de la inseguridad y la forma en que operan los ladrones y los secuestros que cometen, sin dejar de pasar por la corrupción. En particular, hace una profunda reflexión sobre el carácter del mexicano, nos habla de sus defectos y virtudes, de su impuntualidad, informalidad e infidelidad, de la sencillez de su vida cotidiana, de su alegría de vivir, del alto valor que concede a la amistad, a la hospitalidad y a la cortesía. Difícilmente algo escapó a su ojo avezado y crítico; las ciudades, la arquitectura, las tiendas, el comercio, los mercados, la religión, la política, la economía, la música, el juego de azar, la familia, la prensa, los ladrones, la inseguridad pública, etcétera.

Su fascinación por el país es más que evidente, y en ésa destacan fundamentalmente dos cosas: su naturaleza, y lo que él llama la poesía y la literatura popular. A esto último dedicó un amplio capítulo en el que con gran romanticismo cita las letras de algunas de las canciones que mayor impacto ejercieron sobre su ánimo, y respecto a lo primero, nos transmite su constante asombro y pasión por el medio ambiente, lo que tuvo importantes repercusiones para su vida posterior. Su aventura mexicana lo marcó para siempre. Henrik Eggers regresó de México a Dinamarca en 1867, pero al año siguiente reinició la aventura; en 1868 se alistó en el ejército danés y en 1869 se incorporó al destacamento de las indias occidentales en las Islas Vírgenes del Caribe que entonces pertenecían a Dinamarca. Tanto en las islas de Saint Thomas como de Santa Croix continuó simultáneamente la carrera militar y la afición que adquirió en México

por la naturaleza. En 1873 se casó en esta última isla con Camila Stakeman, hija del vicegobernador de la misma, y en 1876 publicó su primer libro de botánica intitulado *La flora de Santa Croix*. En 1885 fue promovido al rango de capitán, y entre 1880 y 1890 realizó innumerables viajes entre Europa y diversas islas del Caribe (las Vírgenes, Dominicana, Cuba, las Bahamas, etcétera) levantando inventarios de la flora local y proveyendo importantes colecciones de éstas a los principales jardines botánicos del mundo. En 1887 regresó a vivir a Dinamarca, pero en 1891 dejó nuevamente su país para retornar a las islas Vírgenes y a Venezuela desempeñando una comisión para el Jardín Botánico de Copenhague. Por diferencias que tuvo con el director de ése, el profesor Eugenius Warming, suspendió sus relaciones de trabajo con la institución, y en 1893 se marchó a Ecuador donde adquirió la hacienda El Recreo que administró hasta 1897. Es considerado como uno de los más importantes coleccionistas de plantas de su tiempo, y en su honor se bautizó con el nombre *Eggersia* a una familia de plantas que descubrió. Regresó finalmente a Europa y falleció a la edad de 59 años en la ciudad alemana de Lipzig en 1903, cuando era Presidente de México quien lo había derrotado y tomado prisionero en Oaxaca en octubre de 1866: el general Porfirio Díaz.

En el caso de Eggers y de los otros personajes que hemos mencionado y que han establecido algún vínculo de unión humana, cultural o histórica entre México y Dinamarca, destaca un elemento común: la fascinación del danés por una naturaleza y una cultura que son tan diferentes a las propias. Por ello consideramos que no habríamos presentado un cuadro completo si no mencionamos a otro danés que dejó su país natal para venir a radicar para siempre en México. Nos referimos al gran arqueólogo Frans Blom (1893-1963), quien llegó en 1919 a Chiapas como explorador de campos petroleros, y que de inmediato fue atraído por la cultura maya. Blom decidió abandonar el mundo de los negocios y se concentró en el estudio de la cultura y la historia de esta antigua civilización; estudió arqueología en la Universidad de Harvard y durante 30 años fungió como director del Instituto Mesoamericano de la Universidad de Tulane en Nueva Orleans. Después de la Segunda Guerra Mundial regresó a Chiapas, y después de contraer matrimonio con la suiza Gertrude Duby, fundó con la herencia que recibió de su madre el Instituto Na Bolom en San Cristóbal de las Casas en 1950, mismo que nos legó como un vivo testimonio de su amor por México y su gente.

[Copenhague, verano de 1999]



ÆRINDRINGER FRA MEXICO

AF

HENRIK BARON EGGERS

KJØBENHAUN
P.E. PHILIPPENS FORLAG
1869

CUERPO DE VOLUNTARIOS

La guerra de 1864¹ había terminado, se habían hecho las paces y yo anhelaba dar una vuelta por el mundo en nuevas condiciones; la patria ya no necesitaba mis servicios.

El 10 de diciembre de 1864 dejé Dinamarca y fui a Hamburgo con el propósito de embarcarme hacia América del Norte, pero ahí tuve noticias sobre el cuerpo de voluntarios que se estaba formando en Austria para trasladarse a México en apoyo del nuevo Imperio;² decidí probar mi suerte. Hispanoamérica siempre me había atraído; abandoné el proyecto de América del Norte y junto con dos compatriotas me trasladé a Berlín y luego a Austria, hasta que llegamos a Laibach³ en Krain, donde se hallaba la jefatura del cuerpo. Llegamos a

¹ Se refiere a la guerra de 1864 de Dinamarca contra Prusia y Austria. Como consecuencia de ésta, Dinamarca perdió en favor de Prusia los ducados de Holstein, Lauenborg y Slesvig; en este último nació el barón Eggers en 1844, por lo que al momento de alistarse tenía 20 años.

² Diversos fueron los factores y las circunstancias que llevaron al establecimiento de un Segundo Imperio en México, pero fundamentalmente se derivó de la unión de dos proyectos políticos. El primero fue de los conservadores mexicanos que tras de ser derrotados por los liberales durante las guerras de Reforma (1858-1860), acudieron a Europa en busca de un príncipe, y de un ejército que lo respaldara, para establecer la monarquía en el país y con ello recuperar el poder y los privilegios que habían perdido. El segundo fue la ambición de Napoleón III, en cuya visión geoestratégica figuró, tanto el adquirir colonias en ultramar para impulsar el desarrollo de Francia, como tratar de recuperar la posición que se había perdido en América (Napoleón I vendió en 1803 la última gran posesión francesa en América del Norte, la Louisiana, a Estados Unidos), y crear en ésta un Imperio vasallo que frenara el avance de Estados Unidos. Otras aventuras imperialistas de Napoleón III fueron la conquista de Argel, la apertura junto con Inglaterra del mercado chino, la ocupación de Saigón y la Conchinchina, el protectorado de Cambodia, la fundación de Dakar, etcétera.

³ La ciudad de Laibach, Liubliana en español, formaba parte del Imperio austrohúngaro; actualmente es la capital de la República de Eslovenia en la ex Yugoslavia.

Laibach el 21 de diciembre, y después de reunirnos con el entonces comandante en jefe, señor Ez, nos enteramos con desagradable sorpresa que exclusivamente se contrataban como oficiales a austriacos provenientes del ejército activo; los demás teníamos que comenzar como soldados rasos.

Aunque ello no era ninguna perspectiva atrayente, decidimos aceptar para no abandonar el plan ya hecho, y el 27 de diciembre los tres nos alistamos, o como se dice en Austria, nos elevamos al rango de cazadores del cuerpo imperial mexicano de voluntarios austriacos. Ese mismo día nos mudamos del hotel al gran cuartel de los voluntarios, mismo que se hallaba en la orilla derecha del gran río Laibach que atraviesa la ciudad y que le ha dado su nombre; estaba situado frente al cuartel de la infantería austriaca y era una fábrica de azúcar acondicionada. Era un edificio enorme de tres pisos sumamente espacioso que daba albergue a sólo 800 reclutas, puesto que la mayoría de los voluntarios ya se habían embarcado en Trieste rumbo a México en vapores ingleses.

Al subir al trono el emperador Maximiliano⁴ en junio de 1864, las autoridades austriacas autorizaron que en los diversos estados del Imperio se reclutaran 8,000 voluntarios por cuenta del gobierno mexicano. Los centros de alistamiento habían recibido órdenes de trasladar a los voluntarios a Laibach, donde todos los días llegaban grupos de éstos. También diariamente arribaba gente del resto de Europa, en especial de Polonia, Italia y Alemania, pues el entusiasmo por la aventura impulsaba a probar suerte en México.

Como se puede imaginar, la que ahí se formaba era una compleja compañía que buscaba asimilarse mediante el pintoresco uniforme de los voluntarios mexicanos. Oficiales despedidos, comerciantes, artistas, literatos y funcionarios fueron mezclados con artesanos, trabajadores, vagabundos, mendigos y vagos. Se

⁴ Fernando Maximiliano de Habsburgo (1832-1867) nació en Viena siendo sus padres los archiduques Francisco Carlos y Sofía; su hermano mayor, Francisco José, llegó a ser emperador de Austria-Hungría. Realizó la carrera militar en la armada austriaca y fue contralmirante y comandante en jefe de la flota imperial. El 27 de julio de 1857 se casó en Bruselas con la princesa Carlota de Bélgica, y en ese mismo año fue nombrado gobernador de la provincia austriaca de Lombardo-Veneto. El 20 de abril de 1859 el liberal Maximiliano renunció al puesto por discrepancias políticas con su conservador hermano, y por la efervescencia del movimiento de unificación italiana. Vivió varios años dedicado a la marina y a la construcción de su palacio de Miramar (Trieste) rechazando los ofrecimientos que se le hicieron para ocupar los tronos de Grecia y Polonia. La Corona de México le fue propuesta, tanto a través de su hermano Francisco José, por los emperadores de Francia, Napoleón III y María Eugenia de Montijo, como directamente por un grupo de conservadores mexicanos exiliados en Europa encabezados por Manuel Gutiérrez de Estrada; una delegación de éstos le hicieron la propuesta formal en Miramar el 3 de octubre de 1863. Después de muchas vacilaciones, de las presiones de los emperadores franceses y de sus propias ambiciones, y de tener que aceptar condiciones gravosas, el 9 de abril de 1864 Maximiliano y Carlota aceptaron ante la citada delegación la incierta Corona. Llegaron a Veracruz el 28 mayo de ese año.

veía a nobles húngaros y polacos al lado de campesinos del sur de Alemania y del Tirol; jóvenes de buena familia, lo suficientemente intranquilos como para quedarse en casa, se revolvían con viejos soldados de barba, auténticos lansquenets⁵ que se trasladaban del servicio de un soberano a otro, puesto que en 1849 habían luchado en la Revolución húngara, en 1859 en Lombardía, en 1860 en Boltorno y Gaeta, en 1861 en Ancona, e incluso había quienes habían peleado hasta en la guerra de Krim.

Todos esos elementos heterogéneos, sin embargo, quedaron amalgamados en un solo cuerpo tan pronto vistieron el uniforme común, mismo que consistía de pantalones bombachos rojos que llegaban hasta la rodilla, una camisa azul marino, un gorro rojo, una capa con capucha color marrón, y polainas y zapatos de cuero amarillos. Una vestimenta que para las condiciones de México, resultaba muy apropiada.

El cuerpo de voluntarios⁶ debería consistir de 18 compañías de cazadores divididas en tres batallones, cinco escuadrones de húsares, cinco escuadrones de caballería, cuatro baterías de montaña con cuatro cañones cada una, y dos compañías de zapadores, incluyendo un cuerpo de músicos de 60 hombres y una compañía de artillería técnica. La mayoría de ellos ya estaba en camino a México, y sólo las compañías 17 y 18, además de dos escuadrones, se estaban formando, por lo que éstas acabaron absorbiendo a todos los que llegaban y que más adelante serían asignados a los respectivos destacamentos. Por consiguiente en esos momentos en el cuartel había muchos destacamentos y subdestacamentos.

Como el cuerpo se había formado principalmente de austriacos y de oficiales de la misma nacionalidad, necesariamente se mantuvo la reglamentación austriaca, incluyendo los azotes que cualquier jefe de compañía arbitrariamente podía propinar hasta en número de 20. Después de tan severo castigo el infractor difícilmente se encontraba en posibilidad de marcharse. Sin duda podría considerarse como un acto de barbarie aplicar semejante castigo en nuestra civilizada época, pero cuando se entra en contacto con las medianamente civilizadas y

⁵Nombre de los antiguos soldados de infantería que durante el Renacimiento sirvieron a la Casa de los Austrias.

⁶Como parte de los acuerdos a que llegaron el emperador Francisco José de Austria y su hermano Maximiliano el 9 de abril de 1864 para que el primero, en su calidad de jefe de la Casa de los Habsburgo, autorizara al segundo a aceptar la Corona de México, se creó un cuerpo de voluntarios austriacos de 6,545 hombres. Merced a dichos acuerdos, Maximiliano se vio precisado a firmar un "Pacto de Familia" por el que renunció a sus derechos de sucesión al trono del Imperio austriaco y al patrimonio de la familia Habsburgo.

crudas tribus de donde provienen la mayoría de los reclutas del ejército austriaco, de inmediato se comprende que cualquier otro castigo que no sea meramente corporal, surtiría pocos efectos; especialmente entre los wallachos⁷ y los krainos, para quienes los argumentos de la razón eran completamente inaccesibles.

Los diferentes tipos de armas, al igual que en el ejército austriaco, tenían distintas nacionalidades, pues por ejemplo se reclutaban a los húsares entre los húngaros, a la caballería entre los polacos, y a los artilleros entre los bohemios. Era divertido ver cómo los oficiales, a la llegada de cada transporte, se apresuraban a integrar su destacamento seleccionando a quienes les parecían más aptos para su tipo de arma; los húsares a toda costa querían a cualquier magiar-húngaro aunque nunca se hubiera subido a un caballo. El regimiento de húsares únicamente debería componerse de magiares, y cualquier alemán o checo, a pesar de que fuera un excelente jinete, era rechazado con el soberano desdén que los húngaros siempre tienen para cualquier *Schwab* (no húngaro). No dejó de ser interesante observar que, en lo tocante a nacionalidad, los alemanes siempre llevaban la peor parte frente a los magiares, pues estos últimos son demasiado orgullosos como para aceptar que se les llame alemanes, en tanto que no es raro encontrar alemanes magiarizados que se comportaban en forma muy húngara aunque se apellidaran Altdorffer, West, Wagner, Leiner, etcétera.

Al margen de su exaltado nacionalismo, los húngaros son gente muy amable, poseen pensamientos caballerosos y mucho coraje, además de que tienen un temperamento fogoso que incluso provoca admiración entre los propios italianos. Muchas noches las pasaba en compañía de los húngaros en su bodega, donde el noble vino Ofener o el fuerte Villanyer ponían en movimiento su sangre, y donde nunca faltaba un gitano que sacara el violín y empezara a bailar la famosa czarda, baile nacional húngaro que no es como el que se presenta en el casino o en la Alhambra, sino que tiene una vida y un salvaje entusiasmo que sobrepasa a la tarantela y al fandango. Cada vez con mayor rapidez el hijo de Pusta da vueltas mientras sus espuelas tintinean y arroja gritos hasta que, casi con rabia, olvida al mundo que lo rodea y se concentra con orgullo en un sólo pensamiento: soy magiar.

Los austriacos alemanes, especialmente los de Viena y del norte, son bonachones y joviales: se parecen mucho a la gente de Copenhague, aunque son menos afectados y bastante más alegres. En Austria se considera a los checos

⁷Término que posiblemente se refiere a los originarios de Westfaldia, Wallendorf o Waldorf.

como tontos, aunque no se les deja de reconocer cierta astucia. Tengo que admitir, sin embargo, que después de los hánacos de Moravia, de todas las tribus eslavas son quienes más me simpatizan, pues aunque los polacos suelen ser más urbanos, también son más falsos y desleales.

Como antes señalé, la mayoría de los soldados de caballería eran polacos; unos provenían de Galitzia, pero los más de la Polonia rusa que fueron los insurgentes que después de la rebelión de 1863 huyeron hacia la frontera austriaca. Dado que se les había alojado en diferentes castillos donde recibían miserables sueldos del gobierno, aceptaron casi con alegría la oferta de alistarse en el cuerpo de voluntarios mexicanos. Eran muy jóvenes, a veces tan sólo niños, que provenían de buenas familias o que eran estudiantes, pero que más tarde mostrarían ser bravos soldados. Algunos, sin embargo, también tenderían a la desertión y la tránsfuga. Pocos, quizás ninguno, volvieron a Europa. Había muchos italianos, particularmente de Lombardía y Venecia, pero salvo contadas excepciones, todos eran malos soldados, poco confiables y cobardes. Los mejores elementos eran austriacos, húngaros y bohemios.

Aunque en nuestro cuartel se podían oír casi todas las lenguas de Europa, el lazo común, al igual que en el ejército austriaco, era el alemán; todo mundo tenía que conocerlo aunque fuera en forma rudimentaria. Como la mayoría ya había servido como soldado en el ejército de uno u otro poderoso, no hacía falta gastar mucho tiempo ni esfuerzo en ejercitarlos. Se trataba sobre todo de acostumbrarse al reglamento común, y para ello los soldados jóvenes encontraban apoyo en los más viejos, formándose así un núcleo en torno al cual todo podía ser bien organizado. La camaradería es un elemento que no tiene precio para un destacamento, puesto que contribuye tanto a educar y animar a los más jóvenes, como a dar apoyo a los oficiales. Estos veteranos, que como señalé parecían lansquenetes de la Edad Media y que principalmente eran alemanes, además de un preciso conocimiento de los deberes y derechos de un soldado, poseían mucha sangre fría y valentía, y sabían mostrar una gran devoción hacia un oficial inteligente, una total falta de consideración para cualquier población civil, y mucho amor propio. Entre esos viejos soldados era frecuente encontrar algunos que portaban cuatro o cinco medallas en el pecho, y estoy seguro que muchos oficiales sentían más orgullo por la admiración que despertaban en sus soldados, que por los elogios que pudieran recibir de sus superiores.

En virtud de que en esos momentos el ejército ocupaba poco de nuestro tiempo, era suficiente con presentarse un par de horas por la tarde en la plaza

situada frente al cuartel para repasar algo de teoría; los soldados tenían permiso para utilizar el tiempo libre a su gusto. Todo el tiempo las calles y los bares de la vieja ciudad de Laibach estaban llenas de voluntarios mexicanos. La mayoría llevaba consigo algún dinero traído de casa, y los nuevos amigos les ayudaban a gastarlo lo más rápidamente posible: quizás era la última oportunidad de divertirse en la vieja Europa. Nadie sabía lo que podría ofrecer el Nuevo Mundo, y menos si alguna vez se regresaría de él; con la ligereza característica de los soldados se aprovechaba el momento sin preocuparse del futuro. No sólo los soldados rasos, los húsares y los cazadores intentaban llevarse memorias agradables del viejo mundo, sino también los oficiales; desde el de más arriba hasta el de más abajo se comportaban de la misma forma.

La ciudad de Laibach, capital del ducado de Krain, se encuentra en un ancho valle limitado por altas sierras y es atravesado por el río del mismo nombre, el cual es cruzado por varios puentes. Tiene 28,000 habitantes, calles estrechas que, al menos durante mi estancia, siempre estaban sucias y no ofrecían nada interesante. Lo único de interés era el viejo castillo situado en una peña escarpada que domina la ciudad, y que se utiliza como prisión para los delinquentes políticos. La población es alemana y está muy mezclada con krainos y con eslavos del sur; todos ellos conforman el campesinado de la comarca. La presencia de un cuerpo de voluntarios de entre 7,000 y 8,000 hombres que poco a poco se había venido formando y que se agregaba a la guarnición permanente, naturalmente hizo que la vida de la ciudad se animara. El cambio implicaba buenos beneficios para la ciudad, por lo que los residentes abrían sus brazos y sus casas a los voluntarios; la amabilidad de los locales, combinada con la de los extranjeros en uniforme y las expectativas de la aventura que esperaba al otro lado del Atlántico, contribuyó a crear un buen ambiente, el que no fue menor en cuanto a las damas del lugar.

El sexo bello de Laibach, tal como ocurre en muchos sitios de Austria, verdaderamente merece ese apodo, y los voluntarios mexicanos no tenían ningún motivo para quejarse de la sensibilidad de las bellezas de Laibach. No creo que en ninguna otra ciudad de Europa durante el invierno de 1864-1865 se haya creado una cadena de ininterrumpidas diversiones, bailes, excursiones en trineo, conciertos, etcétera, como en Laibach. A pesar de que había una excelente relación entre los voluntarios y la guarnición austriaca, ésta no estaba demasiado contenta con nuestra presencia, puesto que las mujeres de la ciudad preferían más a los vistosos mexicanos, que a los quietos austriacos. Sin embargo, éstos sabían que más adelante las tendrían a su completa disposición.

Aunque pudiera darse la impresión de que una vida de este tipo llevada a lo largo de varios meses podría conducir a la desorganización del cuerpo, eso no ocurrió en lo más mínimo, pues la disciplina fue mantenida con extrema rigurosidad. Que Dios se apiadara de aquel voluntario que por la noche no estuviera de regreso en el cuartel a las 10 cuando se verificaba la inspección, o de aquel otro que, dejándose llevar por las imaginarias perspectivas de lo que le esperaba al otro lado del océano, abusara demasiado en las copas. Bajo el sol del día siguiente se le podría ver representando algo parecido a la imagen del Eterno atado a un par de cadenas con las cuales ya había formado un círculo en el piso, o tendido sobre un banco de madera para recibir 20 azotes. De esa manera se logró mantener bajo control a los elementos malos o intranquilos; era raro que se llegaran a registrar excesos de importancia.

Aparte de esas diversiones, los oficiales y los cadetes (a los que yo pertenecía después de haber estado ocho días al servicio del cuerpo) no dejaban de emplear su tiempo en aquello que les pudiera ser de utilidad en México, particularmente en el aprendizaje de la lengua española y en la adquisición de conocimientos sobre las condiciones del país. Se daban clases de español a grupos de 20 personas, pero para la gran mayoría los progresos fueron ilusorios; al llegar a México, de un grupo de cada 10, no había uno sólo que tan siquiera pudiera decir: "Buenos días." Aún fue peor en cuanto a la información general del país. A pesar de que se disponían de obras como las de Humbolt: *Essai sur la Nouvelle Espagne*,⁸ la de Mühlenpford sobre México (Hannover, 1846) y en parte la nueva guía del barón M. Müller, debe reconocerse que la obra de Humbolt ya estaba pasada de moda, que el barón Müller era un charlatán y que tan sólo la de Mühlenpford facilitaba una descripción razonable y verídica sobre las condiciones del país, pues el autor había vivido durante seis años en ese país desempeñándose como ingeniero.

A lo anterior se añadía el hecho de que los mapas disponibles sobre México eran, sin excepción, poco exactos; desde los alemanes de Kiepert, Berghaus, etcétera, hasta los franceses de Sanssure y Consorter, todos se inspiraban en una vívida fantasía y adolecían de un buen conocimiento del español. Dado que yo, como ya se indicó, había sido nombrado cadete —lo que corresponde a nuestros aspirantes a oficiales—, tenía mayores oportunidades para relacionarme con los oficiales del cuerpo, quienes eran austriacos o habían servido en el ejército

⁸ El título completo es *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*.

de Austria. Al igual que su nación, los oficiales por regla general poseían una bondad natural y una gran franqueza y cordialidad que impresionaban a los extranjeros; ello contrastaba fuertemente con las maneras bruscas y formales del alemán del norte.

El “tú” familiar se usaba corrientemente entre los oficiales de la misma clase, y la camaradería se hallaba sumamente expandida por todo el ejército. Lo único a lamentar era que muchos de los oficiales de rango inferior no siempre poseían el mismo nivel de conocimientos y educación que frecuentemente se encontraba en los oficiales de los ejércitos de otros países. En general, los oficiales abrigaban gran simpatía por Dinamarca, y al tiempo que lamentaban la participación de Austria en la guerra de 1864, alababan la valentía de los soldados daneses. Sin embargo, criticaban la apariencia militar de nuestros soldados, y aunque yo no podía dejar de darles la razón, trataba de explicarles que ello se debía a que teníamos un periodo de servicio muy corto. Ello, al igual que la falta de sentido estético que virtuosamente mostraba nuestra fábrica de uniformes militares, les parecía increíble. Hacia los prusianos mostraban una franca antipatía, y los que de ese país se habían unido a nosotros frecuentemente sufrían las bromas de los austriacos. A pesar de todo, no se podía negar que los militares prusianos de diferentes grados y que en gran número se alistaron en el cuerpo de voluntarios eran, sin excepción, más inteligentes y eruditos que la mayoría de los austriacos.

Al transcurrir los meses de enero y febrero el cuerpo había crecido constantemente y se formaron los diversos destacamentos; al comenzar marzo se nos informó que por no disponerse de suficientes barcos para embarcar a todo el contingente en el puerto de Trieste, sólo partirían de éste 1,600 hombres. Un transporte ferroviario saldría para Francia con 200 hombres que se embarcarían en Saint Nazaire.

Aunque disfrutaba la acogedora vida de Laibach, ya tenía ganas de marcharme a México, por lo que con agrado recibí las órdenes de partir el 8 de marzo en dicho transporte. Igualmente me agradó tener la oportunidad de ver gran parte de Europa central y Francia, así como saber que el viaje por mar tan sólo duraría veintitantos días en lugar de 45. En esa fecha nos despedimos de las múltiples amistades que habíamos hecho en Laibach, lo que para muchos fue difícil; en la noche partimos en tren hacia Viena. En total éramos 230 entre soldados, oficiales y funcionarios militares y, como puede suponerse, el contingente llamó mucho la atención en todas las ciudades que recorrimos.

De Viena pasamos por el Donau, por Linz y Salzburgo hasta llegar a Munich, donde fuimos presentados a un viejo general bávaro que nos alababa con un discurso casi ininteligible, pero que seguramente era bien intencionado. Tuvimos una agradable cena en una de las grandes salas de cerveza de la ciudad a donde los buenos bávaros concurrían por montones y se nos acercaban con curiosidad y algo de miedo. De ahí llegamos a Ausburgo donde pasamos una noche muy animada en compañía de sus hospitalarios habitantes. Temprano a la mañana siguiente atravesamos el bello Württemberg que al inicio de la primavera ofrecía un panorama encantador, pero cuyo gobierno paternalista, seguramente temeroso de que llegáramos a ejercer alguna influencia nociva de tipo revolucionario sobre los *schwaber* –los que no brillan mucho por su inteligencia–, no permitió que nuestros soldados abandonaran los vagones durante la hora que permanecemos en Stuttgart.

Cuando a las nueve de la noche llegamos a Karlsruhe, la ciudad ya estaba entregada a un profundo sueño, lo que sin duda testimoniaba los progresos que había hecho en Baden el gobierno del gran duque, pues lo que una vez había sido un centro revolucionario ahora disfrutaba de paz y orden. Sólo con grandes esfuerzos logramos que el medio dormido dueño del Hotel de París nos preparara algo de cenar, lo que mucho necesitábamos después de haber pasado un día entero en el ferrocarril. A la mañana siguiente nos dirigimos de Karlsruhe hacia el hermoso valle del Rin con sus ininterrumpidas sierras de viñedos que se extendían a nuestro lado izquierdo, y en Kehl cruzamos el nuevo y maravilloso puente que atraviesa el Rin y que conduce a Estrasburgo. Continuamos de Nancy hasta París, donde llegamos a las cinco de la mañana y permanecemos el resto del día. Nuestros hombres se alojaron en dos grandes cafés con cuyos patrones se habían hecho los arreglos necesarios para la alimentación, y se les permitió visitar la ciudad en grupos de 10 al mando de un suboficial.

Si al pasar por Alemania habíamos causado asombro entre la población, lo que ocurrió en París fue casi desquiciante; con enorme curiosidad el público miraba a nuestros hombres como quien observa a un animal desconocido dentro de una jaula de fieras. Algunos nos tomaban por refugiados polacos, otros por emigrantes checos, e incluso otros por una nueva guardia que se encargaría de la protección del hijo del cielo en Pekín. Sin embargo, todos eran muy amables, en especial cuando se les informaba que nuestro viaje tenía como destino México; algunos señores de edad avanzada, que parecían estar asociados a las

operaciones del gran préstamo a México,⁹ nos trataban con mucha consideración. Ese día se podía ver por todos los cafés a nuestros eslovacos y húngaros sentados cómodamente entre francesas, con una copa de la inevitable absenta y divirtiéndose cada cual en su propia lengua.

Después de haber reunido a todo el contingente con grandes dificultades, partimos por la noche a Angers y Nantes, y al anochecer del siguiente día llegamos al pequeño puerto de Saint Nazaire situado en la desembocadura del río Loira en Bretaña. Este pueblo de pescadores que hace 20 años era un lugar sin importancia, ya se ha agrandado notablemente y convertido en una ciudad de por lo menos 12.000 habitantes, puesto que las compañías trasatlánticas tienen aquí sus grandes almacenes y atracan dos líneas de vapores.

Tan pronto llegamos, nuestro contingente fue instalado en el barco de transporte "Vera-Cruz", donde permanecimos tres días; el 16 de marzo por la tarde nos mudamos al barco de hélice "La Floride" para iniciar el viaje a México. Esa misma tarde abandonamos el puerto, y aproximadamente a las seis de la madrugada la máquina comenzó a funcionar y descendimos lentamente por el Loira rumbo al mar español. A medida que transcurrió el día, fueron desapareciendo, poco a poco, las costas. El último adiós a Europa nos lo dio el faro de Belle-Isle, mismo que como una estrella púrpura brillaba sobre las oscuras olas; cuando al día siguiente subimos a la cubierta, nuestro barco ya tan sólo se encontraba entre el cielo y el mar sin más límite que el del horizonte.

⁹La suspensión del pago de la deuda externa decretada el 17 de julio de 1861 por el presidente Juárez fue el pretexto que Napoleón III utilizó para iniciar la invasión de México. Para exigir el pago de las deudas pendientes, Francia, Inglaterra y España enviaron a Veracruz, a principios de 1862, una expedición punitiva, pero Inglaterra y España quedaron satisfechas con los arreglos a que llegaron con el gobierno mexicano en el poblado de la Soledad, y se retiraron. Francia desconoció dichos arreglos e inició la invasión. Entre el pago de las deudas que Napoleón exigió, figuraba la de los bonos del banquero suizo Juan Bautista Jecker –quien se nacionalizó francés– que gracias a la mediación del medio hermano y consejero del emperador, el duque de Morny, fue cobrada oficialmente por el gobierno francés. Tanto el duque de Morny como el embajador francés en México, el conde A. Dubois de Saligny, adquirieron a título personal bonos de dicha deuda. El préstamo inicial de Jecker al gobierno conservador del general Almonte fue por 15 millones de pesos, pero aunque nunca desembolsó más de la décima parte, el pago que se reclamó fue de 15 millones y medio, de los cuales Morny recibiría el 30 por ciento. Esta alusión igualmente puede referirse al crédito que Napoleón gestionó para que Maximiliano iniciara su gobierno en México, mismo que ascendió a 201 millones de francos y que principalmente se destinó a cubrir los gastos del ejército francés en México.

VIAJE POR MAR

“La Floride” era un barco nuevo de acero, provisto de una máquina de 600 caballos de fuerza y acondicionado con todas las comodidades posibles para el transporte de pasajeros. Todos los barcos de la Compañía Trasatlántica eran conducidos por oficiales de la armada francesa, y se distinguían por su navegación segura y rápida, así como por sus excelentes comodidades.

Nuestros hombres fueron alojados en el entrepuente; cadetes y suboficiales en un camarote al frente, y los oficiales en uno de la parte posterior en el que también viajaban algunos pasajeros civiles: a lo máximo eran 40. Los soldados eran alimentados con la misma comida que recibía la tripulación, y –aparte del pan duro– se encontraban satisfechos con ella. Para mantener ocupados a los hombres se les dividió en grupos; por turnos deberían encargarse de la limpieza que en la cubierta era muy estricta, en tanto que los pocos oficiales que conocían la lengua española trataban de enseñar lo indispensable para que los alumnos pudieran comprar las cosas más elementales e inquirir por los objetos más necesarios una vez que llegaran a México. Se disfrutaba de las comidas en grupos de 10 en 10, y no dejaba de ser una escena peculiar la que brindaban todos esos bravos hombres tumbados en torno a grandes toneles y satisfaciendo el apetito acostumbrado de los soldados; comían alubias con tocino y sopa de guisantes. A esas horas la cubierta estaba completamente llena puesto que los marineros comían al mismo tiempo; la conversación de sobremesa entre éstos y nuestros hombres se llevaba a cabo con gran agilidad, más por su infatigable perseverancia que porque hubiera un entendimiento común.

Aunque cualquier viaje largo por mar fácilmente resulta aburrido y monótono, la simpática vida en el barco nos hizo la travesía menos trivial, además de que el cielo nos proporcionó un entretenimiento extra por lo menos durante los primeros cuatro días. Apenas nos habíamos alejado de las costas francesas, las tempestades del equinoccio, que suelen ser muy peligrosas en el golfo de Vizcaya, comenzaron a sacudirnos como si fuéramos una pelusa sobre las agitadas aguas, provocando que perdiéramos uno de los seis botes salvavidas y que casi tuviéramos que buscar refugio en el puerto de Oporto, ya que nos habíamos desviado hacia las costas de Portugal. A los cuatro días se calmaron y el cielo, que hasta el momento había tenido un color gris-negro, se comenzó a despejar; algunos rayos de sol nuevamente cayeron sobre el agitado mar que se movía en grandes marejadas como si fuera un pecho que sollozaba y que poco a poco se iba calmando. Las olas del Atlántico podían ser mucho más grandes que las del mar Báltico, por lo que nuestro enorme barco desaparecía a cada momento como si fuese una pluma entre sus crestas, las que se asemejaban a grandes montañas de cristal verde transparente. El malestar entre los desafortunados pasajeros era enorme, pero a pesar de que algunos de nuestros hombres, especialmente los eslavos, nunca antes habían visto el mar, parecían estar dotados de estómagos de acero, pues no les afectaba el violento movimiento que padeció el barco durante cuatro días.

A excepción de esa tempestad, durante el resto del viaje se gozó de un clima estupendo; a los ocho días de haber zarpado ya se sentía aumentar la temperatura, y fue muy agradable poder pasar la noche en la cubierta al aire libre. Las noches en esos mares son muy bellas, las estrellas dan la impresión de ser mucho más majestuosas y brillantes que en el norte, y la suavidad del balsámico aire hace que uno pronto se olvide de las regiones húmedas y frías que acaba de dejar. Durante el día pululaban en torno al barco grandes cantidades de pequeños peces voladores cuyas húmedas alas brillaban como diamantes bajo la luz del sol; al oscurecer la estela que dejábamos en el agua centelleaba gracias a la multitud de animales marinos fosforescentes que acarrea, y que trazaban el trayecto de la nave sobre la oscura profundidad como si se fuera abriendo un surco de fuego. Por las noches nuestros hombres se sentaban en la proa y entonaban canciones de la patria, teniendo como fondo la inmensidad que no producía ningún eco y en la que éstas se perdían en su ilimitado espacio. No dejaba de provocar una extraña sensación el escuchar las melancólicas canciones eslavas y húngaras entonadas por un grupo de hombres que se

dirigían hacia un futuro, tan oscuro, como la misma profundidad sobre la que navegaban.

A través de una pequeña pizarra el capitán del barco informó el 2 de abril que al día siguiente llegaríamos a la isla de Martinica, por lo que esa mañana pudimos ver, por primera vez, al Nuevo Mundo en la forma de distantes y brumosas montañas. Cuando nos acercamos navegamos a lo largo de una costa que a veces estaba cubierta de bosques y otras de cultivos, y cuyo fresco verdor y típicas viviendas alegraban nuestros ojos que en los últimos 16 días no habían visto otra cosa que mar y cielo. Esa era la Martinica, cuya montaña más alta, Mont Pelé, se elevaba majestuosamente sobre el paisaje tropical; por vez primera vimos las palmeras que sombreaban la cabaña del negro y al plátano con sus enormes hojas junto al tamarindo y al guayabo. Después de haber pasado frente a la ciudad más grande de la isla, Saint Pierre, al mediodía atracamos en la espaciosa bahía al sur de la isla donde se encuentra la placentera ciudad de Fort France. Mientras nos encontrábamos en la entrada de la bahía se acercaban nadando un montón de niños negros y zambos para que les arrojáramos algunas monedas, las que con enorme agilidad sacaban de las profundidades.

El puerto de Fort France está protegido por un viejo fuerte de color gris que se extiende a lo largo de la bahía. Al bajar en el muelle vimos cómo el barco era surtido de carbón; muchos negros cantaban ruidosamente mientras lo acarreamos en grandes cestas apoyadas sobre la cabeza. Apenas habíamos pisado tierra, un numeroso grupo de negros de ambos sexos que hablaban un francés que no era propiamente un dialecto parisino, se nos abalanzaron gritando y gesticulando para ofrecernos toda clase de frutas que nos eran desconocidas; también se ofrecían a lavarnos la ropa, servir como guías para visitar el centro, etcétera. Costó trabajo hacer entre éstos el espacio necesario para que nuestros hombres pudieran formarse y marchar hacia el fuerte Defaix donde nos alojaríamos. Uno de los dos compatriotas que se habían alistado conmigo fue atacado, antes de llegar a Martinica, por una violenta fiebre de tifo; de inmediato fue internado en el hospital francés de Fort France para ser atendido por las hermanas de la caridad. A pesar de sus cuidados, al día siguiente murió; fue enterrado bajo una gran palmera donde una lápida con su nombre fue el único recuerdo que quedó de su lugar de descanso lejos de la patria.

Fort France es una ciudad alegre y agradable con casi 10,000 habitantes, de los cuales tres cuartas partes son negros o mulatos libres. Las casas son de buen aspecto y están construidas sólidamente con madera; dado que los terre-

motos y los huracanes no son raros en el área, suelen ser de un solo piso. Los criollos franceses viven en la misma forma que sus parientes en Europa, tienen sus cafés, sus paseos, etcétera, al igual que en Francia. El paseo más agradable es el del estupendo malecón que se extiende a lo largo de la playa atrás del viejo fuerte. En éste se ubica una pequeña plaza redonda con una bella estatua de la emperatriz Josefina, quien nació aquí. Los alrededores de la ciudad son sumamente hermosos y se hallan profusamente adornados por una rica vegetación, lo que es de esperarse en una isla sobre la cual llueve constantemente por estar situada debajo de la latitud norte 16. En toda la isla existen plantaciones donde se cultiva azúcar, café y tabaco; sus principales productos. El tabaco, sin embargo, tiene un desagradable sabor amargo. Todas las frutas tropicales crecen en abundancia, por lo que nos saciamos de deliciosas naranjas, piñas, guayabas, etcétera.

Entre la población negra hay gente rica y bien educada que viste a la francesa y que se comporta de manera urbana y cortés. Los negros pobres andan semidesnudos; portan una camisa, taparrabo y sombrero de paja; y suelen ser bastante amables. Por naturaleza los negros tienen un desagradable olor que contribuye a disminuir el atractivo de sus mujeres, las que además se ven perjudicadas por su simiesca forma de andar y de llevar las manos, así como por la costumbre de roer continuamente, más que masacarar, pedazos de caña. Por lo demás, no puede haber queja alguna sobre su buena disposición y benevolencia.

Las fuerzas francesas tan sólo se componían de artillería de marina, y durante los días que permanecimos en la isla llegó un destacamento de la legión extranjera compuesto de 500 hombres que se dirigían a México. Entre ellos conocí a un joven noruego que había participado en la guerra de 1864¹⁰ como voluntario en el cuerpo del Capitán Aaroe, mismo que se quejaba amargamente del trato que se les daba a los legionarios. Más tarde pude observar los crueles castigos que se les imponían, los que quizás eran necesarios dado que se trataba de un cuerpo cuya mitad se componía de criminales y desertores; por el bien de la disciplina se hacía necesario recurrir a la dureza. Mientras estuvimos en la Martinica tres legionarios, en su desesperación, se suicidaron. Se me informó que eran prusianos, que dos de ellos habían ocupado buenos puestos y que no era nada raro que el suicidio ocurriera, especialmente en Argel.

¹⁰ En la guerra de 1864 de Prusia y Austria contra Dinamarca, muchos noruegos y suecos se alistaron como voluntarios en el ejército danés.

Después de tres días de una plácida estancia mientras se proveyó a nuestro buque de los víveres y del carbón necesarios, el 6 de abril zarpamos, llegando tres días después de navegar rápidamente, es decir el día 9, a Santiago de Cuba en la costa del sur de la perla de las Antillas. A la bella Cuba se llega por una bahía profunda que cuenta con uno de los mejores puertos del mundo. Por la estrecha entrada, cuyo lado derecho está dominado por el fuerte llamado El Morro apostado en la cúspide de una gran peña, se llega, después de cuatro horas de navegación, a una espaciosa dársena de varios kilómetros de ancho que conforma el puerto de Santiago. La ciudad se levanta desde la orilla este en forma de terrazas; sus finos, y a veces excelentes edificios, ofrecen una vista impresionante.

Nuestro barco se quedó anclado en medio de la bahía y unas barcazas llenas de esclavos negros nos llevaron grandes cantidades de carbón y de hielo en bloques, los que por ser tan sólidos podían transportarse al aire libre sin que el sol del mediodía los derritiera. No parecía que esos desdichados negros fueran esclavos, puesto que no había guardias con látigo ni perros sanguinarios como se describe en *La cabaña del tío Tom*. Sólo había un negrero que dirigía su trabajo a base de gritos y gesticulando con las piernas y los brazos. El puerto estaba lleno de barcos y en un extremo se apreciaban los restos del naufragio de un barco de pasajeros ocurrido 100 años atrás. En una pequeña isla al oeste de la bahía está situado el lazareto,¹¹ y al noroeste se ven unas montañas azules de las que se desprendía la densa humareda proveniente de la mina de cobre hasta la cual llega el ferrocarril de la ciudad. Después de que se nos entregó el correo, subieron algunos pasajeros y se terminó de cargar el carbón, zarpamos a las cinco de la tarde y nos internamos en un candente mar de color púrpura. En la noche navegamos hacia el oeste a lo largo de la costa sur de Cuba y empezamos a mezclarnos con las sombras nocturnas en las que se fundían la tierra, el cielo y el mar. Había calma chicha, y nuestro barco marcaba una estría sobre un espejo brillante que pronto se volvía a cerrar: era como la imagen de la vida humana atravesando por el mar del tiempo. Tras tres días de navegar, el 12 de abril, divisamos a temprana hora la costa mexicana, y hacia las 10 anclamos frente a Vera-Cruz.

No se puede hablar de un auténtico puerto en esa ciudad, pues la única protección que los barcos pueden encontrar contra tormentas y tempestades es la

¹¹ Hospital utilizado para la cuarentena de los viajeros.

de las escasas aguas tranquilas situadas entre la ciudad y el fuerte de San Juan de Ulloa,¹² mismo que se ha construido en una isla de arena baja a aproximadamente 1,200 pasos de la costa. Esta última es llana y arenosa y no proporciona una vista alegre, especialmente cuando se viene llegando de las verdes Antillas. La comunicación con tierra se realiza por medio de pequeños barcos, puesto que el mar tiene poca profundidad cerca de la costa. Ello provocó que el traslado del equipaje y de los pasajeros a tierra tomara varias horas. Hacia el mediodía finalmente nos encontrábamos sobre un muelle de piedra bien construido frente a la aduana del país que, en un futuro cercano, debería ser nuestro campo de acción y que muchos de nosotros presentíamos que ya nunca dejaríamos.

¹²San Juan de Ulúa.

VERA-CRUZ

Vera-Cruz, cuyo nombre completo es el de Villa Rica de la Vera Cruz, ha sido cambiado últimamente por el de Villa Heroica. Como es sabido, es el puerto más importante de México para el comercio con Europa y está localizado en la costa llana y arenosa del paralelo 19. La ciudad original, que hoy día se llama La Antigua, se ubica a un par de leguas al norte del actual puerto, y como casi todas las ciudades españolas se conforma de casas con techos planos, calles rectas que se cruzan en ángulos perpendiculares, está iluminada con lámparas de gas, tienen múltiples portales y abundantes iglesias y monasterios construidos en un estilo semimorisco.

Desde que el extranjero desembarca recibe una grata impresión de la bella y amplia aduana por donde tiene que pasar para ingresar a la ciudad. La otra cosa que de inmediato llama la atención, es la gran cantidad de enormes buitres negros, los llamados zopilotes, que se ven por todas las calles y casas husmeando y dando un muy peculiar y corto galope para devorar cualquier tipo de despojo o porquería, lo que hace que sus movimientos sean poco graciosos. Por lo útiles que son, se les deja en paz al igual que en el oriente. El pájaro es negro y sucio, tiene una cabeza desnuda de color blanco poco más grande que la de una gallina. Hay otra especie que tiene la cabeza roja y que se llama zopilote real, pero éste es más escaso. A pesar de su utilidad, en realidad no son tan indispensables como en el oriente, puesto que las ciudades mexicanas se distinguen por su limpieza, lo cual podría servir de ejemplo a los pueblos sudeuropeos. Las calles se barren todos los días por criminales que, con cadenas en las piernas, son empleados para esa tarea; los arroyos son enjuagados frecuentemente con agua fresca y por lo general la policía sanitaria es muy activa.

En las cercanías del puerto está situado el palacio del gobernador; un bello edificio dotado de una gran columnata que al frente tiene una elegante plaza cuadrada en cuyo centro se admira una maravillosa fuente adornada con gran variedad de plantas tropicales. El lugar se usa para los paseos nocturnos de los veracruzanos cuando la fresca brisa de la noche los tienta a salir al aire libre.

Todas las iglesias son edificios de considerable dimensión con torres altas y abiertas, y con una cúpula sobre el coro. La gran mayoría de los monasterios actualmente se usan como cuarteles. La ciudad, incluyendo la parte que da al mar, está rodeada por un gran muro, mismo que al igual que las casas ha sido construido de corales y dotado de gran cantidad de aspilleras entre las aproximadamente 20 torres o baluartes que posee. Sin embargo, dado que el muro no tiene más de 15 metros de altura ni foso, sólo puede considerarse como una defensa eficaz en caso de un ataque imprevisto. El fuerte Ulloa, que supuestamente debería servir para defender la ciudad por el mar, es igualmente un castillo demasiado medieval como para resistir la artillería; por ello tanto los norteamericanos como los franceses han logrado apoderarse fácilmente de la ciudad.

Sólo durante las guerras civiles entre los mexicanos, Vera-Cruz ha logrado servir como un verdadero fuerte, ya que su artillería es sumamente deficiente. En 1860 Juárez, con el apoyo que los norteamericanos le brindaron desde el mar,¹³ pudo resistir el sitio de Miramón, y de la misma manera en fecha ya más reciente la guarnición imperial, después de la partida del mariscal Bazaine¹⁴ y las tropas

¹³ Durante las guerras de Reforma (1858-1860) el presidente Juárez había establecido su gobierno en Veracruz, donde en marzo de 1860 fue sitiado por tierra por las fuerzas de Miramón y por mar por los vapores "Marqués de La Habana" y "General Miramón" que el ministro conservador de la armada Tomás Marín adquirió en Cuba. El gobierno de Juárez logró romper el bloqueo solicitando al comandante Turner de una escuadra norteamericana que se encontraba en Veracruz, apresara los citados vapores por tratarse de barcos filibusteros.

¹⁴ Francisco Aquiles Bazaine (1811-1888) nació en Versalles y a temprana edad inició la carrera militar. A partir de 1831 sirvió en el ejército en Francia, Argelia, España y en la guerra de Crimea. Sus méritos militares alcanzaron mayor notoriedad bajo el Imperio de Napoleón III, especialmente durante la guerra con Austria de 1859 cuando en la campaña de Italia (poco después que Maximiliano había renunciado al cargo de gobernador de Lombardo-Veneto) Bazaine se anotó un importante triunfo en Solferino. Su trayectoria le valió que Napoleón le asignara el mando de las fuerzas de ocupación en México después que el general Forey tomó la capital en 1863; en 1864 fue ascendido al rango de mariscal de Francia y permaneció en el país hasta que se ordenó la retirada de las tropas invasoras en 1867. Bazaine recibía directamente órdenes de Napoleón y del ministro de Guerra de Francia, por lo que el emperador Maximiliano quedaba marginado de las principales decisiones que tomaba el ejército de ocupación; las relaciones entre los dos fueron difíciles y conflictivas. Quien verdaderamente detentaba el poder en las zonas ocupadas del país era Bazaine, pues como escribió al ministro de Guerra Randon: "Mis relaciones con su alteza son inmejorables, puesto que ha estado de acuerdo en que yo asuma por entero la dirección militar; naturalmente no abuso de estos poderes, y cuando tomo alguna decisión de cierta importancia, siempre la pongo en conocimiento del Emperador..." A. Belenki, *La Intervención Francesa en México 1861-1867*, México, Ediciones Quinto Sol, S.A., p. 141.

francesas, resistió el ataque republicano hasta que la muerte del emperador le hizo comprender que ya no había ninguna esperanza para su causa.

Aunque Vera-Cruz ha perdido importancia como plaza fuerte, y a pesar de sus deficiencias, sigue teniendo gran importancia como ciudad comercial, pues más de dos tercios del comercio exterior del país se realizan a través de ésta. Su principal actividad es el comercio; muchos de sus habitantes son importantes comerciantes que cuentan con existencias suficientes para abastecer de mercancías europeas a todos los comerciantes del interior del país. Entre los más ricos hay muchos extranjeros, más que en cualquier otra ciudad mexicana del mismo tamaño. Entre las nacionalidades más representadas se encuentran los españoles y los alemanes; algunos de estos últimos poseen las casas comerciales más grandes de Vera-Cruz.

La población nativa es de criollos y de la mezcla de blancos y negros; gente de sangre india, así como negros puros, es escasa. Los veracruzanos son muy listos y en su gran mayoría son celosos republicanos partidarios de Juárez, por lo que sin duda ha de haber sido una vista odiosa ver pasar frente a su ojos a los partidarios del Imperio que llegaban a la costa de su patria.

A causa del clima no había ninguna guarnición francesa o austriaca cuando arribamos, y tan sólo encontramos un destacamento de egipcios que, como se sabe, fue proporcionado a Napoleón¹⁵ por el virrey de El Cairo.¹⁶ Todos eran

¹⁵ Carlos Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873) fue hijo del rey de Holanda, Luis Napoleón, hermano de Napoleón I; al morir el único hijo de éste, el duque de Reichstadt (quien vivía con la familia de los Habsburgo y que falleció cuando nació Maximiliano) se convirtió en jefe de la dinastía napoleónica. Vivió varios años exiliado por sus ideas políticas e intentos de ocupar el trono de Francia; estuvo prisionero en Ham cinco años. Escapó en mayo de 1846 y durante la revolución de febrero de 1848 regresó a París y fue elegido diputado; en las elecciones de ese año ocupó la Presidencia de la República. Con la ayuda del ejército en diciembre de 1851 disolvió la Asamblea Nacional y se reeligió por 10 años más; un año más tarde asumió el título de emperador. En enero de 1853 se casó con María Eugenia de Montijo (1826-1920) quien promovió ante el emperador el establecimiento de la monarquía mexicana. Entre los múltiples planes geoestratégicos y coloniales de Napoleón figuró el Imperio mexicano: "...si México conquistara su independencia y mantuviera la integridad de su territorio, si un gobierno estable se constituyera por medio de las armas de Francia, habríamos interpuesto un dique infranqueable a las usurpaciones de Estados Unidos, habríamos mantenido la independencia de nuestras colonias en las Antillas y de la ingrata España; habríamos extendido nuestra influencia benefactora en centro y sudamérica, y esa influencia resplandecería al norte y al sur, crearía inmensos mercados para nuestro comercio y procuraría las materias indispensables para nuestra industria". Philippe Séguin, *Louis Napoleon le Grande*, París, Bernard Grasset, 1990, pp. 265-266.

¹⁶ En virtud de que los soldados europeos eran fácilmente afectados por el clima y las enfermedades tropicales de Veracruz, Napoleón III solicitó al virrey egipcio (*jedive*) le proporcionara soldados africanos, lo que se hizo en forma secreta puesto que Egipto era una dependencia del Imperio otomano, y no se deseaba que ni el Sultán ni el gobierno británico estuvieran al tanto. El *jedive* mandó secuestrar en las calles de Alejandría a 50 jóvenes negros, los que a pesar de las protestas de sus familiares fueron embarcados -junto con 450 soldados negros procedentes de Sudán que

negros y vestían de blanco, y no sin razón eran temidos por los mexicanos, pues ya habían tenido oportunidad de demostrar su salvaje valor y su sed de sangre durante sus incursiones contra los ladrones y los guerrilleros de tierra caliente. Con nuestros hombres eran sumamente amables y casi se comportaban como niños; dado que el Corán les prohíbe beber vino y licores, se dedicaban a tomar café o sorbetes, dejando aquéllos para los menos escrupulosos esclavos y alemanes. Cuando algún austriaco, partiendo de la suposición de que el negro también fue creado a imagen y semejanza de Dios, aceptaba beber con ellos, muchas veces se veía precisado a tener que llevarse discretamente al cuartel situado en el monasterio a su amigo negro que había bebido más de la cuenta.

Entre otros entretenimientos figuraban varios elegantes cafés, un teatro en el que frecuentemente se presentaban compañías españolas que venían desde La Habana o en ocasiones una buena opera italiana; naturalmente ello a cambio de un costo bastante considerable. Recientemente se ha construido fuera de la muralla una bonita alameda rodeada de grandes árboles que cuenta con anchos pasillos de losetas y con múltiples bancas; los árboles, sin embargo, crecen bastante mal en la arena y no proporcionan suficiente sombra. Lo que más se necesita en esta playa desnuda es precisamente sombra, pues el calor del sol no sólo es muy pesado, sino que además favorece el desarrollo de la fiebre. Durante el día sólo se ve transitar por las calles a unos cuantos extranjeros inexperimentados; siempre que sale al sol, el veracruzano lleva consigo un parasol blanco para protegerse, y únicamente los aguadores, casi todos mulatos, andan por ahí con tan sólo un sombrero de paja sobre la cabeza pues al parecer a ellos no les molesta el intenso calor.

La sola mención del nombre de Vera-Cruz produce en el europeo la sensación de fiebre amarilla, destrucción y muerte, y ello no sin razón puesto que los viajeros suelen considerar a las comarcas costeras del golfo de México como una sepultura segura para el recién llegado. La llamada fiebre amarilla, o vómito como se denomina en México y en Cuba, es una enfermedad que se manifiesta con violentos síntomas a los tres días; vómitos de una mucosidad negra y verde, delirio y un agotamiento total que en poco tiempo conduce a la muerte.

asimismo facilitó el *jedive*— el 7 de enero de 1863 en el barco “La Seine” que partió rumbo a Veracruz. Al recibir al contingente negro, el comandante en jefe de las tropas francesas, mariscal Forey, escribió al ministro de Guerra Randon: “Dejé a los extranjeros más que a los franceses en aquellos lugares donde había más enfermedades que oportunidades de gloria”. Cfr. Jasper Ridley, *Maximiliano y Juárez*, Buenos Aires, Javier Vergara Editores, 1944, pp. 130-131.

Son raros los casos en que se llega a sobrevivir esta terrible enfermedad, la cual sin duda tiene su origen en el envenenamiento producido por los gérmenes del pantano. La prueba de ello es que existen otros sitios más sanos en el propio Golfo de México donde la fiebre no existe porque no hay pantanos, tal es el caso de Nautla y Tecolutla situados al norte de Vera-Cruz. La enfermedad es más destructiva y frecuente en la época de mayor calor, además de que durante ésa los vientos soplan de norte a este llevando consigo los gérmenes: de octubre a mayo el vómito predomina hasta los 2 o 3,000 pies de altura. Los habitantes de la costa suelen escapar a este azote, pero de cualquier forma sufren fiebres recurrentes. Son los forasteros, en especial los que provienen de las partes más altas del país, quienes están más expuestos, y sólo una manera modesta y cuidadosa de vivir los puede salvar. Es conocido el hecho de que los excesos, por lo menos durante la temporada de gran calor, siempre conducen a una erupción violenta y rápida de la enfermedad. Es interesante observar cómo el organismo humano puede absorber el contagio sin que éste haga una erupción inmediata, lo que le facilita llegar hasta los sitios vitales del cuerpo y acabar rápidamente con la vida. El foco del contagio son los grandes pantanos adyacentes a la ciudad que se encuentran densamente cubiertos con matas y plantas acuáticas. Hacia el noroeste la comarca tiene fondo firme y ofrece hermosas áreas de bosques a tan sólo media legua de distancia de la ciudad; ahí se localizan poblaciones como la de Vergara dedicadas principalmente a la ganadería.

El comercio de la ciudad es muy importante, pues en tanto se importan grandes cantidades de textiles y bisutería de América y de Europa, se exportan importantes cargamentos de productos nacionales como el palo de Campeche, plata, maderas, vainilla, tabaco, cueros crudos, plantas medicinales, sisal, algodón y muchos otros. Según los informes consulares, en 1864 zarparon desde el Havre 18 grandes buques con destino a Vera-Cruz con productos industriales procedentes de Francia; desde Hamburgo 15; de Burdeos 16, etcétera. En los últimos meses de 1864 llegaron a Vera-Cruz 1,927 pasajeros, de los cuales 1,590 eran europeos; dos quintas partes franceses, un tercio españoles y una décima parte ingleses. La conexión con el interior del país se hace a través de dos vías: una que parte de Jalapa y otra de Orizaba, mismas que se juntan en la ciudad de Puebla. La última es la más utilizada por pasar por áreas más pobladas y recorrerse su primer tramo de seis a siete leguas en el ferrocarril construido hace algunos años por una compañía norteamericana. Éste atraviesa grandes pantanos y fue hecho al estilo americano sin acotamiento ni una planificación

exacta, por lo que en el trayecto uno va chocando constantemente con las densas matas de yerba que crecen a los lados de la vía, además de que las grandes manadas de animales salvajes que acostumbran a merodear por las vías pueden impedir la continuación del viaje. La locomotora tiene al frente una reja como tope, con la cual, en una forma bastante violenta, suele aventarse cualquier animal que no respete la preferencia de paso del ferrocarril.

Dado que la temporada de intenso calor se acercaba, no se quiso que las tropas permanecieran en Vera-Cruz mayor tiempo del necesario, y al día siguiente nos internamos en el país por ferrocarril. A lo largo de la vía del tren se situaban escasos y miserables poblados compuestos de chozas dispersas entre las densas matas de las mimosas; en algunos de éstos se habían apostado los egipcios para prevenir los ataques de los guerrilleros contra el tren. Éstos se hallaban principalmente en las estaciones de La Tejería, La Purga y La Soledad que eran las más importantes. Pasamos por Camarón hasta llegar a Paso del Macho que es una agradable ciudad en desarrollo, con casas de madera y en donde viven algunos extranjeros. Una vieja torre gris de la época de los españoles domina la carretera por la cual se tiene que subir para internarse en el país. En virtud de que ahí deberíamos permanecer un par de días, en un buen par de horas levantamos un campamento de cabañas aprovechando los materiales del cercano bosque. Al día siguiente también llegó el destacamento de la legión extranjera que habíamos encontrado en la Martinica, y dado que levantaron su campamento al lado del nuestro, aquel pequeño pueblo pronto cobró gran animación. Cerca de Paso del Macho se encontraba una barranca por donde fluía el río Santa Teresa, y decidimos pasar el tiempo bajo la fresca sombra que ofrecían las laderas cubiertas de grandes plantas trepadoras.

Nuestras armas se habían enviado directamente a México en un transporte anterior, pero como no podíamos marchar hacia Orizaba sin armas, del arsenal de Vera-Cruz recibimos algunos viejos fusiles españoles de chispa que parecían haber sido utilizados por Cortés en la conquista de México; resultaban más peligrosos para quienes los portaban, que para el enemigo. Para nuestro consuelo al menos tenían puestas las bayonetas; en éstas deberíamos poner nuestra fe. Equipados de semejante manera comenzamos a internarnos en el país el 17 de abril.

MARCHANDO HACIA OAJACA

La vista que ofrecía el paisaje cuando en la mañana de la segunda pascua subimos desde el Paso del Macho por la ladera de las montañas costeras hasta la cumbre cercana a Chiquihuite, era magnífica. A los lados se elevaban las montañas boscosas y abajo se extendía la costa como si fuera un mapa en el que no se podía ver más que la interminable maleza de mimosas y la casi imperceptible raya blanca del mar.

La carretera a Orizaba asciende continuamente, está bien construida y es uno de los pocos caminos para vehículos que existen en el país. Todo el trayecto hasta Orizaba es un campo maravillosamente romántico lleno de bellos paisajes de naturaleza tropical: comarcas más hermosas que las de esas montañas no se pueden imaginar. Pequeños ríos claros se precipitan entre las rocas, los sitios menos accesibles están cubiertos con magníficas plantas de grandes hojas verdes, gigantescos helechos cubren los abismos húmedos, y con esplendor multicolor gran cantidad de flores alegran la vista.

A lo largo de la carretera se encuentran apostados pequeños y graciosos pueblos como los de Chiquihuite, Atoyac y Salsipuedes, que consisten de pequeñas chozas de paja, algunas de las cuales anteriormente funcionaban como paradores para que los viajeros pudieran tomar algún refresco. A unas dos leguas y media del Paso del Macho se encuentra, rodeada de un denso bosque, la gran hacienda de azúcar de El Potrero en la que pasamos la primera noche. Al día siguiente llegamos a Córdoba; una pequeña, bella y bien construida ciudad que cuenta con entre 3,000 y 4,000 habitantes, situada en una bella comarca donde se alternan campos de azúcar, maíz y tabaco con maravillosas selvas vírgenes.

En el camino divisamos por primera vez al majestuoso Pico de Orizaba que en forma radiante eleva su cónico pico cubierto de nieve hasta 17,000 pies sobre el oscuro paisaje. Córdoba está edificada en el mismo estilo de Vera-Cruz y se halla a unos 3,000 pies de altura sobre el nivel del mar, por lo que casi nunca surge en ella la fiebre amarilla. El calor, sin embargo, es tan fuerte como en la costa, por lo que nos veíamos obligados a iniciar la marcha a las dos o tres de la mañana para poder concluirla antes del mediodía.

Al día siguiente continuamos avanzando y pasamos por el pequeño rancho¹⁷ de El Fortín situado al borde de un profundo valle en el que corren dos bellos ríos atravesados por magníficos puentes de piedra. En el otro lado del valle se encuentra un viejo bastión, el llamado Fortín de Villegas, en donde nos encontramos con un puesto de avanzada de cazadores austriacos a quienes saludamos con júbilo; nos proporcionaron los últimos informes sobre la situación del cuerpo de voluntarios y sobre las perspectivas que se presentaban. Después de subir por una cuesta bastante inclinada, llegamos hasta un llano rodeado de grandes montañas boscosas; en las faldas de un par de gigantescos picos llamados El Borrego y el cerro de la Escamela, se encontraba la ciudad de Orizaba. Antes de ingresar a ésta se tiene que pasar por la llamada Garita; la casa de la aduana donde hay que pagar los derechos por los productos del campo y demás mercancías. Orizaba es una ciudad de por lo menos 12,000 habitantes que por encontrarse encerrada no ofrece ningún atractivo; es principalmente una larga calle con unas cuantas bocacalles. Casi todas sus casas tienen techos inclinados de teja como los nuestros, pues la lluvia es frecuente durante todo el año, incluso en la estación seca. Es una ciudad muy activa en lo comercial, y por estar habitada por muchos negociantes y fabricantes extranjeros tiene un carácter más europeo que cualquier otra ciudad mexicana. Los franceses, en particular, están ampliamente representados.

Los alrededores de Orizaba son tan hermosos como los de Córdoba, y es lamentable que un suelo tan fértil y rico que podría alimentar a miles, aún permanezca sin ser cultivado. Además de cereales, en los campos de Orizaba se produce muy buen tabaco y azúcar. En la cercanía se localiza un buen número de haciendas, entre ellas la de Jalapilla¹⁸ que tiene fama por su belleza y su her-

¹⁷Se llama rancho a una o más cabañas o pequeñas fincas. Pueblo equivale a una de nuestras pequeñas ciudades con una iglesia. Hacienda es una gran extensión de tierra con una casa señorial. Villa es un pequeño poblado que forma parte de una ciudad (nota del autor).

¹⁸La hacienda de Jalapilla era uno de los sitios preferidos del emperador Maximiliano; dado que no le agradaba el clima de la ciudad de México por encontrarlo demasiado frío, solía pasar en ella algunas temporadas al igual que en Cuernavaca.

moso entorno. Entre Orizaba y el Paso del Macho no hay una comarca de mayor magnificencia y riqueza, pero todavía habrá que esperar algún tiempo para que las diversas instalaciones de origen colonial situadas cerca de Córdoba puedan desarrollarse. El mencionado cerro de El Borrego, que es sumamente inclinado y está cubierto de maleza, se hizo famoso por el intrépido asalto que en éste realizó una compañía francesa contra la brigada mexicana que lo tenía ocupado, misma que fue vencida y desbandada.

Al llegar a Orizaba nos encontramos con un par de compañías de cazadores y un escuadrón de húsares, cuyos miembros fueron distribuidos en diversos destacamentos; a mí me correspondió integrarme a la compañía número 13 que se alojaba en el gran monasterio de los franciscanos situado en la parte este de la ciudad. Dispuse de muy pocos días para orientarme en Orizaba, pues el día 23 de abril recibí instrucciones de partir con la mitad de la compañía que, bajo las órdenes del primer teniente, debería desplazarse hacia el pueblo de San Andrés Chalchicomula situado en la falda del Pico de Orizaba, donde debería desempeñarse como guardia del emperador Maximiliano¹⁹ que estaba a punto de partir hacia Orizaba.²⁰

En esta ciudad nos cambiaron los viejos fusiles españoles, que afortunadamente no tuvimos necesidad de utilizar, por rifles austriacos cortos provistos de bayonetas; una vez armado nuestro destacamento de 60 hombres, partió hacia San Andrés. El camino, que era ancho y plano, se iniciaba en el valle y estaba rodeado de pequeñas casas y de varias ventas puesto que el tráfico es muy frecuente. Después de cruzar por el pueblo de El Ingenio situado a ambos lados de un pequeño río que propulsa la maquinaria del ingenio construido por los ingleses, y apartarnos de la carretera principal que conduce de Aculzingo a Puebla, dimos vuelta a la derecha para internarnos en un pequeño valle que pronto se terminó, y comenzamos a subir por una senda irregular hacia la sierra alta que conduce a un valle redondo y bien cultivado donde se localiza el pueblo de Maltrata. Después de media hora de descanso continuamos ascendiendo por la

¹⁹Entre los diversos candidatos que se consideraron para encabezar el Imperio creado por la conspiración entre los conservadores mexicanos y Napoleón III, se seleccionó a Maximiliano de Austria. La selección fue hecha principalmente por la esposa de Napoleón, María Eugenia de Montijo, por José Hidalgo y José María Gutiérrez de Estrada, ambos conservadores exiliados en Europa.

²⁰Maximiliano viajó a Orizaba para asistir al matrimonio del teniente de la marina austriaca Carlos Shaffer, uno de sus amigos más cercanos y compañero de muchos viajes que se casó con una mexicana de apellido Bringas. Después de la boda permaneció algunas semanas en la hacienda de Jalapilla.

subida más fatigosa que experimenté durante mis tres años de estancia en México, misma que se hizo más penosa al anochecer. La ladera por la que trepamos, que es una extensión del Pico de Orizaba, era de arcilla pegajosa de color rojizo; en vista de que su superficie estaba desmenuzada y mojada por la reciente lluvia, lo resbaladizo del terreno dificultó enormemente el ascenso. Poco a poco fuimos pasando a la roca firme, pero por ser el camino sumamente escarpado y tener al lado izquierdo un inmenso barranco, tuvimos que movernos con gran precaución entre la oscuridad de la noche para no caer al terrible abismo. Bajo la luz de virutas de pino encendidas, ocotes como se llaman acá, desfilaron por la estrecha senda lentamente uno por uno, lo que provocó las blasfemias de muchos en diferentes lenguas. Finalmente llegamos a las 11 de la noche al rancho El Potrero situado en la cumbre, y en sus miserables chozas buscamos abrigo de la húmeda niebla y del intenso frío; éste era sumamente acentuado puesto que nos encontrábamos a una altura de 8,000 pies, cerca de una cima cubierta de nieve, y apenas hacía 12 horas nos refugiábamos de los ardientes rayos del sol bajo las hojas de los plataneros y de las palmeras. A pesar del cansancio, el intenso frío no nos dejó dormir, por lo que el teniente y yo pasamos gran parte de la noche conversando y buscando calor en el contenido de una cantimplora.

Poco antes del amanecer reiniciamos la marcha a través de la meseta que forma la cresta de la sierra, y a las siete de la mañana llegamos al pueblo de San Antonio ubicado en una comarca triste, arenosa y sin bosques; ahí descansamos para reanimar los espíritus caídos con un buen café. Cuando el sol comenzó a ejercer su influencia alentadora, se restableció el buen humor y con alegres canciones continuamos hacia San Andrés, a donde llegamos después del mediodía. Chalchicomula es una pequeña y atractiva ciudad de entre 3,000 y 4,000 habitantes situada en un pequeño valle circundado por montañas de cal, y cuya vegetación consiste de diferentes especies de cactus, agaves y yucas, las que son raras en la meseta mexicana. La ciudad tiene calles regulares, limpias casas de piedra con techos planos y sus pobladores son gente atenta. La catedral erigida en la plaza central es un bello e impresionante edificio. Está situada a aproximadamente 8,000 pies de altura en la ladera occidental del volcán de Orizaba, el que se ve majestuosamente tranquilo desde cualquier calle puesto que se distingue claramente contra el cielo azul y la sierra boscosa. Por las mañanas el volcán se ve tan cerca de San Andrés que se tiene la impresión de poder lanzar una piedra hasta su blanca nieve, pero en realidad ésta tomaría

más de dos horas para poderlo alcanzar. Por las tardes se envuelve en las densas nubes blancas que provienen de los vapores producidos por el calor del sol. A pesar de lo que cuenta el barón Müller sobre su supuesta ascensión al Pico de Orizaba, éste no ha sido escalado por nadie. Por contra, el Popocatepetl que se encuentra en Puebla y que es de la misma altura –se le puede ver claramente desde San Andrés– ha sido escalado por muchos viajeros, además de que diariamente tiene que soportar a los indígenas que sacan azufre de su cráter. El Citlaltépetl, nombre azteca del Pico de Orizaba, todavía está en espera de su primer montañista. Tanto el Orizaba como el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl son llamados por el pueblo volcanes, pero en realidad los tres están inactivos y sólo manifiestan su poder a través de frecuentes sacudidas sísmicas, mismas que, sin embargo, rara vez producen daños de consideración. Los sismos se llaman en México temblores, y los más violentos –que rara vez ocurren– se denominan terremotos.

El día 28 de abril llegó el emperador en coche desde Puebla y se alojó en una gran finca que se había adornado graciosamente y en donde continuamente tocaba el conjunto de música de la ciudad. Llegó con un destacamento de soldados nacionales que tenían un aspecto bastante haraposo, y que con cierta presunción nos llamaban “amigos” o “camaradas”.²¹ Con ellos hicimos guardia al emperador durante la noche. Al día siguiente continuó su viaje a Orizaba por la carretera a Acultzingo, en tanto que nosotros salimos un par de horas después hacia Tehuacán de las Granadas. El camino corre por un llano desértico de arena cuya monotonía sólo se veía interrumpida por rectos cactus y finos agaves; pasamos por la hacienda de El Sol y el rancho El Encinal y llegamos al pueblo de La Cañada Istapa ubicado en la carretera entre Orizaba y Puebla. Después de un día de descanso en esa ciudad que está bastante despoblada, continuamos el 10. de mayo por la carretera principal de Orizaba, para lo cual tuvimos que bajar por una ladera boscosa donde la senda desciende en forma de zigzag a través de un agradable bosque de robles hasta un valle en cuyo fondo corre un riachuelo cruzado por un gran puente de piedra llamado Puente Colorado. Al otro lado del valle el camino a Orizaba sube por las montañas

²¹ La rivalidad y la antipatía entre los diversos contingentes que conformaron el ejército multinacional imperial fueron muy acentuadas. Los austriacos y los belgas resintieron la prepotencia de los franceses, y éstos consideraban a los mexicanos como inferiores: el capitán francés Vauson escribió: “los soldados [mexicanos] nos saludan y jamás, pero jamás, un oficial de esta nación es saludado por un oficial europeo. Los tratamos peor que a los turcos”. Jean-Francoise Lecaillon, *Napoleón III et le Mexique*, París, Edition L'Harmattan, 1994, p. 138.

hasta las famosas Cumbres de Acultzingo, mientras el camino hacia Tehuacán gira a la derecha en el puente y continúa por el centro del valle. Por ese camino llegamos al mediodía a San Pedro Chapulco,²² un simpático pueblo con una bonita iglesia cuya torre alta y espigada es derribada cada dos años por los terremotos, pero igualmente es reconstruida por los infatigables indígenas. Todo el valle está bien cultivado y contrasta armoniosamente con la meseta desértica y arenosa que se encuentra más arriba.

Durante el trayecto, nuestro corneta, un eslovaco, se había emborrachado tanto que ya no podía caminar más, por lo que conforme al reglamento fue desnudado hasta la cintura, se le recogió el uniforme y el equipo, y se le abandonó a su suerte. No supimos más de él; probablemente fue asesinado por algún guerrillero.

Desde San Pedro el camino continúa por un valle bien cultivado y se va ensanchando hasta pasar por la gran hacienda de Santa Ana, donde justamente estaba entrando la cebada en carros tirados por bueyes, misma que de ahí sería transportada hacia una hacienda todavía más importante, la de El Carnero, a la cual llegamos con la luz de la luna. Los trabajadores celebraban alguna fiesta y nos divertimos mucho con ellos bailando danzas regionales mexicanas; particularmente el muy apreciado jarabe que en alguna forma se parece a la czarda húngara.

A la mañana siguiente, después de algunas horas de marcha, pasamos por el llano más ancho del valle, que por lo general desde aquí hasta la ciudad de Tehuacán de las Granadas está cubierto por extensa maleza de acacias espinosas con las cuales se alimentan las cabras y ovejas del lugar. Es una ciudad con casas de techos planos, calles anchas y aproximadamente 6,000 habitantes. El clima es agradable y fresco, el cielo casi siempre está despejado y la lluvia es escasa, incluso durante la estación lluviosa. Los campos del extenso valle, en los que se encuentra la ciudad, están provistos de canales para regarlos con frecuencia, lo que se ve facilitado por el hecho de que el valle tiene un declive hacia el sur. Desde su fondo, que al igual que el llano donde se asienta la ciudad de Puebla es de cal, se continúa al sur hasta llegar a la ciudad de Teotitlán del Camino donde ya se puede apreciar el paisaje montañoso y salvaje

²² Casi todos los pueblos mexicanos tienen dos nombres; uno corresponde al lugar geográfico y el otro al santo patrón del pueblo. Así, por ejemplo, es el caso de San Andrés Chalchicomula o San José Acateno, etcétera, deben mencionarse los dos nombres si no se puede incurrir en un error (nota del autor).

del estado de Oajaca. Tehuacán tiene varias iglesias importantes, entre ellas la del Carmen que está conectada con un gran monasterio utilizado como cuartel, y la catedral que casi siempre está en reparación como consecuencia de los temblores. Por la misma razón las casas sólo tienen un piso, pero están bellamente pintadas y bien construidas; en sus interiores cuentan con fuertes columnatas y fuentes, lo que las hace ser residencias sumamente agradables aun en la temporada de mayor calor. Una industria curiosa de Tehuacán es la de la preparación de dulces en cajas: son jaleas hechas de uva, higo, membrillo y de otras frutas que una vez colocadas en cajitas de madera se distribuyen por todo el país puesto que su calidad es muy apreciada.

La ciudad también cuenta con un pequeño teatro y con un acueducto, mismo que lleva el agua a las fuentes desde las montañas. A aproximadamente media legua al sureste de la ciudad se localiza el gran cerro Colorado; la montaña roja donde los insurgentes infligieron en 1811 una sangrienta derrota a los españoles. Al este de Tehuacán se eleva un paisaje de montaña salvaje con espléndidos bosques de roble y pino; es la llamada sierra Zongolica que cuenta con una ciudad del mismo nombre y hasta donde unas bandas juaristas al mando de un tal Amador se habían refugiado recientemente. Éstas, sin embargo, fueron sometidas pocos meses después. Cuando llegamos a Tehuacán se encontraban en él dos compañías de cazadores, de cuyo almacén se nos suministraron alimentos para cinco días. Después de un día de descanso continuamos la marcha hacia el sur.

En virtud de que muchas de las comarcas que atravesábamos eran poco pobladas y pobres, se tenía que proveer a las tropas anticipadamente de café, azúcar, arroz y pan, los que se guardaban en las cacerolas que llevaban en los macutos. El pan era de grandes hogazas redondas que cada hombre transportaba en su bolsa. La carne se encontraba fácilmente, por lo que generalmente en las noches se mataba un buey o una oveja y se hacía una buena sopa. En un país donde los caminos casi siempre son sendas, el equipaje tiene que ser cargado en las espaldas de las mulas, y ese medio de transporte era la única forma de resolver el problema de la alimentación.

Después de haber atravesado el valle y pasado la pequeña ciudad de Santa María Guapa, subimos por áridas montañas de arcilla que no producen otra vegetación que no sea acacias y cactus. Algunos eran gordos, otros bajos o esféricos y todos tenían grandes espinas; de repente eran altos y delgados o estaban llenos de ramas en forma de candelabro o tan sólo tenían un largo tron-

co que llegaba a tener hasta 40 pies de altura. También la yuca se ve esporádicamente en las laderas desnudas y de resplandeciente blancura donde el sol quema como si fuera una corriente de fuego. En un valle profundo ubicado entre estas montañas se localiza una venta en la que algunos trabajadores estaban preparando la sal extraída del agua proveniente del fondo del valle; el agua se vierte en grandes recipientes planos que se dejan evaporar al calor del sol. La sal fina se usa para la comida y la más gruesa y sucia para el ganado, y se distribuye por toda la comarca. Después de caminar una larga legua a través de las montañas llegamos a la ciudad de Zapotitlán, que por su producción de sal también recibe el nombre de Salinas; se localiza en un estrecho valle desértico y árido. Además de la sal también produce uvas, que son famosas por su tamaño y dulzura, y se cultivan en los jardines de las casas en pequeñas cantidades.

Al día siguiente salimos de Zapotitlán rodeados por un paisaje montañoso igual que el del día anterior, y llegamos al miserable pueblo de Acatepec situado en la cumbre de una inmensa montaña de arcilla. Pasamos la noche en un pequeño lecho seco en la otra orilla de la montaña y al día siguiente partimos rumbo a Chazumba. El camino hacia esta ciudad es todavía más difícil que el de Tehuacán a Acatepec, puesto que la montaña es de pizarra de color roja y negra con espacios de arcilla y su camino es una senda casi invisible que serpentea entre las rocas y el abismo. Chazumba se localiza en un valle rodeado de montañas de pizarra roja con vegetación de árboles y arbustos, lo cual hace un gracioso contraste. La ciudad es típicamente indígena, y al igual que Acatepec está poblada por la tribu mixteca que habita hasta el Pacífico y Oajaca. La fatigosa marcha de los últimos días nos obligó a tomar un día de descanso, en especial para reparar el calzado. Permanecimos ahí hasta el día siguiente, lo que nos permitió presenciar el día del mercado semanal al que acuden gran cantidad de indígenas para vender maíz y frutas.

La comarca de Chazumba está surcada por profundos y estrechos abismos creados por la intensa lluvia, y en algunas partes se observan formaciones semejantes a los conocidos *prebischtor* de Suiza. Entre las montañas más grandes se encuentra la llamada por los indígenas Chucusaa, misma que se distingue por su majestuosidad y densa vegetación; en ésta nace una bella flor púrpura y vellosa de la familia de las malvasías que llama mucho la atención. En la iglesia del pueblo encontré, fijada en la pared, una carta pastoral del obispo de Puebla por medio de la cual prohibía a los creyentes la lectura de ciertos

libros excomulgados, entre los cuales se mencionaba a *Emile* de Rousseau²³ y *La cabaña del tío Tom*.²⁴ Era más que obvio que los buenos indígenas de Chazumba, que no podían hablar un español inteligible y mucho menos leerlo, no iban a violar la prohibición de su excelencia leyendo el *Emile* de Rousseau. Pobre Jean Jacques... ni siquiera en el lejano México dejan de perseguirte.

El 8 de mayo dejamos la simpática Chazumba y emprendimos nuevamente el trayecto a través de montañas que cada vez estaban más pobladas de bosques; nos dirigimos al poblado indígena de Tequistepec situado en un valle verde que conduce hasta Miltepec. Esta es una ciudad importante con muchos indígenas y sombreada por grandes naranjos y zapotes; altos pinos del género *Taxodium Montezumae* crecen a lo largo de la orilla de su río. Al siguiente día continuamos río abajo, y después de pasar los pueblos de Cuyotepeji, Camotlán y Huajolotitán, llegamos al mediodía a la importante población de Huajuapán de León, donde deberíamos permanecer por algunos días en espera de la otra mitad de la compañía con la que marcharíamos hacia Oajaca.

Hujuapán se encuentra en la orilla derecha del mencionado río y consiste de varias casas de piedra que rodean la plaza principal, así como de chozas de palmas en sus alrededores. Aproximadamente tiene 2,000 habitantes, quienes se han hecho famosos por su mentalidad clerical; ello fue demostrado poco antes de nuestra llegada al defenderse del ataque del jefe juarista Félix Díaz,²⁵ comúnmente llamado "el Chato". Éste, con 700 hombres, atacó la ciudad sin poderla tomar ante la feroz resistencia de sus habitantes que fueron auxiliados por un pequeño destacamento de caballería que todavía se encontraba ahí cuando llegamos. La iglesia estaba fortificada y las calles que conducían a la plaza bloqueadas con barricadas.

²³Jean Jacques Rousseau (1712-1778), miembro del grupo de enciclopedistas franceses (era suizo) cuyas ideas dieron contenido ideológico a la Revolución francesa. Sus libros fueron satanizados por la Iglesia, los conservadores y los monárquicos en virtud de sus ideas de cambio y revolución; sus obras más conocidas fueron *Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755), *El contrato social* (1762) y *Emile* (1762) que en forma novelada se refiere a la educación liberal y no religiosa.

²⁴*La cabaña del tío Tom* fue escrita en 1852 por Harriet Elisabeth Beecher Stowe (1811-1896) y provocó un escándalo político en Estados Unidos por el ataque que hacía a la injusticia de la esclavitud de los negros. Cuando el presidente Abraham Lincoln conoció a la novelista, le dijo: "Así que usted es la pequeña dama que escribió el libro que provocó esta gran guerra (la Guerra Civil)." Paul Johnson, *A History of the American People*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997, p. 366.

²⁵Félix Díaz (1833-1872) nació en Oaxaca y con el apoyo de su hermano Porfirio Díaz hizo la carrera militar. Hasta 1860 luchó al lado de los conservadores, pero en ocasión del sitio de Oaxaca se pasó a las filas liberales. Luchó contra los franceses en Veracruz y en el sitio de Puebla, y participó en la toma republicana de Oaxaca; entró triunfante con su hermano a la ciudad de México a la caída del Imperio y fue nombrado gobernador de Oaxaca.

El clima es bastante caliente puesto que la ciudad está situada mucho más abajo que Tehuacán, y por ello las fiebres intermitentes no son raras. Curiosamente el 11 de mayo tuvimos una fuerte granizada acompañada de grandes truenos; enormes trozos de hielo de media pulgada cayeron al suelo y de inmediato se derritieron. A los 10 días finalmente llegó la otra mitad de nuestra compañía y juntos emprendimos la marcha hacia Oajaca, donde deberíamos relevar a los franceses que tres meses atrás habían conquistado esa ciudad y tomado prisionera a toda la guarnición enemiga, casi 4,000 hombres.

El camino se inició por unas montañas de arcilla desnuda, y cruzamos el pueblo de Cacalo hasta llegar a la gran hacienda de San Andrés la Matanza. El nombre lo recibe por la gran matanza anual que se lleva a cabo de cabras y ovejas, cuya carne es secada y distribuida en todo el país. El camino, que continúa por un valle estrecho enmarcado de altas e inclinadas sierras, contiene una magnífica vegetación de árboles frondosos, de enormes flores amarillas y blancas, de trepadoras y de acacias. A las dos leguas el camino se estrechó aún más y trepamos a una cima que nos proporcionó una vista espectacular del sur y del oeste: un increíble paisaje alpino donde siete distintas sierras se elevan, una detrás de otra, perdiéndose la última bajo el cielo azul. En esta cumbre está situada una miserable aldea indígena, Tula, cuyos habitantes sólo hablan la lengua mixteca y en español tan sólo saben decir “agua” y “pan”. Fue sumamente difícil entendernos con el alcalde, la autoridad local, para poder adquirir una vaca con que alimentar a la tropa.

Después de pasar una noche bastante fría en esa cima, al día siguiente bajamos a un estupendo valle bañado por el llamado río de Oro con grandes campos verdes y magníficas cascadas. De ahí pasamos por una loma hasta otro valle también hermoso donde se sitúa una ciudad de considerables dimensiones: Tamazulapan. Sus habitantes son indígenas de la tribu chocherne y viven mezclados con los mixtecos del distrito de Caixtlauaca que hablan una lengua distinta a la de ellos. Ahí tomamos un día de asueto y tuve la oportunidad de conocer al sacerdote don Gabriel Pimentel, hombre erudito e ilustrado que más tarde sería uno de mis mejores amigos en México. Tamazulapan es una ciudad rica rodeada de campos de cereales bien regados que producen el estupendo trigo mixteco, así como de una sierra totalmente cubierta de magníficos bosques de robles. La sierra se separa de otra muy similar por medio de un amplio valle llamado La Cieneguilla, el cual se prolonga hasta otro que se halla encerrado por montañas de pizarra roja donde se ubica la ciudad de Yanhuítlán.

Este es un lugar que desde la antigüedad indígena era famoso por ser residencia de un gran rey mixteco, y que lo continúa siendo por su comercio e imponente iglesia y monasterio que han sido fortificados por los franceses. Continuamos a la mañana siguiente el trayecto y atravesamos los pueblos de Yucucún y San Andrés Sinastla hasta llegar a Nochistlán, que es la ciudad más grande del área mixteca y que tan sólo se encuentra a dos leguas de Yanhuatlán en un llano de tierra fértil rodeado de profundos abismos. Todo el llano está densamente poblado de aldeas y haciendas y está muy bien cultivado. La ciudad comercia principalmente la harina de trigo y es sede de un prefecto. Un nuevo y magnífico edificio alberga al ayuntamiento, que situado a un lado de la plaza mayor tiene una elegante columnata; en los otros lados se localiza un buen número de tiendas bien surtidas.

El camino continúa a través de más montañas de arcilla y atraviesa los pueblos de Adeques y San Pedro Quilitongo hasta el plácido Huahuclia cuyas casas se encuentran dispersadas al pie del monte. De este pueblo se baja a un abismo, y se continúa por un río que con energía se lanza contra los enormes bloques de roca que se elevan a su paso y que al cerrarse en las alturas apenas dejan que el cielo se vea como una fina raya. Continuamos bajando por espacio de casi una hora hasta que el abismo se abrió e ingresamos en un hermoso valle cubierto de magníficos bosques que es cruzado por el río San Antonio. Para nuestra fortuna la estación de lluvias aún no había comenzado, por lo que el río tan sólo tenía dos pies de profundidad, y no los tres o cuatro codos que llega a tener. En un cerrito a la orilla se localiza el rancho donde pasamos una noche tranquila gracias a que el aire estaba saturado del aroma de los bosques.

Temprano por la mañana dejamos el rancho a la orilla del río San Antonio y doblamos hacia la derecha para alcanzar otro valle con un río más pequeño, mismo que tuvimos que cruzar de un lado a otro más de 100 veces. En México, el valle que contiene un río se llama "cañada", y la que atravesamos se denominaba cañada de La Nopalera puesto que en ella hay un rancho con muchos cactus con ese nombre. Este valle es muy conocido en el estado de Oajaca, tanto por su terrible camino de piedras que se prolonga por dos leguas, como por los múltiples robos que ocurren en él; las laderas que lo encierran están cubiertas de densos bosques que lo hacen propicio para esas actividades.

A la mitad del valle y en su parte izquierda se encuentra una pequeña cima redonda que lleva el nombre de El Bernal. Cuando se ha pasado el rancho de La Nopalera, se sube por una ladera inclinada de pizarra roja recubierta con fér-

tiles bosques de robles, y finalmente se arriba al poblado de Las Sedas. En éste el ya mencionado Félix Díaz infligió en 1860 una importante derrota al general clerical Cobos que se retiraba de Oajaca. De Las Sedas se pasa a otro valle con hermosos árboles de grandes flores que dan sombra al camino y hacen que éste se asemeje a una alameda. El valle se va ensanchando y a legua y media de distancia se llega al extremo norte del enorme y espectacular valle de Oajaca; nos detuvimos en la ciudad de San Francisco Huitzo para reposar después de la penosa marcha de más de seis leguas.

Nuestros hombres se pusieron sumamente contentos cuando fueron informados que ya tan sólo nos faltaban cuatro leguas de camino, pues una travesía como la nuestra desde el Paso del Macho hasta Oajaca a través de 60 leguas de montañas salvajes acaba siendo agotadora. Partimos al día siguiente entonando alegres canciones por la carretera que nos hizo cruzar el río Atoyac y gran cantidad de pequeñas y grandes poblaciones, particularmente las de San Pablo y Santiago Huitzo. Ya se puede imaginar el júbilo que nos provocó descender de las montañas y encontrarnos con ese espléndido valle verde cuyo aire suave, impresionante riqueza de flores, frutas, campos coloridos y umbrosos árboles, nos hizo creer que al frente teníamos el paraíso. Hacia el mediodía llegamos a la hermosa y rica villa de Etna; importante pueblo con una graciosa iglesia y un gran monasterio que contiene algunos antiguos frescos bien conservados.

Los indígenas de aquí ya no son mixtecos sino zapotecos, pues los primeros sólo se encuentran hasta Huitzo. Los zapotecos son una tribu de gente inteligente y bella que en la antigüedad tenía un gran reino en este valle. Después de pasar por el pequeño pueblo de San Sebastián y por la hacienda Blanca, atravesamos el largo suburbio de El Marquesado hasta llegar a la ciudad de Oajaca. El 31 de mayo desfilamos orgullosamente por las bellas calles de esta imponente ciudad, cuyos habitantes se arremolinaban para ver pasar a los primeros austriacos que llegaban. La compañía fue alojada en un monasterio, en el convento de la Concepción que se encuentra en la plaza grande, y en éste finalmente pudimos descansar de la larga jornada y cobrar nuevas energías para disfrutar la placentera vida de Oajaca.

OAJACA

Al sur de México, abajo del paralelo 18, se localiza en un fértil valle la ciudad de Oajaca, capital del estado del mismo nombre. El mero enunciamiento de su nombre evoca la imagen del paraíso terrenal; el extranjero que alguna vez ha visitado esta ciudad siempre se acordará de ella con gran anhelo.

El estado de Oajaca, uno de los más ricos y poblados de la República de México,²⁶ es una y media veces más grande que Dinamarca incluyendo los ducados,²⁷ y aproximadamente tiene 600,000 habitantes; 4/5 son indígenas de diferentes etnias. Al centro del estado se extiende, en dirección norte-sur y a una altura de 5,200 pies sobre el nivel del mar, el maravilloso valle de Oajaca, que rodeado de montañas de mediana altura espesamente cubiertas de bosques, es atravesado por el caudaloso Atoyac, o río Verde. Está cuajado de pequeños y grandes pueblos, así como de haciendas circundadas por verdes campos donde se produce, además de la caña de azúcar y el plátano, el trigo y el trébol; también el manzano que esparce una fina nieve de flores sobre el cactus y las espinas de la piña. Aquí se mezclan las fragancias de la naranja y del limón con los olores de los jardines plagados de flores y de setos de rosas; aquí se escabullen lagartos multicolores de extrañas formas entre las sombras húmedas de los pantanos, al tiempo que el águila real se deja caer desde las alturas al avizorar alguna presa en el valle. Debajo de enormes árboles um-

²⁶ Nótese que siempre se refiere al país como a una República a pesar de estar sirviendo al régimen imperial.

²⁷ Se refiere a los ducados de Slesvig y Holstein que Dinamarca perdió durante la guerra con Prusia de 1864.

brosos se sitúan las sencillas chozas donde una población, contenta y trabajadora, vive días felices en esta bendecida comarca; qué razón tienen los autores que la han descrito como un verdadero paraíso.

La anchura de la cuenca varía entre una y cuatro leguas, pero esta última dimensión sólo se da en el lugar donde se sitúa la ciudad de Oajaca. En este sitio nace hacia el este otro valle de considerable dimensión, mismo que recibe el nombre de la ciudad más grande que se encuentra en él: valle de Tlacolula. Aquí se encuentran las conocidas y estupendas ruinas de los palacios reales zapotecos de Mitla. La capital se halla convenientemente situada entre las tres principales partes de la cuenca; en el norte en el también llamado valle de ETLA, en el sur en el denominado valle de Ejutla o valle Grande, y en el del este.

Oajaca fue fundada en 1532 por un oficial de Cortés, Nuño del Mercado, quien primeramente le dio el nombre de Antequera porque había nacido en esa población de Andalucía; más tarde le fue cambiado por el actual al encontrarse en ella una ciudad zapoteca de ese nombre. Cortés, seguramente embelesado por la belleza del territorio, con enorme gusto se dejó adjudicar por Carlos V una gran parte del norte del valle en calidad de marqués. Por ello el suburbio norteño lleva el nombre de El Marquesado. Al igual que todas las ciudades mexicanas, la de Oajaca está construida a base de calles tiradas a cordel y bien calzadas, que se cruzan en ángulos rectos y grandes plazas. Las casas normalmente son de uno o dos pisos, están provistas de balcones y techos planos y se erigen una junta a la otra en cuadras regulares; las construcciones sólo son interrumpidas por las grandiosas iglesias o monasterios que se elevan entre ellas. Principalmente son de piedra, pues la madera se limita a las puertas y a las finas vigas que soportan el techo, mismo que siempre es de ladrillos cubierto de cal. Al igual que en otras partes del país, el interior de las casas está principalmente destinado a proporcionar tanta frescura como sea posible. Las casas constan de cuatro alas conectadas entre sí, y se enmarcan con un gran patio cuadrado; éste es de anchas columnatas y de grandes losas, y en él se puede pasar el día entre las grandes y magníficas plantas que sirven de adorno y la fuente que, a la mitad del patio, aumenta la frescura del lugar. El suelo de las habitaciones siempre está cubierto de grandes losetas cuadradas que facilitan la frecuente limpieza. Los techos planos permiten dar largos paseos nocturnos, puesto que se puede caminar sobre todas las casas vecinas de la misma cuadra; esta facilidad tiene diversos propósitos, tales como el secar la ropa al sol. Los techos de las casas, llamadas azoteas, juegan un importante papel en la vida

doméstica mexicana. Por lo general la azotea está rodeada de un muro de dos o tres pies de altura, mismo que puede servir de parapeto en caso de batallas callejeras o de un sitio. La lluvia es desviada por medio de tubos de hojalata que sobresalen hacia la calle y dejan caer el agua en pequeñas cascadas que forman un ancho arrollo que corre a la mitad de la calle.

En el centro de la ciudad se encuentra la plaza de Armas adornada con una graciosa fuente y circundada por importantes edificios de portales, entre los que destaca por su gran estilo el de Gobierno. A los costados se localizan diversas tiendas, y frente al palacio de Gobierno se sitúa la catedral. En la esquina noroeste de la plaza se inicia la alameda, paseo típico que nunca falta en una ciudad española y que consiste de varias avenidas paralelas con bancos de piedra y fuentes sombreadas por magníficos árboles. Durante el día principalmente se ve a los mestizos un tanto haraposos y a los indígenas tomando la siesta sobre las bancas, así como a las vendedoras de frutas con sus grandes cestas. Cuando se pone el sol y el aire se torna más fresco, hace su aparición el mundo fino de la ciudad; especialmente múltiples damas que salen a disfrutar la frescura de la noche. Ese es el momento en que se pueden observar a las famosas oajaqueñas reputadas por su vivacidad y agradables movimientos; se pasean con gracia y dignidad luciendo todos los matices existentes de colores y conversando alegremente con galantes caballeros. Como se dice aquí, toman el fresco en la plácida noche que, como un suave abrazo, revive los espíritus de una vida que es más bien perezosa. Los paseos nocturnos son frecuentemente amenizados con música.

La catedral es un majestuoso edificio de piedra arenosa y dura de color verde; en virtud de que ésta se encuentra en grandes cantidades en los alrededores, comúnmente se le utiliza para construir los edificios más importantes. La catedral tiene dos torres bajas en el extremo oeste y en medio de ellas destaca la fachada principal sobrecargada de estatuas y trabajos escultóricos; lamentablemente tiene un aspecto demasiado confuso como para que pueda ser considerada como grandiosa. Las diversas capillas anexas y la casa del párroco tampoco favorecen la armonía general del conjunto. Además de la catedral, la ciudad cuenta con otras 25 iglesias, muchas de las cuales están conectadas a otros tantos conventos. Entre éstas destaca la de La Concepción situada al costado del palacio de Gobierno, así como la de La Soledad y de San Francisco que en verdad son edificios magníficos. Todas ellas, sin embargo, son sobrepasadas por el gran monasterio dominicano, el convento de Santo Domingo localizado en la parte alta del norte de la ciudad, y que se compone de enormes edificaciones rodeadas

por un muro masivo de ocho pies de altura; dado que materialmente domina la ciudad, ha desempeñado un papel relevante en las guerras civiles. Cerca de él se halla el monasterio carmelita del Carmen, un poco más lejos la iglesia de la Sangre de Cristo y Xochililco, y un poco fuera de la ciudad, sobre un hermoso llano, la de Guadalupe. A lo largo de los años los frailes y las monjas han venido siendo expulsados de sus conventos, por lo que ahora son utilizados para impartir misa, o como cuarteles y almacenes.

Entre otros edificios de importancia figura el del obispado situado frente a la catedral y construido en el mismo estilo de los palacios reales indígenas de Mitla. Al lado del obispado se encuentra el Instituto de Ciencias y Artes que es una especie de bachillerato donde, al igual que en nuestras escuelas y universidades, se prepara a los jóvenes para que se conviertan en abogados y médicos. En éste se encuentra la única biblioteca pública del estado, misma que cuenta con un gran salón de lectura. Las colecciones de libros se han formado con las que se han tomado de los conventos, por lo que se componen de una abrumadora cantidad de textos teológicos y piadosos, así como de interesantes volúmenes sobre literatura mesoamericana y por unas cuantas obras, escritas en las lenguas nativas por los propios monjes, sobre el pasado indígena. La colección es considerable puesto que posee alrededor de 16,000 tomos. Como podría esperarse, otro tipo de colecciones, tales como las de física, son deficientes, razón por la que no puede esperarse que los profesores y estudiantes de Oajaca tengan conocimientos profundos de física o de historia natural. No deja de ser sorprendente que bajo las condiciones que han imperado en México durante los últimos 40 años, se haya podido mantener el interés por la ciencia y el estudio; es un verdadero honor para Oajaca haber conservado el prestigio que siempre ha tenido por la capacidad y talento de sus hijos.

La mayoría de los hombres más destacados de la historia contemporánea del país, Juárez,²⁸ Porfirio Díaz, Mejía, Romero, etcétera, nacieron y se educaron

²⁸ Benito Juárez (1806-1872) nació en San Pablo Guelatao, y a los 13 años marchó a la ciudad de Oaxaca sin hablar español; estudió en el seminario de la Santa Cruz y en el Instituto de Ciencias y Artes donde se recibió de abogado en 1834. Fue profesor, regidor, diputado local, ejerció la abogacía y llegó a ser gobernador del estado. Siendo gobernador fue hecho prisionero y desterrado por orden de Santa Anna, y al triunfo de la Revolución de Ayutla ocupó en 1855 el Ministerio de Justicia bajo la presidencia de Juan Álvarez. En 1856 fue de nuevo gobernador de su estado natal; en 1857 fue nombrado ministro de Gobernación y en ese mismo año presidente de la Suprema Corte de Justicia; a raíz de la proclamación conservadora del Plan de Tacubaya fue hecho prisionero, y una vez liberado en enero de 1858 asumió en Guanajuato la Presidencia de la República. Regresó triunfante a la capital en enero de 1861 al concluir las guerras de Reforma; en 1862 se inició la intervención francesa y en mayo de 1863 abandonó la capital ante el avance de las tropas francesas; durante la resistencia contra la invasión trasladó su gobierno a San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey, Chihuahua y Paso del Norte.

en Oajaca. El clero tiene sus propios seminarios para la educación de los sacerdotes, pero en éstos difícilmente figura la ciencia. Su educación se centra en el aprendizaje de los rituales, de la historia de algunos de los padres de la Iglesia y hasta de un latín rudimentario, pero no se estudia en lo más mínimo el griego, el hebreo, la historia crítica de la Iglesia, etcétera. Considerando las circunstancias, se ha hecho un gran esfuerzo para educar al pueblo, existiendo para ello numerosas escuelas populares y de primeras letras que proporcionan a las clases bajas un nivel de conocimientos comparable, por ejemplo, al que se imparte al pueblo llano en Francia. En las ciudades casi dos tercios de la población saben leer y escribir.

No lejos del instituto se encuentra la Casa de Moneda; un recio edificio de dos pisos donde se acuña la plata y el oro extraído en el estado. Las monedas locales se reconocen por una "O" debajo del sol de la libertad. Entre las minas más importantes que suministran el metal precioso a la Casa de Moneda se encuentran las muy ricas de la sierra de Villa Alta del pueblo de Ixtlán, y aunque distan mucho de poderse comparar con la inagotable riqueza de Zacatecas, Durango o Guanajuato, anualmente se acuña en Oajaca alrededor de medio millón de dinares en pesos, onzas y monedas pequeñas. A pesar de que durante 1866 Oajaca se vio sumida en las luchas revolucionarias, se lograron acuñar en su Casa de Moneda las siguientes cantidades:

Mes:	Plata:	Oro:
Noviembre:	12,628 1/2 pesos	2,339 pesos
Diciembre:	20,721 1/2 pesos	2,434 1/2 pesos

En nuestra moneda lo anterior equivale a 24,206, 20,715, 4,467 y 4,649 dinares, y dada la deficiente separación que se hace de los metales, los pesos de plata llegaban a contener algo de oro, lo que les da un brillo dorado.

Además de los señalados edificios públicos, también destaca la gran cárcel de Santa Catarina ubicada en la pequeña plaza del Rosario, misma que ocupa una cuadra entera. La cárcel cuenta con la inevitable capilla donde suelen pasar su última noche los condenados a muerte. Fuera de la ciudad, hacia el norte, se extiende un llano plano denominado "El Panteón"; es un cementerio compuesto de una gran plaza cuadrada y rodeada de un grueso muro que alberga los nichos que, una vez que se coloca en su interior el ataúd, son cerrados por medio de trabajos de albañilería.

Finalmente también debe mencionarse el estupendo acueducto que provee de agua a la ciudad desde las montañas situadas a una media legua; es un canal de ladrillos soportado por altos arcos que se elevan sobre numerosos abismos. El agua se distribuye en la ciudad a través de tubos que la conducen hasta las fuentes y estanques; el líquido se convierte en las calles del Carmen y de Santo Domingo en dos pequeños riachuelos que corren de norte a sur, proporcionado a su paso una agradable frescura y sirviendo de baño público a la plebe y a los indígenas, a quienes, sin el menor recato, se les suele ver desnudos refrescándose y lavando su única camisa, la que en forma de harapo portan sobre sus morenos hombros.

Además de la citada plaza de Armas existen otras de menor tamaño llamadas plazuelas, tal como la de la Sangre de Cristo donde se encuentra el teatro de la ciudad. La más importante es la de la Alhóndiga localizada atrás del monasterio de La Concepción, donde se hace el mercado diario de frutas. En uno de sus lados se levanta el gran edificio de piedra con portales denominado la Alhóndiga donde se venden, bajo la supervisión de las autoridades, los granos, en especial el maíz. Diariamente se congrega en la plazuela la población indígena de ambos sexos que llega desde las afueras con burros cargados de productos de la tierra; algunos realizan el transporte ellos mismos mediante una ancha cinta que se colocan en la frente y que sujeta la carga que portan en las espaldas. En una larga hilera de cobertizos improvisados los comerciantes tienen sus puestos ofreciendo pañuelos, mantas, incienso, velas, etcétera, y también se instalan por doquier restaurantes ambulantes donde las indígenas o las mestizas ofrecen, en grandes pucheros de barro, platillos nacionales: mole con pimientos españoles picantes, salsas con trozos de carne, frijoles, etcétera. Las mujeres se sientan sobre unos pequeños tapetes de paja y se rodean de grandes cestas repletas de toda clase de frutas que impregnan el ambiente con fragancias medio aromáticas y medio cebollentas. Sobre grandes hojas frescas se apilan montones de deliciosas naranjas, melocotones, manzanas, peras, piñas, guayabas, cocos, higos, melones, limones, plátanos, tomates (*solanum lycopersicum*), chiles (*capsicum*), papayas (*carica*), papas, calabazas, y mucho más, todo lo cual puede ser adquirido por poco dinero. En virtud de que entre todo ello abundan flores de todos colores, no se necesita mucha fantasía para creer que uno se encuentra en el jardín de las Hespérides.

Cuando se deja a las vendedoras de frutas, se pasa a otro grupo de pequeños puestos donde se ofrece carne fresca, cuyo negocio es menor al de la fruta pues-

to que la población mexicana se alimenta fundamentalmente de vegetales. Más allá se sientan en largas filas indígenas con grandes gavillas de paja color verde, de maíz, de jugoso trébol, de alfalfa, etcétera, mismos que llegan a medir hasta dos codos y que diariamente son traídos a la ciudad para los caballos, ya que rara vez se les lleva a los pastizales. El pasto proviene de las haciendas vecinas y es transportado en burros o en toscos carros con dos masivas ruedas enganchados a majestuosos bueyes o toros, los que son dirigidos con gran maestría. Por todos lados se ven compradores y vendedores; viejos y jóvenes, criollas blancas que acompañadas de sus respectivas muchachas efectúan sus compras con aire de gran dignidad, indígenas de color negro-moreno, mestizos pobres, etcétera, todos se mezclan y charlan, no sólo en español sino también en alguna de las 19 lenguas que se hablan en Oajaca, entre las que sobresale el melodioso zapoteco.

Además del mercado diario existe el semanal que se celebra los sábados en la gran Plaza de Armas. En éste no se venden frutas sino productos de artesanía procedentes de todo el país, especialmente bella alfarería de apariencia antigua, canastas y cuerdas de fibras de agave –el llamado iztle–, sandalias, zapatos, herrería, guitarras fabricadas por los indios de las montañas, mantas de lana, sarapes, ropa de algodón, etcétera. El ruido y el tráfico alcanzan en ese día su clímax, pues la ciudad se llena de familias de indígenas que incluyen hasta los pequeños que cuelgan en las espaldas de sus madres sostenidos por una especie de gran pañuelo. Por la alameda, los portales, las puertas de las iglesias, etcétera, aparecen los indígenas comiendo o descansando, dando a entender, sin el menor recato, que todas las calles y plazas les pertenecen. En la noche los caminos de la ciudad se saturan con la gente que regresa a sus casas; muchos han disfrutado profusamente de la bebida, por lo que van casi colgados de sus burros llevando a sus hijos dentro de las grandes canastas ya vacías. Charlando animada y burlonamente regresan a sus chozas en la orilla del río o en los apartados valles de las montañas.

Durante los sábados, en una destartalada finca que se encuentra en la parte trasera de la Alhóndiga junto a la iglesia de San Juan de Dios, se lleva a cabo el mercado de caballos, al que se llama el Baratillo; es un rastro en donde se puede adquirir por 10 o 15 pesos un animal del género equino que, por las deplorables condiciones en las que generalmente se encuentra, da la impresión de ser un decadente descendiente del amable Rocinante. Los mejores caballos de la región son robados, por lo que ya se puede imaginar la clase de gente que se

dedica a este negocio. Cuando se compra un caballo se debe solicitar un certificado de venta, pues de lo contrario el comprador puede ser tomado por un cuatrero y detenido por las autoridades.

La alegría que la población oajaqueña manifiesta en los días festivos no es menor a la que muestra en su vida cotidiana. El oajaqueño es conocido por su temperamento ligero, su inteligencia y gran hospitalidad, lo que contrasta con el carácter más reservado, serio y santurrón de los poblanos y de la gente del interior, los que por ser descendientes directos de los españoles se parecen más a ellos. Sería incomprensible que la población local fuera sombría o ensimismada, puesto que vive en una región de gran riqueza, cuya naturaleza es generosa y sus cielos siempre están despejados; la agradable brisa que predomina durante todo el año abanica sobre el fresco y florido valle la alegría y el júbilo de las siempre verdes montañas. Es obvio que aquí gustan mucho las canciones y la música; durante las noches de las casas emerge el sonido de la guitarra que acompaña melodiosas canciones siempre relacionadas con las tristezas y gozos del amor. Es común que los jóvenes caballeros lleven serenatas hasta las ventanas de las doncellas, y que, asimismo, siempre se esté dispuesto a improvisar algún baile en cualquier casa a la primera oportunidad.

La población está más mezclada que en cualquier otra ciudad del mismo tamaño, puesto que abundan los indígenas. Sólo un reducido número es de criollos blancos; los mestizos son más numerosos y los indígenas de la tribu zapoteca conforman la mayoría. Éstos gobernaban la parte oriental del estado hasta la llegada de los españoles, y todavía en los alrededores de la ciudad se pueden encontrar importantes vestigios de su poder y de su cultura. Entre los más conocidos se encuentran las ruinas de un castillo de ladrillos situado en la cumbre de una montaña, el llamado cerro de Montealbán, y los castillos reales de Mitla, cuyos trabajos escultóricos mucho se asemejan a los egipcios. En diferentes partes del valle se pueden encontrar ídolos de piedra bien trabajados que llegan a medir hasta tres pies de altura: algunos tienen caras de perro y otros de hombres de tipo zapoteco, los que son fácilmente identificables por su frente fina y alta, y la nariz aguileña que les da un aspecto gallardo.

El dueño de la hacienda de San Jacinto me mostró alrededor de 100 ídolos de diferentes tamaños que ha encontrado en su propiedad. Mi amigo, el doctor don Juan Ortega, que además de ser un diligente médico es un incansable investigador de todo lo relacionado con la historia y naturaleza de su patria –y a quien también debe agradecerse el único mapa preciso que existe del estado–

posee una interesante colección de antigüedades indígenas, entre las que llama poderosamente la atención un jarrón de mármol de una sola pieza; es hueco, esférico y cuenta con tres pequeños pies, siendo digno de admirarse por haber sido fabricado cuando el uso del hierro era aún desconocido.

La tribu zapoteca es una de las más inteligentes, y sin duda puede ser considerada como superior a los famosos aztecas de la época de Cortés. El Presidente de la República²⁹ Juárez, los generales Porfirio y Félix Díaz, el conocido diplomático y general Almonte y otros hombres de igual talento, son todos indígenas puros procedentes del pueblo zapoteco.

La comarca oajaqueña tiene mucho que ofrecer desde el punto de vista histórico, lo que no es menor en cuanto a bellezas naturales. Gran cantidad de fértiles jardines rodean la ciudad, y cuando se pasea por el valle se transita por una ininterrumpida fila de pequeños y cómodos edificios indígenas y de magníficas haciendas, entre las cuales sobresalen las de La Blanca, El Rosario y El Vergel. Al norte de la ciudad se eleva el cerro de la Soledad cuya cumbre está coronada por el baluarte que con orgullo lleva el nombre de "Fuerte Zaragoza", mismo que se conecta con los monasterios de Santo Domingo y del Carmen que dominan la ciudad. La montaña se continúa hacia el norte y se junta con otras dos de mayor tamaño que se elevan hasta una altura de entre 10,000 y 20,000 pies que reciben el nombre de sierra de Villa Alta;³⁰ su pico más famoso es el de Zempoaltepec de 12,159 pies que se ubica en una ciudad del mismo nombre. Hacia el norte, a media legua de la ciudad de Oajaca, se sitúa el bello pueblo de San Felipe del Agua, mismo que recibe ese nombre por el acueducto vecino: es un lugar encantador con estupendos jardines plagados de flores y espesas arboledas. San Felipe es el Charlottenlund o el Klampemborg³¹ de Oajaca, pues proporcionan el panorama más bello que se puede imaginar.

Otro lugar peculiar en los alrededores es la aldea indígena de Tule, situada a una legua de la ciudad de Oajaca por la carretera de Tlacolula. En medio de la plaza central y frente a la iglesia, se encuentra el famoso árbol del género *Toxodium* que de acuerdo con mis repetidas mediciones tiene 127 pies de circunferencia; la pequeña iglesia con sus dos torres no tiene comparación con la majestuosidad del árbol. Los mexicanos lo llaman sabino y frecuentemente se

²⁹ Nuevamente reconoce a Juárez como el Presidente a pesar de estar sirviendo al gobierno imperial.

³⁰ Se llama cerro a una montaña y sierra a una cadena de montañas. La terminación *petl* indica en lengua azteca que se trata de una montaña (nota del autor).

³¹ Charlottenlund y Klampemborg son las dos playas más atractivas de Copenhague.

le encuentra cerca de los riachuelos en tamaños colosales; éste, al que se le denomina como “El Palo de Tule”, sobrepasa en tamaño a cualquier otro. Su corteza está cubierta de múltiples inscripciones, principalmente hechas por oficiales y soldados franceses. Algunos de los graciosos pueblos de los alrededores se sitúan al borde de los abismos de la montaña desde donde corren gran cantidad de arroyos de agua cristalina. Huayapa y Tlalistac son los más encantadores de este edén, mismos que se localizan a una legua de distancia hacia el norte de la ciudad. En tanto que el valle de Oajaca se ve limitado al norte por una inmensa sierra, hacia el sur se extiende a lo largo de 12 leguas, llegándose a ensanchar en algunas partes hasta por tres leguas, para luego estrecharse dejando el espacio necesario para dejar fluir al río Atoyac. Éste, más adelante, cambia su nombre por el de río Verde, y después de pasar el poblado de Jamiltepec desemboca en el océano Pacífico.

En el sur de la ciudad se localizan las importantes ciudades de Ejutla y Miahuatlán; cada una tiene entre 3,000 y 4,000 habitantes y son famosas por su próspera producción de cochinilla. Como es sabido, la cochinilla se cultiva en un nopal de hoja ancha que crece en grandes cantidades en los alrededores de las dos ciudades; el cultivo de estos pequeños animalillos exige grandes cuidados, semejantes a los del gusano de seda. El señor John Innes, ciudadano inglés que ha residido en Ejutla por 20 años dedicándose al cultivo de la cochinilla, me brindó la oportunidad de conocer más a fondo esta importante industria oajaqueña. Aunque la producción de cochinilla ya no tiene la importancia que tenía antes de que se inventaran los colorantes químicos, se siguen exportando aproximadamente 250,000 libras que tienen un valor de 180,000 pesos. Es la exportación más importante del estado, pues otras, como la de la alfarería, los granos, la harina, el calzado, las cuerdas, etcétera, son de mucho menor monto. En un futuro, cuando se mejoren las comunicaciones, sin duda se podrán aumentar las ventas al exterior de otros de los grandes tesoros en minerales y vegetales que posee la región, los que por el momento permanecen sin explotar. En la actualidad el comercio se limita al aprovisionamiento de mercancías manufacturadas y a artículos de ornato suntuarios que provienen de Vera-Cruz o de México, por lo que éste en realidad no desempeña un papel importante en la vida económica de Oajaca como en el caso de Vera-Cruz o de Orizaba. Entre los comerciantes hay no pocos extranjeros, especialmente españoles y franceses, pero también alemanes como es el caso de los dos farmacéuticos.

Esta acogedora zona desgraciadamente ha sido azotada con frecuencia por los horrores de la guerra civil; aunque la división entre los partidos³² ha llegado hasta acá, Oajaca por lo general ha sido liberal y anticlerical. No hace mucho, en 1860, el general Lobo fue sitiado durante tres meses por los liberales hasta que las tropas del general Cuevas acudieron desde México en su auxilio. Posteriormente y después de haber perdido las batallas que tuvieron lugar en Santo Domingo del Valle y en la hacienda de Santa Lucía, Lobo abandonó la ciudad y fue vencido nuevamente en Las Sedas; finalmente acabó refugiándose en la ciudad de Puebla, famosa por su fidelidad al partido clerical. Después de la pérdida de Puebla en 1863, el general juarista Porfirio Díaz³³ se retiró a Oajaca, donde después de varios meses de sitio finalmente rindió el 9 de febrero de 1865 con sus casi 4,000 hombres, a las tropas francesas comandadas por el mariscal Bazaine. Dos años después, el mismo general reconquistaría esta ciudad de los antiguos reyes zapotecas; ocasión en que fui tomado prisionero y sobre lo cual hablaré más adelante.

³² Liberal y Conservador.

³³ Porfirio Díaz (1830-1915) nació en Oaxaca y estudió en el seminario y en el Instituto de Ciencias y Artes; en 1846 se alistó en la Guardia Nacional para combatir la invasión norteamericana. Al triunfo de la Revolución de Ayutla fue nombrado subprefecto de Ixtlán y participó en las guerras de Reforma al lado de los liberales, ascendiendo en 1861 al rango de general brigadier. En ese año fue electo diputado e inició la lucha contra los franceses, participando en la batalla del 5 de mayo y en el sitio de Puebla de 1863 donde fue hecho prisionero al igual que lo fue más tarde en el sitio de Oaxaca. Triunfó en las batallas de Tehuiztingo, Tlaxiaco, Soto, Pinacoteca, Huahuapan, Nichixtlán, Miahuatlán y La Carbonera, tomó Oaxaca el 31 de octubre de 1866, ocasión en que Henrik Eggert fue hecho prisionero.

TRANSPORTE DE PRISIONEROS A PUEBLA

Pasé los meses de junio y julio de 1865 en Oajaca trabajando como secretario del comandante en jefe, y ocupándome de su correspondencia en español. Ello me dio mucho trabajo, puesto que se trataba de organizar la situación militar de un distrito de gran importancia. Además de la guarnición austriaca que poco a poco se había venido integrando hasta componerse de 600 cazadores y de diversos elementos de caballería, en los pueblos aledaños estaban destacadas tropas locales bajo el mando de quienes anteriormente habían sido jefes clericales y que ahora eran imperiales. Éstos, según se acostumbraba en el país, eran casi todos coroneles a pesar de que no tenían bajo su mando más de 40 hombres. Los principales acantonamientos eran los de Teotitlán del Camino en el norte, Tlaxiaco hacia el oeste y Tehuantepec hacia el este, y el continuo intercambio de despachos entre éstos y los prefectos de los diferentes departamentos generaba mucho trabajo, pues, además, cada uno actuaba en su distrito como autoridad militar y tenía el encargo de contener a las bandas rebeldes. Paralelamente se trataba de establecer la nueva administración del estado con base a los principios monárquicos, lo que se llevaba a cabo de manera satisfactoria en vista de que todo el estado de Oajaca estaba pacificado y era controlado por el gobierno imperial. La única excepción era el distrito de Jamiltepec, donde el jefe republicano López Orozco se mantenía invicto gracias al apoyo que recibía desde el indómito estado vecino de Guerrero.

Se trataron de prevenir las sublevaciones mediante la gendarmería de suboficiales austriacos que permanentemente vigilaban a todos los elementos intranquilos, mismos que no eran difíciles de identificar ya que los partidarios

del Imperio siempre estaban dispuestos a denunciarlos para que fueran eliminados. Gran parte de los generales y oficiales que habían sido capturados al conquistarse Oajaca, fueron liberados bajo la promesa de que no atacarían más contra el gobierno imperial, de manera que regresaron pacíficamente a sus domicilios. Sin embargo, y en atención a que existía la bien fundada sospecha de que, no obstante su promesa, planeaban la insurrección reuniéndose por las noches en diversos puntos fuera de la ciudad, el comandante en jefe ordenó, en una noche del mes de agosto, detener a una veintena de ellos; entre éstos se encontraron tres generales que fueron recluidos en el monasterio de Santo Domingo.

Después de haber viajado durante los meses de agosto y septiembre a Orizaba con el destacamento de caballería responsabilizado de escoltar a la familia del comandante en jefe, y de entregar importantes despachos en Tehuacán y Orizaba, regresé a Oajaca el 15 de septiembre y, con gran satisfacción recibí la noticia de que había sido ascendido por el emperador a oficial de nuestro cuerpo: honor que como extranjero aprecié doblemente. Días después de la promoción recibí órdenes de desempeñar nuevas tareas en la 15a. compañía de cazadores, en especial la de escoltar a los jefes juaristas recientemente arrestados a su nueva prisión de Puebla.

No podía negar que era un cambio agradable haber sido ascendido a teniente. Anteriormente tenía que padecer las privaciones de la vida de campaña en un país tropical, pero ahora poseía un brioso corcel y disfrutaba de todas las ventajas que puede dar un salario de más de 4,000 dinares anuales: ya podía contemplar la vida desde una mejor posición. Los oficiales de infantería de nuestro cuerpo estaban autorizados a montar un caballo y a disponer de una mula para transportar el equipaje, lo que en un país como México, no sólo era un gran alivio para los oficiales, sino una enorme necesidad.

El 29 de septiembre se congregaron a los miembros de la compañía con los prisioneros en la Plaza de Armas frente a una multitud que observaba silenciosamente la sombría partida. Por ser el capitán y yo los únicos que hablábamos español, fuimos los encargados de informar a los jefes de los prisioneros que serían fusilados al primer intento de sus amigos juaristas de liberarlos durante el trayecto. Partimos con los prisioneros, que marchaban a pie, bajo un torrencial aguacero por el camino que lleva a la ciudad de Etlá. Como era temporada de lluvias, el camino ya se había transformado en un verdadero lodazal; el primer día sólo logramos avanzar una legua y tuvimos que pasar la noche en

la hacienda de El Lazo situada en el poblado de San Sebastián. Con grandes esfuerzos al día siguiente llegamos por el difícil camino mojado a Etna, y sólo hasta el tercer día alcanzamos San Francisco Huitzo, siendo que por lo regular el trayecto se realiza en un solo día. A partir de Huitzo el camino se encontraba en mejores condiciones, pero aun así las laderas de las montañas estaban sumamente húmedas y resbalosas. En vez de tomar, tal como lo habíamos hecho para llegar a Oajaca, la ruta de Las Sedas, escogimos otra ruta que recientemente había sido mejorada por los franceses y que nos evitaba pasar por el abismo de La Nopalera al cruzar el río San Antonio. Desde Huitzo seguimos el camino que dobla en dirección de la cresta, pasa por agradables bosques siempre verdes y más adelante desciende en dirección del abismo que forma el río San Antonio. En el llano de La Carbonera, que al año siguiente adquiriría sangrienta notoriedad por la terrible derrota que se infligió a nuestras tropas cuando intentaban socorrer a Oajaca, descansamos unos momentos; ya por la tarde descendimos hasta el rancho llamado El Espinal, situado en un cerro aislado que se eleva aproximadamente a 1000 pies sobre el río. Ahí vivaqueamos, pero dado que el sitio era peligroso, casi todos los 90 hombres de la compañía permanecieron de guardia vigilando a los prisioneros. Por la mañana descendimos al río y proseguimos a través de parajes salvajes y despoblados hasta llegar a la carretera que conduce a la ciudad de Huahucla; en vista de que cerca de este sitio existen unas minas de plata, la carretera es conocida con el nombre de "Camino de las Minas".

De Huahucla continuamos a Nochistlán donde tomamos un día de reposo. Por la noche recibimos información del prefecto de Teposcoula de que el general republicano Porfirio Díaz, quien tras escapar de Puebla y de reunir diversas bandas en el estado de Guerrero había derrotado al coronel imperial Bizoso, intentaba atajarnos el paso con 600 hombres y liberar a los prisioneros. Por ser Díaz uno de los generales liberales más capaces y bravos, decidimos tomar las precauciones necesarias; nos guarecimos en la iglesia de Nochistlán y encerramos en su coro a los prisioneros. Durante la noche levantamos aspilleras en diversas partes y almacenamos suficientes víveres para poder resistir un eventual sitio. Cuando al día siguiente fuimos informados que el enemigo se había retirado a Guerrero, partimos rumbo a Yanhuitlán, Tamazulapan y Tuxtla, arribando finalmente a Huajuapán después de tres días. En los bosques cercanos a Yauhuitlán sostuvimos un pequeño combate con un destacamento juarista de 50 hombres que probablemente pertenecían al contingente de

Porfirio Díaz; tras un rápido ataque con la mitad de nuestra compañía fueron rechazados y huyeron espantados hacia las inaccesibles montañas. En esa ocasión un indígena, al verse rodeado por nuestros hombres, prefirió lanzarse al abismo antes que caer en nuestras manos; el desgraciado debe haberse destrozado por completo, puesto que el abismo tenía unos 500 pies de profundidad. Sin duda, durante estos episodios, los prisioneros experimentaron todas las angustias que puede provocar el temor a la muerte, pues en todo momento sus vigilantes tuvieron listos los rifles para dispararles en caso de que intentaran huir; seguramente respiraron con tranquilidad cuando sus amigos fueron derrotados. Pudimos constatar, como en muchos otros casos, la admirable tranquilidad de los mexicanos frente a la muerte: cuando el mortal cañón del fusil apuntaba al pecho de los prisioneros, con un estoicismo genuinamente indígena conservaban la sangre fría como si nada les importara.

En Huajuapán recibimos órdenes de entregar los prisioneros a la compañía 18 y de permanecer como guarnición. En la noche los oficiales fuimos a visitar a los jefes juaristas para despedirnos, haciéndoles ver que lamentábamos que las circunstancias nos hubieran forzado a imponerles duras condiciones para que pudiéramos cumplir con la responsabilidad que se nos había asignado. Entre los veintitantos detenidos se encontraban el viejo general Don Cristóbal Salinas y el bien conocido coronel don Manuel González,³⁴ con quienes mayormente tratamos. El primero se hizo famoso durante la reconquista de Chiapas, su estado natal, que fue tomada al general clerical Juan Ortega después de librarse una sangrienta contienda en la frontera con Guatemala. Estaba consciente de que los republicanos tenían pocas posibilidades de éxito, pero a pesar de ello, ni él ni los demás, estaban dispuestos a reconocer al Imperio y formar parte de su ejército. González había colaborado anteriormente con el partido clerical siendo uno de los mejores oficiales de Cobos, pero acabó uniéndose a los juaristas por su odio a los extranjeros, especialmente a los franceses. Como tantos otros antiguos oficiales clericales sólo coincidía con los liberales en un punto: México era una República. Fue sumamente interesante para nosotros

³⁴ Manuel González (1833-1893) nació en Matamoros y se incorporó al ejército en 1847 para combatir a los norteamericanos. Durante la guerra de Reforma formó parte del ejército conservador y luchó en Oaxaca contra Porfirio Díaz. Sin embargo, durante la intervención francesa ofreció sus servicios al presidente Juárez y llegó a ser jefe del Estado Mayor del Ejército de Oriente comandado por Porfirio Díaz. Al concluir la guerra con Francia fue diputado por Oaxaca, gobernador del estado de Michoacán y secretario de Guerra. Hombre de confianza y compadre de Díaz, ocupó la presidencia de la República de 1880 a 1884.

tratarlos, pues ello nos permitió tener una idea más clara de la verdadera situación del país, y no sólo tomar en cuenta los argumentos unilaterales de los fanáticos clericales.³⁵ Más adelante, cuando los papeles se llegaron a cambiar, tuve la suerte de poder contar con un par de amigos como Salinas y González entre los enemigos.

Al día siguiente, la compañía 18 condujo a los prisioneros a Acatlán, permaneciendo nosotros en Huaujapan junto con un escuadrón de caballería que, al mando del teniente coronel B.,³⁶ jefe del regimiento, había llegado el mismo día que nosotros. El 12 de octubre, cumpleaños del emperador Maximiliano, se organizó un grandioso *Te Deum* en la iglesia y un desfile de tropas; por la noche se ofreció una cena de gala preparada por nuestros cocineros al estilo europeo que gustó mucho a los invitados mexicanos. El anfitrión fue un rico comerciante español apellidado Gómez, quien gustosamente ofreció su casa para celebrar el onomástico de Su Majestad; se hicieron muchos brindis porque su gobierno fuera largo y feliz. En esos momentos nadie entre nosotros podía imaginar que dentro de un año las cosas cambiarían radicalmente. El teniente coronel B. dejó Huajuapán a los pocos días y marchó hacia Acatlán para preparar una expedición en el estado de Guerrero, razón por la que varios destacamentos se reunieron en esa ciudad. El 20 de octubre recibimos instrucciones de continuar la marcha hacia Puebla y de reasumir la custodia de los prisioneros en Acatlán.

Un día antes, el capitán fue informado que una banda de 800 hombres al mando de Figueroa³⁷ amenazaba la ciudad de Teotitlán del Camino que sólo estaba resguardada por media compañía que se encontraba a 10 leguas del sur de Tehuacán; en virtud de que sabíamos que los amigos de Figueroa le informarían de nuestros movimientos, pretendimos marchar en dirección de Teotitlán para hacer creer al enemigo que acudiríamos en socorro de dicha plaza. En lugar de seguir el camino hacia Acatlán, cogimos el de Tehuacán que pasa por Huajolotitán, Cuyotepeji y Comotlán, y al día siguiente avanzamos rumbo a Tequistepec; ahí doblamos hacia el oeste por una alta e inclinada sierra que tiene una maravillosa vista de paisaje alpino desde la que se pueden contem-

³⁵Al igual que la mayoría de los oficiales franceses, Eggers mostró tener una fuerte antipatía hacia los conservadores mexicanos, a quienes apodaban en forma despectiva como "clericales" y calificaban de fanáticos.

³⁶En varios casos el autor omite dar los nombres de los oficiales.

³⁷Ignacio Figueroa (1834-1873) nació en Taxco e ingresó al ejército en 1853, se adhirió al Plan de Ayutla de Juan Álvarez y combatió a los conservadores durante las guerras de Reforma y la intervención francesa. Murió asesinado en Cocula, Guerrero.

plar los picos cubiertos de nieve del Popocatépetl y del Orizaba que, como blancos conos, se levantan majestuosamente hacia el cielo azul.

En la tarde descendimos por unas hermosas laderas cubiertas de matas donde las acacias de hojas finas, las mimosas, y las plantas de grandes flores conforman una alfombra multicolor. Tan sólo vimos grandes manadas de caballos semisalvajes recorrer la comarca, pues en toda la extensión, salvo éstos y unos cuantos pájaros abigarrados, no hay otro ser vivo. Al caer la noche bajamos en plena oscuridad por una abrupta pendiente rocosa, lo que obviamente hizo el descenso sumamente peligroso. Siendo imposible permanecer montados, tuvimos que caminar y jalar a los reacios caballos. Finalmente divisamos unas fogatas que provenían del pueblo de Tepejillo, por lo que nos dirigimos a éste; hacia las diez de la noche llegamos provocando el terror de sus habitantes, pues seguramente creyeron que habíamos caído del cielo. Tepejillo se encuentra en un valle bastante ancho atravesado por el río Chila y pertenece a la región denominada como “tierra caliente”, la cual es diferente a la de la costa que es llamada “tierra caliente húmeda”. Al día siguiente proseguimos por el valle que vadea el río Chila hasta que llegamos a Petlazingo, ciudad de relativa importancia que tiene una estupenda iglesia y cuenta con tiendas bien surtidas. Cruzando bosques de acacias y múltiples rocas arenosas, llegamos a Acatlán durante la tarde.

Es un poblado de regulares dimensiones pero más grande que Huajuapán; tiene ricos campos de caña que se mezclan con sembradíos de maíz y palmeras. La ciudad tiene baños públicos, un teatro, muchos negocios, una bonita iglesia y alrededor de 5,000 habitantes. El clima es sumamente caliente y más sofocante que el de la costa, pues por encontrarse prácticamente encerrada es un verdadero horno. En Acatlán tropezamos con tres compañías de cazadores, un escuadrón de caballería y una batería de montaña de nuestro propio cuerpo, los que con las tropas locales se disponían a realizar la expedición contra Guerrero; lugar que hasta el momento ningún soldado europeo había pisado y que era el escondrijo favorito de las bandas juaristas provenientes de los estados de México, Puebla y Oajaca. Desde el tiempo de la independencia de España, Guerrero ha sido gobernado en forma despótica por el viejo Juan Álvarez,³⁸

³⁸Juan Álvarez (1790-1867) rico heredero del estado de Guerrero, fue soldado de la Independencia y la Reforma, y ejerció el cacicazgo en una amplia zona de los actuales estados de Guerrero, Michoacán, Morelia y Oaxaca. En 1838 ofreció sus servicios contra el ataque francés a Veracruz y en 1841 ascendió al rango de general de división. En 1854 proclamó el Plan de Ayutla en contra de Santa Anna, y al triunfo de éste fue nombrado Presidente de la República en 1855, pero renunció en 1856. Durante la intervención francesa el presidente Juárez dispuso que si las fuerzas republicanas no alcanzaban a consultar al Supremo Gobierno, recurrieran al consejo de Álvarez.

quien desde su hacienda de Plasencia en las cercanías de Acapulco ejerce un poder ilimitado sobre el estado. “La Pantera del Sur”, como se llama a Álvarez, no obedece ni al presidente ni al Congreso, e incluso llegó a enfrentarse al propio Santa Anna. Por el carácter salvaje de esas tierras y el arrojío de sus habitantes, nunca ha sido posible someter al estado; si bien Álvarez no ha querido reconocer al gobierno imperial, tampoco ha intentado nada en su contra, pues quizás por ser ya viejo sólo desea disfrutar de su poder absoluto. No se hubiera hecho nada en su contra de no ser porque ahí se reclutaban nuevos grupos republicanos; ello obligó al emperador a ordenar una enérgica expedición, particularmente contra la ciudad de Tlapa que se había convertido en un verdadero centro de operaciones juaristas.

Guerrero, tierra de montañas, es el territorio más salvaje de México; está escasamente poblado, es pobre en recursos y posee un clima caliente e insalubre. Nuestras tropas tuvieron que hacer extensos preparativos para abastecerse, y sólo pudieron salir de Acatlán poco después de nosotros. Durante el día 23 de octubre descansamos, y de nuevo nos hicimos cargo de los prisioneros que se encontraban detenidos en una pequeña iglesia situada en la cima de un cerro. A temprana hora del día 24 dejamos Acatlán. Tomamos la carretera que cruza el valle y que después de una legua comienza a subir en forma de zigzag por la llamada Cuesta del Toro,³⁹ misma que es de pizarra roja y está cubierta de bosques de acacias. El calor en la inclinada cuesta era de regular intensidad puesto que se elevaba hasta unos 3,000 pies de altura. Equivocadamente se suele señalar, incluso en las mejores obras, que México está conformado por una gran meseta llamada Anáhuac, misma que se extiende hasta el istmo de Tehuantepec o incluso más al sur. La realidad es que dicha meseta tiene sus límites precisos en una zona que pasa desde La Cañada de Iztapa en Tehuacán y Acatlán, hasta el norte del río Mezcala o del Balsas. El territorio localizado al norte de esa zona es una verdadera meseta, en tanto que el situado al sur está cruzado por múltiples sierras más o menos altas que no merecen ya el nombre de meseta; algo semejante se puede encontrar en las montañas de Suiza o de Austria.

La subida por la Cuesta del Toro en el camino que conduce a Puebla es bastante plana y se mantiene a alturas de 6,000 a 7,000 pies. El suelo es principalmente calizo y carece del tipo de vegetación que abunda en el sur y en el

³⁹Cuesta, equivale en francés a Côt (nota del autor).

este. En esta zona la vegetación es más rica y variada, siendo en varios sitios sumamente verde y frondosa, particularmente los estupendos bosques de roble que crecen a 5,000 o 7,000 pies de altura. Por todos lados se encuentra el famoso acíbar que tiene más de 100 años y que en México se llama maguey; de su jugo se extrae la bebida nacional, el pulque, y con sus fibras, llamadas ixtle, se hacen cuerdas y reatas. Otro tipo de agave es el llamado maguey chico que produce una especie de aguardiente, el mezcal, sumamente fuerte y ampliamente consumido por la población.

Además de los agaves, crecen muchas especies de cactus y de acacias erizadas que reciben el nombre de mezquite, cuyo follaje fino y colgante contrasta espectacularmente con los toscos cactus que carecen de formas precisas. El árbol de la yuca es típico de la meseta e incluso se encuentra en aquellos lugares donde no hay otro tipo de vegetación. A lo largo de grandes extensiones ni siquiera crece la paja, por lo que la cal desnuda con gran intensidad refleja la luz del sol y deslumbra al viajero. La precipitación pluvial es muy escasa, y en algunos lugares, como Tehuacán, llega a ser inexistente. Ello hace indispensable contar con sistemas de irrigación; conociendo este problema ancestral, los indígenas desde tiempo inmemorial han abierto zanjas por todas partes para transportar el agua desde grandes distancias. Además del maíz, se cultiva trigo y mucha cebada, misma que, de la misma forma en que nosotros utilizamos la avena, se usa aquí como pienso para caballos y mulas. En la meseta también se producen papas, higos de cactus y camote; este último es una masa harinosa de color amarillo y de sabor dulce que se parece a la papa. El reino animal está representado por estupendos caballos –los mejores del país– conejos, venados, chacales –que aquí se llaman coyotes–, y por los burros y mulas que se crían en las haciendas. Todos éstos, junto con las grandes manadas de cabras, se alimentan de los brotes de mezquite.

Los pobladores originales de la meseta descendían de los aztecas, y aunque algunos de ellos se trasladaron hasta las comarcas de Acatlán, Teotitlán del Camino, Acultzingo y Tlapacoyan, la mayoría se dispersó por la meseta. Debido a la altitud, el clima es más bien templado durante el día y frío por las noches; el aire siempre es limpio y fresco y se suda poco a pesar de que se hagan grandes esfuerzos físicos. La gran meseta mexicana tiene marcadas diferencias con otras partes del país, y aunque ya desde el camino de San Andrés Chalchicomula a Tehuacán se divisa su límite oriental, no es sino hasta este punto, en el camino hacia Puebla, que se pueden apreciar con toda claridad las diferencias.

Subimos por la Cuesta del Toro hasta llegar a la hacienda de Santa Inés, y más tarde, a un cuarto de legua, alcanzamos el limpio y muy bien construido pueblo de Santa Inés Ahuatempa. Ahí pasamos la noche en la casa del párroco, en tanto que los prisioneros fueron albergados en el coro de la iglesia. Ello provocó la indignación del sacerdote, quien habiendo abusado del mezcal y sin dejarse impresionar por nuestros barbudos cazadores, los acusó de blasfemos, demonios, etcétera. Lo único que consiguió con su actitud fue divertir a nuestros hombres y a los prisioneros, los que como buenos liberales obviamente no tenían mucho respeto por los eclesiásticos. Con nuestro permiso, el cura organizó una procesión con dos chicos vestidos de rojo y el píxide para purificar el santo lugar que había sido deshonrado por nuestra presencia. Sin embargo, como insistió en continuar alborotando y con ello arruinar nuestro reposo nocturno, nos vimos obligados a encerrar al digno señor en el establo de las mulas, confiando en que se entretendría con sus moradores.

Proseguimos al día siguiente hacia Tepeji por el camino que se interna en una depresión que tiene forma de caldera. Esta es una ciudad de considerables dimensiones que dispone de una gran cárcel, un ayuntamiento y una magnífica iglesia. El sacerdote de la localidad portaba la cruz de la legión de honor francesa, la cual le había sido conferida por defender con valentía a Tepeji de los liberales durante el sitio de Puebla. Un destacamento de caballería al mando del conocido oficial clerical, coronel Flon, se encontraba aquí para proteger el tráfico de los continuos ataques de los bandidos. Sus hombres vestían camisas y pantalones de cuero, a la mexicana, y entre ellos había algunos alemanes que probablemente provenían de la legión extranjera y que habían decidido probar suerte como gendarmes. El robo florecía por doquier; días antes de nuestra llegada había sido capturada y fusilada una pequeña banda proveniente de la conocida ladronera de San Juan Izcaquistla; un pueblo situado al noreste de Acatlán.

Al emprender la marcha al día siguiente pudimos disfrutar del magnífico espectáculo que brindan los tres majestuosos volcanes, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl y el Orizaba, que se elevaban sobre el resplandeciente y despejado cielo azul. Después de casi cinco horas llegamos a la importante ciudad de Moljacac en la que por celebrarse el día del mercado, había multitud de indígenas. Si su conciencia se podía juzgar por su miedo, debería de haber sido muy mala, pues tan pronto como aparecimos la mitad de los concurrentes salió corriendo de la ciudad; unos cuantos regresaron más tarde cuando no escucharon

disparos y vieron que tranquilamente procedíamos a descansar en el cementerio y a tomar nuestro almuerzo. Al preguntársele al general Salinas sobre el motivo de su pánico, éste indicó que probablemente se debía al hecho de que nunca antes habían visto austriacos o franceses vistiendo pantalones rojos y llevando largas barbas. La realidad era que, después de la larga y fatigosa marcha, nuestros hombres tenían una apariencia agitada y salvaje y ello, sin duda, provocaba miedo en la gente. Después de tres horas de descanso, durante las cuales los indígenas poco a poco se fueron armando de valor y comenzaron a observarnos de cerca, dejamos Moljacac y continuamos por un camino llano y firme que rodea los pueblos de San Salvador y Santa Ana, hasta que con la luz de la luna arribamos a Santa Isabel, ciudad de tamaño semejante a Moljacac localizada a algo más de cuatro leguas de Tepeji. Ahí pasamos la noche y a la mañana siguiente llegamos a Tepeaca, un pueblo de entre 4,000 y 5,000 habitantes que, como casi toda la comarca, está desprovisto de vegetación y es sumamente arenoso. Encontramos una interesante vieja iglesia, una plaza de buen tamaño y calles rectas y bien trazadas, pero de cualquier forma el aspecto del pueblo era aburrido, y ello explicaba el carácter de sus pobladores, que no tenían, ni la alegría ni la viveza, de los de más al sur.

Al día siguiente pasamos por las aldeas de Carpinteros y Santiago Acatlán hasta llegar a Amozoc, situado en el cruce entre los tres caminos principales que conducen a Puebla desde Oajaca, Vera-Cruz y Perote. Aunque Amozoc es de regular tamaño, está situada en una zona mucho más desértica y arenosa que la de Tepeaca, por lo que no es un lugar agradable. La ciudad, sin embargo, es famosa por los muy atractivos trabajos de sus herreros, particularmente por unas espuelas azules con enormes arabescos de plata y descomunales ruedas. La mayoría de los habitantes masculinos se alimentan del producto del robo, pues la ventajosa localización de la ciudad entre los tres caminos favorece esa actividad. Por la tarde llegó el comandante Ez. de Puebla con un escuadrón de húsares y otro de caballería; se dirigía a San Agustín del Palmar para someter un pronunciamiento.⁴⁰ Por él supimos que el emperador había emitido el famoso decreto del 3 de octubre, con base al cual todo juarista debería ser fusilado donde se le sorprendiera: esta nueva disposición ya había sido aplicada el día 25 en Tehuacán, cuando nuestros escuadrones de caballería aniqui-

⁴⁰En México y España se llama pronunciamiento a un levantamiento en armas, y este término aparece constantemente en las anales de la historia del país (nota del autor).

laron a la banda enemiga de Figueroa que con 800 hombres se había acercado a Tehuacán. El enfrentamiento tuvo lugar en un llano cercano al poblado de Ajalpa, y como ya no se otorgaba el perdón de acuerdo al nuevo decreto, 300 mexicanos fueron ejecutados de inmediato a sablazos, incluyendo tres mujeres que los acompañaban para prepararles las tortillas. Aunque Figueroa escapó, su banda fue aniquilada. Estos hechos nos hicieron comprender que nuestro destino, en caso de llegar a ser capturados, sería el de la muerte. Nos quedó claro que se trataba de una verdadera guerra de aniquilación para afianzar el trono del emperador; desde ese momento la lucha adquirió un cruel cariz indígena que mucho espantó al europeo no acostumbrado a ello. En realidad desde antes, especialmente los franceses, habían procedido a fusilar a los prisioneros, pero a partir del decreto imperial ello no sólo quedaba plenamente autorizado, sino que debería cumplirse estrictamente de acuerdo a la orden emitida por el mariscal Bazaine.⁴¹ Posteriormente comentaré con mayor detalle los fatales efectos que produjo el decreto para México y para el propio emperador, lo que constituyó uno de los aspectos mas relevantes de la historia del Imperio.

El día 29 de octubre cubrimos dos leguas y media hasta llegar al mediodía a la garita de la ciudad de Puebla; fuimos recibidos por el comandante en jefe interino, el teniente coronel B.,⁴² por diversos oficiales y por la alegre música que daba la bienvenida a la valiente compañía número 15 que entraba a la fabulosa ciudad de Puebla. Los prisioneros de inmediato fueron llevados al gran convento de la Concepción, donde también se alojó a la compañía. Los oficiales fuimos conducidos al elegante hotel La Unión para disfrutar de un merecido festín y olvidar las fatigas de la larga marcha de casi 50 leguas que emprendimos desde Oajaca.

⁴¹El 11 de octubre de 1865, después de haber sido expedido el llamado "decreto negro", Bazaine giró sus tropas las siguientes instrucciones: "Todo individuo, cualquiera que sea cogido con armas en las manos, será fusilado. No se hará canje de prisioneros en lo sucesivo. Esta es una guerra a muerte, una lucha sin cuartel entre la barbarie y la civilización, es menester para ambas partes, matar o hacerse matar." A partir de ese momento los propios franceses calificaron la lucha como *la sale guerre* (la guerra sucia).

⁴²Nuevamente prefiere ocultar el nombre del oficial.

PUEBLA

Puebla tiene el sobrenombre de los Ángeles, pero el partido liberal se lo cambió por el de “Zaragoza” para honrar la memoria del general que derrotó a los franceses comandados por Lorencez,⁴⁵ cuando el 5 de mayo de 1862 trataron de tomar la ciudad. Está situada en una extensión despejada a ambos lados del pequeño río San Francisco, y después de la capital es la ciudad más grande del país, pues cuenta con 75,000 habitantes. Está construida en el mismo estilo que Vera-Cruz y Oajaca, pero es más rica y magnificente. Sus calles son anchas y rectas, y están provistas de aceras muy bien adoquinadas. Las casas son de dos o tres plantas, tienen múltiples balcones y están pintadas con bellos colores de tonos claros. Como en todas las demás ciudades, la gran plaza o Plaza de Armas está rodeada por la catedral, el palacio de gobierno y las tiendas más elegantes; todas esas construcciones cuentan con grandes portales que sirven de refugio para quienes se pasean bajo el intenso calor del mediodía.

La ciudad tiene toda la apariencia de una gran urbe europea, y sólo la presencia de los indígenas que de vez en cuando se encuentra uno por la calle nos recuerda que estamos en el trópico al otro lado del Atlántico. Por todas parte se

⁴⁵La escuadra francesa que llegó a Veracruz a principios de 1862 como parte de la expedición tripartita, estuvo encabezada por el nuevo representante diplomático de Francia en México, Alphonse Dubois de Saligny, y el almirante Julián de la Gravière, pero ante el malestar de Napoleón III por los acuerdos a que llegaron los representantes de Inglaterra y España con el gobierno de Juárez para el pago de la deuda, reemplazó a éstos por el general Charles Ferdinand Latrille, conde de Lorencez, quien fue el encargado de iniciar la invasión. Lorencez confió en la superioridad de las armas francesas y fracasó en su intento de tomar Puebla el 5 de mayo de 1862; fue reemplazado por el general Federico Elías Forey, quien con un contingente incrementado a 30,000 hombres, tomó Puebla en mayo del año siguiente.

ven elegantes tiendas, cafés bien decorados y puestos de helados; la gente viste a la última moda francesa, gran cantidad de taxis se estacionan alrededor de la gran plaza y se puede ir al teatro y a conciertos: en suma, es posible creer que se está en España o en Italia. Entre los múltiples conventos e iglesias destaca por su majestuosidad y rico decorado la catedral. Sus inmensas columnas están recubiertas de espeso terciopelo color púrpura guarnecido con flecos de oro, al centro de la iglesia se encuentra el altar mayor rodeado de candelabros de plata maciza de cinco codos de altura. Las diversas capillas están adornadas con maravillosas pinturas y bellos altares; una agradable música siempre acompaña a la misa, y tiene un efecto irresistible la aparición de los sacerdotes que, vistiendo ricas casullas, seguidos por un coro de niños y envueltos en la fragancia del incienso, marchan en procesión mientras las campanillas suenan cada vez que el clérigo levanta la hostia y todos los asistentes se postran golpeándose el pecho. Lo único que puede parecer extraño al europeo son las melodías un tanto ligeras que con frecuencia se escuchan en las iglesias, ya que más bien pertenecen al género del baile.

Otro impresionante templo es el de San Francisco, situado en la orilla oriental del pequeño río del mismo nombre; es un enorme monasterio con una alta y bella iglesia, que al igual que el ya mencionado convento de la Concepción se usa como cuartel y almacén. Entre los numerosos conventos e iglesias también merece mencionarse la de San Agustín, que es un edificio verdaderamente magnífico. Puebla se parece en muchos aspectos a Oajaca y a otras ciudades más pequeñas, como en la alameda, la alhóndiga o en los mercados, pero difiere en otros por tratarse de una gran ciudad. Tal es el caso del estacionamiento para taxis y la gran plaza de toros situada fuera de la ciudad. Ésta consiste de una arena en forma de anfiteatro, donde los precios para asistir a sus espectáculos varían si se trata de un lugar expuesto al sol o en la sombra; varias veces a la semana hay corridas de toros completamente a la usanza española con picadores y matadores vestidos a la andaluza. Este espectáculo es sumamente popular y acude un público tan numeroso como en Sevilla o en Granada; al igual que la misa, es uno de los entretenimientos más importantes en la vida cotidiana.

El teatro de Puebla es muy elegante y podría servir como modelo para la remodelación del teatro real de Copenhague. Durante el tiempo que aquí permanecí, una compañía italiana llegó de La Habana y representó varias óperas a precios modestos de entre seis y siete pesos; todas las noches asistió un elegante público de ambos sexos. Las criollas de Puebla se distinguen por su gran belleza,

pues ni en La Habana encontré damas tan encantadoras que con gran maestría sabían ocultar sus negros y brillantes ojos abriendo y cerrando ágilmente sus multicolores abanicos. Después de asistir al teatro se solía pasear por la bien iluminada Plaza de Armas, donde los neveros ofrecían en grandes botes de hojalata helados y refrescos de todos los sabores, al tiempo que la música militar de nuestro cuerpo austriaco deleitaban a los paseantes con sus fascinantes tonos.

La gente de Puebla muestra, sin embargo, una marcada seriedad y grandeza que la diferencia claramente de la de Oajaca; aquélla es más despierta y alegre. Ello se debe en parte a la acentuada religiosidad de Puebla; la ciudad siempre ha sido el refugio del partido clerical. La mayor parte de su población descende de españoles, y por haberse mezclado poco conserva la gravedad del carácter hispano; Oajaca es todo lo contrario porque tiene mucha sangre indígena. El oajaqueño se refiere al poblano como beato, hipócrita, etcétera, y éstos dicen que aquél es mal educado y grosero. Hay que reconocer que en Puebla los modales son finos y la formalidad exquisita, y ello obligadamente cautiva al extranjero. Es un placer observar que en la calle, incluso entre la gente de las clases bajas, los unos tratan a los otros como en nuestros países sólo se relacionan los diplomáticos. Podría pensarse que desde pequeña esta gente no ha hecho otra cosa más que estudiar los libros de buenas maneras de las baronesas Frense o Knigges.

El tráfico callejero es sumamente animado durante el día, a excepción de las horas de mayor calor del mediodía cuando la gente se retira a tomar la siesta. Vendedores de ambos sexos tienden puestos por todas partes ofreciendo frutas, golosinas, dulces, etcétera. Bajo los portales del palacio de gobierno se sientan unos caballeros de edad frente a unas pequeñas mesas sobre las cuales colocan tinteros, plumas, papel y pequeñas bolsas de arenilla: en parte realizan un negocio y en parte ayudan a las clases bajas; por una módica suma actúan como escribanos o secretarios. El evangelista, o escribano público, por regla general es un hombre viejo y encogido que porta gafas sobre una gran nariz aguileña, tiene ojos vivos y viste un viejo frac de color verde o marrón; es un auténtico escribano español. Su clientela, sin embargo, no es muy numerosa, puesto que el arte de escribir está muy difundido en México, y el país no se queda atrás en comparación, por ejemplo, de Francia.

Al evangelista serio y tranquilo le molestan las gritonas damas que transitan por la plaza y los portales ofreciendo sus billetes de la lotería; "¡200 pesos para la tarde... el premio gordo de la lotería!" Al igual que en Roma, una vez

por semana se sortea el premio, y dado que los mexicanos son muy dados a las apuestas, el juego es sumamente popular.

Otra clase de ciudadano que se distingue por las demandas que sin recato alguno hace a los desconocidos, es el mendigo. Los hay en gran número y son sumamente hábiles para invocar a todos los santos posibles para conmover el corazón de los más afortunados. Su conocimiento eclesiástico y la elocuencia con la que se dirigen a los caballeros y a las señoritas para conseguir un “medio”⁴⁴ con la ayuda de San Policarpo, San Cristóforo, y de otros más, es verdaderamente admirable. En vista de que los oficiales austriacos solían ser más caritativos, eran los extranjeros más asediados por los apóstoles de la caridad que, en realidad, trabajaban para su propio beneficio. En cierta ocasión un viejo rufián que fumaba un fino cigarrillo, me tomó de la mano e intentó conmoverme a caridad elevándome al nivel de compatriota; me llamó “austriaco-mexicano” creyendo que ello sería una manera infalible de conseguir una limosna.

Una extraña forma de mendicidad es la eclesiástica, ya que frecuentemente se tropieza uno con un hombre frente a la iglesia sosteniendo un plato en la mano y pidiendo dinero para una misa o para un determinado santo. Como indiqué, el poblano es probablemente el católico más fanático de México, razón por la que el clero desempeña un papel de mucha importancia en esta ciudad. Por todos lados se ve a estos dignos señores porque son los amigos de mayor confianza de toda familia; seguramente cuando ya hayan perdido influencia en otras partes del país, en Puebla seguirán siendo bien recibidos. A pesar de su evidente religiosidad, la población es una de las más emprendedoras y capaces de México, siendo mucho más trabajadora que las de otras partes. Existen muchas fábricas, principalmente las de prendas de algodón –la llamada manta que usan las clases bajas–, artículos de cristal, loza, de cuero, papel, etcétera. Se producen objetos de oro y plata de buena calidad y atractivos, así como hojas para sables y machetes, este último es una especie de espada que utiliza la población de las costas para abrirse camino entre la maleza. En ninguna otra parte se puede encontrar calzado tan fino como el de aquí, ni sombreros tan bien adornados con oro y plata, ni cueros tan bien prensados; todo lo que se produce en Puebla es muy apreciado en el país.

La comarca de Puebla ofrece pocos sitios de interés y tienen una apariencia seria y triste que sin duda influye en el carácter de sus habitantes. Cerca de

⁴⁴Un medio es la mitad de un real y esta es la moneda mexicana de plata más pequeña; equivale a 10 de nuestros centavos (nota del autor).

la ciudad se elevan dos pequeñas montañas; los cerros de Guadalupe y Loreto con sus respectivas iglesias que dominan la ciudad. Éstos no sólo han desempeñado un papel de importancia en las guerras civiles, sino que adquirieron gran notoriedad con motivo del primer asalto francés a Puebla el 5 de mayo de 1862 y del sitio que le siguió. Durante el Imperio han sido fortificados, y Puebla se ha convertido en uno de los más firmes baluartes contra los ataques republicanos, no sólo por su situación estratégica, sino también por la marcada simpatía de sus habitantes hacia la causa imperial.

El territorio que rodea a Puebla es llano en todas direcciones a lo largo de una legua. Hacia el este se localiza un cerro muy puntiagudo y alto que recibe el nombre de Malinche, mismo que forma parte de un grupo de montañas completamente aisladas que tienen la apariencia de una isla en el mar; gran parte de ellas está cubierta de bosques de pino. Hacia el oeste y a una distancia de casi seis leguas, el horizonte está dominado por el majestuoso Popocatepetl, junto al cual se halla un poco más hacia el norte el Iztaccíhuatl; ambos están cubiertos de nieves perpetuas. El Popocatepetl es escalado todos los días por los indígenas del pequeño pueblo de San Nicolás, quienes descienden a su cráter para recoger azufre y transportarlo en pequeños trineos que deslizan sobre la nieve. Una senda conduce hasta el borde de la nieve donde se encuentra un rancho en el que los indígenas suelen pasar la noche, pues el viaje desde San Nicolás hasta ese punto toma todo un día.

En otro punto de la comarca, a dos leguas al oeste de la ciudad, se ubica la vieja Cholula; importante población que en tiempo de los aztecas fue un formidable reino y en la cual aún se pueden apreciar las ruinas de un colosal teocalli que servía como templo para los sacrificios y que hoy día se asemeja más a una colina que a una ruina. Hacia el norte se sitúa la famosa Tlaxcala, cuyos pobladores fueron aliados de Cortés; ya tan sólo es un pueblo grande.

Durante el Imperio, Puebla fue el cuartel general de los austriacos, pues en ella estableció su residencia el conde Thun⁴⁵ y su estado mayor. Los almacenes, depósitos y todas las instalaciones del cuerpo de voluntarios también se instalaron aquí, por lo que me encontré con muchos amigos, principalmente con los que eran médicos y oficiales. Como continuamente arribaba un gran número de heridos y de convalecientes, los cafés y los teatros se animaban con la alegría de los soldados. Las condiciones imperantes en el país nos obligaban a aprovechar

⁴⁵General y conde Franz Thun, comandante en jefe del contingente de voluntarios austriacos.

cualquier oportunidad para disfrutar la vida, pues nunca se sabía lo que ocurriría al día siguiente; todos los días recibíamos noticias del fallecimiento de uno u otro oficial. Como el gobierno imperial había tenido la feliz iniciativa de pagar un sueldo digno a los oficiales –devengábamos casi 4,000 pesos al año–, ninguno de nosotros tenía necesidad de negarse a gozar la vida en forma razonable. Además, el cuerpo constantemente recibía de Austria los vinos más exquisitos de Hungría, los que al suministrársenos a precios accesibles, contribuían a hacer nuestra estancia en México más agradable. Después de haber deambulado largo tiempo por parajes inhóspitos, el haber llegado de nuevo a una gran ciudad cuya civilización estaba completamente a la altura del nivel europeo nos proporcionaba un inmenso placer. Fácilmente nos sentíamos en Europa, lejos de la guerra de guerrillas, de las marchas nocturnas, del calor tropical, del panorama de montañas salvajes e inhabitadas, pues a pesar de su romántica belleza siempre añorábamos los teatros, los conciertos, la literatura, etcétera, de nuestra lejana patria.

Pasado el mes de noviembre fui enviado a Orizaba para llevar dinero a la guarnición. A las tres de la madrugada del 4 de diciembre salí en una diligencia llevando en una bolsa de viaje 7,000 pesos en oro, y siendo acompañado por dos cazadores. La diligencia, que realizaba el trayecto desde México hasta el Paso del Macho, era un carro toscamente construido con enormes ruedas y sitio para nueve pasajeros, mismos que se tenían que apiñar como sardinas en una lata. Era tirada por 10 o 12 mulas o caballos que se cambiaban cada tres leguas; como siempre iban a galope sacudiéndonos incesantemente, nos veíamos en la necesidad de tener que probar cuál de nuestras cabezas era la más dura: la de uno o la del vecino. El cochero iba acompañado de un ayudante que cumplía la importante función de recolectar en el camino pequeñas piedras y depositarlas en una cesta; como el látigo del cochero no alcanzaba a las bestias de hasta delante, su ayudante les lanzaba las piedrecillas para recordarles sus deberes. Éste, con admirable agilidad, descendía constantemente de la diligencia para recoger las piedras sin que el vehículo se detuviera.

Como se podrá comprender, la travesía no era muy cómoda; cargando un pesado bolso lleno de oro y con sólo dos escoltas, tenía que ir apretado entre ocho pasajeros temerosos de ser víctimas de la inseguridad de las carreteras. Me acomodé lo mejor que pude, tuve listo el revólver para cualquier emergencia y ordené a mis dos hombres que, en caso necesario, se tiraran sobre el techo y dispararan sobre los atacantes. El camino pasa por Amozoc y atraviesa Acazingo, El Agua y San Agustín del Palmar hasta llegar a la Cañada de Iztapa que ya es conocida por

los lectores; más allá pasamos por el Puente Colorado y subiendo por las Cumbres de Acultzingo tomamos un camino bien construido en forma de zigzag que conduce hasta el pueblo de Acultzingo. De ahí pasamos por varias haciendas y por los pueblos de Temeluco y El Ingenio hasta que llegamos a Orizaba a las ocho de la noche después de recorrer 18 leguas en casi 17 horas.

Una vez cumplido mi cometido, pasé un día en Orizaba y regresé a Puebla por el mismo camino en compañía de una gentil joven norteamericana que, aterrorizada por la fama de los bandidos que operaban en las carreteras de México, ciegamente depositó su confianza en mi persona. Afortunadamente pude llevarla sana y salva a Puebla.

En tanto me encontraba en Orizaba mi compañía, la decimoquinta, recibí órdenes de trasladarse a Vera-Cruz y de ahí a Matamoros en la frontera con Texas, donde debería reunirse con la quinta compañía para auxiliar al general Mejía que ya no podía seguir defendiendo la plaza frente al embate del jefe republicano Mariano Escobedo.⁴⁶ Éste, junto con Cortina, Canales y Corona, desde hacía tiempo mantenía sitiadas a las fuerzas imperiales. Recibí órdenes de incorporarme a la compañía, pero en virtud de que un teniente de la tercera compañía había fallecido durante el asalto a Tlapacoyan, acabé siendo enviado a Perote para tomar su lugar. Este cambio de última hora me salvó de correr la misma suerte de mi valiente compañía, pues meses más tarde, en junio de 1866,⁴⁷ todos sus integrantes fueron aniquilados en la batalla de Camargo como consecuencia de la traición de algunos mexicanos que se habían unido al ejército imperial. Empleé mis últimos días en Puebla en obtener alguna información de la bien surtida biblioteca del cuerpo sobre el territorio hacia el cual me dirigía; partí el 24 de diciembre.

⁴⁶ Mariano Escobedo (1826-1902) nació en Galeana, Nuevo León, y en 1846 se alistó en el ejército para combatir la invasión norteamericana; como liberal participó en las guerras de Reforma y más tarde en la lucha contra los franceses; fue hecho prisionero a la caída de Puebla en 1863 y habiendo escapado colaboró con Porfirio Díaz en la formación del Ejército de Oriente. Después de la toma de Oaxaca se trasladó a la frontera para organizar al ejército del Norte; se distinguió en la batalla citada por Eggers en Santa Gertrudis, y después en la de San Jacinto. Participó en el sitio final de Querétaro, y durante la restauración de la República fue dos veces gobernador de San Luis Potosí y una vez de Nuevo León. También fue presidente de la Suprema Corte de Justicia, ministro de Guerra y diputado.

⁴⁷ El 14 de junio se enfrentaron en las Lomas de Santa Gertrudis, situadas en el camino que conduce a Camargo, las fuerzas del general Mariano Escobedo y del general imperial Feliciano Olvera, quien comandaba un contingente de mexicanos, austriacos y belgas. Los imperialistas sufrieron 400 bajas, de los cuales 145 eran extranjeros, y se tomaron cerca de 1,200 prisioneros de los que 400 también eran extranjeros. Mariano Escobedo informó al presidente Juárez que se "logró una completa victoria... sobre las fuerzas de austriacos y traidores".



LA SITUACIÓN DEL IMPERIO EN 1865

Las principales dificultades que el Imperio enfrentó para consolidarse fueron, tanto su ineficiente organización, como la falta de fondos y el continuo ataque de las bandas enemigas. Éstas aparecían y reaparecían, manteniendo al país en un constante estado de guerra y promoviendo levantamientos en las poblaciones desprovistas de tropas imperiales.⁴⁸ El gobierno del emperador se había esforzado por establecer una organización adecuada y en promover el desarrollo de la increíble riqueza del país, y para ello lo dividió en 50 departamentos en lugar de los anteriores 29 estados y distritos, nombrándose en cada uno de ellos un jefe político encargado de la administración y de la economía. Naturalmente para esos cargos se escogían a los hombres más adictos al régimen imperial. El gobierno, sin embargo, no estaba en condiciones de apoyarlos adecuadamente, por lo que se veían imposibilitados a tomar las medidas que las circunstancias exigían y tenían que centrar sus esfuerzos en evitar los desmanes de las guerrillas y a perseguirlas. Bajo estas condiciones el puesto de prefecto imperial pronto dejó de ser atractivo. A ello habría que agregar que el elemento moral de los funcionarios mexicanos no era la principal característica de su carácter, por lo que arreglar la situación del país, en consecuencia, no seguía siendo más que

⁴⁸ Un oficial francés describió de la siguiente manera la imparable actividad de la guerrilla: "Mientras liberábamos una ciudad de rebeldes... mientras enviábamos a todas partes la noticia de la victoria, las guerrillas ya se habían apoderado de otro punto importante y las tropas no tenían más remedio que abandonar la ciudad recién ganada para expulsar al enemigo de las posiciones nuevamente ocupadas. Pero en cuanto nuestros soldados desaparecían, se dejaba oír la caballería guerrillera que cercaba la ciudad recién abandonada." A. Belenki, *La intervención francesa en México 1861-1867*, México, Ediciones Quinto Sol, 1996, p. 114.



un bello sueño. La legislación fue enormemente mejorada, pues en casi todas las ediciones del *Diario del Imperio*, el periódico oficial, se publicaron nuevas leyes y decretos,⁴⁹ entre los que cabría mencionar al Estatuto Provisional del Imperio que era la nueva Constitución del país, ya que el emperador Maximiliano había sido elegido, sin oposición alguna, como soberano absoluto de México.⁵⁰ Se emitieron además nuevos códigos penales, aduaneros, etcétera, pero al final de cuentas el factor determinante fue la carencia de dinero; los cambios no tuvieron ningún efecto duradero. El nuevo gobierno, para ganarse la simpatía del Partido Liberal y con ello tratar de reconciliar a las dos fuerzas mortalmente divididas, aprobó las leyes de Reforma de Juárez y confirmó la expropiación de los bienes de la Iglesia, el establecimiento del matrimonio civil y la secularización de la enseñanza.⁵¹ Ello, sin embargo, no sólo sirvió para distanciar al emperador del partido clerical que en secreto comenzó a conspirar para hacerlo caer, sino que tampoco logró atraer a los liberales que se negaban a reconocer un gobierno opuesto a la Constitución del país.

El gobierno siempre se encontró en apuros económicos, pues el préstamo de 50 millones de francos que Maximiliano recibió de París⁵² cuando subió al trono, fue utilizado para pagar los enormes gastos del ejército. Los ingresos provenientes de las aduanas⁵³ y del cobro de impuestos sólo alcanzaban a cubrir el

⁴⁹El propio Napoleón III escribió sobre el particular: "...al emperador Maximiliano le falta energía, se limita a redactar decretos y a promulgarlos, sin darse cuenta de que, a menudo, son inejecutables. Se afirma que, impulsado por su afán de hacer algo, se pierde en utopías y el lado práctico sufre las consecuencias de ello." Brigitte Hamann, *Con Maximiliano en México; el diario del príncipe Carl Khevenuller 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 53.

⁵⁰Una de las condiciones que Maximiliano puso para aceptar la Corona, fue la de que el ofrecimiento le fuera hecho por la mayoría del pueblo mexicano. Para satisfacer su demanda, el ejército francés organizó una especie de referéndum cuyos resultados fueron más que dudosos; a pesar de que sólo se realizó en las zonas ocupadas por ése y en las ciudades, resultó que del total de los 8'620,892 habitantes del país, 6'445,564 se manifestaron en favor de la ascensión de Maximiliano al trono (cfr. Jasper Ridley, *op. cit.*, p. 171). Este artificio, como se puede ver, hizo creer a muchos que el emperador había sido elegido como "soberano absoluto" por la mayoría de los mexicanos.

⁵¹El que tanto los mariscales franceses Forey y Bazaine como Maximiliano, confirmaran la vigencia de las leyes del presidente Juárez que afectaban los privilegios de la Iglesia, provocó el malestar del Partido Conservador, principalmente del clero que exigía la anulación de dichas leyes como requisito para celebrar un concordato con la Santa Sede y arreglar los espinosos problemas religiosos pendientes. Ante la negativa de Maximiliano y Carlota, el nuncio apostólico, monseñor Pedro Francisco Meglía, recientemente enviado por Pío IX, abandonó abruptamente el país en enero de 1865.

⁵²El gobierno imperial recibió tres préstamos consecutivos de París: dos en 1864 y un tercero en 1865, que en total sumaron 534 millones de francos. La mayor parte de esa suma se destinó a cubrir los gastos y sueldos del ejército de ocupación, la fraudulenta deuda de los bonos Jecker y las reclamaciones de ciudadanos franceses. La deuda externa del país durante el gobierno de Juárez ascendía a casi tres millones de pesos, pero en la época de Maximiliano aumentó a 182 millones de pesos.

⁵³El ejército francés colocó en las aduanas del territorio ocupado a funcionarios galos, quienes fundamentalmente destinaban sus recursos al pago de las deudas contraídas con París.

gasto corriente –tan sólo la nómina de funcionarios públicos ascendía a más de 3 millones al año– y continuamente se tenían que hacer erogaciones adicionales para combatir a las débiles, pero infatigables, bandas republicanas. La situación dejaba ver que el Imperio distaba mucho de haberse asentado sobre tierra firme.

La simpatía de los Estados Unidos no sólo contribuía a dar a los disidentes y a los republicanos derrotados nuevos bríos, sino que a menudo se traducía en apoyo material. Ello fomentaba la esperanza de que aquel país pudiera llegar a intervenir en favor de Juárez.⁵⁴ Aunque poco podía simpatizarse con los métodos de los guerrilleros y con el sangriento drama cotidiano que provocaba su lucha, no podía dejar de reconocerse su sorprendente perseverancia, pues por ser México un país montañoso tenían que realizar enormes esfuerzos y sufrir toda clase de privaciones. Como se encontraban aislados de los puertos y de las ciudades, se veían confinados a las comarcas más pobres del país; su perseverancia sólo podía ser valorada en toda su magnitud por alguien que, como yo, había tenido que enfrentarse a ellos en su propio territorio.

El año de 1865 vio al Imperio en la cumbre en lo que concierne a la destrucción de la resistencia republicana. Al comenzar el año la última plaza de importancia que quedaba en su poder, la de Oajaca, cayó en manos de los franceses. El 9 de febrero tomaron la ciudad y capturaron a toda la guarnición; desde entonces la guerra continuó en pequeño, pero se hizo imposible terminarla puesto que por cada banda que se eliminaba, aparecía una nueva. Las condiciones naturales del país hacían imposible ocuparlo en su totalidad, además de que el clima permitía a los guerrilleros permanecer meses enteros a la intemperie en las impenetrables montañas y bosques. Sería una tarea demasiado prolija reseñar todos los combates que diariamente tuvieron lugar en los diferentes sitios de un país tan extenso, por lo que me limitaré a mencionar, a grandes rasgos, algunas de estas empecinadas y crueles luchas que, en la medida en que cada una de las partes adquiriría mayor sed de venganza, se volvían más endemoniadas. La guerra de guerrillas sólo puede ser conducida por aquellos que, por una parte, cuentan con el apoyo de la población⁵⁵ y, por la otra, tienen un

⁵⁴ Una vez concluida en Estados Unidos la guerra civil, el secretario de Estado William Seward comunicó al embajador francés en Washington que la monarquía impuesta en México por París "...mientras exista, será considerada como una amenaza hacia nuestras propias instituciones republicanas". Igualmente en el mes de marzo de ese año, doña Margarita Maza de Juárez fue recibida oficialmente en la Casa Blanca.

⁵⁵ El reconocimiento de esta realidad deja ver claramente que las fuerzas extranjeras estaban conscientes de que la mayoría de los mexicanos no estaba a favor del Imperio.

conocimiento íntimo del territorio. Los guerrilleros habían nacido en los lugares en donde operaban, e igualmente actuaban bajo las órdenes de quienes eran de ahí.

Los estados sureños de Tabasco y Chiapas no habían sido pisados por soldados europeos, ni nunca lo serían, pues el intento de proclamar el Imperio en la ciudad de Las Casas fue impedido por el general republicano Salinas; esos dos estados –que en realidad eran de poca importancia en el contexto general– conservaron el gobierno que tenían. Yucatán de inmediato reconoció al Imperio, pero a pesar de que le fue completamente fiel, por su lejanía y los débiles vínculos que tradicionalmente había mantenido con el resto del país, ello no tuvo la mayor relevancia. En la costa del Pacífico de Oajaca operaba la banda juarista de López Orozco, y al norte en la salvaje sierra de Huautla la de Figueroa, quien frecuentemente atacó los valles de Tehuacán y Teotilán. En Vera-Cruz el general liberal Alejandro García luchó durante mucho tiempo por el dominio del importante puerto de Alvarado y de la ciudad de Tlacotalpan; cuando finalmente fue derrotado se refugió en los bosques situados al sur del volcán de Tuxtla.

Al norte de Perote se inicia la agreste sierra Zacapoaxtla que, cubierta de bosques y poseedora de ricas minas de plata, está habitada por indígenas salvajes que nunca han sido sometidos; los llamados cuatecomacos. En ella se habían refugiado los rebeldes de los estados de Puebla y Vera-Cruz, quienes lograron convencer a sus moradores de sumarse a la causa haciéndoles creer que el Imperio se proponía arrebatarles sus tierras. A partir de ese momento ofrecieron una tenaz resistencia que nunca pudo ser vencida puesto que su territorio era inaccesible. La mayor parte del cuerpo austriaco había sido responsabilizado de someter la región, ya que el mariscal Bazaine⁵⁶ sabía que ello exigiría muchos sacrificios.⁵⁷ El 6 de febrero nuestros cazadores tomaron por asalto la

⁵⁶ Después de la toma de Puebla el 17 de mayo de 1863, el general Federico Elías Forey ocupó la ciudad de México el 10 de junio de 1863 (Juárez salió de ella el 31 de mayo), mismo que fue ascendido a mariscal de Francia y sustituido por el mariscal Aquiles Bazaine; éste permanecería como comandante en jefe de las fuerzas de ocupación hasta la caída del Imperio, y sería quien detentaría el verdadero poder.

⁵⁷ Una de las principales quejas de los austriacos y de los belgas contra los franceses fue la de que éstos les asignaran las tareas más difíciles y peligrosas, en tanto que los galos se reservaban las más lucidoras; en varias ocasiones se suscitaron serios conflictos entre los tres grupos de soldados, e inclusive en Puebla estuvo a punto de ocurrir un motín de austriacos contra franceses. El embajador de Prusia, barón Magnus, escribió lo siguiente a Berlín: "Los austriacos acusan, y no sin razón, al mariscal [Bazaine] de haber expuesto a sus tropas al peligro por todas partes desde el otoño del presente [1866] para deshacerse de ellas. En Jalapa la guarnición austriaca fue sitiada, efectivamente, durante cuatro meses por los disidentes. El mariscal, cuyas columnas estaban apostadas a sólo una jornada de distancia de Jalapa, entretuvo a los austriacos con la promesa de hacer levantar el sitio, hasta que finalmente, obligados por el hambre, tuvieron que entregar Jalapa por rendición." Brigitte Hamann, *op. cit.*, p. 77.

ciudad de Teziutlán, y aunque sufrieron considerables bajas, lograron su primera hazaña de armas, la que sería seguida por otras igualmente brillantes. A pesar de todo, sólo se había conquistado una porción de la sierra, permaneciendo sus zonas más inhóspitas bajo control rebelde. Los cuatecomacos son extremadamente valientes, pero también sumamente bárbaros; llegamos a presenciar actos verdaderamente espantosos cometidos por éstos. Por ello, tan pronto sometíamos alguna parte de su territorio, fusilábamos a todos los prisioneros; era la única forma de hacer respetar nuestras armas. El jefe de estos indígenas era un tal Juan Francisco que pertenecía a una tribu del pequeño poblado de Iachapulco que tuvimos que incendiar; éste emprendía contra nuestros puestos militares acciones tan decididas y rápidas, como sólo un indígena es capaz de hacerlo. En los muchos y muy sangrientos combates que sostuvimos con ellos, tanto destacó la valentía y perseverancia de nuestros hombres que tuvieron que soportar una fatiga que les era desconocida, como sorprendió la velocidad, astucia y tenacidad del enemigo.

En Michoacán, al oeste de la capital, el general imperial Méndez había ocupado, después de grandes esfuerzos, las estratégicas ciudades de Morelia, Zitácuaro, Tacámbaro, así como otros pueblos de importancia, pero los generales juaristas Régules⁵⁸ y Riva Palacio⁵⁹ con gran coraje resistieron a la brigada mexicana de Méndez que fue acompañada por 1,700 o 1,800 belgas comandados por el coronel Van der Smissen, los que a pesar de ser muy jóvenes,⁶⁰ dieron prueba de disciplina y valor.

México y la parte sur del país fueron ocupados inicialmente por el cuerpo expedicionario francés, por lo que al formarse el ejército imperial con la llegada de los cuerpos austriaco y belga, el mariscal Bazaine prefirió dejar descansar a los batallones franceses que ya se habían desgastado y asignarnos a nosotros y a los mexicanos la tarea de conquistar lo que faltaba. En todas las grandes ciudades del centro, como las de Guanajuato, Guadalajara, San Luis Potosí, Za-

⁵⁸Nicolas Régules nació en España en 1826 y en 1846 llegó a México, donde se enroló en el ejército. Luchó contra la invasión norteamericana, pero al iniciarse la intervención tripartita de 1861 pidió su retiro en vista de que España formaba parte de ella. Cuando sólo permaneció como invasor Francia, se reincorporó y se distinguió por sus acciones contra el ejército imperial en Michoacán.

⁵⁹Vicente Riva Palacio (1832-1896) fue político, militar, escritor, poeta y periodista, durante la intervención organizó la resistencia guerrillera en Michoacán.

⁶⁰El contingente belga se integró principalmente con gente muy joven y de poca preparación militar puesto que estaba destinado a servir únicamente como guardia de honor de la emperatriz Carlota bajo el mando del coronel y barón Van der Smissen. Sin embargo acabó siendo destinado a situaciones de alto riesgo por el mando francés.

catecas, Durango, Fresnillo, Saltillo, Monterrey, e incluso hasta Chihuahua, se apostaron guarniciones francesas para ejercer la vigilancia, pero a menudo tenían que emprender incursiones contra los inoportunos juaristas que continuamente interrumpían las comunicaciones entre las ciudades.

Entre los grupos guerrilleros destacaba el de Antonio Corona⁶¹ que causó muchos estragos en Sinaloa y Colima, así como el de Mariano Escobedo que operaba en el norte en los estados de Nuevo León y Coahuila que sistemáticamente amenazaba a Monterrey, Matamoros y Tampico. A éste se le llegaron a unir los grupos de Cortina y Canales, meros bandidos reconocidos como tales por sus propios compañeros, y que únicamente toleraban por necesidad. Las regiones más al norte como las de Sonora y Chihuahua fueron perturbadas por Pesqueira y González, mientras que Tanori, cacique de una salvaje tribu emparentada a los apaches y los ópatas, colaboró con los coroneles imperiales Almeida, con dos hermanos del mismo nombre, y más tarde con el danés Langberg,⁶² general imperial y gobernador de Sonora, para someter esa zona del país.

En vista de todo lo anterior, era más que imposible mantener pacificados todos los departamentos del Imperio, pues tan pronto eso se lograba, aparecían nuevas huestes juaristas⁶³ que echaban fuera o mataban a los funcionarios imperiales y obligaban a la población, por la fuerza si era necesario, a pronunciarse por la República. Bajo esas condiciones la actividad comercial, industrial, agrícola y minera era sistemáticamente obstruida, puesto que los soldados republicanos vivían a costa de la población y tomaban lo que necesitaban donde lo encontraban. Las tropas imperiales, en cambio, tenían que ser sostenidas por el gobierno, aunque muchas veces también tenían que recurrir a los métodos empleados por el adversario. Sobre decir que cuando había necesidad de imponer ese tipo de impuestos forzosos a la población, se elegía a la gente que, con o sin razón, era considerada par-

⁶¹ En realidad parece que se refiere a Ramón Corona que tuvo a su cargo la campaña de Sinaloa y Nayarit como jefe del Ejército de Occidente.

⁶² Algunas fuentes indican que Emilio Langberg era de origen sueco, pero el autor lo reconoce como connacional; es decir danés. Éste llegó a México en 1838 y Santa Anna lo incorporó al ejército; luchó contra la invasión norteamericana y en su momento fue encargado de trazar la nueva frontera establecida por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848. En 1846 se adhirió al Imperio y murió en combate en 1866.

⁶³ El constante asedio de éstas hizo que los franceses calificaran su lucha como una *guerre de jambes* (guerra de piernas); el oficial Clesse escribió: "sobre todo es una guerra de piernas lo que hacemos en Michoacán y en todo México". Jean-Francoise Lecaillon, *op. cit.*, p. 165.

tidaria del enemigo. Como ambos bandos recurrían a los mismos procedimientos, los ciudadanos evitaban mostrar su preferencia por uno u otro contrincante, y acababan adhiriéndose a ambos.

A pesar de los múltiples enfrentamientos que tuvieron lugar durante el año, que por lo general fueron ganados por las tropas imperiales, hacia finales del mismo nada había cambiado en lo fundamental. Los jefes enemigos, que lograban escaparse aun después de sufrir las derrotas más fulminantes, se encontraban tan armados y dispuestos a continuar el combate como siempre, en tanto que las pequeñas bandas guerrilleras, que en realidad utilizaban el escudo del patriotismo para disfrazar sus robos, tan pronto se esfumaban, como reaparecían. Con las numerosas batallas que tuvieron lugar el suelo mexicano se manchó con gran cantidad de sangre, puesto que a la que vertieron sus hijos, se agregó la de muchos valientes europeos. A continuación referiré algunas de las más peculiares, especialmente las que tuvieron lugar en la sierra de Zacapoaxtla donde se libraron las principales acciones bélicas del año. Como prueba del terrible salvajismo y de las indescriptibles atrocidades⁶⁴ que se cometían, narraré lo acontecido en el verano. Al lado de una barranca muy inclinada y con el propósito de vigilar el camino, habíamos levantado una casa de tablonés cerca de Jachapulco, dejando en ella una guarnición de un sargento y 20 hombres. Una noche la casa fue rodeada por centenares de cuatecomacos, y como no pudieron tomarla por la valerosa resistencia de la guarnición, le prendieron fuego; nuestros cazadores salieron huyendo y fueron capturados, uno tras otro. Al recibirse las noticias sobre el ataque, de inmediato partió un grupo de soldados en su auxilio, mismo que ya sólo encontró las humeantes ruinas de la casa y los cadáveres de nuestros hombres mutilados en una forma tan caníbal, que prefiero no describirla. Después de semejante brutalidad, naturalmente asolamos la sierra a fuego y espada, quemando la mayoría de los pueblos y los campos de maíz para forzar a los cuatecomacos, por hambre, a la sumisión. Aunque lo logramos al año siguiente, sólo fue por un corto periodo.

Nuestro cuerpo sufrió otra dolorosa pérdida el 17 de julio cuando el capitán de caballería, conde Kurssrock, junto con la mayor parte de su escuadrón, pereció en Ahuacatlán. En forma un tanto imprudente se había apoderado de ese pequeño pueblo situado en un valle estrecho y profundo, y fue sorprendido por

⁶⁴En realidad fueron cometidas por ambas partes; un oficial francés escribiría en su correspondencia: "Es una verdadera guerra de salvajes, indigna de los europeos... he ahí el resultado de cuatro años en que matamos y fusilamos por todas partes." *Ibidem*, p. 138.

numerosos indígenas y los guerrilleros conocidos como los plateados.⁶⁵ Casi todos sucumbieron en el ataque; Kursrock fue fusilado por órdenes del jefe de éstos, Antonio Pérez.

Las fuerzas juaristas se había venido concentrando en Tlapacoyan, población situada en la región que se denomina como tierra caliente. La ciudad fue fortalecida con diversos bastiones que se construyeron en el pequeño cerro del Tezcal, el que por dominar el camino que conduce a Papantla, se convirtió en un importante objetivo militar. En septiembre se intentó tomar Tlapacoyan desde Teziutlán, pero como se fracasó, dos meses después una columna de cazadores y de artillería austriacos hizo una nueva tentativa. El asalto del 17 de noviembre fue rechazado por los liberales que se defendieron con gran energía, pero el ataque del día 22 logró su cometido y la ciudad fue tomada. A pesar de que sufrimos considerables bajas, se aniquiló a casi toda la guarnición enemiga; sólo escaparon algunos cuantos entre los que figuró Ignacio Alatorre. Con la caída de Tlapacoyan gran parte de la costa del golfo de México había quedado en manos imperiales; poco después también nos apoderamos de Papantla.

El 25 de noviembre el antes mencionado jefe Figueroa, que ya anteriormente había sufrido grandes bajas en Ajalpa cerca de Tehuacán, fue derrotado nuevamente en Oajaca por el general Ortega. Casi al mismo tiempo la compañía número 12 de cazadores franceses al mando de Barbut derrotó a un destacamento juarista que había intentado acercarse a Monterrey. Fueron tantas las crueldades cometidas por los juaristas en estos combates, que uno tenía que negarse a creer lo que veía; las atrocidades no sólo se perpetraban contra los soldados, sino también contra la población indefensa que simpatizaba con el régimen imperial. Hay que admitir, sin embargo, que entre los jefes republicanos había muchos hombres nobles y humanos que nunca ordenaron torturar o mutilar al enemigo, aunque al final de cuentas llegaban a considerar su fusilamiento como necesario. Pero entre ellos también había muchos bandidos de instintos salvajes que los buenos oficiales difícilmente podían contener; cuando querían imponer la disciplina, se arriesgaban a ser abandonados o asesinados por sus propios hombres. No les quedaba más remedio que hacerse de la vista gorda frente a los excesos de sus tropas.

⁶⁵ Los plateados fueron un grupo de guerrilleros que operaron en las inmediaciones de los estados de Puebla, Oaxaca y Morelos.

Era difícil creer que aun los peores bandoleros fueran capaces de cometer atrocidades como las que tuvieron lugar en el desafortunado México amargamente dividido entre el Imperio y la República. Sacar los ojos, rajar el vientre, arrastrar al prisionero con una cuerda amarrada a un caballo en galope... eran, en resumen, formas terribles de morir. Frente a ello el perecer fusilado resultaba un verdadero beneficio. No fue sorprendente que el gobierno imperial se viera precisado a imponer medidas enérgicas, como fue la de medir a todos, juaristas y bandidos, con el mismo rasero decretando la pena de muerte para ambos por un consejo de guerra que debería celebrarse 24 horas después del apresamiento. Este procedimiento ya se había aplicado, pero el decreto del 3 de octubre de 1865 lo convirtió en norma. Para que su aplicación fuera rigurosa, en todas las grandes ciudades se crearon consejos de guerra compuestos por oficiales que deberían juzgar, por igual, a bandidos y a soldados.

El famoso decreto no sólo fue la causa de la ejecución de miles de republicanos⁶⁶ sino que también provocó la caída de sus instigadores. Éste, que se iniciaba con un llamado a la nación mexicana, contenía 15 artículos que disponían los castigos que se aplicarían a juaristas y bandoleros, siendo el de la muerte para cualquiera que fuera sorprendido con un arma en la mano, se considerara sospechoso de mantener contactos con el enemigo, facilitara información a éste, le vendiera o procurara armas, o hubiera cometido robos o chantajes, sin importar que fueran de poca monta. El que fuera capturado durante el combate de inmediato debía ser fusilado sin pasar por el consejo de guerra, puesto que ése sólo se ocuparía de los casos dudosos o de aquellos que no fueran cogidos *in fraganti*. En su parte final otorgaba la amnistía para quienes, antes del 15 de noviembre, se presentaran ante las autoridades y depusieran las armas. No fueron pocos los que aprovecharon la oferta para poder regresar a sus casas y apartarse de la cruel guerra.

Una medida de esta naturaleza seguramente habría causado espanto y aborrecimiento en Europa. Incluso en México despertó asombro a pesar de que desde tiempo atrás se había seguido la práctica de fusilar a los prisioneros. Para el gobierno imperial era evidente que la única forma de

⁶⁶ En el proceso seguido a Maximiliano los liberales señalaron que el número de ejecutados conforme al decreto del 3 de octubre fue de no menos de 40,000; la verdadera cifra, sin embargo, debe situarse en menos de la mitad (nota del autor).

acabar con la recia resistencia de las bandas juaristas que obstaculizaban el desarrollo del país y hacían inútiles sus esfuerzos, era recurriendo a medidas radicales. Su propia existencia estaba seriamente amenazada, por lo que en un plazo prudente debería pacificarse al país y establecerse más sólidamente las bases del nuevo Estado. La medida fue un claro indicio de que ya se trataba de una lucha de vida o muerte, de una guerra desesperada que tenía que concluir con la destrucción total de una de las dos partes. Un entendimiento pacífico era ya imposible.

EN TIERRA CALIENTE

En México se llama tierra caliente a cualquier sitio donde el calor alcanza niveles elevados, de manera que la expresión no se refiere a un área específica sino que hay que aplicarla con flexibilidad. Las diferentes zonas del país han sido más o menos bien clasificadas, por lo que el calificar un área como de tierra caliente no obedece tanto a una opinión individual, sino a un criterio ampliamente aceptado y difundido. Esto es determinado esencialmente por el tipo de cultivos que se produce, que por lo general es de arroz, tabaco, algodón, café y caña de azúcar.

La zona de tierra caliente incluye las comarcas de la costa del golfo de México y del Pacífico hasta una altura aproximada de 3,000 pies; pasándose dicha altura se registra un clima templado que hace la transición con la zona de montañas y mesetas que es llamada tierra fría. Sin embargo, entre las montañas existe un gran número de valles con ríos que, por encontrarse a más baja profundidad y tener una temperatura más alta, también son considerados como tierra caliente. Tal es el caso de los valles de Acatlán, Cuernavaca, Teotitlán del Camino, y del río Alvarado. A diferencia de las comarcas de las costas, que siempre son húmedas y que, por consiguiente, reciben el nombre de tierra caliente húmeda, los valles interiores poseen un clima sumamente seco, razón por la que se les denomina tierra caliente seca. La vegetación de estas dos es muy diferente, pues mientras que en la primera el suelo casi no se da abasto para sustentar tanta riqueza de plantas, la otra está escasamente cubierta de cactus y acacias; solamente se encuentra vegetación más abundante en donde existe riego permanente. En tanto que la tierra caliente es poco atractiva por su

escasa vegetación y su alta temperatura, que llega a ser insoportable, las zonas de la costa son mucho más agradables por su rica flora y fauna y porque su temperatura es frecuentemente templada por la lluvia y la brisa del mar.

Por ello con agrado recibí, el 23 de diciembre de 1865, la orden del comandante en jefe, general conde Thun, de reintegrarme a mi compañía que se encontraba cerca de Perote en el pueblo de Tlapacoyan. Durante la Noche Buena partí en la diligencia que conduce a Puebla llevando 15,000 pesos de oro para las tropas, acompañado de mi camarero y dos soldados. Entre los pasajeros se encontraba el coronel imperial Camacho, quien estaba destacado en Jalapa y que por haber sido asaltado en un reciente viaje a Puebla, no dejaba de asomarse con intranquilidad por la ventana de la diligencia. Pasamos por los poblados de Amozoc, Acajete, Nopalucan, Ojo de Agua, Tepeyahualco, y después de cruzar por la hacienda de San Antonio en las cercanías de Perote, proseguimos por una meseta llana y desnuda en la que además de los picos de las lejanas montañas, no se veía nada más. Entre esos picos destacaba el de la Malinche y el del Pinal cubierto de grandes pinos y en el que se localiza la hacienda del mismo nombre. Junto a Tepeyahualco hay un gran lago de aguas amarillentas, y el camino es arenoso y casi intransitable, especialmente en las partes cubiertas de lava volcánica; razón por la que ha sido bautizada con el nombre de Malpaís. Llegamos por la noche a Perote y nos alojamos en la llamada Casa de Diligencias. Perote se encuentra poco más abajo de Chalchicomula y es un lugar particularmente frío en el invierno; en las tardes sopla un fuerte viento que hace la estancia aún más desagradable. La ciudad, sin embargo, es bastante bonita, sus casas son de techos planos y sumamente limpias. Al sur de la ciudad se eleva el colosal Nahuacampatepetl o Cofre del Perote, que es llamado así por tener en la cumbre una gran roca en forma de baúl. Cuenta con una enorme cresta cubierta de pinos que alcanza una altura de hasta 13,000 pies. A media legua al noroeste de la ciudad se ubica el fuerte de San Carlos; imponente fortaleza construida por los españoles. En ella se encontraba una guarnición de nuestro cuerpo de voluntarios compuesta de cazadores y zapadores, de la que obtuve seis hombres para escoltar el dinero hasta la costa. En vista de que los oficiales del fuerte llevaban una vida muy solitaria, que el aspecto de la región era triste y su clima muy desagradable, envidiaron el que yo viajara a la más acogedora tierra caliente. A pesar de todo se habían instalado adecuadamente en el fuerte, pues habían fabricado estufas de hierro donde preparaban jamones; sin duda con la ayuda del vino podían hacerse la ilusión de que se encontraban en Comorn o Kaschau.

El día 26 reinicié el viaje con un caballo prestado, con el oro cargado en una mula y con seis cazadores como escolta. El camino se extiende a lo largo de una legua y media por la meseta en dirección norte y por todos lados hay gran cantidad de coyotes; después de pasar el pequeño rancho llamado Orilla del Monte, continuamos por una sierra no muy alta cubierta de grandes bosques de pinos y de praderas. Al otro lado de la sierra el camino comenzó a descender hasta llegar a la falda de la meseta que lleva hasta la costa. A cinco leguas de Perote se localiza la ciudad de Teziutlán, a la que llegamos a las siete de la tarde. Es una ciudad importante y dinámica que cuenta con 7,000 habitantes y está situada a 5,000 pies de altura sobre el nivel del mar; tiene una atractiva plaza principal, calles muy rectas y, al igual que en Orizaba, los techos de tejas de las casas son inclinados porque llueve frecuentemente. En vista de que su población respaldaba la causa imperial, la guarnición local disfrutaba una vida tranquila y agradable. Teziutlán fue la primera ciudad que el cuerpo austriaco tomó el 6 de febrero de 1865, y desde ella partieron todas sus expediciones a la costa y a la sierra de Zacapoaxtla. Entregué al jefe de la guarnición, el comandante Schönowsky, el dinero que llevaba, y pasé una grata noche en compañía de buenos amigos. Al día siguiente compré un estupendo caballo negro, y acompañado de mi camarero y de un indígena que conducía la mula que cargaba mi equipaje, emprendimos la marcha hacia Tlapacoyan. Atravesamos una región que a la vez era romántica y salvaje, puesto que tanto cruzábamos por impresionantes abismos, como tropezábamos con densos bosques tropicales de enormes helechos y múltiples lianas. El camino era bastante inclinado y resbaloso porque las montañas eran de arcilla y estaban muy húmedas; el caballo llegó a hundirse hasta el vientre en el espeso fango. Pasamos por cuatro pequeños ranchos, Chinanlingo, Queconta, San Miguel y Dos Cerros, en los que se vendía aguardiente de caña y tepadre, esta última es una bebida embriagante que se hace de pulque –el conocido jugo del agave– y azúcar cruda. Las cabañas de los ranchos estaban casi ocultas por las enormes hojas de los frondosos plátanos, muchos niños desnudos jugaban entre los cerdos y las gallinas, y varios rancheros rasgueaban la guitarra entonando melancólicas melodías al tiempo que daban pequeños sorbos al tepadre servido en la mitad de una calabaza seca, la llamada jícara. El trayecto desde Teziutlán hasta Tlapacoyan es de aproximadamente nueve leguas, y por descender el terreno más de 4,000 pies, el último poblado se localiza a sólo 800 pies sobre el nivel del mar.

Por la tarde llegué a Tlapacoyan, que es una aldea típica de la costa; la mayoría de sus habitaciones son cabañas y sólo la iglesia y los edificios a su

alrededor son de piedra. Apenas había sido tomada por nuestras tropas un mes antes, ya que hasta ese momento todos los intentos habían fracasado. Lo que hace importante a Tlapacoyan era su ubicación, pues por todas partes está rodeada de barrancos excepto en el norte donde se levanta el pequeño cerro del Tezcal, en el que los republicanos habían levantado un imponente bastión. El 22 de noviembre el comandante Schønowsky intentó un nuevo asalto contra Tezcal, mismo que sólo tuvo éxito después de una fiera batalla en la que perdimos muchos hombres; entre ellos a los tenientes conde Auersberg y Radl. Junto a Tezcal fue tomada la ciudad y, finalmente, se nos despejó el camino hacia la costa. Nuestros zapadores ya estaban construyendo una casa de madera para supervisar nuestros futuros movimientos hacia la costa. Después de tomar la aldea, con un rápido asalto también se ocupó Izcacoaco, huyendo el último reducto republicano hacia Papantla para unirse a los suyos y organizar la resistencia.

Tlapacoyan se encuentra en un pequeño llano circundado por abismos y grietas, y su espesa vegetación impide la visibilidad. Hacia el suroeste se prolonga una estrecha cuesta de casi media legua sobre la que se localiza el pequeño rancho del Tomate con unas cuantas casas de piedra. Abajo de éste y por un bello valle corre el río Bobo, uno de los múltiples ríos de la costa mexicana que, siguiendo una línea casi recta, desemboca en el mar. Difícilmente se puede imaginar un paisaje más espectacular que el que se contempla desde Tomate; hacia el norte se elevan las laderas de las montañas costeras que, como si fueran pequeñas ventanas blancas, se asoman entre los espesos bosques de color verde oscuro. Hacia el oeste se contemplan las faldas onduladas de otras montañas que rodean un hermoso valle cruzado por el río que corre entre majestuosas cañas de bambú y frondosos árboles. Hacia el sur sólo se ve la interminable superficie verde de la selva virgen. La ardiente luz del sol resplandece por toda la región resaltando los colores y las sombras en una forma que nos es desconocida para quienes provenimos del frío norte; el paisaje tiene toda la magia del trópico. Al caer el río forma una cascada, y luego continúa a lo largo de un estrecho abismo hasta llegar al mar. La altura de la cascada es de unos 50 pies, y el ruido del agua puede escucharse a gran distancia.

Pasando el río Bobo se encuentra entre las altas montañas el rancho llamado El Nopal, cuyos habitantes cultivan café de gran calidad. Las plantaciones del café son de un verde muy atractivo que dan la impresión de ser un jardín. Cuando el cafeto ha crecido, se le corta y los nuevos brotes traen consi-

go la fruta que más tarde se transplanta. El café se seca en canastas expuestas al sol, y luego se tritura en morteros para liberar los granos de su roja pulpa. El terreno comprendido entre Tlapacoyan y el mar es ligeramente inclinado y plano; tan sólo alguna que otra cresta de la montaña de repente rompe la monotonía. En algunos sitios se ha eliminado la vegetación para sembrar platanales, cuya fruta, además del maíz y el tabaco, es la principal producción de la región. La comarca es de gran belleza y la riqueza de sus plantas que cubren el suelo a lo largo de todo el año la hacen ser un paraíso. Los árboles del bosque se entrelazan con múltiples lianas formando impresionantes nudos que sólo el machete puede deshacer. El machete es una especie de sable que todos los habitantes del lugar portan, y que es indispensable para abrirse brecha por la selva. El clima es sumamente caliente, pero durante el invierno las lluvias y la brisa del mar lo suelen atemperar. Las únicas enfermedades que se conocen son las fiebres intermitentes; ya que en esta zona no se da el vómito o fiebre amarilla.

A los pocos días de haber llegado a Tlapacoyan me enviaron nuevamente a Teziutlán a recoger dinero para las tropas, puesto que íbamos a iniciar una larga expedición que por algún tiempo nos impediría mantener contacto con los cuarteles centrales. Partí a caballo por el camino ya descrito, y al día siguiente regresé cargando en la alforja 4,000 pesos de oro. Alrededor de las siete de la noche, y mientras conversaba animadamente con algunos amigos, sentí una fuerte sacudida de tierra que, aunque causó sobresalto, no provocó daños de importancia. Como fue la primera vez que experimenté un temblor, me dejó una honda impresión; al paso del tiempo llegué a acostumbrarme tanto a ellos que ya ni siquiera los notaba. Durante los primeros días de enero realizamos diversas excursiones en los hermosos alrededores, particularmente cerca de la hacienda de El Jobo localizada a media legua hacia el oeste de Tlapacoyan. La hacienda era un gran edificio con una sencilla iglesia rodeados por las modestas casas de los trabajadores y la selva virgen. Éstos se dedicaban a la producción de un excelente tabaco que se cultivaba en las áreas desmontadas del bosque, y que se distinguía por su fuerte aroma y agradable sabor; sin duda era muy superior al tabaco cubano. El tabaco se cosecha una vez al año, y las hojas de la planta se secan al sol; sin ninguna otra clase de tratamiento se transforma directamente en puros, o se envía a otro sitio para ser cortado y convertido en cigarrillos. La población de ambos sexos fuma puros, pues su humo es eficientemente utilizado para ahuyentar los punzantes mosquitos que abundan en la zona. El tabaco se vende de acuerdo con su peso; una arroba (25 libras) vale

entre uno y dos pesos. La hacienda posee un terreno de por lo menos ocho leguas cuadradas, por lo que comprende todo el territorio entre el río Bobo y el río María de la Torre. Desgraciadamente la mayor parte está cubierta por la selva, y sólo se cultiva un 20 por ciento de la superficie; si la totalidad fuera aprovechada, daría de comer a por lo menos a 20,000 personas. El propietario vivía en la ciudad de México, e hice amistad con don Roque, el administrador, quien con gran voluntad me explicaba todo lo que deseaba saber.

Finalmente el 7 de enero partimos hacia Papantla, ciudad que debería ser atacada simultáneamente por el sur y el oeste. Nuestra compañía llevaba una considerable cantidad de municiones y dos cañones mexicanos de bronce de cuatro libras. Como en vano tratamos de conseguir mulas para transportar la pesada carga, y era urgente que nos reuniéramos al día siguiente, primero con la compañía número 9, y luego con la 1 y 4, no nos quedó más remedio que juntar un buen número de indígenas para que hicieran el trabajo pesado. Tuvimos suerte, pues justamente era día de mercado y el pueblo estaba lleno de gente; rodeamos la plaza y convocamos a los alcaldes, que eran fácilmente reconocibles por el palo con cintas rojas que portaban, y les ordenamos reunir 80 hombres jóvenes y fuertes para que nos ayudaran. Como les dejamos saber que si no conseguían rápidamente el número de cargadores necesarios, ellos mismos harían el trabajo, en cuestión de media hora nos proporcionaron suficientes elementos. En la cara de los seleccionados se reflejaba vívidamente su miserable estado de ánimo, pero con el estoicismo característico de su raza, pronto se resignaron a su destino. Los tubos de los cañones y las cureñas fueron cargados sobre las pocas mulas que pudimos conseguir, y cada indígena, mediante la cinta que se coloca sobre la frente, cargó un bolso de municiones que pesaba alrededor de un quintal. La mitad de ellos por el momento no cargó nada, porque más adelante servirían de relevo.

Partimos a la una de la tarde y nos internamos en una estrecha senda del bosque que nos obligó a formarnos en columna; las municiones se colocaron a la mitad de la misma y se dispuso un destacamento de retaguardia. Como formé parte de la retaguardia, tuve a mi cargo un fastidioso trabajo; en vista de que los indios intentaban escapar a la primera oportunidad, tenía que estar muy vigilante para que no lo hicieran. Todo marchó adecuadamente durante el día, pero al caer la noche y a pesar de la vigilancia, los indígenas comenzaron a desaparecer uno tras otro; naturalmente corrían más rápido que los guardias y pronto se perdían de vista en la inmensidad de la oscura selva. Para hacer la

situación todavía más difícil, a las 10 de la noche tuvimos que atravesar un arrollo fangoso en el que las mulas que cargaban los cañones se hundieron hasta el vientre y no pudieron caminar más. Tuve que ordenar a mis somno-lientos hombres, y a los pocos indígenas que quedaban, cargar los cañones y llevarlos hasta la otra orilla; pesado trabajo que sólo pudimos concluir hasta las 12 de la noche. Continuamos por la oscura e impresionante selva virgen que, por estar en total calma, nos permitió alumbrar el camino con una vela que llevaba cada décimo soldado. Al cabo de una hora y sin haber logrado alcanzar al grupo principal que se nos había adelantado, encontramos una amplia pradera a mitad del bosque que nos permitió alimentar a los animales y descansar hasta el alba. Como era de esperarse, el resto de los indígenas, salvo dos, aprovecharon para huir; decidí reforzar la vigilancia para que al menos estos dos nos pudieran servir de guías al día siguiente. Al partir al amanecer tuve que dejar a algunos de nuestros hombres con parte del pesado cargamento pero, para nuestra fortuna, tan sólo nos encontrábamos a 10 minutos de distancia del grupo principal puesto que se había detenido durante la noche en el rancho de El Naranjal a la orilla del río de la Torre, al cual también había llegado ya la novena compañía. El rancho nos facilitó las mulas necesarias para recoger las municiones y los soldados que se habían quedado atrás.

Después de descansar y almorzar, al mediodía emprendimos la marcha sintiéndome sumamente contento de que ahora alguien más se ocupara de vigilar la retaguardia. El camino continuó a través de la espesa selva y por la tarde pasamos frente al rancho Soyapa, donde una guapa joven indígena nos informó que el enemigo se encontraba en San José Acateno, adonde arribamos por la noche. Tras de marchar forzosamente llegamos a ése alrededor de las 10; era un pueblo pequeño situado sobre una colina que terminaba justo en el muro que rodeaba a la iglesia. A pesar de que desconocíamos el terreno y la fuerza del enemigo, decidimos entrar por dos puntos distintos; después de un corto y violento tiroteo en el que perdimos dos hombres, ingresamos a la población para encontrar que los liberales ya se habían desvanecido en la inmensidad de la selva. Una vez que tomamos las medidas de seguridad indispensables, pasamos una noche divertida disfrutando de la buena comida que nos fue preparada en la casa de un viejo comerciante llamado Jiménez, cuyo hijo era el subadministrador de Teziutlán y, por consiguiente, partidario del Imperio.

Al amanecer nos internamos nuevamente en la selva, y dado que no encontramos trazas del enemigo, concluimos que se había retirado a Papantla. Por la

noche nos detuvimos en la amplia sabana donde se localiza el rancho Mesa Grande, y nos reunimos con las compañía primera, cuarta y sexta que ya se habían instalado en las cabañas del lugar; los oficiales recién llegados con trabajo pudimos conseguir espacio dentro de una de ellas y sólo dispusimos de unos sacos de maíz para sentarnos. Al resto del contingente y a los animales no les quedó más remedio que vivaquear bajo la copiosa lluvia nocturna que se desató. A las tres de la mañana partieron la cuarta y la sexta compañías, y al salir el sol hicieron lo propio las otras dos bajo el espectáculo de la selva en todo su esplendor. Pudimos observar que en esta región todavía existen grandes manadas de ganado salvaje.

Entre más avanzábamos, más densa se hacía la selva, pues en esta zona en sólo ocho días la vegetación vuelve a cubrir por completo las sendas que se han abierto. Uno de los principales obstáculos eran los bambúes que crecen en los suelos pantanosos; sus troncos son sumamente duros y tienen una circunferencia de hasta un pie. Al oscurecer nos detuvimos en el rancho de Masacapa donde nos alojamos en cabañas y fuimos recibidos por los golpecillos de las manos de las mujeres del lugar que hacían tortillas; el equivalente de nuestro pan que se hace con los granos del maíz. Todos los habitantes del pueblo se pusieron a trabajar para darnos de comer; los hombres trayendo el ganado, y las mujeres preparando las tortillas. Para mi suerte, en la cabaña que me tocó encontré tanto una cama con mosquitero que me permitió dormir plácidamente sin las molestias de los mosquitos, como un buen indígena que me obsequió cuatro huevos que había logrado salvar de los hambrientos soldados. Después de haber comido y bebido café, pude olvidarme de los peligros de la selva y soñar tranquilamente con los bosques y las chicas de Copenhague.

El amanecer fue espectacular, pues el sol se reflejaba intensamente sobre las gotas de rocío que todavía permanecían sobre las grandes hojas de los platanos, y se respiraba un aire intensamente fresco. Después de un corto recorrido divisamos el enorme cauce del río San Pedro o Tecolutla que corre a través de la selva. A las tres horas de haber partido de Masacapa y, para nuestra sorpresa, tropezamos con una serie de casas construidas al estilo europeo y con personas rubias que cortaban árboles y labraban la tierra. Eran norteamericanos provenientes de Luisiana⁶⁷ que habían fundado la colonia “La Calzonera”

⁶⁷El territorio de la Luisiana, que comprendía desde el golfo de México hasta la actual frontera con Canadá (1'500,000 km²), fue originalmente una colonia francesa. En 1803 Napoleón I la vendió a Estados Unidos y muchos de sus habitantes (que originalmente habían provenido de Canadá cuando éste también era francés) no quisieron pasar a ser norteamericanos y emigraron a otros países.

en la orilla del río; aproximadamente eran 50 familias. Todos hablaban francés y nos recibieron con gran gentileza; para nosotros fue grato volver a comer al estilo europeo y dialogar con sus mujeres e hijas que tanto nos recordaban a las de nuestros lugares de origen; varios de nuestros hombres ya no querían separarse de este lugar. Cruzamos el río en barcos y canoas y hacia el anochecer llegamos al poblado de San Pablo ubicado hacia el norte al pie de unas altas rocas arenosas.

Desde La Calzonera se había enviado un destacamento de caballería a Tecolutla donde se encontraban 100 liberales; los sorprendieron y 30 de ellos murieron mientras que el resto se dispersó. Por la noche el destacamento se nos volvió a unir en San Pablo; el único soldado que resultó herido en la refriega fue trasladado río arriba en una canoa. Finalmente se encontraba reunida toda la columna que debería atacar Papantla, misma que se componía de cinco compañías, un escuadrón, una batería mitad austriaca y mitad mexicana y un destacamento de zapadores, lo que hacía un total de 850 hombres. San Pedro se encontraba a tan sólo dos leguas de Papantla, y deberíamos asaltar a la mañana siguiente la plaza defendida por 1,200 liberales. La columna quedó al mando del comandante Hammerstein, quien por la noche celebró anticipadamente la victoria con el champagne que ofreció nuestro anfitrión, un rico español de apellido Fonseca que se dedicaba al comercio de la vainilla. Todos disfrutamos la celebración, habiendo pasado el resto de la noche en una gran bodega donde el señor Fonseca secaba las miles de vainas de vainilla que saturaban el ambiente con su poderoso aroma. A las seis de la mañana estábamos listos para iniciar el ataque a Papantla.

Ya se había dado la señal de partida cuando de repente llegó en un fogoso caballo una estafeta con un despacho urgente para el comandante. El contenido de éste más o menos decía lo siguiente: "Hoy hemos vencido completamente al enemigo en Agua Dulce. Se ha retirado a Papantla y desea rendirse. Susani muerto. Quédese por ahora en San Pedro." El despacho provenía del comandante Schönowsky que con su contingente austriaco-mexicano había penetrado en Papantla desde Teziutlán y derrotado al enemigo en Agua Dulce; pero en la contienda falleció el valiente comandante húngaro Susani. Aunque lamentamos mucho haber tenido que recorrer tan largo y difícil trecho para finalmente no tener la oportunidad de atacar Papantla, de cualquier manera recibimos con agrado las buenas noticias. Al día siguiente los restantes rebeldes capitularon y se tomaron 800 prisioneros; cuando entramos a la ciudad constatamos que se

trataba de un verdadero bastión defensivo; las montañas que rodeaban la ciudad hubieran dificultado enormemente una invasión, y el intentarlo sin duda nos hubiera costado muchas vidas.

Al igual que la mayoría de las poblaciones de la zona caliente, Papantla cuenta con una plaza central rodeada por el edificio de la prefectura, la iglesia, la escuela, buenas tiendas y una serie de casas y cabañas que le dan al lugar un aspecto desordenado y pintoresco. La iglesia es una construcción sólida circundada por un gran muro de grandes piedras que permite ser utilizada como fuerte. Es una ciudad antigua puesto que desde los tiempos de Cortés se le conocía por ser la capital de uno de los más importantes reinos totonacas. Sus habitantes viven exclusivamente en la ciudad y se distinguen, principalmente las mujeres, por su belleza y carácter apacible. La belleza de las totonacas, reconocida en todo el país, se ve resaltada por sus vestidos siempre limpios y atractivos. Por lo general son de pequeño tamaño, bien formadas, poseen resplandecientes ojos negros y una piel fresca de color marrón. Llevan el cabello distribuido en dos largas trenzas que, atadas artísticamente con listones rojos y azules, dejan caer sobre las espaldas. Su vestido consiste en una túnica blanca sin mangas que tiene un orificio para meter la cabeza y atractivos bordados con cintillas rojas en la parte delantera y trasera. En la cintura portan un cinturón rojo y un tilistle, que es una prenda de lana azul oscuro que llega un poco más abajo de las rodillas y que sirve como falda.

La lengua del totonaca es una de las más melodiosas y eufónicas que he escuchado. Es como el susurro armónico del arroyo que corre por la selva. Este pueblo es muy pacífico y vive exclusivamente del cultivo del maíz, del tabaco, la vainilla y la fruta. Cuando uno transita por la ciudad queda materialmente narcotizado por el fuerte olor de la vainilla que se coloca en las entradas de las casas para ser secada. Un hermano de quien en San Pedro había sido nuestro anfitrión, don Agapito Fontesilla, tiene un importante negocio de vainilla, y nos explicó que la llamada vainilla silvestre o cimarrona tiene poco valor comercial; la que se cosecha, en cambio, tiene gran demanda pero requiere de un esmerado tratamiento. El tabaco de la región es de muy buena calidad y es casi tan apreciado como el de Tlapacoyan.

La ciudad obviamente se encontraba en total desorden después del enfrentamiento, y en el mercado nos encontramos con lo que había quedado del ejército republicano; se habían formado en fila para saludar a nuestro general, el conde Thun, quien llegó de Teziutlán tan pronto como tuvo noticias del triun-

fo. Entre los oficiales detenidos se encontraba Ignacio Alatorre, un militar honrado y valiente, y el viejo Ortega que anteriormente había sido gobernador de Puebla. Fue un momento de verdadero orgullo encontrarnos, como vencedores, frente al enemigo; debo decir sin embargo, que los mexicanos soportaban con tanta dignidad y compostura su desgracia, que provocaban nuestra sincera simpatía. En esa ocasión atrapamos también a dos de nuestros desertores que se habían unido al enemigo; de inmediato fueron fusilados en las afueras de la ciudad.

Después de permanecer un día en Papantla, tanto mi compañía como la cuarta recibieron instrucciones de trasladarse al puerto de Tecolutla donde deberían reunirse con la sexta compañía. El día 18 de enero iniciamos la marcha a lo largo de la orilla del río San Pedro, y después de pasar por los poblados de San Pedro y La Calzonera ya sólo encontramos selva tropical; la única excepción fue un pequeño asentamiento de colonos italianos que vivían tan miserablemente como los propios indígenas. La naturaleza en esta zona es sencillamente maravillosa y su río majestuoso corre plácidamente a través de la oscura selva virgen en tanto que uno que otro cocodrilo se sumerge en sus aguas y un mono deja escapar un grito estridente... un fascinante espectáculo que difícilmente se puede olvidar.

Tecolutla está situada en un cabo adyacente al mar, y dado que el río pasa por su parte sur, sólo se tiene acceso a ella por el oeste y el norte. Sus finas cabañas cubiertas de juncos hacen que se asemeje a un puerto de pescadores daneses, pero obviamente la presencia de las grandes palmeras nos indican que se está en otra parte del mundo. Con júbilo saludamos de nueva cuenta el azul infinito del mar y retozamos alegremente en sus aguas. El pueblo es muy chico y su comercio más bien insignificante, pues sólo pueden transitar por el río embarcaciones de poco calado y la gran cantidad de arena que arroja forma un borde de tres o cuatro pies que impide la navegación. La desembocadura del río tiene por lo menos 1,000 codos de ancho, y es profunda y caudalosa. En la casa de un comerciante español se nos ofreció una estupenda cena compuesta de pescado fresco –el llamado pargo– que media alrededor de dos o tres pies, y que resplandecía por sus vivos colores rojizos; tenía el mismo sabor de nuestras truchas.

A la mañana siguiente las dos compañías cruzamos el río en unas canoas hechas de grandes troncos ahuecados, y por la tarde comenzamos a caminar a lo largo de la costa hasta que al oscurecer llegamos hasta un pantano llamado

El Apuaje donde pudimos conseguir agua dulce de muy mal sabor. Acampamos en la playa y encendimos fogatas, tanto para contar con luz, como para alejar a los mosquitos; durante la noche todo se impregnó de un fresco rocío. A temprana hora reiniciamos la marcha a lo largo de la playa. Nuestro médico, que era un ávido cazador, no perdió la oportunidad de disparar contra dos bonitos gavilanes que tuvieron la mala suerte de pasar cerca de nosotros. Después de caminar más de cuatro leguas llegamos a la desembocadura de otro gran río, el Bobo, que después de su largo trayecto viene a morir en el golfo de México. En vista de que tiene una desembocadura de casi 800 codos de ancho, tomó bastante tiempo cruzarlo en canoa, por lo que no fue sino hasta el anochecer que llegamos a Nautla, situada en la orilla opuesta. Este río también acumula en su desembocadura gran cantidad de arena que dificulta la navegación, pero dado que una de sus orillas tiene siete pies de profundidad, facilita el tránsito de pequeñas embarcaciones que comercian con Vera-Cruz y Tampico. El pueblo es más bien insignificante; sólo tiene tres o cuatro casas de piedra, una de las cuales es la aduana y otra la residencia de un comerciante griego. El resto son modestas cabañas hechas de bambú que dan la impresión de ser jaulas para pájaros; las comodidades en la costa son verdaderamente limitadas. Los habitantes en su mayoría son mulatos o zambos que descienden de esclavos negros traídos por los españoles; viven de la pesca y de la caza del venado y supongo que no les gusta la agricultura puesto que en toda la zona no vi ni un solo campo de maíz.

Durante los ocho días que permanecemos en Nautla disfrutamos de la caza y de la navegación; es difícil que en otra parte del mundo pueda existir otra región tan admirable por la riqueza de su fauna y flora. La selva se extiende hasta la orilla del mar y el pueblo está completamente rodeado por ella, razón por la que sus habitantes nunca salen de sus casas sin el indispensable machete que sirve para abrirse brecha entre la vegetación. La temperatura que nos tocó fue sumamente baja, entre 19 y 20 grados, e incluso un día, el 25, llovió; ello nos permitió realizar múltiples excursiones por el río, por el bosque y en la playa en compañía de los zambos que nos servían de guías. Como casi todos los oficiales eran cazadores, no pudieron rechazar la oportunidad que brindaba un país que ha sido bendecido con tal cantidad y diversidad de animales. Su ojo experto constantemente divisaba nuevas y desconocidas especies de mamíferos y aves que nuestro médico, D.L., un avezado ornitólogo, trataba de identificar. Había gran abundancia de pecaríes (*dicotyles* o pecarí) que los mexicanos llaman

jabalíes, cuya carne es sumamente deliciosa siempre y cuando, antes de cocinarse, se extraiga de la espalda del animal una glándula que secreta un líquido con olor de almizcle.

En la cima de los árboles abundan los monos que son muy difíciles de atrapar, pues aun cuando se les ha disparado se mantienen colgados de las ramas con la cola. También hay una gran variedad de iguanas de cola larga y erizadas protuberancias sobre la espalda, aves de mil colores, chotacabras, aves de rapiña, papagayos multicolores, tucanes de colosales picos, etcétera. En el río abundan las aves zancudas y palmípedas, entre las que destacan los patos y las gaviotas que, por ser poco miedosas, permiten que uno se acerque hasta 10 pasos para dispararles. Llegamos a cazar un magnífico pájaro que era una especie de gallo-lira de color negro metálico; tenía una gran cresta, una gran verruga amarilla bajo del pico y medía tres pies de altura.

En la selva viven muchos animales peligrosos, tales como el jaguar, diversas especies de la misma familia y serpientes venenosas entre las que destaca el temido coralillo. Los escorpiones, que aquí se llaman alacranes, se encuentran en todas las casas y no pocas veces provocan la muerte de los niños, así como fuertes inflamaciones y el desmayo en los adultos. Los insectos aparecen principalmente por las noches en grandes nubes y sus piquetes pueden llevar a la desesperación. Tal es el caso de los ácaroses, aquí llamados pinillos, los garapalos, que al clavarse en la piel y chupar sangre adquieren un tamaño descomunal, y la niguas que se meten entre las uñas de los dedos de los pies provocando una inflamación que impide caminar. Los peores son los mosquitos, principalmente el gengen de alas grises, mismos que una vez que se han metido en la habitación, son imposibles de sacar. Como protección, en la noche se usa un mosquitero sobre la cama, y en el día se fuma abundantemente para ahuyentarlos. En las partes más densas de la selva vive el tapir, llamado por los indígenas danta o ataburro, y en sus claros abundan los colibríes que brincan de una flor a otra. En las orillas de la selva se pueden encontrar diferentes tipos de arbustos como los que tienen hojas semejantes a las del tilo, y el río está plagado de nenúfares blancos y rojos.

En los pantanos crece el bambú y el otate de troncos duros como hierro que están cubiertos de una cáscara de sílice y finas hojas en forma de lanza, y en los claros más secos alternan los solanos de flores violetas cubiertos de enredaderas rojas y filamentosas que se llaman chacatlascale. Éste se usa para pintar de rojo y también se le encuentra en tierra caliente seca. Un árbol extraño

es el conocido con el nombre de malamug; es de hojas grandes de forma lobular cubiertas con largos pelos de ortigas que al contacto con la piel provocan dolor e inflamación. Curiosamente pude observar que algunas de las plantas tropicales se parecen a las nórdicas, como es el caso de la pequeña verónica azul que se asemeja a la danesa, así como algunas especies de corregüelas. En el río viven miles de cocodrilos que se suelen tender plácidamente en sus orillas a tomar el sol; nuestros hombres se divertían sorprendiéndoles cuando tomaban la siesta en tierra y los mataban a machetazos. Las noches en estas selvas son únicas. Los gritos y el ruido de los animales enmudecen en la medida en que el sol se va poniendo, surgiendo con la oscuridad un impresionante y solemne silencio que sólo se ve interrumpido por los tecolotes, los que, al igual que para nosotros, son considerados como aves de mal agüero por los mexicanos. El aire se torna más fresco, el cielo brilla con el resplandor de múltiples estrellas que para nosotros son desconocidas, y entre las formas fantásticas de las plantas aparecen miríadas de insectos fosforescentes; entre ellos el cocuyo que se singulariza por su verde resplandor y que si se le coloca dentro de un vaso puede irradiar suficiente luz como para poder leer.

Aunque la desembocadura del río Bobo está situada a sólo 10 leguas al norte de Vera-Cruz, en Nautla no se conocen las plagas que afectan a la costa mexicana, tales como la fiebre amarilla y el vómito, por lo que estas bendecidas comarcas bien podrían ser pobladas por europeos. Una prueba de ello es que desde hace 30 años existe en Jicaltepec, a una legua y media de la desembocadura del río, una colonia francesa. Por una agradable senda que corre a través de la selva se llega a los ranchos de Zopilote y Cabeza de Cerdo, y a un pequeño poblado construido al estilo europeo en la orilla de una colina; en éste viven alrededor de 50 familias francesas de artesanos y comerciantes. Es gente acomodada a la que no les hace falta ninguna de las comodidades de Europa, pues incluso tienen un pequeño y cómodo hotel donde disfrutamos de un buen almuerzo al estilo del Viejo Mundo. Esta colonia es un buen ejemplo de que, a pesar de las condiciones políticas adversas, los europeos con su esfuerzo y aprovechando la riqueza de este país, pueden prosperar y llevar una existencia agradable. La región en donde se encuentra Jicaltepec es todavía más paradisíaca que la de Nautla, pues en ella la naturaleza decidió desarrollar toda su riqueza y gracia; durante las mañanas el río ofrece un espectáculo inigualable cuando la neblina se comienza a elevar bajo los poderosos rayos del sol que penetran a través del follaje y las enormes gotas del rocío, miles de animales

despiertan de su sueño nocturno saludando con sus alegres cantos al sol, y el río continúa fluyendo plácidamente bajo la sombra de los magníficos caobos. Con frecuencia fuimos a Jicaltepec a pasar agradables momentos en compañía de los simpáticos colonos, quienes habían conservado toda la cortesía del francés. Aunque no tenían ninguna simpatía especial por el Imperio, ni por la República, les agradó nuestra presencia y se esforzaron por hacer nuestra estancia placentera organizando pequeñas fiestas en nuestro honor.

Un día, estando en Nautla, nuestros hombres capturaron a un loco que encontraron en la playa. Resultó ser un desafortunado alemán que trató de viajar a la ciudad de México desde Tampico, pero que acabó perdiéndose en la selva; durante semanas no había comido más que animales crudos y raíces. Las privaciones y el esfuerzo habían turbado de tal manera sus sentidos que prácticamente era ya un idiota que no se daba cuenta que se encontraba de nuevo entre seres humanos. Lo atendimos y le dimos empleo como ayudante de la cocina; por un par de meses acompañó a la compañía, hasta que en el mes de marzo prefirió quedarse en Teziutlán cuando tuvimos que partir hacia Tehuacán.

Salimos de Nautla el 29 de enero rumbo a Jicaltepec, en tanto que la cuarta compañía se dirigió a Misantla. El capitán permaneció en Jicaltepec con la mitad de los miembros de la compañía, y los soldados restantes bajo el mando del teniente B. nos enfilamos a Tlapacoyan. El 30 cruzamos el río Bobo en un excelente transbordador y con nuestro contingente de 50 hombres llegamos primero al rancho El Pital y luego al llamado Boca Chiquita donde el territorio comienza a transformarse en una extensa sabana de árboles dispersos y altos pastos. Desde esta posición pudimos avizorar la región del sur en la que destacaba el gran cerro del Cortado en las cercanías de Misantla. En la zona de Boca Chiquita encontramos gran cantidad de ganado salvaje, por lo que para comer no tuvimos más que usar el lazo. La carne que obteníamos era cortada en largas tiras, se salaba y se dejaba secar al sol para que nos pudiera servir de reserva. Esta forma de prepararla se llama tasajo, y aunque se suele comer con una salsa picante de chile, su sabor no deja de parecerse al de la suela del zapato. La anchura de la sabana era de legua y media, y al irse reduciendo surgía nuevamente la selva; una vez pasado el rancho Cabrestos, llegamos al río María de la Torre que es un afluente del Bobo y luego a los ranchos de Piedra Grande, Caniso, Paso de Novillos y Maluapam para finalmente llegar al poblado de Izacoaco que se encuentra a sólo cinco leguas de Jicaltepec. El camino era bueno puesto que era sumamente plano y nos hacía sentir más en una alame-

da que en una carretera. El calor, sin embargo, era tan agobiante que nuestros hombres estaban exhaustos y decidimos hacer un alto para almorzar. Izcacoaco se encuentra en la orilla del río que en esta parte es de poco caudal, y es un importante productor de un tabaco tan fino como el de El Jobo. La noche era estupenda, la luna brilla con un resplandor desconocido por nosotros, la selva había enmudecido como si hubiera entrado en un profundo sueño, y se podía escuchar la música de las guitarras que provenía de las cabañas cercanas. Una voz temblorosa cantaba algo sobre el amor, el que con sus gozos y duelos tiene el mismo significado para los escandinavos que para los mestizos de la selva virgen.

Partimos a buena hora al día siguiente; cruzamos por un afluente del río Bobo conocido como río Blanco, y dos horas más tarde pasamos por los minúsculos ranchos de La Palma, Agua de Obispo y Filipinas, deteniéndonos en la hacienda de El Jobo, donde el administrador, nuestro amigo don Roque Salazar, nos recibió con alegría y nos obligó a detenernos un par de horas. Finalmente llegamos a Tlapacoyan y nos dispusimos a descansar de las fatigas del pesado viaje, mismas que habían sido compensadas por el goce que nos proporcionó la expedición; sería una de las más queridas y alegres memorias que por siempre guardaría de México.

EXPEDICIÓN EN LA SELVA VIRGEN

El tiempo transcurrió rápida y agradablemente en Tlapacoyan, pues mucho disfrutamos las excursiones en esta romántica comarca, las cacerías y las atenciones que recibimos de sus habitantes, entre las que destacaron las del prefecto don Manuel Mendoza, persona fina y benévola. Sus frecuentes visitas eran animadas con nuestro excelente vino tinto húngaro; el elegante prefecto siempre se hacía acompañar de dos o tres jueces o alcaldes, y no pocas veces al despedirse acababa confundiendo la ventana con la puerta, o a sí mismo con el emperador Maximiliano.

Nuestros hombres tuvieron la oportunidad de descansar, pues solamente se vieron obligados a salir de la ciudad en una ocasión para enterrar el cadáver de uno de nuestros oficiales que fue mortalmente herido en el asalto a Tezcal; por casualidad su cuerpo fue encontrado entre la densa maleza y procedimos a sepultarlo con toda solemnidad en el cementerio. Anteriormente ya había presenciado un caso semejante; en Izcacoaco vi fusilar sobre la vertiente del río Bobo a un soldado enemigo después de la toma de la ciudad, cuyo cuerpo, al caer sobre las rocas del río, hizo imposible su rescate. Su cadáver permaneció colgado de las rocas hasta que las aves de rapiña hicieron su trabajo.

El clima de la costa en el mes de febrero es sumamente variable; tanto se registra un calor de 30 grados en la sombra, como la temperatura desciende hasta 14 y 15 grados con las lluvias. En las laderas de las montañas llueve todo el tiempo, incluso en la época de sequía, y en la estación lluviosa caen verdaderas tormentas como las que nosotros solemos tener en el otoño. En Tlapacoyan hay un dicho popular que es bastante acertado: "seis meses de agua y

seis de aguaceros, o tres meses de lluvia, tres meses de lodo, tres de claro y otros tres de todo”.

Estando en esta ciudad recibí órdenes de llevar a Jicaltepec los sueldos de la compañía; partí bien armado a caballo con las alforjas llenas de oro por el camino ya descrito que corre a lo largo del río Bobo. Como era la cuaresma, en todos los ranchos se habían adornado e iluminado sitios para el baile, en los que por las noches los mestizos y los zambos, o bien cantaban tocando alegremente sus guitarras, o bailaban jarabes y fandangos bajo un impresionante calor que no descendía de los 26 grados. Después de haber dormido en Izca-coaco, al día siguiente pasé por el rancho de Piedra Grande y me encontré que los miembros de la compañía, que habían participado en el baile, aún seguían charlando tranquilamente bajo la sombra de una gran aguacatero. Ellos me informaron sobre una peculiar costumbre que existe en estos lugares; los tran-seúntes son detenidos y se le exige el pago de una multa de medio peso, con lo cual adquieren el derecho de elegir a una de las bellas mestizas como compañera de baile. Las multas recabadas se destinan a comprar los adornos para los recintos del baile o bebidas populares. Los costeños se sorprendieron cuando no quise aprovechar su generosa oferta, y en lugar de ello les recomendé que leyeran la historia de Putifar y José.

Al regresar de Jicaltepec a Tlapacoyan pude disfrutar de uno de nuestros pasatiempos favoritos; la cacería de mariposas. El doctor Luzzi que nos acompañaba había formado una impresionante colección con los magníficos ejemplares que abundaban en las barrancas. Al regresar una tarde de la excursión, me encontré al teniente B. conversando con un mestizo, y como daba muestras de no entender lo que se le estaba diciendo, intervine en la conversación. El mexicano, que se llamaba Sabino Arigan y provenía del rancho de Jetepeque cercano al Tomate, me narró una historia confusa sobre la conspiración que tramaba un grupo de liberales en el Rabadero; se proponían envenenar el agua de las fuentes del pueblo con la savia del palo de leche, que es un tipo de euforbio sumamente venenoso. A pesar de que el teniente B. consideró que las noticias eran bastante extrañas, juzgó que lo mejor era tomar precauciones, y me pidió investigar el asunto con 30 hombres. A don Sabino se le prometieron 20 pesos si sus informes resultaban verídicos, y cinco balas en el pecho en caso de que resultara una treta. Partimos al anochecer sirviéndonos de él como guía, y lo custodiamos con tres soldados que deberían dispararle al menor asomo de duda. Una vez que pasamos El Jobo y el rancho de Filipinas, entramos por una

estrecha senda que conducía a un claro de la selva, y dado que se fue haciendo más angosta, tuvimos que desmontar y caminar en fila. El buen humor que generalmente acompaña a los soldados en sus paseos nocturnos había desaparecido, pues tal vez sentían que estaban profanando la solemnidad del silencio de la selva. A la medianoche y bajo la luz de la luna, llegamos al trapiche llamado El Pagual, donde tuve que despertar a sus habitantes para que nos facilitaran un guía, ya que don Sabino se declaró incompetente para reconocer el camino. El administrador del trapiche gentilmente me facilitó a uno de sus mozos indígenas, y con él nos internamos en la densidad de la selva que estaba más oscura que nunca. El instinto del indígena para encontrar el camino es realmente asombroso, pues en tanto que nosotros no podíamos ver nada, él caminaba con gran seguridad. En varias ocasiones llegó a perder la ruta, pero le bastaba con mirar hacia la luz de la luna que se filtraba a través de los árboles para volver a encontrar el camino.

Tras caminar toda la noche, el guía finalmente nos indicó que habíamos llegado al rancho El Rabadero; decidí esperar a que amaneciera porque mis hombres estaban sumamente cansados. Las diversas casas del lugar se encontraban demasiado apartadas unas de otras como para poderlas atacar al mismo tiempo, y temía que se pudiera tratar de una trampa. Mientras esperábamos le di a mi caballo una merecida ración de maíz y disfrutamos de un poco de vino; la terrible sed que teníamos nos hizo alabar al padre Noah.

Al salir el sol comenzamos a acercarnos cautelosamente a las casas del rancho; los soldados suelen ser como los niños, pues tan pronto cesan las molestias, recuperan la alegría: si no fuera así difícilmente podrían soportar tantos esfuerzos y privaciones. Así eran mis hombres; al comenzar el día ya habían olvidado las fatigas de la noche anterior, e incluso tuve que callarlos para que no revelaran nuestra presencia, pues con el renacer de la vida en la selva instintivamente comenzaron a expresar su alegría de vivir con canciones. Dividí a los soldados en pequeños grupos de seis, les ordené rodear las casas y entrar en ellas para apresar a sus moradores. Yo avancé hasta una de las primeras cabañas con la intención de apoderarme de sus ocupantes y obligarlos a que me condujeran ante su jefe, el que según don Sabino se llamaba Manuel Melgarejos. Cuando entré, ya se habían sentado alrededor de fuego para preparar sus tortillas; cogí a uno de ellos y le pedí que me llevara ante su jefe. Salimos del lugar, y como empezó a internarse demasiado en la selva, le repetí varias veces que lo que queríamos era reunirnos con su jefe, a lo que invariablemente

me respondía con el estereotipado “Sí, sí, señor.” Dado que seguimos adentrándonos en la selva, comencé a sospechar de sus intenciones, máxime que don Sabino me indicó que sentía que algo marchaba mal. Le pregunté si faltaba mucho por llegar, y me respondió que en una hora estaríamos en Pital: “¿En Pital?” –exclamé–; “¿Qué quiere decir con eso?”... “¿no es ahí donde quiere ir oficial?”, me respondió al tiempo que velozmente intentó saltar de la vereda para desaparecer entre la vegetación; el corneta dio un gran salto y de inmediato lo detuvo. Era evidente que nos estaba engañando, por lo que la segunda vez que intentó escapar le atravesé el pecho con las balas de mi revólver; su cuerpo rodó entre los helechos y se esfumó. Retornamos a las cabañas lo más rápido que pudimos, y en el trayecto tropezamos con cuatro mexicanos en un sembradío de tabaco que portaban fusiles largos; se desconcertaron cuando de golpe aparecieron mis hombres, y con el revólver en la mano me acerqué a uno de ellos; éste de inmediato alzó el rifle y me apuntó... súbitamente cayó fulminado por el disparo de uno de mis cazadores que le atravesó el vientre. Los otros tres ya no intentaron escapar y se dejaron tomar prisioneros; uno de ellos, un mestizo alto y guapo, era Melgarejos. Inspeccionamos las cabañas y sólo encontramos varios viejos fusiles, pero por ninguna parte aparecieron las botellas que según don Sabino contenían el veneno; las mujeres que se encontraban en las cabañas negaron saber nada sobre dicho veneno. Don Sabino me dejó saber que la joven y bella mestiza que se encontraba en la casa de Melgarejos era “una mujer robada” que había sido secuestrada, y me pidió que la llevara a Tlapacoyan. Ello no me pareció procedente, y preferí llevarme un bonito tordo en el que transportamos los fusiles, pues obviamente no podía ser propiedad legal de unos pobres rancheros.

Después de un breve descanso regresamos por la orilla del río María de la Torre, alcanzado después de un par de leguas la carretera que conduce a Jicaltepec y a Tlapacoyan. Al cruzar el bosque tropezamos con tres mexicanos armados, mismos que quedaron tan sorprendidos de vernos, que olvidaron huir y se dieron por presos. Uno de ellos traía una pistola de la caballería austriaca, otro un rifle de doble cañón y el tercero un mosquetón de la época española. Con semejante adición a nuestro arsenal llegamos por la noche a Izcacoaco, y mientras descansaba en una cabaña frente al río Bobo y saboreaba una magra cena compuesta de sardinas, huevos, pan y vino, llamé a don Sabino. Al tiempo que le ofrecí una copa le dije: “Escuche don Sabino; usted no quiere hacerme creer que está con nosotros por pura devoción o por los 20 pesos que le prometimos;

usted ha traicionado a esa gente y tarde o temprano se vengarán; la historia de ese veneno del palo de leche no es más que una mentira. Sea sincero y cuéntenme la verdadera razón por la que nos hizo dar esa vuelta para capturar a Melgarejos; usted y yo sabemos que mañana o pasado mañana dejará de existir.” Me contestó: “Señor; está en lo cierto: he tenido mis razones para contar esa mentira”, y me narró que hacía seis años un tal Guzmán había secuestrado a su mujer, y que vivía con ella en Atlotonga a unas seis leguas del río Bobo. Para consolarse y siguiendo los consejos del refrán que dice que no es bueno para el hombre estar solo, conoció a la guapa Vicenta, que no sólo era bella, sino que además hacía muy bien las tortillas; vivieron juntos hasta que los horrores de la guerra llegaron hasta su paradisiaca comarca. Para no ser enrolado por los liberales se escondió, y Vicenta aprovechó la oportunidad para dejarse secuestrar por Manuel Melgarejos, quien obviamente tenía mejor físico que el ya envejecido don Sabino. Al salir de su escondite urdió denunciar a Melgarejos para recuperar a Vicenta; durante varios días espía a su rival y se dio cuenta que tenía armas y que planeaba unirse a las bandas juaristas. Esperaba que una vez denunciado, sería fusilado y su querida Vicenta lo recibiría nuevamente con los brazos abiertos. Agregó que tenía miedo de que se descubriera que él había sido el denunciante, por lo que deseaba marcharse a Tehuacán de donde era originario.

Cuando terminó la narración, le dejé ver que por habernos engañado también merecía ser fusilado, pero que en vista de que la expedición había tenido resultados favorables, estaba dispuesto a perdonarlo a condición de que en lo sucesivo nos sirviera de espía: de fallar en su cometido correría la misma suerte de Melgarejos. El arreglo fue satisfactorio, pues en varias ocasiones obtuvimos buenos servicios de él, a lo que contribuyó el dinero que frecuentemente me llegó a solicitar en calidad de préstamo; la mayor parte lo destinó a ablandar el corazón de la guapa Vicenta que pronto regresó con él.

Al día siguiente llegamos a Tlapacoyan con los prisioneros y las armas decomisadas; en virtud de que Melgarejos confesó ser republicano, y de que no se había acogido a la amnistía del decreto del 3 de octubre de 1865, junto con sus seis compañeros fueron fusilados en una plantación de plátanos. Tanto B. como yo nos hubiéramos conformado con mantenerlos presos, pero la decisión final fue la de quitarles la vida. Uno podría horrorizarse de semejantes crueldades, pero hay que tener en cuenta que para entonces la guerra había adquirido un brutal carácter de exterminio, y que los liberales también cometían atrocidades. Tal

fue el caso del saqueo y la matanza de Temascaltepec cerca de Toluca, y la destrucción del pequeño poblado de Bagdad en la desembocadura del río Grande del norte en las inmediaciones de Matamoros. Frente a esa realidad no parecía exagerado que el gobierno imperial exigiera el estricto cumplimiento del decreto del 3 de octubre. Después de haber permanecido una larga temporada en el país, ya nos habíamos acostumbrado a este tipo de cosas; de la misma manera que considerábamos como algo natural fusilar al enemigo capturado, sabíamos que correríamos la misma suerte de llegar a caer en sus manos. Como en todo, la costumbre ejercía una poderosa influencia, y ya aceptábamos como normales las circunstancias que un año antes nos hubieran parecido espantosas.

LOS LADRONES EN MÉXICO

En comparación con los godos o los eslavos, los pueblos de la raza latina parecen tener mayor inclinación y predilección por el robo. Les es algo innato; la popularidad de los ladrones entre las clases bajas de países como Italia y España patentiza que todavía no se ha reconocido que el robo debe ser algo inadmisibles en una sociedad ordenada. La mitad de la población mexicana descende, en forma pura o mezclada, de españoles, por lo que la inclinación innata hacia el robo forma parte de ella. Como consecuencia de los 40 años de continuas guerras civiles, la práctica del robo se ha desarrollado a tal grado, que en la actualidad no sólo se dedican a esa noble ocupación los que se precian de tener sangre española en las venas, sino también los que pertenecen a la raza indígena. Durante la dominación española prevalecía una situación ejemplar, puesto que los ricos nacidos en España tenían a su disposición tropas del gobierno para proteger sus bienes y contener a los criollos que se mostraron inquietos. La lucha revolucionaria de 11 años que hizo al país independiente y que le dio una Constitución republicana, permitió que la libertad que se comenzaba a disfrutar fuera acompañada de un alto grado de falta de respeto por la vida y la propiedad del prójimo. En especial, los soldados licenciados comenzaron a imitar a Carl Moor, Cartouche, Schinderhannes y demás notabilidades europeas.

Durante las prolongadas luchas civiles el robo se propagó en todas las clases sociales. Por una parte el gobierno era demasiado débil, y por la otra estaba demasiado ocupado en otros asuntos como para poder remediar este mal. La tarea igualmente resultaba ser muy difícil en un país tan grande, montañoso y escasamente poblado. A pesar de los esfuerzos de los franceses y del

gobierno imperial, el mal continúa siendo tan difundido y pernicioso como siempre. Cuando en la pacífica Dinamarca se piensa en un ladrón profesional, se tiene en mente a un hombre salvaje que vive como animal del bosque y que ataca a los honestos viajeros para saquearlos y matarlos. Esa imagen quizás es certera en casos como el del ladrón Rinaldo Rinandini, cuya banda era tan famosa que no podían encontrar refugio en ningún pueblo. En México, sin embargo, los ladrones por lo general son gente acomodada con un domicilio conocido y sin una profesión fija, lo que no despierta sospecha, pues son tantos los que no la tienen que resulta difícil saber quién es quién. Viven en los pueblos con sus familias, y sus constantes viajes no causan ninguna extrañeza porque en el país se viaja mucho. Cuando se enteran de la llegada de un transporte de rica mercancía, reciben noticias sobre el viaje de un próspero comerciante, o simplemente necesitan dinero, se ponen de acuerdo con un grupo de amigos y planean el ataque. Los buenos amigos siempre están dispuestos a la aventura, por lo que una noche cogen las armas, ensillan sus caballos y se dirigen al pueblo; ahí se reúnen en un sitio convenido para realizar el ataque contra el objetivo planeado, o sobre una presa casual. Si es necesario, se está dispuesto a matar, pues aunque se trate de un pequeño robo, es mejor acallar a la víctima antes de que atraiga la atención de los vecinos.

Entre los asaltantes de las carreteras destacan los que se especializan en las diligencias; sus principales víctimas son las que realizan el trayecto entre Vera-Cruz y la ciudad de México, y entre ésta y otras importantes poblaciones del interior del país. Dado que el trayecto es muy largo, los viajeros suelen ser saqueados hasta cuatro o cinco veces durante un mismo viaje; no es de extrañar, por ello, que cuando finalmente se llega con vida al destino final, uno siente que ha arribado al mismo paraíso. Los ladrones de diligencias son los más formales y corteses, lo que probablemente se debe al hecho de que tienen que tratar con damas y extranjeros. Cuando el cochero se tropieza en el camino con una banda de ladrones, de inmediato detiene el coche, pues bien sabe que les basta disparar sus fusiles para matar los caballos y detener el carruaje, y principalmente que puede hacerse acreedor a una represalia por mostrarse descortés ante los inesperados visitantes. Los asaltantes rodean el vehículo, y si los pasajeros ofrecen resistencia, se arma una balacera de la cual salen vencedores los que tengan mayor número de contendientes y mejores armas. Si los bandidos triunfan, no sólo se llevan todo lo que encuentran, sino que asesinan a todos sin mayor conmiseración. Si los pasajeros no ofrecen resistencia,

lo que ocurre la mayoría de las veces, los bandoleros, que llevan cubierta la mitad de la cara con un pañuelo amarrado a la nuca, abren las puertas de la diligencia y piden a sus ocupantes que desciendan del vehículo. Primero revisan a las personas, luego al coche, y finalmente las maletas, llevándose todo aquello de valor o que les guste. Para realizar las dos últimas operaciones piden gentilmente a sus víctimas que se tiren al suelo boca abajo, y cuando han concluido la inspección, parten a galope; el cochero invita a los pasajeros a continuar el viaje hasta que sean sorprendidos por otro grupo de bandidos.

Se ha intentado escoltar las diligencias con tropas de caballería, pero éstas han sido frecuentemente sobornadas por los ladrones: estando previamente de acuerdo, se mantienen a cierta distancia del coche, y cuando llegan al lugar donde ocurrió el asalto, los atacantes ya han partido con el botín, el que más tarde es compartido con los soldados. En otras ocasiones, las propias escoltas han asumido el papel del ladrón, o bien durante el trayecto han solicitado a los viajeros una considerable propina “voluntaria”, o una contribución, como dirían, “pal camino”, por las molestias que se toman para proteger sus personas y sus maletas.

Entre las clases bajas de México se encuentra muy difundida la idea de que el robo es simplemente una debilidad de la gente pobre, como lo puede ser la bebida o la apuesta. Algunas regiones son famosas por los constantes atracos que ocurren en ellas, como es el caso del tramo entre Vera-Cruz y la ciudad de México, la carretera de Acatlán a Puebla y las grandes carreteras de México a Guadalajara, y de San Luis Potosí a Monterrey. En ellas existen pueblos enteros dedicados al robo y que exclusivamente viven del hurto. Uno de los más conocidos es el de San Juan Izcaquistla situado entre Acatlán y Tlacoatepec. Los sanjuaneros, como los apodan los vecinos, son gente alta y fuerte, casi todos son criollos y temerarios asaltantes; el auténtico prototipo del ladrón mexicano. Es gente próspera que viste el bonito traje de charro, el traje nacional, con botonadura de plata, y posee magníficos caballos y armas modernas. Aunque todo mundo sabe que San Juan es un verdadero nido de cuatreros, sus habitantes circulan por todas partes sin el mayor disimulo y frecuentan los mercados de los pueblos vecinos, donde suelen pasar el tiempo disfrutando de los juegos de azar y holgazaneando hasta que detectan una presa gorda. Como es natural, los sanjuaneros no simpatizaban con un gobierno imperial que trataba mal a la gente de su calaña, por lo que se adhirieron a los republicanos que no tenían ningún escrúpulo en aceptar los servicios de esta gente atrevida y osada. Durante el

asalto a la ciudad de Puebla del 2 de abril de 1867, muchos de ellos perecieron, y los que quedaron vivos regresaron a Izcaquistla para continuar libremente su provechoso oficio.

Otra famosa banda era la de los plateados comandada por Antonio Pérez, que se componía de centenares de hombres, y que unas veces actuaba como gavilla de ladrones, y otras como destacamento liberal. Como ya se mencionó, junto con un contingente de la infantería juarista esta banda cercó en un valle estrecho a uno de nuestros escuadrones de caballería, muriendo en la refriega todo el destacamento incluyendo al conde Kurtzrock; sólo dos soldados sobrevivieron.

En otras zonas la actividad de los ladrones es más esporádica, pues por lo general se trata de individuos solitarios que se internan en los bosques para sorprender a los incautos. En cualquier forma ello hace que todo el país sea inseguro, siendo rara la comarca por la que se puede transitar sin temor a ser asaltado. Las excepciones son el estado de Guerrero donde el gobierno autocrático del viejo Juan Álvarez, y más tarde el de su hijo Diego Álvarez, impuso el orden y la seguridad; Guerrero era tan seguro como la misma Dinamarca. La sierra de Villa Alta era otro lugar en donde aparentemente su población no se inclinaba por el hurto, al igual que el litoral del Pacífico y el estado de Chiapas. Los raros robos que llegaba a ocurrir eran cometidos por gente de otras localidades.

Para protegerse durante los viajes, la gente se suele organizar. Todos los viajeros van armados con revólver, fusil o con el indispensable machete que se guarda en la silla de montar. Se evita llevar grandes sumas de dinero, se guarda el más profundo secreto sobre el viaje, y se solicita información por todas partes sobre el estado de seguridad de la carretera. Si uno pregunta: ¿cómo está el camino?, la respuesta que siempre se recibe es la de: “está seguro”, o “no está seguro”. Jamás se dice si está en buenas o en malas condiciones, pues todo mundo sabe que la principal preocupación es la de la seguridad; su buen o mal estado es una cosa secundaria. De cualquier forma, las precauciones no sirven de nada, porque al final de cuentas en lugar de defenderse con las armas que portan, los pasajeros tratan de huir o de comprar su libertad con dinero. Si los fascinerosos asaltan a un hombre rico, difícilmente se conforman con quitarle el dinero que lleva consigo; se lo llevan a la montaña y lo obligan a escribir una carta a su familia pidiendo que paguen un alto rescate; de lo contrario es asesinado. Como se sabe que la amenaza será cumplida, los familiares se apre-

suran a pagar lo solicitado. El secuestro, o plagio como comúnmente se le llama, es una práctica constante que no sólo se lleva a cabo en las carreteras, sino que también en las propias casas de las víctimas, de donde por la noche se saca violentamente a la persona buscada, o en su defecto a uno de sus hijos.

En marzo de 1866 tuve que ir de Teotitlán a Tehuacán de las Granadas, por lo que a temprana hora partí con mi caballo y un criado; los dos íbamos bien armados. Después de recorrer una legua de camino, llegamos a la gran hacienda azucarera de Tilpa, propiedad de un español llamado Manuel Pastor. Cuando entramos, encontramos a un grupo de 20 jinetes vestidos con trajes de cuero que tenían aire sospechoso; el jefe del grupo me informó que formaban parte de la guardia rural de Tehuacán y que al llegar a la hacienda para visitar a su amigo, don Manuel, encontraron que había sido secuestrado la noche anterior. Lamentó profundamente lo que le había ocurrido a su amigo español, pero se manifestó confiado en que regresaría sano y salvo una vez que se hubiera pagado el rescate acostumbrado. Cuando visité la hacienda ocho días después, encontré a don Manuel paseando plácidamente por su propiedad como si nada hubiera ocurrido. Le pregunté: “¡Pues bien hombre, cuénteme lo que le sucedió!”, y me respondió: “...Ahhh, cuando aquella noche mi gente ya se había acostado, sorpresivamente entraron cuatro hombres a mi habitación, y antes de que pudiera alcanzar la pistola, me echaron un sarape sobre la cabeza y me obligaron a subir a un caballo; permanecí prisionero en la sierra durante tres días hasta que logré escaparme.” Poco después supe que en realidad don Manuel había tenido que pagar 4,000 pesos a sus captores para que lo dejaran en libertad pero, como buen español, era demasiado orgulloso para admitirlo frente a sus trabajadores.

Otro ejemplo mucho más triste ocurrió en las cercanías de Perote en enero de 1866. Los ladrones secuestraron al hijo de un rico hacendado y exigieron un rescate muy alto; algo así como 10,000 pesos. Aunque el padre no disponía de semejante suma en efectivo, finalmente se las ingenió para reunirlos y se las hizo llegar a los maleantes. Su horror fue enorme cuando a cambio del pago recibió el cadáver terriblemente maltratado de quien alguna vez había sido un alegre muchacho. El crimen fue cometido por un enemigo del padre que quiso vengarse en esta salvaje forma. La justicia pública carece de fuerza para impedir estos horrores.

En la zona de Perote operaba la famosa ladrona Altragracia Guevara, conocida como La Chorra. Era una guapa criolla casada con un bandido de primera

clase, que al mismo tiempo era capitán del ejército republicano. Esta intrépida mujer llegó a participar con su marido en varios combates, y cuando fue fusilado, ella continuó por su cuenta el simultáneo oficio de ladrona y soldado. Cuando el 6 de febrero de 1865 la compañía austriaca tomó por asalto el pueblo de Teziutlán situado a cinco leguas de Perote, Altagracia se encontraba entre los enemigos, pero logró escapar de la matanza y se internó en las montañas para continuar ejerciendo su profesión en la carretera que va de Perote a Puebla. Residía en San Juan de los Llanos con sus cómplices, normalmente se vestía de hombre, y en no pocas ocasiones con gran temeridad ella sola realizaba los atracos. Finalmente fue capturada en uno de sus tantos asaltos, y en Puebla fue juzgada por una corte marcial; a pesar de su sexo y de su extraordinaria belleza, se le condenó, como a cualquier otro ladrón, a sufrir la pena capital.

Gracias a la creación de las citadas cortes, que únicamente se integraban con militares y que sólo se ocupaban de juzgar a los republicanos y a los bandidos, el gobierno imperial logró reducir los delitos. Cualquier robo, por pequeño que fuera, se sancionaba con la muerte, por lo que después de la promulgación del decreto del 3 de octubre ningún bandolero pudo recurrir a la excusa de que era un soldado que luchaba por la República.

Cuando las autoridades tenían que enviar dinero a otros sitios se comisionaba a los propios oficiales, quienes tan sólo se hacían acompañar de dos soldados, puesto que por una parte ya se habían limpiado las carreteras de bandas juaristas, y por la otra ello era suficiente para impedir el ataque de los ladrones comunes y corrientes. Dos veces tuve el poco agradable cometido de viajar por 20 horas seguidas en una tosca diligencia, apretado entre ocho pasajeros, y cargando un saco lleno de oro. En esas ocasiones mi vida dependió de los dos cazadores que me acompañaban trepados en el pescante, pero en los cuales no podía tener mucha confianza puesto que provenían de la reserva de Puebla formada por gente sin experiencia. Tuve, sin embargo, mucha suerte, ya que en uno de esos viajes los ladrones dejaron pasar mi diligencia y se conformaron con saquear a un pobre arriero que venía detrás de nosotros. No todos lográbamos correr con la misma suerte; el coche en el que viajaba el teniente E. fue atacado apenas había salido de Puebla, y los dos cazadores que supuestamente lo deberían proteger, se llenaron de pánico, aventaron los fusiles, y se echaron a correr despavoridos. El pobre teniente, al que todavía no le sanaban las heridas que había recibido en un atraco anterior ocurrido en Tlapacoyan, fue sometido fácilmente; para su fortuna, los atacantes se limitaron a despojarlo de los 6,000 pesos

de oro que transportaba, y a cortésmente, desearle las buenas noches. Los cazadores que huyeron regresaron ese mismo día a Puebla y por su cobardía fueron condenados a muerte. Aun cuando el desafortunado E. salió ileso del percance, fue objeto de la burla de sus compañeros; ofendido y deprimido buscó, y encontró, la muerte poco más tarde en la batalla que tuvo lugar en Tehuatlán.

La mayoría de los robos se realizan cerca de las grandes ciudades después de que se ha pasado la aduana; el producto del despojo de inmediato es llevado a alguno de los suburbios donde los ladrones tienen sus escondrijos. Los alrededores de la propia ciudad de México están plagados de bandoleros, lo que no es nada sorprendente si se considera que en la ciudad viven más de 20,000 léperos; lo que equivale a la población total de Nápoles. Uno de los más famosos ladrones que operaba en el valle de México era un tal Antonio Fragosa, que con sus dos hermanos actuaba simultáneamente como republicano. Dos veces consecutivas fue apresado, y a pesar de que en ambas ocasiones juró lealtad al Imperio con tal de ser liberado, rompió repetidamente su promesa. Una tercera vez hizo lo propio argumentando que pretendía defender la independencia y la libertad de su patria, pero en realidad tan sólo deseaba continuar desempeñando el oficio de bandido con la banda de más de 100 hombres que operaba en las cercanías de Teotilmacán y de Otumba. Finalmente se hizo necesario enviar una expedición entera en su contra; ésta aniquiló a la banda y Fragoso, al verse perdido, emprendió la fuga hacia las montañas con la velocidad de una flecha. Fue perseguido por el comandante Schauer, antiguo capitán de las tropas austriacas de la frontera que ahora servía en el ejército imperial, hasta que se topó con un profundo abismo que le cerraba el paso; al acercarse el comandante Schauer y sus hombres, sacó una daga y la clavó en el muslo de su noble caballo, el que al sentir tan profundo dolor pegó un desesperado salto que lo llevó hasta el otro lado del abismo. El pobre animal todavía alcanzó a dar unos cuantos galopes antes de desplomarse, y el jinete quedó en completa libertad puesto que nadie se atrevió a intentar semejante salto. Por un tiempo no se supo nada de él, pero se le volvió a ver en los alrededores de Pachuca después de la caída del Imperio.

Era difícil distinguir entre lo que realmente era un vil robo y una contribución para la causa republicana. Aquellos que los imperiales consideraban como meros ladrones, se llamaban a sí mismos defensores de la libertad; para evitar mayores complicaciones, el decreto del 3 de octubre puso punto final a las discrepancias estableciendo la misma pena para ambos. No sólo eran los liberales

los que contaban con cuatrereros a su servicio, pues el ejército imperial no dejó de admitir en sus filas a gente como Trujeque, Arango y otros más; aunque eran afamados bandoleros que operaban en la carretera entre México y Vera-Cruz y en el sur, el primero recibió el grado de coronel y el segundo de capitán. A pesar de sus antecedentes, fueron hombres valientes que sirvieron al Imperio con lealtad y murieron por él. Frente a las circunstancias que se vivían, los escrúpulos morales deberían flexibilizarse un poco, pues de lo contrario estos peligrosos individuos acabarían incorporándose a las filas enemigas.

Alguno que otro gobernador o prefecto habían intentado imponer medidas severas para mejorar la seguridad pública. El prefecto de Ocotlán en el sur de Oajaca dispuso que se cortara la cabeza a los ladrones y que se exhibiera en un cesto en la carretera para que sirviera de advertencia; se llegaron a exhibir hasta 22 cabezas en un espacio de cinco leguas; incluso en 1867 todavía alcancé a ver los restos de cinco de ellas. Esa fue una rara excepción, pues por lo general los prefectos acaban siendo asesinados, no se atrevían a hacer nada en contra de los bandidos por temor a las represalias, o no era nada raro que se dejaran sobornar, o que ellos mismos fueran cómplices de los atracos. Aunque parezca increíble, un prefecto de Ejutla apellidado Mendoza estaba asociado a los bandoleros que operaban en la zona, por lo que nunca eran llamados a ajustar cuentas. Por el contrario, desempeñaban libremente su profesión y vivían tranquilamente. Una vez lo conocí cuando ya había dejado el cargo en casa de un inglés que vivía en Ejutla y comerciaba con la cochinilla; era un típico criollo con gran mundo y muy atildado, mismo que con toda normalidad hablaba del problema de los robos en la región sin dejar que se sospechara que él estuviera vinculado a estos crímenes.

Otro ejemplo típico de la corrupción que imperaba entre las autoridades, fue el del juez de paz del pequeño poblado de San Juan, situado a cuatro leguas de Oajaca. Este pueblo era principalmente habitado por indígenas, y tanto el citado juez, como el alcalde y los ilustres miembros del ayuntamiento, en un lapso de siete años habían venido realizando asaltos en la carretera principal que conduce a Tehuacán. Siempre mataban a sus víctimas para evitar ser descubiertos, y sólo gracias a la investigación que realizó la viuda de un comerciante italiano de Oajaca, apellidado Saggianti, finalmente fueron descubiertos el digno alcalde y el ilustre ayuntamiento. El comerciante, al cruzar por esa carretera acompañado de un sólo criado llevaba consigo una considerable suma para adquirir mercancías en Oajaca, y desapareció sin dejar el menor rastro. El justo

general republicano Porfirio Díaz hizo colgar a los responsables del árbol de la plaza bajo el cual acostumbraban reunirse para, supuestamente, deliberar sobre los problemas del pueblo.

En el verano de 1866 llegué de nuevo a Oajaca y el comandante en jefe me designó fiscal de la corte marcial que, de acuerdo con el mencionado decreto, debería juzgar tanto a republicanos como a ladrones. En el desempeño de esta nueva tarea me pude informar adecuadamente sobre las desmoralizadoras condiciones de seguridad que privaban en diversas regiones de Oajaca. El proceso que seguíamos a los bandoleros era terriblemente sumario; se realizaba un corto interrogatorio y se examinaban las pruebas presentadas por el prefecto del lugar para probar la culpabilidad del pecador. El acusado obviamente siempre negaba los cargos, y de acuerdo con los procedimientos normales del derecho hubiera sido más que imposible presentar pruebas contundentes, ya que los atracos siempre ocurrían en lugares apartados o en la noche. Sin embargo, de acuerdo con el decreto de 1865 la más mínima sombra de sospecha, a pesar de la negativa del inculpado y de sus protestas y juramentos, bastaba para imponer la pena capital. El procedimiento era público y la sala siempre estaba atestada de gente; en tanto un abogado mexicano hacía la defensa del ladrón, yo formulaba los cargos en mi calidad de fiscal; con base a ello, los tres oficiales que formaban la corte deliberaban rápidamente y pronunciaban la sentencia final, que por lo general era la de muerte. Concluido el juicio, el criminal era puesto, como se decía, en capilla; la que era una especie de pequeña casa de oraciones que existía en las cárceles donde un par de sacerdotes durante la noche oían su confesión y trataban de consolarlo con plegarias. A las seis de la mañana el preso era conducido por una escolta militar hasta el muro del cementerio donde, como todos los mexicanos, enfrentaba la muerte con sangre fría y, las más de las veces con un cigarrillo en la boca.

La mayoría de los bandoleros provenía del distrito de Ejutla, situado al sur del valle grande de la ciudad de Oajaca, pues casi todos sus habitantes tenían como ocupación el robo. También había indígenas que se dedicaban a ese quehacer, pero dado que normalmente operaban a pie y sólo iban armados con machete, eran poco temidos por los viajeros o los comerciantes que transitaban a caballo y portaban armas de fuego. Como más bien atacaban a la gente del mercado y a los campesinos, eran vistos con desprecio por los orgullosos ladrones profesionales que desempeñaban su labor a caballo e iban bien armados; pertenecían a una clase más alta que los vulgares rateros. Considerando

los pocos e insignificantes objetos que los indígenas podían robar en esas condiciones, y que para ello tenían que arriesgar la vida, su actitud no podía más que explicarse en función del instinto natural por el robo que domina a esta gente; no puede explicarse de otra manera que se robe por necesidad en un país al que la naturaleza le ha dado tanta riqueza.

Uno de los ladrones más interesantes y peligrosos fue juzgado cuando yo formaba parte de la corte marcial de Oajaca; era un tal Néstor Velasco que, según los registros, desde 1852 había cometido múltiples fechorías, pero que sistemáticamente había eludido el castigo; algunas veces por la falta de energía de los jueces, otras porque se había fugado, o porque había protestado con gran vehemencia. Fue nuevamente sometido a juicio con varios cómplices bajo el cargo de haber asaltado un rancho, cuyo propietario me suplicó con lágrimas en los ojos que no lo dejara escapar esta vez, pues seguramente lo mataría por haberlo denunciado. Néstor era un indígena alto, delgado, con brillantes ojos negros y vestía como el resto de la población, es decir, con camisa y pantalones blancos y un gran sombrero. Como era su costumbre, negó los cargos a pesar de que uno de sus socios, Miguel Antonio, había admitido su culpabilidad; con gran autosuficiencia aseguró no haber robado siquiera una copa. En esta ocasión su cálculo fue erróneo, pues a diferencia de los indecisos tribunales mexicanos, la corte marcial lo condenó, junto con sus secuaces, a ser pasado por las armas a la mañana siguiente.

A pesar de que para los estándares europeos estas cortes marciales resultaban draconianas y bárbaras, y que con cierta frecuencia se condenaba a inocentes, considerando el estado en que México se encontraba, resultaban indispensables. Los resultados pronto se notaron en todo el país; la mayoría de los ladrones más peligrosos fueron eliminados, y el resto disminuyó o suspendió sus actividades para no sufrir el mismo destino. Los ciudadanos honestos no podían más que estar de acuerdo con las medidas tomadas, puesto que la seguridad era una condición indispensable para procurar el orden y la tranquilidad que el país requería para poderse desarrollar. De vez en cuando los franceses exageraron su severidad y se tornaron sanguinarios: en una ocasión, un oficial francés me entregó las actas de la corte marcial y me mostró una lista de prisioneros en la que se había marcado con una cruz roja aquellos que, sin excepción, deberían ser fusilados por sospecharse de haber cometido un robo; ello aun cuando todavía no se habían examinado los casos para corroborar si las sospechas tenían fundamento.

Bajo las condiciones de podredumbre que reinaban, y que siguen reinando, importaba menos cometer un error judicial que poner fin a la terrible inseguridad por medio de medidas extremas. Además, la pena de muerte también se justificaba por el hecho de que no se disponía de suficientes cárceles para alojar a los condenados a algunos años de prisión o a cadena perpetua, y de que se corría el riesgo de que el enemigo, al tomar las ciudades y los pueblos, liberara a los reos para engrosar sus filas. La forma más común de realizar las ejecuciones era por medio del disparo de rifles en el paredón, pero como los mexicanos parecían ya haberse acostumbrado a ello y no les causaba el menor espanto, se decidió introducir el garrote y la horca, sistemas que aunque hacían la muerte más fácil y rápida, tenían mayor impacto al combinar el efecto aniquilador con el horror.

A pesar de todo, la inseguridad en las carreteras no tardó en volverse a registrar en mayor escala, pues en la medida en que la lucha entre la República y el Imperio se hizo más violenta, fue imposible continuar la campaña contra los ladrones. Cuando en el mes de mayo de 1867 realicé un viaje hacia el sur, por casualidad escapé de un asalto; gracias a que tuve que demorarme más de lo previsto, evité llegar al cruce donde corre el río De Oro cerca de Tamazulapan justo cuando otras tres personas fueron atacadas por una banda, la que no sólo las saqueó, sino que también las mutiló. En la región de Guadalajara abundaban grandes bandas de entre 200 y 300 hombres, la mayoría de ellos eran ex soldados que cometían las crueldades más inauditas contra los indefensos viajeros, y forzaban a los partidarios del Imperio a unirse a su causa.

No se puede dejar de reconocer que los republicanos igualmente llegaron a dictar medidas enérgicas contra los bandoleros, y que algunos de sus funcionarios trataron honestamente de cumplirlas, pero, por una parte, ello ponía en riesgo su seguridad personal, y por la otra, no siempre se estaba dispuesto a aplicar a un ladrón el castigo que merecía. Generalmente se le condenaba a un par de años de prisión o se le deportaba a Yucatán, de donde casi siempre escapaba antes de cumplir la sentencia, si no es que se logran fugar en el camino.

Para concluir, mencionaré un par de ejemplos que ilustran la crueldad que los bandidos de México eran capaces de cometer, y que muestran que no sólo tenían gran avidez por el hurto, sino también una enorme sed de sangre que los impulsaba a la barbarie. En mayo de 1864 un destacamento francés persiguió a una banda de asaltantes que había cometido varios robos en los alrededores de Guadalajara, y que se había apoderado del correo de las diligencias. Al huir

a las montañas de Zacatecas, la banda cometió una de esas infamias que nos permiten comprobar que dentro del hombre aún vive el predador. Saquearon la hacienda de Ojo de Agua, asesinaron al mayordomo infligiéndole terribles tormentos, y a su joven esposa, que estaba embarazada, la colgaron de los pies y le cortaron el vientre dejando que el feto colgara del cordón umbilical; finalmente prendieron fuego a la hacienda. Cuando el destacamento francés llegó a la hacienda tan sólo encontró cadáveres colgados por todas partes. El oficial que comandaba el destacamento emprendió la persecución con gran energía, y esa misma noche los ladrones fueron detenidos; la mayoría fue apuñalada puesto que el oficial consideró que la pólvora era algo demasiado valioso como para desperdiciarla en esos salvajes. Otro ejemplo lo presencié yo mismo en el camino de Acatlán a Puebla, donde encontramos a un desgraciado arriero cuyas mulas le habían sido robadas y al que, con su propio cuchillo, uno de los ladrones le había sacado con gran placer los ojos. Vagaba desvalido deseando haber muerto 10 veces, en lugar de haber quedado mutilado para el resto de su vida.

Era obvio que bajo esas condiciones, las medidas tomadas por las cortes marciales podrían considerarse como humanas, pues la simple muerte por fusilamiento parecía algo insignificante comparado con las infamias cometidas por los criminales. Inconscientemente, uno anhelaba que los autos de fe volvieran a aplicarse a los ladrones mexicanos.

TERCERA ESTANCIA EN OAJACA

En marzo de 1866 mi compañía recibió órdenes de trasladarse a Puebla y dejamos la maravillosa tierra caliente que tanto nos gustaba, no sólo por la belleza de su naturaleza, sino también por la agradable compañía de la que habíamos disfrutado durante nuestra estancia. Después de una penosa marcha por el camino ya descrito que va de Teziutlán a Perote, el día 14 llegamos a Amozoc, donde para nuestra sorpresa recibimos órdenes de no continuar ya a Puebla, sino de marchar a Tehuacán de las Granadas; la mitad de la compañía debería dirigirse a Teotitlán del Camino. No era una buena noticia; con agrado hubiéramos deseado pasar algún tiempo en la elegante Puebla, pero nada podíamos hacer, por lo que tras un día de descanso, que aproveché para visitar a unos amigos que vivían a dos leguas de la ciudad, partimos el 16 a Tehuacán. Primero pasamos por Tepeaca, luego por la hacienda Calderón y el agradable pueblo de Los Reyes Tecamachalco; éste posee una bonita iglesia, está situado a tres leguas de Tepeaca y había sido dañado por el terremoto del 2 de enero que costó la vida a dos hombres, que murieron aplastados al desplomarse un techo.

Al día siguiente pasamos por las bellas haciendas de Santa Inés y de Las Ánimas, y luego llegamos al pueblo de Tlacotepec. Como la meseta descendía gradualmente hacia la zona de Tehuacán, la carretera era cómoda y fácil, además de que estaba bien construida y era suficientemente ancha. En la iglesia de Tlacotepec pude observar los raros vidrios que se hacen a base de la piedra llamada Tecale, que es una especie de ágata que al cortarse en finas lajas deja pasar una luz opaca. Nos marchamos del pueblo al día siguiente siguiendo

la ruta hacia el pequeño y miserable pueblo de Tepango que, entre otras cosas, carece de agua; la única que pudimos encontrar fue la de una charca llena de diminutas tortugas que también servía como abrevadero para el ganado. Más bien merecía el nombre de lodo que de agua. Pasamos la tarde fusilando tortugas, las que como continuamente sacaban la cabeza del agua, se prestaban fácilmente para recibir los perdigones de nuestros fusiles. En sus estómagos encontramos gran cantidad de pequeños mejillones, y sus cabezas eran capaces de moverse y sus mandíbulas de morder, aun cuando hacía una hora que se habían desprendido del resto del cuerpo.

Después de haber visitado el pueblo de San Lorenzo, el día 20 de marzo llegamos a Tehuacán donde fuimos recibidos por un nutrido grupo de amigos que partiría hacia el litoral para someter a los juaristas García y Figueroa y tomar la zona ubicada entre Soyaltepec y el río Tonto. La hermosa catedral se había derrumbado y la ciudad había sufrido grandes daños como consecuencia de los continuos terremotos, por lo que me sentí feliz de salir de ella el 22. Al día siguiente también dejó la población el mencionado contingente compuesto por tres compañías de cazadores, dos escuadrones de caballería y media compañía de montaña; nosotros partimos con la otra mitad de la compañía que debería tomar la población de Teotitlán. En la primera tarde de nuestro viaje llegamos al pueblo de San Sebastián, y a la mañana siguiente cruzamos el río Salado, la hacienda de La Calavera y el elegante ingenio azucarero de Tilapa situado en un pequeño valle donde hace un calor insoportable. Una vez que cruzamos las montañas de arena, finalmente llegamos a Teotitlán del Camino donde deberíamos asegurar el contacto con Tehuacán manteniendo abierta una línea de retirada en caso de que la expedición que había partido antes que nosotros sufriera un descalabro. Es un pueblo de buen tamaño y de gente amable que está rodeado de abismos y de frondosos árboles, pero por ser su clima sumamente seco, el calor es mucho más agobiante que en la costa de Papantla. Pasábamos el tiempo cazando y haciendo excursiones a caballo por las zonas aledañas en las que por haber muchos arroyos y manantiales crecía una flora sumamente variada. Había gran cantidad de colibríes, mariposas multicolores y escarabajos dorados; las palomas abundaban al igual que los lagartos de vistosos colores que se escabullían a nuestro paso. En una de estas excursiones hice un extraño descubrimiento; en una gran roca inclinada en la orilla de un abismo vi que colgaba algo que parecía la piel extendida de un oso, pero al acercarme compro-

bé que eran millares de una especie de segador⁶⁸ pegados a la roca mediante sus ocho piernas, los que en conjunto daban la impresión de ser una piel de oso.

El 27 de marzo pasó por Teotitlán la contraguerrilla⁶⁹ formada por austriacos y mexicanos que debería unirse a la expedición encargada de tomar Soyaltepec; era un magnífico destacamento que se había distinguido por su eficacia. La mitad del contingente montaba a caballo y la otra mitad se alternaba para ir a pie o sobre las mulas que cargaban el avituallamiento, lo que daba al destacamento gran movilidad para enfrentar a las fugaces bandas juaristas.

El contingente encargado de tomar Soyaltepec falló en su primer intento, por lo que decidió sitiar la plaza en tanto recibía municiones de Puebla. Ello tardó más de un mes, y no fue sino hasta el 25 de abril que se intentó un nuevo y fracasado ataque contra las fuerzas de Figueroa; nuestras tropas tuvieron que retirarse del valle del río Alvarado y regresar derrotadas a Teotitlán. El rechazo dio bríos a los rebeldes y mediante un sorpresivo ataque nocturno intentaron apoderarse de Teotitlán, mismo que logramos rechazar.⁷⁰ Como también los expulsamos de los alrededores de la ciudad, un grupo de indígenas pudo transportar sin riesgo alguno a los heridos hasta Tehuacán en camillas. El 10 de mayo llegó, junto con un gran temblor que nos hizo sentir que moriríamos sepultados bajo las ruinas de las casas, la otra mitad de la compañía que había permanecido en Tehuacán, por lo que a los pocos días toda la compañía partió a Oajaca; la compañía número 17 nos reemplazó en Teotitlán. En vista de que una pequeña guarnición en Cuicatlán estaba corriendo serios peligros, fue necesario que cruzáramos lo más rápido posible el río Alvarado y nos internáramos en las montañas para auxiliar a nuestros compañeros. Después de haber pasado lo más rápido que nos fue posible la hacienda de Ayotla y las poblaciones de San Juan de los Cues y Tecomavaca, el 14 logramos cruzar el río y llegar al pueblo

⁶⁸ Pequeño arácnido de patas largas y cuerpo redondo (nota del autor).

⁶⁹ En vista de las grandes dificultades que enfrentó el ejército invasor para combatir a los guerrilleros republicanos, se crearon fuerzas especiales de contraguerrilla. La más famosa fue la de los franceses dirigida por el coronel Dupin; oficial que había participado en las campañas de Argelia e Italia y que fue retirado del ejército galo en 1863 por la conducta indebida que asumió en 1859 en China. En México fue encargado de formar una unidad contraguerrillera (180 elementos de caballería y 150 de infantería) con soldados franceses licenciados, españoles que habían desertado de las fuerzas del general Prim, mexicanos, negros antillanos y un grupo que anteriormente había creado el suizo Stoecklin. La contraguerrilla de Dupin dependía directamente del mariscal Bazaine. La contraguerrilla austriaca estuvo al mando del capitán Czapek. Cfr. Luis Garfías M., *La intervención francesa en México*, México, Panorama Editorial 1992, pp. 113-114.

⁷⁰ Una narración sobre este ataque puede leerse en la revista mensual *Desde todos los países*, 1868, volumen 4 (nota del autor).

de Quiotepec. En lugar de pasar ahí la noche como habíamos previsto, decidimos continuar la marcha a las ocho de la noche después de haber comido tan sólo una sopa; atravesando en la oscuridad de los bosques y tropezándonos constantemente con profundos abismos, logramos llegar con el alba a Cuicatlán después de haber recorrido 10 leguas en 24 horas. El pueblo está situado en tierra caliente a la orilla del río Alvarado en las faldas de unas montañas de pizarra y arcilla roja. En la orilla opuesta alcanzábamos a ver la gran hacienda Guendolein que anualmente produce 10,000 arrobas⁷¹ de azúcar. Un día antes de que alcanzáramos Cuicatlán, habían llegado los refuerzos de dos compañías mexicanas, por lo que pudimos partir al día siguiente sin temor de que con nuestra salida se perdiera esa plaza. Pasamos por el pueblo de San Pedrito y luego por el de Don Domingullo, y a partir de ese momento comenzamos a subir por la majestuosa sierra cubierta de bosques de roble donde podíamos respirar un aire muy fresco; tan fresco que inclusive llegamos a pasar frío en un lugar llamado Salomé, donde acampamos. El lugar estaba plagado de coyotes, los que sin miedo alguno se acercaban a uno u otro de nuestros durmientes magiares o bohemios para cerciorarse si eran o no cadáveres. Al día siguiente pasamos por La Carbonera situada en el camino que conduce de Oajaca a Nochistlán, y continuamos por un estrecho valle hasta llegar a Huitzo donde permanecemos toda la noche. El 19 de mayo finalmente saludamos con gran júbilo a Oajaca; después de ocho meses de haberla dejado, me parecía más bella que nunca.

La situación en Oajaca había cambiado notablemente; el enérgico y efectivo gobernador militar, comandante H., acababa de dejar el puesto y se había trasladado a Puebla unos días antes de mi llegada, y su lugar era ocupado por el inspector imperial Juan Pablo Franco; un amigo cercano del emperador que carecía de carácter y que era despreciado por los dos partidos. La guarnición se componía de cuatro compañías de cazadores austriacos, dos escuadrones, una batería de montaña y dos batallones de tropas de indígenas que estaban bien uniformados y armados. En el cercano cerro de La Soledad habían sido construidos nuevos baluartes y una casa de madera que, al igual que los conventos de Santo Domingo y del Carmen, fueron rodeados de fortificaciones. Todo ello había sido hecho bajo la dirección del comandante H., quien seguramente había tenido el presentimiento que en un futuro cercano se necesitaría contar con esas defensas.

⁷¹Una arroba equivale a 25 u. (nota del autor).

A partir del mes de junio se había comenzado a formar el batallón llamado “Cazadores de México” con cuadros de oficiales y suboficiales franceses y soldados indígenas, los que, como era costumbre en el país, habían sido cogidos donde se les encontró y a la fuerza convertidos en soldados. Este batallón fue formado, entrenado y alimentado de acuerdo con el modelo francés, lo que no fue muy afortunado para los pobres naturales, puesto que tenían una especial aversión a la sopa francesa y detestaban los zapatos que se les obligaba a llevar. Dado que estaban acostumbrados a calzar sandalias o a ir descalzos, tan pronto comenzaban a marchar se quitaban los zapatos para estar en condiciones de poder caminar. Como consecuencia del trato severo y del ritmo de vida al que no estaban acostumbrados, muchos desertaban a la primera oportunidad, por lo que se hizo necesario encerrarlos cuando no estaban entrenando. Lo poco que se podía esperar de soldados de esta naturaleza no tardó en hacerse patente. Los oficiales franceses, alrededor de 20, eran todos gente agradable, con mucha alegría de vivir, magníficos amigos y eficientes militares; su jefe, el comandante Testard, también era una magnífica persona. Gracias a ello nuestra estancia en Oajaca en el verano de 1866 fue verdaderamente agradable y divertida; cuando no eran los franceses, éramos los austriacos, o ambos, los que organizábamos bajo cualquier pretexto elegantes y animados eventos sociales: torneos de tiro al blanco con premios, fiestas en ocasión del cumpleaños del emperador Maximiliano el 10 de julio, en el de Napoleón III el 12 de agosto, etcétera. Para estos elegantes festejos no se escatimaba dinero ni vino, y también se invitaba a los oficiales mexicanos y a los funcionarios civiles; era todo un espectáculo ver pasar por las anchas calles de Oajaca la colorida cabalgata de 50 oficiales que, montando sus hermosos caballos mexicanos, regresaban de alguna *fête champêtre*.⁷² Pocos podíamos sospechar en esos momentos que, cuando más confiados nos sentíamos, cuando más celebrábamos con orgullo la gloria del Imperio, más nos acercábamos al abismo en el que todo el bello edificio que creíamos haber construido, pronto se desplomaría.

Cuando a principios de junio el comandante H. fue llamado a Puebla, y con él se marchó la mayor parte del contingente austriaco, únicamente quedó a cargo de la seguridad de Oajaca nuestra compañía 16 y las tropas francomexicanas. El talentoso comandante H. realmente no lamentó dejar la ciudad, pues nunca se hizo la menor ilusión sobre la simpatía de la población o la fidelidad

⁷² Fiesta campestre o día de campo.

de las tropas mexicanas. El mencionado inspector imperial Franco, por el contrario, no cesó de repetir que la ciudad era un lugar sumamente tranquilo y benévolo que no requería la presencia de tropas extranjeras y, como consecuencia de su ingenuidad, el mando supremo de Puebla acabó retirando a H. y a la mayor parte del destacamento austriaco. Como su sucesor se nombró al general mexicano don Carlos Oronoz, quien en las anteriores guerras de Reforma se había distinguido como líder del partido clerical. Llegó a Oajaca con un gran número de funcionarios imperiales, entre los que había varios hombres de gran cultura y trato amable que fue un placer conocer. Entre ellos destacó uno de los oficiales adjuntos del general Oronoz, don Manuel Cabrera; un criollo de Zacatecas que por su simpatía y valentía se ganó nuestro sincero aprecio. Oronoz era un hombre de edad de apariencia fina e inteligente, a quien se le reconocía por su capacidad y sangre fría en los momentos de peligro; ello me tocaría constatarlo más adelante.

En principio yo debería de haber partido con el comandante H. y mis compañeros, pero en virtud de que había sido nombrado fiscal de la corte marcial, recibí órdenes de permanecer con la compañía 16. Esa nueva ocupación, que desempeñé por tres meses hasta que fui sustituido por el coronel mexicano Quintana, me permitió conocer más de cerca, tanto el carácter del mexicano, como el estado anárquico del país. En ese periodo tuve la satisfacción de enviar al otro mundo, donde ninguna corte marcial molesta a quienes son ciudadanos pacíficos, a casi 60 bandoleros de todo tipo. Como todas las sentencias se dictaban en forma sumaria, dispuse de tiempo libre para diariamente realizar excursiones por los maravillosos alrededores y disfrutar de la compañía de mis amigos austriacos, franceses y mexicanos.

En la plaza central un par de emprendedores franceses había establecido un elegante restaurante, donde a diario se reunían unos 30 o 40 oficiales que acompañaban su almuerzo con múltiples guasas y el tintineo de las copas. Entre todos los oficiales que representaban a un gran número de naciones europeas y americanas siempre imperó una gran cordialidad, por lo que después de las comidas solíamos pasear a caballo en grupos heterogéneos para admirar la belleza del valle de Oajaca y conversar largamente en el mejor de los humores. Por las noches asistíamos a las tertulias que ofrecían las familias mexicanas, coqueteábamos con las vivaces oajaqueñas, escuchábamos las guitarras y los versos de los fascinantes cancioneros que siempre hablaban del amor en sus diferentes manifestaciones, o paseábamos por la fresca alameda para escuchar

la música e intrigar con las atractivas criollas que, como en ningún otro sitio de la tierra, conocen tan bien el arte de iniciar los juegos amorosos. En mi opinión, esa cualidad, acompañada de su belleza y de su despierto temperamento, las hace ser las mejores mujeres que he conocido. Algo que no era muy afortunado, pero que atraía a casi todos los oficiales, era el juego de azar. Principalmente jugaban el bacará, que los austriacos llamaban macao, que por las noches hacía circular miles de pesos en el hotel o en casas privadas, y que llegó a arruinar a varios de los apostadores más empedernidos. Para no verse en la necesidad de tener que renunciar, algunos tenían que recurrir a la buena voluntad de los mineros o hacendados simpatizantes del Imperio, quienes les prestaban pequeños montones de onzas de oro para subsanar sus deterioradas economías.

Era una vida agradable y divertida, y algunas veces todo aquello me parece que haya sido un sueño de las mil y una noches; cuando recuerdo esos dichosos tiempos aparecen en mi mente como una luz clara y brillante, lo que contrasta con la oscuridad de las memorias que guardo de la época que vendría más adelante. Si bien se disfrutaba de la vida desahogadamente, no se dejaban de tomar algunas precauciones, como la de llevar por las noches un pequeño revólver en el bolsillo. Ello era necesario en una ciudad en donde uno nunca sabía si el hermano de la doña con la que se tenía una relación íntima, podía aprovechar el momento en que se platicaba con ella para desengañarnos del ensueño amoroso con una puñalada. Siempre era conveniente salir armado, aunque sólo una vez me vi precisado a usar la pistola y a disparar un tiro para ahuyentar a dos bandidos que, ilusamente, creyeron poder hacerse acreedores a un premio de patriotismo enviándome al país de las sombras. Esos inconvenientes en cualquier forma no impedían que disfrutáramos las oportunidades que nos brindaba la bella Oajaca; al contrario, los momentos de mayor peligro nos hacían ver la vida como algo más hermoso que de costumbre. De cualquier forma a últimas fechas ya se había oído hablar poco del enemigo; la banda de López Orozco se mantenía en su apartada comarca del Pacífico, Figueroa permanecía en la sierra de Huautla, y Porfirio Díaz vagaba por la frontera de Guerrero.

Como la temporada de lluvias se acercaba, sabíamos que los ríos se desbordarían y que los principales caminos dejarían de servir como tales, lo que era una razón de más para no intentar expediciones contra el enemigo. Nos sentíamos tranquilos al pensar que los jefes guerrilleros tendrían que divertirse en

esa temporada en otra parte, pues Oajaca no contaba con suficientes tropas como para emprender expediciones. Sin embargo, y a pesar de que la situación poco a poco se comenzaba a tornar adversa, continuábamos viendo las cosas con demasiado optimismo. Con no poca frecuencia se descubrían conspiraciones, e incluso una noche un grupo de republicanos intentó cometer un robo en el convento de Santo Domingo en donde se hallaba nuestro polvorín; se tuvieron que tomar medidas severas como la de declarar el estado de sitio y encarcelar a una veintena de personalidades sospechosas de ser juaristas. Las bandas guerrilleras se comenzaron a acercar al valle de Oajaca, y una de ellas al mando del general Félix Díaz, apodado “el Chato” y que era hermano de Porfirio Díaz, penetró una noche de julio desde la sierra de Villa Alta al pueblo de Etna, donde asesinó al prefecto imperial Doblán, y después de saquear varias tiendas desapareció en las montañas.

A partir de ese momento se hizo necesario que nuestras tropas mexicanas realizaran incursiones en diferentes zonas del departamento, aunque sabíamos que nuestras fuerzas eran limitadas como para poder volver a imponer el orden que anteriormente había prevalecido. Los ataques de los guerrilleros se multiplicaron, unas veces en el norte y otras en el sur, pues prudentemente evitaron tener un choque frontal mientras no contaran con un número sustancial de hombres y un jefe decidido y capaz. Ello, sin embargo, ocurrió en el mes de septiembre cuando Porfirio Díaz se internó por Miztecaen y en el pueblo de Miahuatlán comenzó a juntar a varias bandas dispersas.

Tres de las mejores compañías mexicanas tuvieron que dirigirse en agosto a Tehuantepec con dos cañones, lo que dificultó mayormente que el general Oronoz pudiera intentar atacar a Díaz que continuaba engrosando sus filas con nuevos voluntarios. Finalmente se decidió que los austriacos permanecieran en la ciudad como guarnición y se encargaran de abastecer de víveres y municiones a los puestos de Santo Domingo, El Carmen y el monte de La Soledad, en tanto que las tropas de mexicanos, el batallón de Cazadores de México con sus oficiales franceses, dos cañones y un destacamento de caballería bajo las órdenes de Trujeque, en total 900 hombres, acompañaban al general Oronoz al asalto de Miahuatlán. Tras dos días de marcha llegaron a esa ciudad para encontrar que la totalidad de la población se había aliado a Díaz; el 3 de octubre por la tarde se libró en las afueras de la ciudad la batalla que dio el triunfo a los republicanos, pues casi todo los miembros del batallón de cazadores tiraron los rifles y echaron a correr tan pronto escucharon las primeras salvas; los oficiales

franceses, incluyendo al comandante Teftard, de inmediato quedaron expuestos al enemigo y perecieron bajo sus balas y sables. Sólo dos tenientes que resultaron heridos fueron aprehendidos por los liberales, y gracias a la magnanimidad del general Díaz sus vidas fueron respetadas y se les trasladó a Miahuatlán. Al verse perdidos, los imperiales emprendieron una desesperada y caótica huida, la que fue aprovechada por el enemigo para realizar una terrible matanza que se prolongó hasta el anochecer. Muchos de mis mejores amigos mexicanos fueron asesinados, entre ellos Manuel Cabrera, quien fue lazado y arrastrado de un caballo hasta que literalmente su cuerpo fue desgarrado. El general Oronoz y unos cuantos oficiales más lograron regresar a Oajaca y la infantería fue aniquilada a sablazos, de manera que ya sólo se contaba con una reducida fuerza para defender la ciudad, pues Díaz bien sabía que la mayor parte de la población no colaboraría en su defensa.

EL SITIO DE OAJACA

Un destacamento de 100 hombres, entre ellos 40 franceses, de las tropas que habían partido hacia Tehuantepec y Chiapas, regresó a Oajaca poco después de la tragedia de Miahuatlán; ésas también habían sido derrotadas por los republicanos en Juchitán e Isthem. El refuerzo fue bienvenido, pues con ese ya contábamos para la defensa de Oajaca con 200 austriacos, 40 franceses, 100 mexicanos de infantería, y unos 150 voluntarios del suburbio de Coyula; los coyultecos siempre habían pertenecido al partido clerical. Además llegaron los prefectos que huyeron de distintas partes al recibir noticias de lo ocurrido en Miahuatlán con unos cuantos indígenas fieles al Imperio; en total las fuerzas imperiales se componían de 600 hombres. Disponíamos de cañones de todo tipo y calibre, desde los de hierro de una libra, hasta los de bronce de 7 libras, que sumaban 32, de gran cantidad de viejos y nuevos rifles, y de suficiente pólvora y balas.

Embargamos todo el arroz, harina y café que había en la ciudad; el ganado y las ovejas fueron llevados al jardín del convento, y vino, aguardiente y todo lo que pudiera hacer falta fue almacenado en las bodegas de Santo Domingo,⁷³ edificio que en múltiples ocasiones había resistido los cañonazos. Los 50 austriacos nos aprovisionamos de víveres y agua en el fuerte de la Soledad y nos aprestamos a esperar la avanzada republicana. Las filas del enemigo se habían engrosado a una velocidad impresionante después de la victoria de Miahuatlán,

⁷³La construcción del convento de Santo Domingo se inició en 1570 y tardó 30 años en terminarse. En 1859 y de acuerdo con las Leyes de Reforma, se suprimió el convento y el edificio fue convertido en cuartel; la nave del templo fue utilizada como caballeriza. En 1898 el edificio fue devuelto a la diócesis y restaurado.

pues ya contaban con más de 5,000 hombres. Nuestras fuerzas, por el contrario, disminuían constantemente dado que los infelices indígenas se desaparecían a la primera oportunidad por no estar dispuestos a perecer al lado de los decididos franceses y austriacos.

Al mediodía del sábado 6 de octubre avizoramos en el valle en dirección de Santa María del Tule las primeras tropas enemigas que avanzaban hacia la ciudad. Ante la imposibilidad de que nuestra empobrecida fuerza pudiera defender toda la ciudad, después de una breve batalla en los suburbios decidimos retirarnos a la parte norte donde nos pertrechamos en algunas casas. Por la tarde el teniente L. y yo salimos con nuestro destacamento de austriacos y mexicanos por dos puntos distintos, y logramos hacer retroceder al enemigo más allá de la Plaza de Armas, pero tan pronto recibieron refuerzos se intensificó la batalla callejera y tuvimos que retirarnos con nuestros heridos hasta Santo Domingo. Como ya he mencionado, por su diseño las casas mexicanas son aptas para la defensa, por lo que tanto nosotros como los republicanos acondicionamos los edificios para la batalla, haciendo orificios entre las paredes que comunicaban una habitación con la otra, y levantando barricadas en las puertas y en las ventanas con las losas de los pisos. En las paredes exteriores colocamos aspilleras, y no tardó en desatarse desde éstas una tremenda balacera como sólo puede darse entre enemigos mortales. En los primeros días del sitio los liberales se conformaron con ocupar las partes de la ciudad que abandonamos, hacia donde de vez en cuando lanzábamos alguna granada desde La Soledad, o un cañonazo desde el techo de Santo Domingo, para fastidiarlos. Sabiendo que nuestras fuerzas eran muy reducidas como para intentar un ataque abierto, concluimos que nuestra única opción era resistir pacientemente hasta que nos llegara auxilio del exterior. Los republicanos improvisaron baluartes en diversas calles que de inmediato destruíamos con nuestros cañones, pero de cualquier forma acabamos siendo rodeados y la fuga se hizo imposible.

Para nuestra desgracia durante el primer día del sitio estallaron en Santo Domingo tres cajas de granadas por la imprudencia de unos mexicanos, muriendo dos de nuestros mejores sargentos, otros soldados y varios resultaron heridos. Todos los días se suscitaban fuertes tiroteos con el propósito de hacernos retroceder, casa por casa, pero ni así pudieron apoderarse de la iglesia de la Sangre de Cristo y de las manzanas que rodeaban a Santo Domingo donde continuábamos resistiendo con lo que quedaba de las tropas regulares de Oajaca; eran hombres valerosos que habían entregado su corazón al emperador y que

ya no sólo luchaban por el Imperio, sino también por salvar sus vidas. El sitio era una última y desesperada batalla, pues nos quedaba claro que ni el perdón nos sería concedido, ni tampoco lo aceptaríamos; teníamos que resistir hasta que alguien llegara en nuestro socorro.

En vista de que tan sólo una calle nos separaba del enemigo, la batalla pronto dejó de ser por la plaza para convertirse en una verdadera cacería humana; nos cubríamos lo mejor posible porque sabíamos que la primera cabeza que apareciera, recibiría un tiro del enemigo. Entre los republicanos había gente de la sierra de Villa Alta, los llamados serranos, que eran excelentes tiradores que parecían haber salido de las novelas de Cooper,⁷⁴ ya que se pasaban horas inmóviles apuntando hacia un determinado sitio con la esperanza que alguien apareciera en él. De esta manera perdimos al pequeño e intrépido capitán Castillejo, quien al subir al techo del Carmen fue atravesado simultáneamente por cuatro balas, lo que también ocurrió a otros de nuestros hombres apostados en las aspilleras.

Para protejernos habíamos colocado como parapetos sacos de arena y cajas llenas de tierra, y detrás de ellas nuestros hombres pasaban la mayor parte del tiempo puesto que no contábamos con refuerzos para relevarlos. Las granadas de mano resultaron muy útiles, pues gracias a que disponíamos de gran cantidad de ellas, las lanzábamos continuamente a la cabeza de los soldados. Bajo esas condiciones pronto nos encontramos en un franco estancamiento, pues aunque a diario moría uno que otro soldado de ambos bandos, no se preveía ningún resultado concreto. Comenzamos a contemplar la situación con mayor optimismo cuando uno de nuestros espías, que logró evadir la vigilancia enemiga saliendo del fuerte de La Soledad por el río, nos informó que una columna había salido de Puebla para auxiliarnos; confiábamos que pudiera derrotar a Porfirio Díaz antes de que se escabullera de nuevo en las montañas.

Para nuestra sorpresa, el 16 de octubre no fuimos despertados, como ya se había hecho costumbre, por el tiroteo matutino de los atacantes; de inmediato enviamos una patrulla para averiguar la causa del extraño silencio, y ésa nos informó que el enemigo había abandonado la plaza durante la noche, pues seguramente temió la llegada de la columna que esperábamos y prefirió huir. Tomamos la precaución de abandonar nuestros puestos en pequeños comandos

⁷⁴James Fenimore Cooper (1789-1851), novelista norteamericano que sirvió en la armada de su país y cuyos principales temas fueron los del hombre de la frontera; su más famosa novela fue *El último de los mohicanos*.

para cerciorarnos que el enemigo efectivamente se había marchado, pues su silencio bien podía ser una trampa. Efectivamente se habían alejado de la ciudad; lo único que quedaba de los liberales eran múltiples cadáveres regados por las calles que, por la prisa, no habían recibido sepultura. Como nuestro contingente se hallaba seriamente diezmado, era imposible intentar algo contra el enemigo, así que nos limitamos a informar sobre lo ocurrido a las tropas imperiales que ya habían llegado a la Hacienda Blanca, y a reponer nuestras existencias de víveres y agua para el caso de que tuviéramos que enfrentar otro sitio. En especial, llenamos la cisterna de La Soledad tanto como nos fue posible. Ejecutamos estas tareas con renovada alegría, pues estábamos convencidos que en unos cuantos días nuestros compañeros regresarían a la ciudad triunfantes después de haber derrotado a Díaz y a sus huestes. Tanto nuestros soldados como los fieles súbditos del emperador gozamos esos días como nunca; celebramos el futuro triunfo en el Hotel Francés, mismo que ni en nuestros mejores días nos había visto tan contentos.

Las noticias tardaron en llegar, porque aparentemente los espías que despachamos fueron fusilados; lo único que supimos fue que nuestras tropas se habían internado en las montañas después de haber llegado a Etlá y a Huitzo. No fue sino hasta el día 19 por la noche que finalmente tuvimos mayor información; un indígena, hermano de uno de nuestros capitanes mexicanos, llegó de Nacaltepec y contó que había presenciado una sangrienta batalla en los bosques de La Carbonera, de la cual salió victorioso Porfirio Díaz. Al día siguiente otros indígenas de Huitzo confirmaron las angustiosas noticias; al mediodía del 21 corroboramos la veracidad de todos estos datos cuando en la lejanía divisamos las tropas enemigas enfilándose nuevamente hacia la ciudad. Nuestra columna, que se había compuesto de cinco compañías de cazadores austriacos, de un par de destacamentos de infantería mexicana, de dos escuadrones de caballería, de un contingente de caballería mexicana y de media batería de cañones, en total 1,500 hombres, después de una marcha forzada y bajo un intenso calor, se enfrentó en la tarde del día 18 a las fuerzas de Díaz que se hallaban parapetadas en las colinas. A pesar del cansancio, el comandante en jefe, un oficial ampliamente reconocido por su valentía, ordenó el ataque, pero la superioridad numérica del enemigo acabó imponiéndose; tras un desesperado y violento enfrentamiento el ejército imperial fue aniquilado. Tan sólo la caballería y unos 70 hombres de infantería lograron escapar de la masacre; el resto pereció o fue hecho prisionero, y la totalidad del armamento

y del equipo, salvo un cañón, fue capturado. Fue una de las derrotas más desastrosas que sufriría nuestro cuerpo de voluntarios durante sus años de lucha en México, y con ella se vinieron abajo nuestras esperanzas de poder contar con auxilio; sabíamos que Puebla no podía prescindir de más tropas para enviar a la distante Oajaca.

El 21, desde las torres de Santo Domingo, observamos al enemigo acercarse a la ciudad en interminables filas; entre ellas destacaba la de unos soldados desarmados que vestían pantalones rojos: eran nuestros desafortunados compañeros que extrañamente no habían sido fusilados; por el contrario, todos los mexicanos fueron pasados por las armas. Al igual que en muchas otras ocasiones, Porfirio Díaz demostró que, además de valiente, también era magnánimo y estaba dispuesto a comportarse humanamente con los austriacos que lo habían tratado con respeto cuando estuvo prisionero en Puebla. Esa misma tarde se reinició el tiroteo, y ahora el enemigo nos apuntaba con nuestros propios cañones y nos amenazaba con una fuerza que se había incrementado con la continua afluencia de voluntarios; por lo menos eran 7,000 hombres.

La segunda parte del sitio fue similar a la primera, salvo que en esta ocasión los liberales actuaron en forma más decidida puesto que su número crecía al tiempo que el nuestro disminuía. En vano intentamos varias veces desalojar al enemigo, o hacer que se aburriera. Una noche logramos colocar una mina debajo de una casa ocupada por los republicanos, y volamos a más de 50. Tan sólo logramos con ello acentuar su terquedad, pues Díaz estaba convencido que, tarde o temprano, vencería porque no recibiríamos auxilio de nadie. De vez en cuando ensayamos una que otra salida para reconquistar algunas de las casas que estaban en sus manos, pero pronto las teníamos que volver a dejar porque por cada uno de nosotros había cinco o seis de ellos. Nunca olvidaré la salida que efectuamos el 27 al mediodía; sabiendo que era la hora de la siesta, con 20 cazadores y unos cuantos voluntarios mexicanos, el teniente L. y yo nos apoderamos de una casa que se encontraba en la esquina de una calle vecina. De improviso saltamos de una de nuestras barricadas y a hachazos hicimos pedazos la puerta de la casa e ingresamos hasta su patio; el ataque fue tan sorpresivo que encontramos a toda la guarnición tendida a pierna suelta por los pasillos y las habitaciones disfrutando la siesta. Los soldados mexicanos siempre llevan a sus mujeres, por lo que fueron ellas las que comenzaron a gritar desesperadamente; a pesar de que lograron despertarlas, estaban desarmados y se rindieron, por lo que procedimos a encerrarlos en una habitación. Apenas

estábamos celebrando el pequeño triunfo cuando escuchamos en la azotea grandes pasos y disparos en el patio que mataron a dos de nuestros hombres; estábamos rodeados, y no nos quedó más remedio que hacer a un lado cualquier tipo de escrúpulo y seguir los dictados de nuestro instinto de conservación; mientras algunos de los nuestros detenían al enemigo disparándole, desde detrás de las columnas del patio, sacamos a rastras a 10 o 12 de nuestros prisioneros por la puerta que habíamos utilizado para entrar, y nos protegimos con ellos de los disparos. Como habíamos previsto, los desdichados recibieron la descarga de sus colegas y logramos regresar a nuestras barricadas, perdiendo sólo a dos hombres en la refriega.

En la noche del 28 el tiroteo fue tan grande que ya no pudimos distinguir si se trataba del estallido simultáneo de muchos fusiles, o de un cañón. El enemigo intentó con ello distraernos para tomar la iglesia de La Sangre de Cristo; un grupo de liberales roció con queroseno su puerta y le prendió fuego, pero al mismo tiempo nuestros valerosos mexicanos desde el techo les arrojaron granadas de mano y cuanta piedra encontraron, de manera que tuvieron que huir, y levantamos una barricada en la puerta de la iglesia para repeler futuros ataques. Fue evidente, sin embargo, que el enemigo estaba continuamente informado de nuestros planes, en especial en lo referente a la colocación de minas y a nuestras salidas de las barricadas; sospechamos que entre los mexicanos había un traidor. Más tarde pudimos confirmarlo; el propio primer oficial del general Oronoz, el coronel Quintana, había estado desempeñando el papel de delator para que, en caso de que fuéramos derrotados, pudiera salvar su miserable vida. En tanto que confidente del general, podía circular libremente por las líneas de defensa, y desde ahí arrojaba al enemigo pequeñas piedras envueltas en un papel donde hacía anotaciones sobre nuestras fuerzas, el estado de ánimo de los soldados indígenas, los planes que formulábamos, etcétera.

A pesar de la decidida resistencia y del incansable brío de los soldados que permanecían día y noche en sus puestos sin cansarse, llegó el momento en que nuestra posición se hizo insostenible. La comunicación con el fuerte fue interrumpida por los asaltantes, se apoderaron de varias casas que dominaban la subida de la montaña, excavaron múltiples trincheras alrededor del fuerte, y a través de señales con lámparas de colores, que era la única forma de comunicarnos con nuestros compañeros en La Soledad, supimos que se les estaba agotando el agua. Una vez que el fuerte cayera, lo que evidentemente era el principal objetivo de los republicanos, nos aniquilarían en cuestión de horas,

puesto que ése dominaba el acceso a Santo Domingo que era nuestro principal punto de resistencia. Los víveres también comenzaban a escasear y en los últimos días sólo habíamos bebido agua verdosa que logramos extraer del lodo caliente; el agua potable, el vino, la absenta, etcétera, se habían agotado. En vano seguíamos esperando la lluvia, pero a pesar de todo, el buen humor y el coraje de los europeos y de los mexicanos seguían en pie; cuando más cerca veíamos el fin, más dispuestos estábamos a dar la última batalla... era como si la cercana muerte hubiera reavivado en nuestro pecho los sentimientos más nobles del ser humano. Estábamos convencidos que Oajaca sería nuestra tumba, y que a esta hermosa ciudad se ligaría para siempre la memoria de unos valientes que vinieron a encontrar la muerte lejos de la patria por su emperador.

El 30 de octubre el general Oronoz convocó a todos los oficiales a un consejo de guerra en el que unánimemente reconocimos que la situación era insostenible, y en el que cada uno expresó su opinión. Después de deliberar, se decidió que la noche siguiente juntaríamos todas las municiones, de las cuales teníamos aún gran cantidad, en Santo Domingo; sacaríamos de ahí a los heridos, huiríamos en dirección norte para internarnos en las montañas por el rumbo de San Felipe del Agua, y para desviar la atención de los sitiadores haríamos explotar el polvorín almacenado en Santo Domingo. Era un plan temerario, pero también el último recurso que teníamos. Durante el día realizamos los preparativos necesarios, pero al llegar la noche se hizo obvio que el traidor Quintana nos había delatado; de improviso se apareció un enviado de Porfirio Díaz con una carta dirigida al general Oronoz, proponiéndole iniciar negociaciones para llegar a un acuerdo amistoso.

Se convocó un nuevo consejo de guerra, y la mayoría de los oficiales decidimos aceptar el ofrecimiento de Díaz. Algunos oficiales mexicanos, sin embargo, se opusieron, no tanto por tener una valentía desmesurada, sino porque temían que a pesar de la capitulación serían fusilados por los republicanos. A pesar de ello no dudamos en intentar las negociaciones, ya que Porfirio Díaz había dado suficientes pruebas de ser un soldado de honor. Por la mañana salió de Santo Domingo una comisión encabezada por el gallardo general Ortega e integrada por dos oficiales franceses y dos austriacos; siendo yo uno de ellos. En un punto de la ciudad nos encontramos con un número igual de republicanos, entre los que se encontraba "el Chato" Díaz, Figueroa y un francés llamado Thiele que estaba al servicio de Díaz. La propuesta inicial de dejar que las tropas extranjeras se marcharan libremente a Puebla a cambio de entregar incondicional-

mente al contingente mexicano, fue rechazada por nosotros por considerar que sería algo indigno. Se discutieron otras alternativas hasta que finalmente llegamos a un acuerdo de capitulación, con lo que se sellaba la suerte del Imperio en el sur de México. Todos los miembros del ejército imperial nos entregaríamos como prisioneros de guerra a condición de que se respetaran nuestras vidas; los oficiales conservarían sus armas, sus caballos y pertenencias, y todas las demás armas, municiones y equipo militar se entregarían al enemigo: Porfirio Díaz y sus oficiales avalaron el acuerdo empeñando su palabra de honor.

El 31 de octubre por la noche se rindieron los últimos defensores del Imperio en Oajaca; nuestros valientes cazadores entregaron con dolor sus queridos rifles al odiado enemigo mordiéndose entre las barbas los labios con rabia. Los oficiales europeos fuimos conducidos al palacio de Gobierno donde varios comerciantes franceses y alemanes organizaron una cena en nuestro honor, pues aunque el momento no era el más indicado para celebraciones, con agrado disfrutamos de una buena comida después de no haber probado bocado durante semanas. Nuestros compañeros mexicanos, mortalmente odiados por los juaristas, fueron encerrados en la cárcel de Santa Catarina destinada a los criminales comunes. El esplendoroso sol de Oajaca nos encontró al día siguiente prisioneros en la misma ciudad que, poco antes, nos había recibido como orgullosos conquistadores.

EN CAUTIVERIO REPUBLICANO

Para quienes hasta el momento habíamos dominado sin límites el distrito de Oajaca, fue una extraña transición el pasar a ser prisioneros en los muros del Palacio de Gobierno. Si bien el enemigo nos había garantizado la vida, había muchas dudas en el aire: ¿Acaso los juaristas no podían invocar el antecedente de que los franceses habían desconocido el tratado de la Soledad⁷⁵ y violaron sus disposiciones avanzando hasta Orizaba y Tehuacán? Aunque habían cumplido hasta el momento los términos de la capitulación y no nos habían fusilado: ¿Qué garantías teníamos de que no nos dejarían morir lenta y cruelmente en una cárcel, como a nuestros amigos mexicanos, el capitán Benito Arango y el teniente Juárez, que finalmente fueron fusilados después de haber sido terriblemente maltratados durante el cautiverio? Era verdad que el primero en un tiempo había sido asaltante de carreteras y que el otro cometió abusos contra los liberales, pero en cualquier forma: ¿No desearían los republicanos aprovechar la oportunidad para vengarse de nuestras cortes marciales y de nuestra obediencia al decreto del 3 de octubre de 1865? La incertidumbre era grande, pero en realidad ninguno de nosotros se preocupaba demasiado por el futuro,

⁷⁵ La Gran Bretaña, Francia y España firmaron el 31 de octubre de 1861 en Londres un acuerdo tripartita para exigir conjuntamente al gobierno mexicano el pago de las deudas pendientes, cuya suspensión fue decretada por el gobierno de Juárez en ese año. Los representantes de la expedición punitiva se reunieron en la población de la Soledad (Veracruz) el 19 de febrero de 1862 con Manuel Doblado y firmaron un acuerdo para iniciar negociaciones sobre el pago de dichas deudas, pero Francia lo desconoció, y violando los acuerdos previos hizo avanzar sus tropas a Orizaba y Tehuacán iniciando la guerra. Los representantes de la Gran Bretaña y España abandonaron Veracruz y se desasociaron de la actitud francesa.

pues en México nos habíamos acostumbrado a disfrutar el momento y a contemplar la posibilidad del fusilamiento como una realidad.

Nos sentábamos a conversar animadamente con los oficiales enemigos que nos visitaban, y al tiempo que saboreábamos un excelente jerez español y un puro, nos divertíamos con las anécdotas sobre lo que había ocurrido durante el sitio. Entre los visitantes se encontraba mi amigo don Manuel González, a quien el año anterior había escoltado a la prisión de Puebla, y que después de fugarse se incorporó a las fuerzas de Porfirio Díaz. Don Manuel me abrazó cordialmente cuando nos encontramos y me reiteró su amistad; sostuvimos largas pláticas sobre la situación del país, y ello claramente me dejó ver que los días del Imperio estaban contados; los republicanos triunfarían tan pronto como las tropas francesas abandonaran el país. También nos solía hacer compañía el hermano de Porfirio Díaz, “el Chato” Díaz, quien ofreció conseguir el permiso para que pudiéramos residir en casas particulares de la ciudad; sin embargo, finalmente me envió una carta informándome que ello no sería posible dado que su hermano decidió trasladarnos al Palacio del Obispo. En ese edificio nos encontramos a los oficiales capturados en la batalla de La Carbonera que durante el sitio de la ciudad se habían refugiado en la hacienda de San Luis. Los soldados extranjeros fueron llevados al convento de la Concepción, en tanto que a los mexicanos se les incorporó a las filas republicanas, y a sus oficiales se les encerró en la cárcel de Santa Catarina. Sólo los generales Oronoz y Ortega se alojaron en casas particulares. Para el sustento diario a los oficiales se nos asignó un peso, y a los soldados dos reales (medio peso); como ello no era suficiente para sobrevivir, nuestros hombres comenzaron a vender sus uniformes y zapatos. Poco a poco su nivel de vida descendió al de los miserables indígenas.

Una vez que todo estuvo bajo control republicano, se empezaron a borrar las huellas del régimen imperial para que todo volviera a quedar como había estado antes de que el mariscal Bazaine conquistara Oajaca. Se nombró un nuevo gobernador del estado, se reintrodujo el sistema republicano, y con los grandes depósitos de armas y municiones que se encontraron en Santo Domingo, Porfirio Díaz reestructuró su ejército con la intención de, según dijo; “ayudar a que las otras partes del país se sacudieran el yugo imperial”. Como los franceses todavía ocupaban el centro y el norte del país, no consideró prudente por el momento desafiar a las tropas europeas, y emprendió una campaña contra Tehuantepec donde el jefe de los llamados

patricios, don Remigio Toledo, continuaba defendiendo la causa imperial. Después de un breve enfrentamiento, éstos se dispersaron por los bosques de Tabasco y el pueblo de Juchitán, mismo que fue arrasado a fuego; la mayoría de las mujeres huyeron a Oajaca y sus maridos se refugiaron en las selvas y en los desiertos del istmo. Concluida la expedición, Díaz se retiró después del Año Nuevo a Acatlán para esperar la partida de los franceses y atacar Puebla.

La ciudad de Oajaca, que durante el sitio había sido abandonada por la mayor parte de sus habitantes, en especial por los de las clases acomodadas, poco a poco fue recuperando su tradicional alegría, y al paso de las semanas las calles y la alameda nuevamente se llenaron de simpáticas oajaqueñas y elegantes criollos. No dejaba de temerse que los rudos soldados republicanos llegaran a cometer exacciones, pues sin duda desearían vengarse de los ricos que respaldaron al Imperio. Pero en realidad no hubo represalias brutales, sino que más bien se impusieron severas multas a los ricos, como al prefecto imperial de Tagoaga que tuvo que pagar 7,000 pesos. En tanto todo eso ocurría, continuábamos encerrados en el Palacio del Obispado, y sólo una vez por semana podíamos salir a dar un paseo acompañados de guardianes que nos impedían todo contacto con la gente. La población, al margen de sus convicciones políticas, se mostraba amable y atenta con nosotros, especialmente los que favorecían la causa liberal, porque los ex imperialistas temían hacerse acreedores a represalias si mostraban demasiada simpatía por los desgraciados prisioneros. El tiempo transcurría en forma lenta y tediosa entre los estrechos muros a los que habíamos sido confinados, pues añorábamos los días en que podíamos entrar y salir a nuestro antojo y cabalgar libremente por los bellos alrededores de la ciudad. En especial, nos era sumamente penoso no poder seguir participando en la lucha mientras que nuestros compañeros de armas se preparaban para las últimas batallas contra los republicanos. Por ello, con alegría recibimos la noticia de que se habían iniciado negociaciones con el mariscal Bazaine y el emperador Maximiliano para decidir nuestra situación.

Lamentablemente las negociaciones sólo condujeron a la liberación de los franceses a partir de diciembre; los austriacos y los mexicanos continuaríamos en cautiverio. Posiblemente el gobierno imperial no estuvo dispuesto a aceptar las condiciones impuestas por Porfirio Díaz para concedernos la libertad, pero en cualquier forma nuestro entusiasmo por el Imperio se vino abajo cuando no se

llegó a un acuerdo con los republicanos. Continuamos siendo prisioneros, y en esa calidad vimos pasar en el Palacio del Obispo la fiesta de la Virgen de Guadalupe del 12 de diciembre, las navidades y el año nuevo. La Navidad se celebra con una especie de mercado en el que se instalan múltiples tiendas adornadas con lámparas de colores que venden toda clase de alimentos, los que se comen al aire libre y cuyos desperdicios se arrojan al suelo; al día siguiente las plazas y las calles son un verdadero basurero. Poco después de comenzar el año de 1867 obtuvimos permiso para pasar el cautiverio en casas particulares, para lo cual tuvimos que dar nuestra palabra de honor de que no escaparíamos; nos mudamos a las casas de algunas familias conocidas que estuvieron dispuestas a alquilarnos una habitación. El tiempo lo pasábamos leyendo, paseando o escuchando las canciones acompañadas con guitarra de las jóvenes damas de las familias con las que nos alojábamos, y meciéndonos en las típicas hamacas que colgaban en los pasillos o en los patios; con su suave arrullo lográbamos olvidar momentáneamente las penas de la vida. Al mecernos caíamos en un dulce sueño que, abanicado por las grandes hojas de las plantas tropicales, aromatizado por las abundantes flores y acompañado por las bellas melodías de amor, nos hacía olvidar que éramos prisioneros, y trasladaban nuestras almas a un mundo más feliz.

El intendente Franco al que ya me referí, se había marchado junto con el obispo y parte del regimiento de caballería a Miahuatlán y después a Puebla, pero en enero fue capturado en Tecamachalco en las inmediaciones de Tehuacán, pues su propia escolta se pronunció en favor de la República. Fue traído a Oajaca donde se le condenó a muerte por, según se dijo en el juicio, “haber traicionado a su patria entregándosela a los extranjeros”. El 30 de enero fue fusilado en una plaza frente al convento de Guadalupe; un espectáculo público al que los mexicanos parecían ya estar acostumbrados. El sentenciado recorrió las calles hasta el lugar del suplicio con una tranquilidad y sosiego sorprendentes, pero por mucho que se pudiera lamentar su fin, ello fue más una ganancia que una pérdida para el Imperio, ya que su conducta imprudente, su falta de carácter y la desafortunada influencia que ejerció sobre el emperador, causaron mucho daño.

A principios de febrero se reiniciaron las negociaciones para intercambiarlos por prisioneros liberales, y como parecía que esta vez serían exitosas, se nos ordenó que junto con los suboficiales y nuestros sirvientes, alrededor de 60 personas, marcháramos rumbo al cuartel de Porfirio Díaz en Acatlán

para esperar el resultado final de las gestiones. No dejó de ser un espectáculo divertido el que dimos el 12 de febrero al reunirnos en la alameda para salir de la ciudad. La mayoría de los oficiales habían tenido que vender sus caballos, por lo que harían el trayecto a pie o montarían los miserables animales que compraron por ocho o 10 pesos en el ya citado mercado del Baratillo, a los cuales les faltaba un ojo, tenían las orejas recortadas, o estaban tremendamente flacos y desvencijados; muchos eran tan diminutos que los oficiales daban más la impresión de ir andando que cabalgando. Los suboficiales y los criados no desentonaban con los tristes caballos, pues sus maltrechas vestimentas y el polvo que llevaban encima asimilaba una cosa con la otra; nuestra miserable situación contrastaba enormemente con el esplendor que alguna vez habíamos tenido. A pesar del deprimente espectáculo, nos animaba el saber que próximamente seríamos liberados, y con ese optimismo partimos hacia Acatlán.

El primer día llegamos, escoltados por un reducido contingente de caballería, a Huitzo por un camino distinto al acostumbrado, puesto que esta vez pasamos por el río, la hacienda Alamán y los pueblos de Santa Cruz y Tlaninango. En Huitzo pudimos observar en las paredes de la iglesia las marcas de las balas con las que habían perecido las fuerzas imperiales en la batalla de La Carbonera. Continuamos por el famoso camino de Las Sedas y luego por Huahuclilla, Nochistlán y Huajuapán, donde la población leal al emperador nos recibió con simpatía, lo que provocó que nuestra escolta cometiera excesos contra los vecinos. Por la noche llegó el general Félix Díaz que se dirigía a Oajaca para reemplazar al gobernador recientemente nombrado, y por él supimos que, para nuestra desgracia, no se había llegado a acuerdo alguno sobre el intercambio de prisioneros. Por consiguiente deberíamos trasladarnos al pueblo de Tlaxiaco cercano al salvaje estado de Guerrero; regresamos a Tamazulapán donde encontramos a mi amigo el general Manuel González que con dos nuevos batallones se dirigía a Acatlán para integrarse a las fuerzas de Porfirio Díaz. En este sitio fuimos entregados a un cierto "coronel" Rómulo Pérez que con otros veinte "oficiales" formaban parte de lo que se conocía como el "Depósito de Oficiales", de donde en casos de emergencia se podían sacar "oficiales" de repuesto. A pesar de que éstos se llamaban a sí mismos miembros de "la legión de honor", su mera apariencia y forma de comportarse nos hacían ver que era gente que Porfirio Díaz prefería tener lo más alejada posible. Era una banda de hombres brutales y depravados que incluso hasta a los propios mexicanos les

provocaban repugnancia; vestían miserablemente, no usaban zapatos sino sandalias, los conocidos guaraches, y no tenían caballos ni armas. Esto último nos complació, pues obviamente en caso de un enfrentamiento con ellos saldríamos airosos. De acuerdo con los términos de la capitulación, casi todos los oficiales habíamos conservado nuestras armas, por lo que tanto en número, como en armamento, éramos superiores a nuestros nuevos guardias supuestamente pertenecientes a la legión de honor. Sólo el coronel y dos capitanes de rostro patibulario, tenían caballos, machetes y una carabina. En el camino nos hubiera sido fácil deshacernos de semejante escolta y emprender la fuga pero, por una parte, habíamos comprometido nuestra palabra de honor y, por la otra, hubiera sido imposible escapar de una región donde la población era predominantemente liberal. Por consiguiente decidimos divertirnos un poco con la “legión de honor” que sin armas marchaba a nuestro lado ufanándose de escoltar a los orgullosos prisioneros austriacos que, a caballo y bien armados, se dirigían a Tlaxiaco.

Temprano a la mañana siguiente salimos de Tamazulapan, y al atardecer un burro que cargaba parte del equipaje de los suboficiales se internó en el bosque y se extravió. Los integrantes de la “legión de honor” de inmediato se sintieron obligados a jurar solemnemente que no eran ladrones ni criminales, que eran gente honrada, y que no habían hecho desaparecer al burro; todo ello sin que nosotros hubiéramos hecho la más mínima insinuación sobre su honestidad. Cuando más tarde reapareció el animal perdido, se sintieron satisfechos de haber podido comprobar su honestidad. De Tamazula continuamos hacia el sur pasando por una montaña de cal cubierta de bosques, y después de media legua descendimos a un hermoso valle donde se encuentra un lago en cuya orilla está situado el pueblo de San Andrés de la Laguna. Después de un breve descanso seguimos por las montañas hasta llegar al pueblo de Teposcolula, que es la capital del distrito y que daba la impresión de alguna vez haber sido un lugar más poblado y próspero. Al día siguiente pasamos por San Miguel Tizá, luego por Yolumecca y San Martín Temelulco, para finalmente alcanzar ya en la noche Tlaxiaco. Nos alojamos en un gran convento deshabitado que se conectaba con una magnífica catedral. Es una población de buenas dimensiones y muy activa, pues con sus más de 5,000 habitantes es más grande que Huajuapán y Acatlán. La gente del lugar es muy trabajadora y principalmente se dedica a la fabricación de productos hechos a base de cuero y hierro, por lo que es el centro comercial e indus-

trial de Miztecaen. Cuenta con importantes tiendas que se dedican a la venta de granos, azúcar y algodón; estos dos últimos provienen de los poblados de tierra caliente de Putla y Jamiltepec; de Vera-Cruz también se reciben textiles y artículos de lujo. Tlaxiaco está rodeada de grandes bosques que le proporciona una temperatura sumamente agradable; la mayor parte de sus casas están construidas a base de grandes tablones de madera semejantes a las que existen en Noruega. Sus moradores siempre han sido considerados como belicosos y muy republicanos, y han contribuido generosamente a la formación de los batallones de Huajuapán y Oajaca; como se podrá comprender, no fuimos recibidos con mucha simpatía.

De ello pronto tuvimos muestras, pues al día siguiente fuimos entregados al prefecto, un coronel liberal llamado Felipe Cruz que recientemente había escapado de una prisión de Puebla en la que permaneció recluso durante año y medio; de inmediato nos anunció que nos iba a dar el mismo trato que había recibido en su cautiverio. Ello nos acabó de descorazonar, pues bien sabíamos que ni los franceses ni los austriacos se habían distinguido por dar un trato amistoso a los chinacos, que era el apodo de los republicanos. Así, la subvención de un peso diario que hasta el momento habíamos recibido, se redujo a tres reales y medios, y la de los soldados disminuyó a un real y medio, lo que sólo nos alcanzaba para no morir de hambre. En las noches dormíamos en la capilla del convento cuya única ventana fue tapiada, y en el día sólo podíamos caminar por los pasillos y la azotea. En el patio central quedaron nuestros 12 caballos, los que por sólo poder ser alimentados con paja de maíz, pronto adquirieron la apariencia del famoso corcel de Don Quijote. Muchos prefirieron vender sus animales porque para alimentarlos tenían que privarse de comer; los oficiales que teníamos algo más de dinero preferíamos conservarlo, puesto que constantemente se escuchaban versiones de que seríamos trasladados a Acapulco, en el océano Pacífico, donde seguramente moriríamos de fiebre amarilla. La noticia, afortunadamente, nunca se confirmó y permanecimos todo el tiempo en Tlaxiaco.

En los primeros días recibimos la visita de los miembros de la “legión de honor”, particularmente de un individuo al que llamaban el “capitán” Palacios, quien por mostrar preferencia por mi persona, me entretenía por largas horas narrándome sus hazañas en Yucatán y Tamaulipas. Yo respondía a su amabilidad obsequiándole de vez en cuando con uno de los cigarrillos que tanto le gustaban, pues siempre alegaba no traer los suyos porque olvidaba

en casa la cigarrera de oro en la que los guardaba; lujo que por supuesto no correspondía al estado de sus guaraches y a su miserable apariencia. Un día, como consideró que yo ya había sido cautivado por su encantadora personalidad, me hizo una modesta petición de dinero, a lo que respondí que de tener alguna cantidad sobrante, preferiría dársela a mis menesterosos compañeros; sólo podría prestarle un humilde peso. Lo aceptó con sumo agrado y me reiteró su admiración perpetua y una entrañable amistad de por vida. Para mi fortuna, esos bravos guerreros pronto dejaron Tlaxiaco, y me liberé de mi “amigo” el “capitán” Palacios.

Como en el convento no había ni un banco, ni ningún otro tipo de comodidad, nuestros leales criados, que compartían todas nuestras privaciones, improvisaron unas camas juntando fardos de maíz que cubrieron con un lienzo de junco, y fabricaron sillas y mesas con grandes piedras planas. La única puerta de madera que quedaba en todo el edificio fue arrancada y transformada en mesa de comedor, de manera que con esos arreglos quedamos razonablemente instalados. El prefecto dispuso que nuestros guardias fueran unos primitivos y brutos indígenas recién salidos de la selva, los que encontraban un cierto deleite en constantemente molestar a los blancos austriacos; obviamente ni siquiera la palabra les dirigíamos. Los “capitanes” de la guardia eran un zapatero y un herrero de Tlaxiaco que pronto se dejaron ablandar con los tragos que les invitaban nuestros criados; gracias a ello lograban salir a la ciudad para hacer las compras necesarias, pues si se las encargábamos a nuestros guardiames, en el camino se quedaban con la mitad. Todos estos padecimientos no lograron destruir el buen humor característico de los soldados; por la noche los oficiales nos reuníamos en la capilla y los suboficiales en el pasillo con un par de botellas de anís dulce o de aguardiente de caña, y nos entreteníamos sanamente conversando o cantando; los salvajes que nos vigilaban no podían entender que sus prisioneros continuaran tan alegres como siempre. Lo más desagradable del encierro era que no disponíamos ni de libros ni de material para escribir, por lo que empleábamos nuestro tiempo jugando ajedrez o platicando; dado que la mayoría había tenido una vida bastante agitada en Europa y en México, nunca nos faltaban temas.

Después de un mes de enclaustramiento fuimos autorizados a salir a la ciudad por turnos, lo que nos permitió conocer a algunas de las mejores familias del lugar. Hice amistad con un joven comerciante llamado Manuel Mejía y con una señora mayor de apellido Gómez Añorve que tenía una tienda. El primero

era un decidido liberal y un hombre inteligente, sensato, que tenía amplios conocimientos y hablaba un buen francés; fue un verdadero placer conocerlo. La segunda era viuda de un conservador que había sido prefecto de Tlaxiaco, y que por oponerse a la causa liberal fue arrestado y acabó consumido por los malos tratos que recibió en Vera-Cruz. La viuda vivía con sus dos guapas hijas, las que a diferencia de la mayoría de las damas mexicanas, sabían acompañar su belleza con una impecable y agraciada conducta; junto con mi amigo el teniente L. frecuentábamos a la familia que con gran angustia seguía los acontecimientos del país, pues los dos hijos varones mantenían celosamente la vocación de su padre. Estas amistades hicieron que el cautiverio nos fuera menos pesado, y que pudiéramos acortar las largas horas en el convento leyendo los libros que nos facilitaban.

Algunos de nuestros suboficiales y sirvientes eran gente industriosa que decidieron que de alguna manera tenían que mejorar la penosa situación. Varios de ellos empezaron a aconsejar a los artesanos de la ciudad sobre la forma de perfeccionar sus productos, especialmente en lo tocante a la preparación de los cueros. Otros, como mi propio ayudante que era de Viena, introdujeron en Tlaxiaco las técnicas vienesas para ahumar la carne de cerdo y preparar las salchichas, lo que mucho interesó a los mexicanos que en grandes grupos se acercaban a nuestros hombres para aprender las técnicas. El poco amable coronel Felipe Cruz no estuvo dispuesto a tolerar estas actividades productivas, por lo que consideró más pertinente que los presos contribuyeran al embellecimiento de la ciudad derribando las fortificaciones y barricadas que el anterior prefecto imperial había obligado a los indígenas a levantar. Mi amiga, la señora Gómez, me contó que el coronel incluso llegó a planear para los oficiales un ejército útil y agradable; que transportaran las piedras que se quitaban de las barricadas hasta las afueras de la ciudad. Ello, afortunadamente, no llegó a ponerse en práctica. Hasta el momento nuestros hombres habían llevado el cautiverio con gran resignación, pero este indigno tratamiento provocó gran malestar, especialmente cuando un miserable indio se dio el lujo de golpear a un viejo sargento con la culata del fusil porque consideró que no estaba haciendo adecuadamente su trabajo. Explicablemente, se empezó a tramar una conspiración para someter a la guardia nocturna, robarle sus armas y huir a las montañas. A esas alturas la prisión ya se había hecho insoportable para todos, por lo que decidimos ponernos de acuerdo con los suboficiales confabulados; por una parte, deseábamos la libertad tanto como ellos y, por la otra, comprendi-

mos que en caso de que logran escapar, las represalias se harían sentir contra los que permaneciéramos. De antemano sabíamos que era una empresa arriesgada, pues aunque pudiéramos someter fácilmente a los guardias con 30 hombres, difícilmente lograríamos ir muy lejos en un lugar donde toda la población estaba armada y conocía mejor que nosotros las montañas. Finalmente concluimos que sólo ejecutaríamos el plan si el trato continuaba siendo insoportable, además de que gracias a mi amigo Mejía supe que el 2 de abril Porfirio Díaz había tomado Puebla, lo que sin duda tendría consecuencias positivas para nuestra situación.

Efectivamente, el prefecto nos convocó el día 19 para leernos una carta del gobernador Félix Díaz en la que nos anunciaba que su hermano Porfirio había decidido poner fin a nuestro cautiverio; por la tarde se distribuyó una proclama firmada por él en la que se otorgaba la libertad a todos los prisioneros de Oajaca, tanto austriacos como mexicanos. El júbilo en nuestro oscuro convento fue inmenso, y todo el mundo se aprestó a emprender de inmediato el viaje, pero nuestro comedido protector don Felipe Cruz no pudo dejar de aprovechar la última oportunidad para fastidiarnos; ordenó que primero pasáramos a Oajaca para obtener del gobernador nuestros pasaportes para viajar a Europa, y los que no deseáramos dejar el país en cualquier forma tendríamos que ir hasta allá para solicitar un permiso de estancia. Después de muchas negociaciones con el detestable prefecto que parecía decidido a retenernos por la fuerza, nos dejó finalmente marchar, pero a cambio nos retiró el sostenimiento diario, de manera que en adelante deberíamos sobrevivir con nuestros propios medios. Después de seis meses de prisión dejamos el odiado Tlaxiaco; temprano en la mañana nuestros sirvientes juntaron todo lo que ya no necesitábamos y le prendieron fuego para no dejar ningún rastro de que en ese lóbrego convento habían estado presos los austriacos; fue un magnífico fuego que con su brillante luz simbolizó la libertad recobrada.

Con el corazón lleno de alegría recorrimos el mismo camino por el que habíamos llegado de Teposcula; pasamos por la Cuesta de Oro, los pueblos de Tiltepec, Tilloo, la meseta de Nochistlán y llegamos a Oajaca cuatro días después; fuimos recibidos con esmeradas atenciones por nuestros queridos amigos, y en su compañía logramos olvidar los pesares de la prisión. Días después la mayoría comenzó a dejar la ciudad para dirigirse a Dominguillo, Cuicatlán y Tehuacán, para de ahí alcanzar Orizaba y finalmente Vera-Cruz; otros decidieron permanecer en Oajaca y comenzar a abrirse camino por la vida con sus

conocimientos y el trabajo de sus manos, o para, como yo, visitar las costas del Pacífico. El 5 de mayo, el mismo día en que se celebraba la victoria de Zaragoza del año de 1862 en Puebla, nuestros compañeros partieron después de despedirse calurosamente; fue un momento triste para los que habíamos forjado sinceras amistades en los buenos momentos, y las habíamos estrechado en los malos. Nuestra trayectoria militar en México había terminado, puesto que nos comprometimos a no unirnos más al ejército imperial. Permanecí en el país hasta finales de 1867 en calidad de viajero pacífico.

LA SITUACIÓN DEL IMPERIO EN 1866

Las mismas dificultades que el Imperio confrontó en 1865 continuaron prevaleciendo en los siguientes años, por lo que ya no se trataba de saber cuándo la situación podría mejorar, sino simplemente si el régimen imperial subsistiría. Los apuros económicos se agudizaron, y la falta de ese *nervus rerum gerendarum* imposibilitaba emprender las acciones militares indispensables y organizar el ejército nacional que, en el futuro, debería ser el único sostén del Imperio. Los franceses no podían quedarse para siempre en el país, y los cuerpos austriaco y belga cada día se reducían más como consecuencia de los estragos de la guerrilla y de las enfermedades.

Las acciones militares al principio de año se desarrollaron favorablemente para las tropas imperiales; la sierra Zacapoaxtla fue sometida y la resistencia en las costas de Vera-Cruz y de Tampico se debilitó enormemente con la toma de Papantla. El triunfo de las fuerzas imperiales se registró tanto en las grandes como en las pequeñas batallas, de manera que los resultados eran tan positivos como los del año anterior. En Michoacán, el 20 de enero Méndez⁷⁶ venció completamente a los republicanos Riva Palacio y Pérez, y el mismo día un contingente juarista al mando de Salgado y Villalobos fue aniquilado en otro lugar del mismo departamento. Ocho días más tarde el general Méndez derrotó a la guerrilla de Regules, quien con 3,000 hombres se había posesionado del monte de San Ignacio. Una columna compuesta de cazadores de África y soldados mexicanos

⁷⁶Ramón Méndez (1834-1867) se distinguió por sus acciones al servicio del Imperio en Michoacán, donde también derrotó a Artega y a Salazar en Santa Ana Acatlán; más tarde participó en la defensa de Querétaro donde murió junto con el Imperio.

salió a finales de abril de Mazatlán y dispersó a la importante banda con la que Antonio Corona hostilizaba al estado de Sinaloa. A pesar de todos esos triunfos, la victoria final no se podía alcanzar, pues los empecinados guerrilleros que eran derrotados, de inmediato formaban nuevas dañinas bandas. Debe de reconocerse la admirable resistencia y tenacidad de los republicanos, pues, a pesar de las derrotas y de las condiciones adversas que enfrentaban, continuaban luchando incansablemente. Por lo general estaban mal armados, eran voluntarios inexpertos, carecían de profesionalismo y hasta de zapatos, vivían en parajes salvajes o en asfixiantes desiertos, eran hostilizados sistemáticamente por nuestros soldados, etcétera, pero no se daban por vencidos.

En mucho contribuyó a darles mayores ánimos la expectativa de que Estados Unidos pudiera intervenir en favor de Juárez, lo que comenzó a hacerse realidad cuando Washington nombró un ministro ante el gobierno republicano que se encontraba en el Paso del Norte en la frontera entre México y Tejas, y presionó a Napoleón para que retirara sus tropas⁷⁷ y abandonara a Maximiliano a su propia suerte. Norteamérica invocó ante Francia la Doctrina Monroe que sostenía que ningún poder europeo debería intervenir en los asuntos americanos; después de tensas negociaciones, Napoleón accedió a retirar paulatinamente⁷⁸ su ejército expedicionario a partir de 1867. Los yanquis, sin embargo, no se conformaron con eso, pues también amenazaron al gobierno austriaco

⁷⁷ Las razones de Napoleón para retirar sus tropas antes del plazo convenido fueron varias. Desde la derrota del 5 de mayo de 1862 comprendió que la empresa no sería fácil, y desde ese momento planeó retirarse lo más pronto posible y dejar el problema en manos de Maximiliano. La opinión de su ministro de Guerra, Randon, en ocasión de la derrota de Puebla, fue: "El honor militar está comprometido, es necesario ir hasta el final, dar un golpe, y después retirarnos" (Jean-Francois Lecaillon, *op. cit.*, p. 61). Igualmente influyó el hecho de que la pacificación del país fuera imposible, que se intensificaran las críticas de la oposición y de la opinión pública en Francia, que aumentaran las tensiones con Prusia una vez que ésta derrotó a Austria en 1866, y que los franceses se desilusionaran del gobierno de Maximiliano. A todo eso se sumó la presión que Washington comenzó a ejercer.

⁷⁸ El compromiso original que Napoleón III contrajo con Maximiliano fue el de que de los 38,000 soldados franceses enviados a México, 20,000 permanecerían en el país después de 1867, y que la Legión Extranjera (8,000 soldados) se quedaría seis años. Sin embargo, en enero de 1866 Napoleón informó a Maximiliano que las tropas serían embarcadas en su totalidad antes de que terminara 1867; 9,000 partirían en octubre de 1866, 9,000 en mayo de 1867 y los restantes 11,300 en octubre de ese año. Napoleón envió a Maximiliano la siguiente comunicación a través del barón Saillard: "Señor mi hermano; no es sin un doloroso sentimiento que escribo a Su Majestad, pues me veo obligado a informarle la determinación que he tenido que tomar frente a todas las dificultades que me ocasiona la cuestión mexicana. La imposibilidad de solicitar nuevos subsidios al cuerpo legislativo para el sostenimiento del ejército en México, y la de Su Majestad para contribuir por sí mismo a ello, me obligan a fijar un término para la ocupación francesa. Desde mi punto de vista, ese término debe ser lo más cercano posible..." Michel de Grèce, *L'Imperatrice des adieux*, Francia, Plon, 1998, pp. 233-234.

con romper relaciones si se enviaba a México un cuerpo adicional de 2,000 voluntarios que ya se habían alistado, facilitaron a los republicanos dinero y armas, y gran cantidad de norteamericanos comenzaron a cruzar el río Grande para incorporarse a las filas juaristas; la mitad del contingente de Escobedo llegó a componerse con esos osados aventureros.⁷⁹ Con todo ello y con el anuncio de la partida de los franceses, el partido republicano cobró nuevo vigor, pues estaba convencido que el gobierno imperial sería incapaz de formar su propio ejército para mantenerse en el poder. Pronto se dejaron sentir en diversas partes del país las consecuencias del retiro de los franceses.

La lucha se volvió más violenta que nunca, y las atrocidades cometidas por ambos bandos se multiplicaron. Una de las peores ocurrió durante la toma de Hermosillo, en Sonora, por parte del jefe liberal Pesqueira el 4 de mayo; la mayoría de los hombres más notables de la ciudad fueron asesinados, las tiendas saqueadas o quemadas, las mujeres violadas dentro de la misma iglesia donde se habían refugiado, y los niños arrojados a las llamas. Todo esto tuvo lugar hasta que por la noche acudió en auxilio de la plaza el jefe de los ópatas, Tanori, que con 700 hombres logró expulsar al enemigo. También los franceses sufrieron una penosa derrota en la región septentrional del país cuando un destacamento de la Legión Extranjera, comandado por Briant, se arriesgó imprudentemente al enfrentar una fuerza enemiga tres veces superior a la suya; fue completamente aniquilado en la hacienda de Santa Isabel en las cercanías de Parras en los límites del gran desierto del Bolsón de Mapimí. Aunque los franceses tomaban la precaución de no movilizarse en pequeños grupos, puesto que la experiencia había mostrado que la velocidad de la guerrilla era desventajosa para los europeos, en algunas ocasiones no lo hicieron y los resultados fueron desastrosos. Muchos de esos encuentros no fueron decisivos, pero el enemigo hizo circular exageradas versiones sobre sus triunfos para crear una leyenda sobre la efectividad y astucia de los guerrilleros. Otro ejemplo fue el desafortunado asalto, al que ya me he referido, que tuvo lugar cuando el cuerpo austriaco intentó atacar Soyaltepec cerca del río Alvarado en el mes de marzo.

⁷⁹ Al concluir la guerra civil en Estados Unidos, muchos combatientes desocupados participaron en la que se libraba en México. Si bien varios se unieron a los republicanos o fueron contratados por éstos, el gobierno imperial también reclutó norteamericanos; agentes de Maximiliano contrataron un buen número de ellos en Nueva York, entre los que figuró el príncipe alemán Felix zu Salm-Salm. Los norteños generalmente se aliaron a los liberales, y los confederados al Imperio.

Las fuerzas imperiales también tuvieron éxitos, como en el caso que ya citamos del valiente general Méndez en Michoacán, y en las montañas del noreste de Querétaro donde en abril los belgas derrotaron, primero a Marín, y luego a Martínez. Sin embargo, durante el verano ocurrió algo que en mucho contribuyó a debilitar al Imperio. El importante centro comercial de Matamoros situado junto al río Grande en la frontera con Tejas, había sido atacado frecuentemente por Escobedo, Cortina y Canales, pero el afamado general Mejía,⁸⁰ uno de los principales sostenes del Imperio, sistemáticamente los rechazó. Para reforzar la defensa de Matamoros a principios de año se envió desde Vera-Cruz una compañía de cazadores austriacos con media batería de artillería de montaña; con este refuerzo Mejía incluso planeó abrir la comunicación con Monterrey donde se encontraba el general francés Jeanningros. En vista de que las importantes plazas de Saltillo, Monterrey, Fresnillo, etcétera, recibían su avituallamiento y mercancías de Matamoros, frecuentemente salían de éste importantes cargamentos protegidos por nuestros soldados, como fue el caso del convoy que el general Rafael Olvera tuvo que llevar a Monterrey a principios de junio con un destacamento de 1,220 hombres; 250 de ellos austriacos. El convoy fue atacado cerca de Camargo por Mariano Escobedo con 3,000 republicanos, de los cuales alrededor de la mitad eran aventureros norteamericanos que al finalizar la guerra civil en su país habían decidido probar suerte en México. Fue un violento combate que se inició con ventaja para las fuerzas imperiales hasta que, inesperadamente, apareció Olvera con 800 guerrilleros que comenzaron a disparar a los austriacos; como éstos formaban la élite del cuerpo, con su caída la columna se desordenó y se dispersó, dándole el triunfo a los liberales. Sólo sobrevivieron 14 soldados austriacos y ningún oficial. Una vez que Mejía perdió lo mejor de sus tropas, se vio precisado a abandonar Matamoros, el que de inmediato fue ocupado por Escobedo; no sólo se apoderó de la ciudad sino de todo el importante comercio del noreste del país.

Al norte de Perote, en Huauchinango, el comandante austriaco de Tulancingo descubrió el arsenal de unos conspiradores, y cuando llegaron los guerrilleros que deberían unirse a dichos conspiradores, el comandante Polak los sometió el

⁸⁰Tomás Mejía (1820-1867), militar de carrera desde 1841 combatió a los indios en el norte del país y a los norteamericanos en Monterrey, la Angostura y Buenavista. Luchó contra los liberales en las guerras de Reforma y reconoció al Imperio; fue uno de sus más fieles servidores, especialmente como comandante militar en Tamaulipas. Se unió a Maximiliano en el sitio final de Querétaro y fue aprehendido y fusilado con éste.

12 de junio. Papantla, que apenas en el mes de enero había caído en nuestro poder, fue insurreccionada por un tal Fajardo que proclamó la República; el comandante Hammerstein que tantas veces se había distinguido por sus eficacias, llegó desde Teziutlán a marchas forzadas con una compañía de cazadores y aplacó la rebelión. Fajardo logró escapar, y con los refuerzos que le proporcionó en Zacapoaxtla Juan Francisco, sitió Papantla que estaba defendida por pocos hombres. Como no recibieron auxilio en 26 días, el comandante H. y su guarnición escaparon del sitio y se internaron en los montes; durante su persecución los liberales mataron a la mayor parte del contingente, entre los cuales se encontraba un joven biólogo de Viena que nos acompañaba como cadete. Cerca de Teziutlán el comandante se enfrentó a Juan Francisco y a sus salvajes cuatecomacos, quienes fueron derrotados gracias a la oportuna intervención de un escuadrón de caballería y de una compañía de cazadores que llegaron de Perote. Nuestro cuerpo, sin embargo, ya para entonces se encontraba sumamente diezmado, y no siéndole posible recuperar todas las plazas que se estaban perdiendo por las continuas insurrecciones, decidió abandonar la sierra y Teziutlán; la evacuación se realizó en el mes de agosto y de inmediato Juan Francisco se posesionó de Teziutlán.

A pesar de la continua lucha, el gobierno imperial no dejaba de esforzarse por desarrollar los recursos del país, pues quería demostrar, con hechos, que se preocupaba por la reorganización nacional y el mejoramiento de las condiciones de vida de la población. En los alrededores de Córdoba se distribuyeron gratuitamente grandes extensiones de tierra a soldados franceses y austriacos lisidos, e igualmente se vendieron a precios módicos terrenos a nuevos inmigrantes. Los constantes ataques de las bandas juaristas que descendían de la sierra Zongolica impidieron que esta nueva colonia progresara. También se dio en concesión, entre otros a un inversionista apellidado Keiffer, el servicio de comunicación telegráfica entre México, Querétaro, San Luis Potosí y otras regiones del interior. Una compañía angloamericana inició el tendido de las vías para el ferrocarril que comunicaría a la ciudad de México con el Paso del Macho, así como para el tramo entre la capital y Apizaco. Se organizó una importante exposición de productos y artesanías en México que, por primera vez, mostró al público la variedad y la riqueza de sus recursos naturales y humanos.

Pero la realidad era que todos esos esfuerzos ocupaban un lugar secundario frente a la imperiosa tarea de consolidar la existencia del Imperio amenazada por la partida de los franceses. El gobierno imperial trataba de formar un ejército na-

cional con lo que quedaba del contingente austriaco, pero difícilmente se podían conseguir soldados para formar batallones. Para ello se podía recurrir al alistamiento voluntario, al establecimiento del servicio militar obligatorio, o al tradicional método de la leva que siempre se había utilizado en el país; es decir, apresar al primero que se encontrara y convertirlo en soldado. Para el alistamiento hacía falta dinero, y pocos se ofrecieron voluntariamente. La introducción del servicio militar obligatorio hubiera provocado la desertión en masa de la burguesía, puesto que a pesar de que el criollo vociferaba en favor de la democracia y de la igualdad, se consideraba muy por encima del indígena y jamás hubiera aceptado servir en el ejército junto a él. El soldado raso era la escoria de la sociedad y ningún blanco, ni siquiera un mestizo, aceptaría ser algo menos que oficial. Lo único que quedaba, en consecuencia, era la reprobable leva que mayormente afectaba a los desafortunados indígenas, quienes difícilmente podían considerarse como soldados confiables y leales; la experiencia mostraba que, o intentarían desertar a la primera oportunidad, o asesinarían a sus jefes y se unirían al enemigo. Bajo esas circunstancias no quedó más remedio que formar con la leva los 20 batallones de cazadores de México que servirían en cada uno de los grandes distritos del país; parte de su oficialidad era indígena y parte francesa, pues el mariscal Bazaine aceptó que algunos de sus hombres permanecieran en México. Algunos de estos batallones indígenas prestaron excelentes servicios en las últimas batallas de Querétaro y de México, pero otros desertaron masivamente o fueron inservibles en el combate, como en el caso del batallón de cazadores que participó en la batalla de Miahuatlán.

Era imposible formar un ejército bien equipado y disciplinado en tan sólo medio año, y menos con elementos deficientes como los que se pusieron al servicio del emperador Maximiliano. El gobierno imperial trató por todos los medios de convencer a Napoleón de no retirar sus tropas, o por lo menos de dejarlas en el país el tiempo suficiente para que se lograra la pacificación y se asentara más firmemente el Imperio. Con ese propósito la noble e inteligente emperatriz Carlota⁸¹

⁸¹ Carlota Amalia (1840-1927) fue hija de los primeros reyes de Bélgica, Leopoldo I y María Luisa de Orleans, a su vez hija del rey Luis Felipe de Francia. En 1857 a los 17 años contrajo matrimonio por razones de estado con el archiduque Maximiliano de Austria; no tuvieron descendencia y existen muchas especulaciones sobre las razones por las cuales la pareja no tuvo una vida marital normal. Para asegurar la sucesión al trono adoptaron al nieto de Agustín de Iturbide, y muchos atribuyen a la ambición de Carlota el que Maximiliano hubiera aceptado comprometerse en una aventura tan incierta. Desempeñó un importante papel como regente del Imperio durante las múltiples ausencias de Maximiliano de la capital.

viajó a Europa,⁸² pero no pudo conseguir nada ante la actitud hostil que los norteamericanos habían asumido frente al emperador Napoleón. Sin duda, la fatal enfermedad de la emperatriz fue provocada por el doloroso impacto de su fracasado viaje; ello está tan reciente en mi memoria, que prefiero no entrar en detalles. Fue el preludio de la terrible tragedia que pronto tendría lugar, y en la que su marido desempeñaría un papel noble e inolvidable.

En tanto la intensidad del sangriento combate aumentaba, los franceses comenzaban a abandonar las zonas más apartadas del país para concentrarse en el territorio comprendido entre México y Vera-Cruz. El emperador Maximiliano, que en vano seguía esperando resultados favorables del viaje de su consorte, en el mes de octubre decidió retirarse a Orizaba;⁸³ sin duda tenía la intención de abdicar y abandonar un país que hasta el momento sólo le había causado decepciones y preocupaciones, y que seguramente continuaría dándose las si permanecía en el trono. El mariscal Bazaine, al igual que varios enviados del emperador Napoleón, en especial su edecán el general Castelnau,⁸⁴ trataron de convencer al emperador que se marchara, pues para todo mundo era ya obvio que el Imperio era incapaz de sostenerse por sus propios medios. Sin embargo, los miembros del partido conservador, particularmente los ministros Lacunza y Lares,⁸⁵ ejercieron toda su influencia

⁸² Se embarcó rumbo a Francia en julio de 1866, e infructuosamente se entrevistó con Napoleón III en París el 11 de agosto; semanas después fue a Roma para reunirse con Pío IX, ocasión en la que ya mostró claros indicios de locura. Desde que viajó de la ciudad de México a Veracruz ya dio muestras de estar mentalmente perturbada. Fue llevada por su hermano menor, el conde de Flandes, a Miramar donde permaneció algunos meses, y más tarde su cuñada, esposa del rey Leopoldo II, se la llevó a Bélgica. Vivió hasta los 87 años sin haber recuperado la razón, muriendo en el castillo de Bouchout en las afueras de Bruselas en 1927. Cfr. José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo; el emperador Maximiliano y su corte. Memorias de su secretario*, México, UNAM, 1966, pp. 141-144.

⁸³ Aunque no se informó públicamente su intención de abdicar, el hecho de que antes de salir de la ciudad de México hacia Jalapilla en el mes de octubre de 1866, Maximiliano hubiera despedido al personal del Castillo de Chapultepec, y que sus efectos personales se hubieran embarcado en las fragatas austriacas "Elisabeth" y "Dandolo", dejaron ver que tenía la intención de partir.

⁸⁴ El 12 de octubre de 1866 llegó a Veracruz el general Castelnau con una misión confidencial de Napoleón; debería supervisar y acelerar la partida de las tropas, tratar de convencer a Maximiliano que abdicara y regresara a Europa, y establecer contacto con quien se considerara podría ocupar la presidencia de la república una vez que Maximiliano hubiera partido. Cfr. Pedro Pruneda, *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867* (facsimil de la edición española de 1867). México, FCE-FMA-UNAM-ICH, 1996, p. 401.

⁸⁵ José María Lacunza (1809-1869) fue poeta y abogado, ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de José Joaquín de Herrera de 1848 a 1851, y formó parte del gabinete de Maximiliano. Teodosio Lares (1806-1870) en 1860 fue ministro de Justicia y de Relaciones Exteriores del gobierno conservador de Miramón, y sirvió a Maximiliano como ministro de Justicia y presidente del Consejo Imperial de Ministros. Cuando los conservadores solicitaron a Maximiliano no abdicar, éste pidió que el asunto fuera decidido por el propio Consejo de Ministros; después de sesionar del 25 al 30 de noviembre en Orizaba, realizó una votación: nueve votos fueron favorables a la abdicación y nueve contrarios a ella, pero como el voto de Teodosio Lares equivalía a dos por ser presidente del consejo, se decidió que permaneciera en el país, y ello fue aceptado por el emperador. Cfr. José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 192

para convencerlo de que se quedara, haciéndole ver que no sería un gesto heroico abandonar al partido que tanto había hecho por él, y prometiéndole todo su apoyo; el clero ofreció contribuir con 11 millones de pesos para continuar la guerra, y los nobles jefes Miramón, Mejía, Méndez y Severo del Castillo, se comprometieron a levantar un ejército de 26,000 hombres. Las noticias que el emperador recibió en Orizaba sobre la conquista de Oajaca por Porfirio Díaz obviamente acabaron de desanimarlo, pero a pesar de todo decidió intentar la última y desesperada batalla. Para ello ahora podía contar con el poderoso partido clerical que hasta el momento había dado un tibio respaldo a los franceses y a los austriacos, pues sin duda sus miembros estaban conscientes de que la caída del Imperio también sería su ruina; la lucha ya no sólo se libraba por la supervivencia de la monarquía, sino también por la del partido conservador.

Desde Orizaba se expidió el 6 de diciembre el decreto por medio del cual se desintegró el cuerpo austriaco,⁸⁶ pues por una parte había sido sumamente debilitado por la guerrilla y, por la otra, la tesorería del estado no podía seguir manteniendo un ejército tan caro. Esta decisión dejó a sus integrantes en libertad de partir en los barcos franceses, o de ingresar al ejército nacional con un grado más alto. Gran parte de los oficiales y de los suboficiales, muchos de los cuales tenían los apellidos más ilustres de Austria, no quisieron abandonar a su emperador y decidieron acompañarlo a la última batalla en la que, por haber sobrepasado el valor y el espíritu de autoinmolación de los soldados todos los esfuerzos que hasta el momento habían hecho por su emperador, puede considerarse como verdaderamente heroica.

⁸⁶ Como los belgas sólo se habían alistado por un periodo de dos años, la mayoría de ellos ya se había embarcado durante el verano; unos cuantos permanecieron en el país para entrenar a los destacamentos indígenas (nota del autor).

LA SOCIEDAD MEXICANA

Aunque de acuerdo con la ley todos los mexicanos son iguales, y a pesar de que en México se pregona que la libertad y la democracia no reconocen distinciones ni de color ni de rango, la realidad es que existe un inmenso abismo que separa a los habitantes originales, los indios, de los descendientes de los españoles, los criollos; incluyendo dentro de estos últimos a la mayoría de los mestizos. Para poder tener una mejor noción sobre las particularidades de los diferentes segmentos que conforman la sociedad del país, es necesario examinarlos por separado.

El que en todo momento las diferencias están presentes en la mente de la población, lo demuestra el hecho de que normalmente se trata al indígena como si fuera algo intermedio entre el animal y el hombre que sólo sirve para ser soldado raso o trabajar la tierra. Es una especie de paria que existe por la misma razón que los animales domésticos, pues incluso se suele hablar de “gente de razón”, es decir de los criollos y los mestizos, en oposición al indígena. Sin embargo, y como lo mencionaré más tarde cuando hable sobre los indios, demostraré que en cuanto a talento natural y aptitudes, a menudo se encuentran en el mismo nivel, si no es que en uno superior, al de la llamada “gente de razón”.

El mexicano, por regla general, es bajo de estatura, especialmente en el sur del país, de complexión esbelta y delgada, tiene ojos negros sumamente vivos, y pies y manos pequeñas. Siempre hay en él algo esmerado y distinguido, incluso entre el más humilde, que se trasluce tanto en su vestimenta como en sus movimientos y en la forma de hablar. Nunca es obeso o se comporta torpemente como frecuentemente ocurre con la gente de los países nórdicos, a quienes ni siquiera les importa su apariencia. Aun el europeo más educado puede llegar a sentirse

incómodo ante el perfecto comportamiento de un mexicano de la clase baja. Desde muy pequeños los niños son educados en el arte de la cortesía; en las escuelas mexicanas se enseña esta disciplina, llamada urbanidad, que a nosotros nos podría ser muy útil. Por medio de ésta aprenden desde temprana edad las reglas sobre la forma de saludar, de cómo dirigirse, de cómo contestar, etcétera, las que se consideran tan importantes como las de la aritmética y la escritura. A ello hay que agregar que el mexicano tiene una educación y una gracia innata en sus movimientos que hace que su natural urbanidad nunca aparezca afectada o que resulte poco atractiva. Cuando extiende la mano y pronuncia el consabido “Servidor de usted caballero...”, uno tiene la impresión de estar frente a un Grande España o a un miembro de la corte de Francisco I, y no de un hacendado o minero mexicano. Hay algo especial y atractivo en la forma en que el mexicano, desde el más humilde, recibe al extranjero, y ello no es meramente un caparazón exterior como en el caso del francés, sino algo profundo que invariablemente está presente aun cuando se trate de una disputa. La grata impresión que deja en el primer encuentro no se borra aunque se establezca una amistad más estrecha, pues lo que al mexicano le falte en conocimientos, fácilmente lo reemplaza con su vívida fantasía y despierta inteligencia, lo cual le permite entender y aprender con enorme facilidad. Esas cualidades nos dejan ver que se pueden esperar grandes cosas para el futuro de la nación cuando se establezca la paz y comiencen a dar fruto los estupendos planes existentes para el fomento de la enseñanza. Hasta el momento, y como consecuencia de los continuos disturbios, éstos no han pasado de ser más que bellas esperanzas.

Cuando se tiene en cuenta que bajo el dominio español prevaleció la intención de mantener a la población en la ignorancia para evitar que “los pervertidos principios y erudición de los europeos” llegaran hasta estas tierras, no sorprende que la educación no se encuentre en el mismo nivel de los países europeos, a los que tomó varios y lentos siglos llegar hasta donde se encuentran hoy día. Pero lo que sí resulta verdaderamente sorprendente es el extraordinario progreso que se ha hecho desde la independencia, pues en las ciudades casi dos tercios de la población masculina sabe leer, y más de un tercio escribir; un hecho que no sólo coloca a Turquía y a Rusia a la sombra de México, sino también a otras naciones europeas.

En la amistad el mexicano es abnegado en sumo agrado; una vez que se ha adherido a uno, lo cual es raro, es como si dos hombres se hubieran enamorado uno del otro al igual que un hombre de una mujer. Por un amigo es capaz de

sacrificarse más que por una amante, lo que se debe a la circunstancia de que para ganarse un buen amigo se requiere de muchos años, en tanto que sólo un corto momento para conquistar una mujer. Hay muchos ejemplos de un mexicano que se ha expuesto a los peligros más grandes para salvar a un amigo de la cárcel o de la muerte, o de que incluso han sucumbido al intentarlo. El enorme valor que se otorga a la amistad es notable si se considera que el mexicano no pocas veces actúa con falsedad y deslealtad en sus relaciones con los demás, lo que bien puede ser considerado como una especie de traición. La historia de los últimos 40 años ofrece tantos ejemplos de ello que no es necesario referirse a lo que ocurre cotidianamente en la vida privada del mexicano; ese comportamiento también se encuentra muy difundido entre los indígenas. Para un pueblo que, como el de México, desde 1810 se ha destrozado en una constante guerra civil, la más desmoralizante de todas las guerras, ha sido imposible alcanzar el mismo nivel de elevación moral de otras naciones que, por haber luchado contra un enemigo exterior, o por haber disfrutado de paz interna, han podido desarrollar el patriotismo y otros nobles sentimientos entre sus ciudadanos. El origen de los defectos del carácter del mexicano en parte puede atribuirse al antecedente indígena, pues innegablemente ese es ladino y astuto, pero sin duda la principal causa ha sido el continuo enfrentamiento entre ellos mismos, pues el tomar ventaja y aprovecharse de los demás se ha convertido en una arma indispensable para poder sobrevivir.

Desgraciadamente la deslealtad, que se podía decir se ha convertido en una segunda naturaleza del mexicano, está tan difundida que hasta en los más mínimos detalles y en las cosas más irrelevantes se manifiesta constantemente; cuando se le promete algo a uno, o se ha llegado a un acuerdo, de antemano se sabe que de inmediato el mexicano ya está pensando en la mejor forma de no cumplir. Para ello son perfectos diplomáticos, pues si uno es tímido y no se atreve a exigirles cuentas por sus faltas, invariablemente tienen a la mano miles de pretextos para cortésmente justificarse. Con relación a su infidelidad, un amigo austriaco me dijo una vez lo siguiente: cuando un mexicano dice “espéreme un momento, no me tardo, ahorita regreso de hacer un encargo”, se puede estar seguro que nunca regresará, ni siquiera para saber si se les estuvo esperando. Los modismos y fórmulas que corrientemente usa son muy ilustrativos de esta actitud, pues cuando dice: “ahorita vengo” o “ya vengo”, se tarda semanas enteras en regresar, si es que alguna vez vuelve. Este comportamiento, sin embargo, sólo lo asume hacia los desconocidos o

respecto a quienes le son indiferentes, pues con el amigo nadie puede ser más formal y fiel que el mexicano.

Una de sus grandes características es que, tanto en lo malo como en lo bueno, suele ser extremista. En el amor es apasionado y celoso; en la amistad exaltado; en su odio feroz e irreconciliable; en la guerra valiente hasta la osadía o miserablemente cobarde; en su admiración exagerado hasta el éxtasis; en su desprecio injusto y ciego; en su fe beato fanático o ateo irredento. No conoce los niveles intermedios; necesita agitarse con pasiones violentas como en los juegos de azar, en el amor y en el odio, o sucumbir en una repentina tranquilidad y apatía. Esto último hace que el extranjero frecuentemente crea que el mexicano es taciturno y perezoso, casi como el dueño del barco holandés de la novela intitulada *Imágenes de Cuba*, o los criollos de las Antillas que en ésta aparecen como perezosos sin ninguna clase de interés. Para poderlos juzgar es necesario convivir con ellos algún tiempo; muchos extranjeros se llevan una impresión equivocada porque en su corta estancia en el país sólo se fijan en sus defectos y no en sus virtudes. Son como los majestuosos volcanes de su hermoso país; allí están, tranquilos y serenos con sus altas cimas cubiertas de apacibles nieves, pero en su interior se mueve un gran poder que, cuando hace erupción, explota con terrible violencia. La noción que se tiene sobre la perpetua agitación y emotividad del meridional no corresponde al mexicano, ya que en gran medida ha conservado la seriedad y la grandeza del español; normalmente en su vida cotidiana es tranquilo y reposado.

Una de las más grandes pasiones de México es el juego de azar, pues su práctica domina a casi toda la población; en comparación con lo que ocurre en el país, los balnearios europeos resultan lugares verdaderamente atrasados. El juego es una pasión nacional que forma parte de la vida cotidiana, y su arraigo es tan fuerte que se ha convertido en una de las peores características del pueblo. Está difundido en todas las clases sociales, desde los ricos hacendados y comerciantes que apuestan montones de onzas de oro, hasta el más miserable aguador que gustosamente pierde los pocos tlacos que penosamente ha ganado con su sudor. El juego más común es el del “monte”, que tiene algunas variantes como el “tecolote”, y los muy populares dados. La prohibición oficial no ha podido erradicar este vicio, ya que los propios funcionarios públicos que supuestamente deberían vigilar el cumplimiento de las leyes, son asiduos concurrentes de los garitos. No existen en el país casinos, a excepción de los que se improvisan en ocasión de las fiestas religiosas, o de las ferias tradicionales

como la de San Juan de los Lagos, de Guadalajara, de San Agustín de la Cueva en Tlalpan, y de Santa Lucía y Tlacolula en Oajaca. Sin embargo, abundan los clandestinos, que a pesar de que son conocidos por todo mundo, no son clausurados por las autoridades por las razones señaladas. En las noches gran cantidad de vecinos acuden a éstos, especialmente los más ricos que llegan a perder hasta el patrimonio de los hijos y la fortuna de la familia; muchos no sólo dejan el dinero en efectivo con el que llegaron, sino que se ven en la necesidad de disponer de sus propias vestimentas, del caballo que los transportó, e incluso hasta de las joyas y los vestidos de sus esposas. A pesar de todo, es raro presenciar escenas de desesperación y suicidio como ocurre en los casinos europeos; independientemente de que pierda o gane, el mexicano siempre conserva su sangre fría y no deja asomar al volcán que le está quemando el corazón. No obstante, en ocasiones el perdedor trata de compensar su malestar asesinando al ganador.

Donde hay un mercado y muchedumbre, siempre se encontrará al mexicano de clase baja entregado al juego. Tiende en el suelo una manta o un sarape, se sienta entre los demás jugadores y los mirones, y con unos naipes sucios comienza a disputar las monedas de cobre y plata que han aparecido de las mangas enrolladas de la camisa, de la cintura, de la boca, o hasta detrás de las orejas. Cuando el dinero se ha perdido, el de la mala suerte suele apostar su trabajo por un determinado número de días, o incluso hasta su mujer. Durante el tiempo que colaboré en la corte marcial tuve la oportunidad de ver a dos condenados a muerte pasar su última noche jugando plácidamente en la capilla; apostaban sus mantas a sabiendas de que, ni el ganador ni el perdedor, podrían ya usarlas. Mucha "gente de razón", incluyendo a los licenciados, los letrados, los coroneles y los generales, no hacen otra cosa por las noches más que jugar, pues en realidad viven para el juego. Esta pasión necesariamente influye negativamente en la vida del pueblo al distraerlo de ocupaciones más productivas, pero la realidad es que el mexicano sólo trabaja lo indispensable para vivir, amén de que la generosidad de la naturaleza y el clima caliente contribuyen a fomentar su pereza. El hombre trabajador es un fenómeno raro, pues se considera como modelo de buen ciudadano al que sólo labora entre ocho y 10 horas diarias. Como consecuencia de ello el sueldo que devengan los artesanos es muy elevado, y el costo de la vida es más alto que en Europa, aunque por otra parte las materias primas son más abundantes y baratas.

Sólo compite con la pasión por los juegos de azar la pelea de gallos, que en México no tienen nada que envidiarle a los ingleses. Hasta en el poblado más

pequeño existe un palenque de gallos, que es un cobertizo redondo bajo el cual se celebraban las peleas y se hacen las apuestas. A este mismo género de diversiones pertenece la corrida de toros; una herencia de España que se ha continuado con toda la tradición. Sólo hay grandes plazas de toros en las ciudades más importantes, pues en las poblaciones de pequeñas dimensiones basta con improvisar una plaza con tablonces de madera. En las grandes plazas como la de Puebla, los toreros visten a la andaluza, son profesionales que reciben sueldo y la entrada se paga como en los teatros; en los pueblos la asistencia comúnmente es gratuita porque las corridas son patrocinadas por el ayuntamiento o por algún rico del lugar que desea honrar a algún santo o festejar su cumpleaños. En no pocas ocasiones de entre el público salta a la arena algún aficionado que, con una manta improvisada, capotea al toro para demostrar su destreza; la mayoría de las veces acaba siendo lanzado al aire por el animal rompiéndose un brazo o una pierna. A pesar de que los toros mexicanos son magníficos ejemplares, pocas veces son bravos, razón por la que se tiene que provocar su ira con lanzas, banderillas, cohetes, etcétera. Una diversión común durante las corridas de toros es la de montarse en la espalda de una vaca o de un toro sujetándose con una cuerda amarrada a la cintura de éstos; la persona que realiza la suerte se agita frenéticamente y da tumbos a la par del galope y de las coces de la bestia, o como se dice aquí: se “desmanda” hasta que cae al suelo. También se acostumbra perseguir al toro en un caballo hasta que se le coge por la cola y se le hace girar para que el pobre vaya a dar al suelo. Ello requiere gran habilidad, y no se puede negar que el mexicano es un audaz y experimentado jinete, de la misma forma que sus caballos pueden considerarse como de los mejores que existen sobre la tierra.

Por lo demás, los mexicanos no son muy dados a los ejercicios físicos; únicamente los muy jóvenes suelen divertirse jugando a la pelota. La mayor parte de su tiempo libre, y de ello tienen de sobra, lo emplean en cultivar la música en las guitarras de 12 cuerdas que nunca faltan en una casa mexicana, y a entonar sus múltiples y finas canciones eufóricas que casi siempre tienen un contenido amoroso. A cualquier hora del día se puede escuchar la música que sale de las ventanas siempre abiertas, en especial durante la noche cuando todo mundo se siente inspirado para cantar a su tierno corazón o a su ingrato amor.

Aunque el arte dramático gusta mucho, ha sido poco cultivado; las representaciones se hacen exclusivamente en los grandes teatros de las ciudades más importantes, y no existen compañías permanentes. Los espectáculos están

a cargo de compañías españolas que se limitan a escenificar obras de origen hispano. No es nada raro que al teatro se llegue tarde, y que de inmediato se pregunte a uno de los espectadores: ¿cuántos han muerto ya?, pues la puesta en escena de dramas, tragedias, asesinatos, riñas y jaleos es lo que más aplausos logra. La población tiene predilección por la comedia y la zarzuela, especialmente cuando satirizan al gobierno y a la vida contemporánea, y hay que reconocer que pocas lenguas como la española son tan aptas para expresar, tanto lo solemne y lo chusco, como el doble sentido de las cosas. A menudo llegan a Puebla, México y Vera-Cruz, compañías de ópera italianas que hacen muy buena cosecha. En los últimos tiempos se ha intentado crear una ópera nacional con la ayuda de la gran cantante mexicana Ángela Peralta que estudió en París, misma que supuestamente debería de haber aparecido en una nueva ópera compuesta por un mexicano llamado "Ildegonde", pero hasta donde sé, el proyecto no ha llegado a ninguna parte.

Cuando pasamos de las diversiones sociales a la vida doméstica, es cuando más notamos las diferencias con Europa. En México no encontramos las estrechas limitaciones, los egoísmos mezquinos y lo patéticamente acogedor y aislado que caracteriza la vida doméstica europea. En México se vive la mitad del tiempo en la calle y la otra mitad en las terrazas y en las azoteas; los artesanos se sientan a trabajar en la entrada de su casa; la tienda no sólo sirve para comprar y vender, sino también como taberna y centro de reunión; las oficinas de los funcionarios, además de ser despachos para los asuntos públicos, funcionan como centro de conversación para los buenos amigos y los conocidos, y siempre se puede mirar de un extremo al otro de las casas porque las grandes ventanas invariablemente están abiertas, sobre todo durante el día, pero frecuentemente también por la noche.

Echemos una mirada a la casa de una familia de la mejor clase. El arreglo de los muebles es lo que primeramente llama la atención, puesto que las mesas colocadas a la mitad de la habitación es una cosa totalmente desconocida; siempre están pegadas a la pared junto a una larga hilera de incómodas sillas sin cojines. Del techo cuelga un candil y de las paredes cuadros con imágenes chicas y grandes de todos los santos habidos y por haber; por lo regular son retratos de pésima calidad con marcos de hoja de lata o de vidrio. Además de un duro sofá y de sillas como las mencionadas, también se usa una especie de asiento que es muy popular en la América española; la llamada butaca, que es una silla baja con respaldo inclinado que por lo regular está hecha de cuero de

vaca. Por aquí y por allá se ve una que otra mecedora. El suelo es de grandes losetas rojas, y sobre él se colocan una especie de tapetes de finos juncos, donde los criados, y a veces el ama de casa, se sientan con las piernas cruzadas para coser o hacer otro tipo de trabajos manuales. La inevitable guitarra invariablemente cuelga de alguna pared, en algunas casas también hay un piano. Con ello se da por terminado el mobiliario.

En el dormitorio ya se pueden encontrar mayores lujos, porque los mexicanos le dan mucha importancia a la cama, la que siempre tiene una cabecera elegantemente pintada o dorada. La ropa de la cama es siempre fina, y la dueña de la casa pone especial esmero en las almohadas. Esta sencillez también se encuentra en la cocina, donde siempre existe una cocinera mestiza de color marrón brillante muy bien alimentada. Ésta prepara platillos frugales en trastos de barro, y por todas partes hay montones de vasijas, tarros de todos los tamaños, cucharas de madera y de metal y una plancha plana y rectangular de granito de tres patas, el indispensable metate, que sirve para moler. Todo ello no deja de ser un modesto inventario de cocina, pues el mexicano es muy frugal tanto en su forma de vida, como en la comida y en la bebida; el apetito y los excesos del nórdico seguramente lo espantarían.

Por la mañana se toma una taza de chocolate con agua y un trozo de pan, o bien atole, que es una bebida mucosa y blanquecina hecha a base de maíz; eso es todo el desayuno. A las 12 llega la hora de la comida, la que consiste de una sopa de arroz o de fideo, carne cortada en trozos delgados que se acompaña de salsa picante a base de chile, jitomate, y al final siempre los frijoles, mismos que se cuecen con un poco de grasa y constituyen el principal alimento de las clases bajas. Las cucharas y los tenedores se usan poco, pues todo se come con pedazos de tortilla que hace las veces de pan. La cena se parece mucho a la comida del mediodía, o se puede sustituir por una taza de chocolate como la de la mañana. La variedad en la comida diaria es muy limitada, y por consiguiente el ama de casa puede delegar esa fácil tarea a la cocinera y ocuparse de la preparación de los postres de fruta que tienen mucha demanda. La gran variedad de frutas existentes en el país se cuecen en almíbar, y una parte se consume con la comida del día, y la otra se guarda para ofrecer a las visitas. La señora de la casa descuella por sus múltiples y variadas facetas, pues sin lugar a dudas sus postres son un *non plus ultra*. Además de esas ocupaciones, la dueña de la casa no tiene muchas cosas que hacer, salvo bordar, fumar sus cigarrillos y hacer y recibir visitas. Por la noche pasea por la alameda o en otro lugar públi-

co; en el día va a misa, que es uno de los principales entretenimientos de las damas mexicanas.

El marido pasa la mañana atendiendo sus negocios o, a falta de éstos, lo que es muy frecuente, visitando a un amigo con quien fuma un cigarrillo tras otro y conversa sobre política; tema que en razón de las eternas luchas entre los partidos siempre es un tópico de actualidad. Regresa a su casa a almorzar, y después toma la consabida siesta; por la tarde se baña, sale a dar una vuelta a caballo y con la frescura de la noche de un paseo por la alameda o el jardín para encontrar gente conocida, saludar a un buen amigo, observar a las bellas damas que circulan de arriba a abajo y lanzar a alguna de ellas un fugaz piropo. Antes de poder decir un ¡Jesús!, ya se ha hecho tarde y hay que regresar a casa. Por lo general está de vuelta entre las 10 y las 11 de la noche, si no es que, como ocurre a menudo, se encamina a uno de los conocidos garitos para desafiar a la suerte en el popular juego del “monte”.

De acuerdo con nuestras costumbres, la vida social en México está poco evolucionada; aunque la gente se reúne con frecuencia en las llamadas tertulias, este entretenimiento, a mi entender, es incomprendible: ¿cómo se puede uno divertir en ellas? Se llega a una casa, se ingresa a la sala con aire formal y se saluda con múltiples y floridos cumplidos a cada uno de los presentes, lo que las damas incluso hacen con afectuosos abrazos. Luego se sienta uno en una larga hilera de sillas dando la espalda a la pared y, cuando se tiene humor, se conversa con toda solemnidad con alguna señora sobre cosas sin importancia. Después de que con un gran aire de dignidad se ha fumado un cigarrillo, los que siempre deben ofrecerse a los demás cuando se sacan del bolsillo, o de que con toda seriedad se ha tomado un pedazo de dulce o un vaso de agua, uno se despide de la manera más cortés y se retira; ello salvo si alguno de los jóvenes miembros de la sociedad presentes ha aceptado, tras de repetidas solicitudes de las damas, cantar una canción acompañado de la guitarra. En estas solemnes ocasiones es de suma importancia para el mexicano mostrarse especialmente educado, tan es así que si no supiera uno que se encuentra entre criollos y mestizos, pensaría hallarse en la corte de Luis XIV o de Felipe II. Posiblemente es muy agradable ser tan terriblemente educado, pero divertido no es en absoluto.

Cuando se va a un bailecito hay algo más de animación, y éstos, que se organizan asiduamente en una u otra casa, se llegan a convertir en eventos verdaderamente públicos, puesto que los parientes, amigos y conocidos invitados, sin la menor preocupación se hacen acompañar de otras gentes que no fueron

convidadas; todos entran, salen y regresan cuando se les pega la gana y con nuevos concurrentes. Cualquier persona honrada es bienvenida por el mexicano, y cuando se comporta como es debido, puede participar en el baile sin más ni más.

La música por regla general proviene de las guitarras, las que a veces se hacen acompañar de una solitaria flauta, y los bailes son al estilo europeo o típicos.⁸⁷ Estos últimos poco a poco están siendo desplazados por los primeros, por lo que salvo entre las clases populares que siguen muy apegadas a ellos, se están convirtiendo en una mera curiosidad. En los bailes sólo se ofrece jerez, coñac, aguardiente, dulces y agua, y dado que no son bien conocidos los banquetes al estilo europeo, más bien no se come. Ello, no obstante, nunca impidió que tanto los caballeros como las damas disfrutaran enormemente cuando se les invitó a un banquete servido a la manera europea, pues tuvimos múltiples ocasiones de comprobarlo. El mexicano está plenamente convencido que la comida sólo sabe bien si se realiza en compañía, porque no es capaz de disfrutarla solo; ésta siempre comienza con el clásico: ¿usted gusta? Pero si uno llegara a aceptar la invitación, quien formuló la pregunta se quedaría asombrado, puesto que únicamente se trata de una de las tantas alocuciones de cortesía que se usan y que, aunque hacen a la lengua muy rica y florida, no tienen el más mínimo significado.

Si por ejemplo, se pregunta de quién es una determinada casa, un caballo o un perro, la respuesta que invariablemente se recibe es la de: “y de usted también”. Si uno se queda admirando algún objeto y dice: “es una bonita sortija o sombrero el que lleva usted”, la respuesta segura es: “está muy a la orden de usted”. Si se pregunta el nombre de la persona, ésta cortésmente lo proporciona añadiendo la frase: “...criado de usted, o un servidor de usted”, o bien más humildemente: “servidor de Dios”. En sus cartas los mexicanos firman de la siguiente manera: “Su obediente servidor que le estrecha la mano”, y una dama incluso escribe: “...que besa sus pies”. Cuando se visita a alguien, el dueño de la casa saluda de la siguiente manera: “...ya sabe Usted que soy su servidor y que mi casa está a sus órdenes”. Al despedirse se le desea a uno que “vaya con Dios”, o “...que Dios le conceda mil años”. Todo ello se dice con tanta seriedad que uno bien pudiera creer que se dice en serio pero, como ya se señaló, no son más que meras cortesías.

⁸⁷Respecto a este tipo de baile véase mayor información en el capítulo sobre la literatura mexicana y la poesía popular (nota del autor).

Hay, como también se indicó anteriormente, algo atrayente en la formalidad que se encuentra por todas partes, y aunque se sabe que no son más que fórmulas de urbanidad, dejan ver que existe una gran consideración hacia el extranjero, lo que ni siquiera se da entre los más comedidos beduinos. Es explicable que un país tan escasamente poblado y con tan pocas ventas, mesones y hoteles, sea tan hospitalario; a lo largo de las inmensas carreteras sólo existen modestos hospedajes para los arrieros y sus manadas de mulas, e incluso grandes ciudades como Oajaca carecen de hoteles decentes; el alojamiento, en consecuencia, lo facilitan los particulares. En cualquier pueblo, rancho o hacienda se puede pedir posada y se es bien recibido con el típico: "Apéese usted señor", y aunque sólo se consiga una desnuda habitación con un triste catre, o un frío pasillo, siempre habrá dónde pasar la noche. Para el caballo siempre hay comida y agua, y para el viajero alimentos e información sobre el camino sin pago alguno, pues la única retribución que se hace es diciendo comedidamente: "Muchas gracias", lo que invariablemente es contestado con el consabido: "No tiene nada que agradecer." En los pueblos y en las aldeas se puede recurrir a los sacerdotes para dormir en la sacristía como si fuera la propia casa de uno. Esto último tiene la ventaja adicional de poder obtener del cura información sobre los acontecimientos, nacionales o extranjeros, lo que incluso a veces ocasiona que se permanezca en compañía del sacerdote un par de días.

En mis múltiples viajes por el país en todas partes encontré una auténtica y sincera hospitalidad, lo que en mucho compensó otros aspectos no tan positivos del carácter del mexicano. Para el viajero la hospitalidad es una gran virtud del pueblo que visita; siempre fui bien recibido sin importar que fuera forastero o nativo, de un partido político o de otro. Esto último tiene, sin embargo, enorme importancia para el mexicano, ya que las constantes luchas políticas han condicionado la conciencia del pueblo; no sólo de los hombres, sino también de las mujeres y de los niños, pues todos son apasionados partidarios de uno u otro partido. La estricta cortesía que prevalece impide que se externen abiertamente los odios mutuos; en la vida social todos se tratan con gran respeto, aunque los resentimientos internos sean enormes. El viejo conflicto entre los mochos y los puros no sólo se ha manifestado en la lucha entre los partidos, y más recientemente en el choque entre la República y el Imperio, sino también en la vida familiar; no han sido pocas las familias que se han dividido por sus opiniones políticas. Ello no sólo ha tenido consecuencias nefastas para el desarrollo del país, sino también para el progreso de las ciencias y de las artes; en el caso de

estas últimas podemos observar que su ejercicio se ha limitado a la pintura de horribles cuadros de santos, lo que contrasta notablemente con las magníficas obras de los pintores del siglo pasado.⁸⁸ Las ciencias son cultivadas en una especie de universidades que existen en todas las capitales de los estados y que tienen el nombre de institutos de ciencias y artes. En éstos se educa a los jóvenes para que sean abogados y médicos, pero no se puede decir que una y otra rama hayan alcanzado un alto nivel de desarrollo; los abogados están bien informados sobre la legislación de su estado, pero carecen de cualquier otro tipo de conocimientos, y los médicos no aprenden más de medicina y cirugía que nuestros curanderos. Esa deficiencia se debe en parte a la escasez de profesores capaces, pero también a que los estudiantes dedican poco tiempo al estudio. Existe en el país un gran número de jóvenes de apenas 20 años que ya se pavonean de ser letrados y doctores.

Aun entre los hombres más educados era raro encontrar quien tuviera más conocimientos de historia y geografía que nuestros artesanos; las matemáticas también son tierra incógnita, y sólo las lenguas extranjeras están más difundidas, pues muchos hablan inglés y francés. La excepción son los que se han educado en el extranjero, en particular en alguno de los estados de la Unión Americana o en Inglaterra; los conocimientos de éstos pueden equipararse con los de los hombres de ciencia europeos, puesto que si de algo no carece el mexicano es de aptitudes. Pocas naciones pueden considerarse tan bien dotadas como la mexicana, pero la gran falla estriba en las condiciones que han privado y que hemos examinado, de manera que si pudiera haber un cambio, México podría colocarse en pie de igualdad con los mejores estados de Europa.

Por la importancia que tiene para las democracias parlamentarias, en nuestros países debería de seguirse el ejemplo de México en cuanto a la educación que se da a los jóvenes para que aprendan a expresarse con habilidad y gusto en su lengua materna, tanto en forma oral como escrita. Es un verdadero placer escuchar a los estudiantes cuando presentan sus exámenes anuales pronunciando un discurso sobre algún tema, además de que también lo hacen en forma escrita expresándose correcta y elegantemente en la lengua española; Quevedo o Lope de Vega no tendrían de que sentirse avergonzados.

⁸⁸ Entre éstas pueden mencionarse las estupendas pinturas que todavía existen en muchas iglesias, entre ellas las que vi en Tamazulapan representando a María bendiciendo a un grupo de indígenas y a Jesús predicándoles; en cuanto a dibujo y colorido son auténticas obras de arte (nota del autor).

El talento natural que se encuentra entre los mexicanos de las clases altas, también existe en las bajas, y aunque sus conocimientos son mucho más limitados, llama poderosamente la atención lo mucho que han aprendido desde la independencia; antes de ella no existía nada que pudiera considerarse como educación popular. En todas las ciudades hay escuelas para niños de ambos sexos, donde aprenden a leer y a escribir, a sumar, urbanidad y la doctrina cristiana. Incluso entre las tribus indígenas semisalvajes se han creado escuelas donde lo primero que se les enseña es el español para que más adelante puedan aprender otras cosas. Debe reconocerse el meritorio esfuerzo que han hecho los gobiernos liberales para promover la educación del pueblo, ello como un primer paso para formar buenos ciudadanos. Después de que Porfirio Díaz conquistó Oajaca, dispuso que se creara un instituto para niñas donde las de las mejores clases podían adquirir una educación semejante a la que se imparte en nuestras instituciones. De inmediato se matricularon más de 150 niñas de todas las edades, pues la población, que es muy despabilada, está deseosa de aprender, y ello promete mucho para el futuro.

Para los trabajos manuales el mexicano también tiene grandes habilidades, existiendo muchos buenos artesanos, particularmente en los ramos de la zapatería, el cuero, la plata, el oro, etcétera. Los herreros también hacen excelentes trabajos, como las hojas de los sables y de los machetes que se producen en Puebla. Sin embargo y dado que les atrae más el comercio que el trabajo artesanal, bien podría considerarse que su espíritu mercantil está a la altura del de los judíos. El comercio es considerado como una actividad respetable, y sólo superan en prestigio e influencia a los comerciantes los hacendados y los mineros. Aun los funcionarios de mayor rango, los militares, los sacerdotes, etcétera, invierten su dinero en una tienda o una boutique, las que son administradas por sus esposas, hijas y empleados. Llama la atención el gran número de tiendas que hay por todas partes, las que venden desde velas, frutas, pan, chocolate, etcétera, hasta cigarrillos y licores. En algunas no se encuentra más de tres o cuatro botellas de aguardiente –algunas hasta vacías– y unos cuantos chiles, pero de cualquier forma el dueño se siente orgulloso de ostentarse como tendero. Como en Austria, las boutiques tienen nombres, y a menudo se hecha mano de los más extraños y bombásticos para bautizarlas, resultando imposible adivinar las razones que se tuvieron para denominarlas, por ejemplo, con nombres como: La Aurora Boreal, La J Aragonesa, etcétera.

Por ser las distancias enormes y los caminos inseguros, las mercancías tienen altos precios; el principal medio para su transporte es el burro o la mula, ya que las condiciones de los caminos son malas para los carros y las carretas. El transporte de un cargamento normalmente es de 16 arrobas o cuatro quintales, y de México a Vera-Cruz cuesta entre 30 y 32 pesos, lo que equivale a ocho pesos por quintal cada 50 leguas. La transportación se efectúa en grandes manadas de mulas, los llamados atajos de mulas, que son conducidos por varios arrieros que tienen una asombrosa habilidad, tanto para dirigir la manada, como para amarrar el cargamento sobre las espaldas de los animales. Se coloca la mercancía en ambos lados de la silla de la mula y se sujetan con una cuerda que le da la vuelta al vientre, y el animal se deja suelto porque está entrenado para obedecer los gritos del arriero. Si la carga se desequilibra, la mula de inmediato se detiene para indicar al arriero que debe reacomodar el peso; una vez hecho esto, con gran obediencia reinicia la marcha. Los propios animales transportan su alimento de maíz, pero como en la noche pernoctan en la intemperie, suelen encontrar comida más apetitosa en los pastos. Toda la caravana es seguida por un caballo que lleva una campanilla atada al cuello, y de esta manera se avanza dos o tres leguas diarias; es una vista pintoresca encontrarse en el camino a estas caravanas; una mula camina tras la otra en fila, aquélla bufa y gime, otra más coloca con cuidado su pequeño casco para no resbalar o tropezar, y los arrieros gritan incesantemente o entonan al unísono monótonas canciones. Los burros se usan para los trayectos cortos, porque son menos resistentes y más tercos que las bonitas y graciosas mulitas.

Este productivo comercio se realiza por todo el país, y básicamente es de productos nacionales; hay otras actividades que reportan ganancias más altas y rápidas, como la minería. En algunas zonas es la principal fuente de riqueza, aunque la extracción sigue siendo limitada en comparación con las grandes reservas existentes; principalmente se extrae plata. Se ha comprobado la existencia de grandes yacimientos de hulla, hierro, plomo y cobre, pero se prefiere seguir explotando la plata puesto que, con el mismo esfuerzo que se requiere para una y otra cosa, se obtienen mayores ganancias con el metal precioso. La riqueza aurífera del país⁸⁹

⁸⁹Se considera que una de las principales razones de Napoleón para emprender la aventura imperial en México estuvo relacionada con la legendaria riqueza aurífera del país. Durante su gobierno, Francia experimentó un acelerado desarrollo económico y enfrentó una grave escasez de plata que entorpeció las operaciones económicas y redujo las reservas. Una de las condiciones que Napoleón impuso a Maximiliano fue la de que concesionara a Francia las minas de plata de Sonora por 15 años; fue lo único que éste no aceptó. "Hacer explotar los inmensos recursos de México por franceses en beneficio de una mayor opulencia del tesoro para favorecer a financieros, comerciantes e industriales y, en segundo lugar, para frenar la expansión de Estados Unidos, fueron los objetivos perseguidos por Napoleón." Jean Meyer *et al.*, *Historie de la France Coloniale*, París, Armand Colin, 1991, tomo 1, p. 681.

es famosa desde los primeros tiempos de los españoles, y todavía sigue rindiendo abundantes utilidades, como lo constata la gran acuñación de monedas que se hace en el país. En 1864 la Casa de Moneda de México acuñó, del metal obtenido principalmente en las minas de Real del Monte y de Pachuca, un total de 5'136,964 pesos; la de Guanajuato por 4'660,000, y la de Zacatecas por 4 millones. Esas tres casas de moneda son las más importantes, pero hay otras en San Luis Potosí, Guadalajara, Oajaca, etcétera: la producción total se sitúa en alrededor de 75 millones de pesos.

Qué rico y poderoso puede ser este país que cuenta con abundancia de productos vegetales y animales, y que posee semejantes tesoros; fácilmente podría aumentarse la producción actual en cinco o seis veces. Por ello no es de extrañar que los yanquis miren al país con ojos rapaces y deseen incorporar esta bella tierra a su Unión. Los mexicanos lo saben bien, y aunque aparentemente les están muy agradecidos por la ayuda que les han prestado contra los franceses, no hay ninguno de ellos que no considere al yanqui como un mortal enemigo. La guerra de Tejas y la de 1846-1847 con la que se perdieron California y Nuevo México, no ha sido olvidada, por lo que no creo que haya peligro alguno de que México, voluntariamente, se coloque bajo la protección de la bandera de las barras y las estrellas. El mexicano está muy orgulloso de su país, de su belleza, de su riqueza, de su independencia y de sus instituciones libres, pero a pesar de ello está dudoso que pueda llegar a resistir las pretensiones de su rapaz vecino.

Ese orgullo nacional no sólo se encuentra entre los hombres, pues las mujeres aman tanto a su tierra paterna, que es difícil convencerlas de vivir fuera del país. Muchas mexicanas casadas con europeos prefieren dejar al marido antes que abandonar su patria. Eso quiere decir mucho, porque la mujer mexicana es extremadamente abnegada y se entrega totalmente a quien ama; ello a pesar de que en ninguna otra parte hay maridos más infieles y desagradecidos como en este país. No es exagerado afirmar que casi la mitad de los maridos visitan secretamente a sus amantes, o que inclusive viven con ellas, pues no es anormal que parejas no casadas vivan juntas. La explicación puede encontrarse en que, por una parte, la población del sexo bello es más numerosa y, por la otra, que los gastos de una boda son exorbitantes. Se ha tratado de resolver este problema mediante la introducción del matrimonio civil, pero la inmensa mayoría del pueblo aún no está preparada para acogerse a este beneficio. En tanto que la fidelidad no es favorecida ni por casados ni por solteros, la galantería y cortesía de éstos hacia el sexo bello no tiene igual. Una mujer no puede tener

enamorado más atento que el mexicano, quien para conseguir sus metas amorosas no escatima intriga o artimaña alguna; las damas, por su parte, son celosamente protegidas por la madre, los hermanos, los primos y las tías. Por las noches el galán expresa románticamente sus tiernos sentimientos con múltiples y melosas canciones que, acompañadas de la inseparable guitarra, canta bajo la ventana de la bella hasta que ésta se conmueve y se asoma tras la reja para iniciar una conversación íntima en las sombras de la noche. Una cita de naturaleza más cariñosa se suele concertar en las azoteas, y aunque no se crea, las iglesias también son un lugar frecuente para ello.

Existe una clase especial de mujer que se dedica a servir como intermediaria en los lances amorosos; por lo general es de avanzada edad y se le conoce con el nombre de “dulcera” dado que vende dulces, confites, tortas, etcétera. Su verdadero negocio, sin embargo, es el de servir como *postillon d’amour*⁹⁰ trayendo y llevando secretamente recados entre aquellos enamorados a quienes la rígida etiqueta y los escrúpulos sociales, les impiden mostrar abiertamente sus sentimientos. Gran parte de la vida de las mexicanas es ocupada por este tipo de relaciones sentimentales, pues en realidad no tienen mayores cosas en que distraerse; a pesar de todo no se llegan a suscitar grandes escándalos o escenas violentas de celos como en Europa. Los hombres suelen ser bastantes tolerantes, aunque no dejan de registrarse serios problemas cuando dos damas apasionadas luchan por un mismo Don Juan, o cuando un caballero decide acuchillar a otro por culpa de una coqueta damisela. Casi la mitad de los asesinatos ocurridos a lo largo del año son provocados por los celos o la infidelidad, no siendo raro que alguien se deshaga del rival acusándolo de pertenecer al partido enemigo, para que lo metan a la cárcel o lo deporten a Yucatán. La moral es más predicada que practicada, como lo demuestra el hecho de que hay sacerdotes que viven en concubinato, y que el número de hijos ilegítimos iguala al de los legítimos. A esto último no se le da gran importancia, puesto que nunca se pregunta al ciudadano cómo ha venido al mundo; es suficiente con saber que está en él. Otro grave problema que pesa sobre la moral pública es el de las relaciones inadmisibles que a veces se dan entre miembros de una misma familia, como entre padre e hija o hermano y hermana, lo que aunque es sabido, nunca es mencionado. A pesar de todo y como pueblo latino,⁹¹ el mexicano en

⁹⁰Correo de amor.

⁹¹En varias de estas observaciones se puede apreciar claramente la tradicional rivalidad entre los europeos del norte y del sur; es decir, entre las dos grandes y contrapuestas versiones morales de la cristiandad europea: la protestante y la católica.

realidad tiene una moral más elevada que otros de Europa; en particular que los italianos.

El poder omnipotente de la moda también se hace sentir en México, pues inevitablemente los vestidos franceses se han impuesto entre los ricos de las ciudades; el vestido nacional sigue siendo usado por las clases bajas, y seguramente lo continuará siendo, puesto que el clima no facilita vivir cómodamente ataviado a la francesa. El vestido nacional es el de charro, que consiste en un gran sombrero redondo de fieltro rígido que tiene una pequeña copa en el medio y que se adorna con plata y oro. Alrededor de la copa se lleva una cinta de brocado de oro llamada toquilla. La chaqueta es corta, se fabrica de terciopelo o de paño grueso, y al frente lleva una hilera de botones de plata o metal; las botas son cortas y pueden ser negras, cafés o amarillas. Se utiliza una faja roja en la cintura, una camisa de algodón fino de color blanco y una manta grande de lana multicolor llamada sarape. Para el caballo se usan enormes espuelas con adornos de plata, y el pantalón es de cuero adornado a los lados con una hilera de pequeñas mechas que salen del propio cuero; éste cumple la importante función de proteger las piernas contra la lluvia y el frío. Por ser el atuendo caro, se ha modificado para hacerlo accesible a las clases bajas; los más modestos ya no llevan adornos de oro ni de plata sino de metal, la camisa es inexistente, y el trabajo del cuero de los pantalones y de las botas es de menor calidad. Las mujeres pobres llevan una falda colorada y almidonada, una ligera blusa corta, y el imprescindible rebozo que se coloca sobre los hombros y se cruza al frente cubriendo el cuello o la cabeza. El largo cabello se separa en dos grandes trenzas que cuelgan sobre las espaldas. Las mujeres ricas se visten a la europea con trajes largos de tela ligera, pero no usan sombrero sino una tela llamada tápalo, que es una gran pañoleta de color negro que se sujeta en la parte posterior de la cabeza con una gran peineta y que se deja caer sobre el cuello y el pecho. Para protegerse del sol se usa una sombrilla, o el rebozo se coloca sobre la cabeza.

Los mexicanos siempre están bien atildados y se esmeran en ir bien vestidos, y aquí, como en todo el mundo, la ropa hace a la gente y nos dice quién es quién. Como todos son ciudadanos de una República, supuestamente no hay diferencias de clase social, pero la vestimenta deja ver claramente que hay tres diferentes tipos de gente. Los que visten de levita, de casimir y que llevan camisa y abrigo si hace frío, los que van sin camisa y con pantalones de tela, y aquellos que sólo portan unos grandes calzones y encima de los hombros se

colocan una tela ligera que cuelga hasta éstos; es decir, la gente sin camisa. El sexo bello se divide entre las señoras de tápalo, las de rebozo y las que en lugar de falda llevan una prenda de lana de color oscuro enrollada alrededor de la cadera, el titistle de las indígenas. No deja de ser interesante observar que aún en un país como México que nunca ha tenido una verdadera aristocracia y en el que desde 1810 ha prevalecido la igualdad entre sus habitantes, existe una marcada división de clases sociales, lo que se deriva de las desiguales condiciones de vida de unos y otros. Es una división que siempre estará presente en tanto exista el hombre, y que confirma el error de algunos utópicos que hablan de la posibilidad de una igualdad total; ello como si no fuéramos individuos, sino miembros de una colonia de animales idénticos.

LOS INDÍGENAS MEXICANOS

Como se sabe, los indígenas son los pobladores originales de México, y hoy día conforman más de la mitad de la población. Los dos tercios de la otra mitad son mestizos, por lo que escasamente una sexta parte descende de los conquistadores españoles. Los indígenas, salvo en la región septentrional del país y en Yucatán, son pacíficos campesinos que desde los tiempos de Cortés tenían un alto grado de cultura, de la que quedan como testimonio las narraciones de los días de la Conquista y gran cantidad de monumentos. Las tribus nómadas del norte están formadas principalmente por apaches, comanches, opatas y yaquis que continúan llevando una vida nómada y vagabunda al igual que nuestros amigos de América del Norte. Frecuentemente perturban la vida de los habitantes de Sonora, Chihuahua, Durango y hasta de Zacatecas, y no pocas veces cometen atrocidades en los poblados que atacan. Esos indígenas, a los que se les suele llamar "indios bravos", son poco numerosos, por lo que no es difícil expulsarlos de los poblados que invaden y apresarlos. Algunas tribus, como la de los opatas y los yaquis, se unieron a los republicanos poniendo a su servicio su feroz valentía y los rápidos y salvajes movimientos para el ataque que los caracterizan. Sus parientes de Yucatán no se han quedado atrás en cuanto a desmanes y barbarie, y como viven en montañas inaccesibles cerca de las costas plagadas de mosquitos, se dificulta enormemente perseguirlos después de que cometen sus tropelías.

En contraste con esos bárbaros que todavía son paganos, el resto de la población nativa es cristiana y más o menos participa en la misma forma que los mestizos y los criollos en la administración y el gobierno del país. Con-

trariamente a lo que podría pensarse, no constituyen una masa homogénea, sino que están divididos en numerosas comunidades que hablan diferentes lenguas, visten de manera diversa y tienen características físicas distintas, lo que los hace fácilmente distinguibles unos de otros. El grupo más conocido por los europeos es el de los famosos aztecas, el pueblo de Moctezuma que fue el más poderoso y cultivado, y que dominaba a las demás naciones nativas cuando Cortés pisó tierra mexicana. Los aztecas siempre prefirieron la meseta llamada Anáhuac, donde construyeron impresionantes ciudades y en la que existen ruinas de sus magníficos palacios y templos. Desde ahí dominaban una gran extensión del país, lo que todavía puede comprobarse por los nombres aztecas de muchos poblados habitados por otro tipo de grupos; incluso algunos sitios fueron fundados para servir como puestos de avanzada del poder azteca, como es el caso de Tlapacoyan y Teotitlán del Camino. La cultura azteca estaba muy desarrollada en cuanto a agricultura, arquitectura y artesanía, y su organización social y política era tan avanzada como el arte. La lengua azteca,⁹² que es suave, expresiva y rica en conjugaciones, todavía es hablada en la meseta, donde sólo un reducido número de descendientes de los aztecas habla español. El azteca normalmente tiene una cabeza bien formada, nariz algo encorvada, grandes ojos negros, piel marrón claro y cabello muy negro, el que lleva cortado al nivel de la nuca y deja caer en dos grandes mechones sobre las mejillas. Su vestido consiste en un sombrero de paja gruesa, una especie de bata negra de lana con mangas cortas, y pantalones blancos que se remangan al nivel de los muslos dejando al descubierto las piernas. Usa los llamados huaraches, los que cuando tiene un talón de cuero se llaman cacles.

Hacia el este, en las montañas cercanas a Zacapoaxtla y Huauchinango, viven otros grupos poco avanzados, siendo uno de los más conocidos el de los cuatecomacos y el de los poco belicosos y tranquilos totonacas que habitan cerca de Papantla sobre el litoral. Estos últimos, que se unieron a Cortés para sacudirse el yugo azteca, son famosos por la belleza de sus mujeres, las que junto con las zapotecas constituyen una excepción entre las indígenas en cuanto a atractivo físico. Al oeste, en el estado de Michoacán, habitan los otomíes que en tiempos precolombinos lucharon por mantener su independencia de los poderosos emperadores de México. Hacia el sur en el estado de Oajaca existe un total de 19 distintas comunidades; las más importantes de ellas son las de los

⁹²Náhuatl.

mixtecos de la parte occidental, y la de los zapotecos de la parte central y oriental. Las restantes conviven con esas dos, o están distribuidas en sitios apartados como los mazatecos en la sierra de Huautla y los mijes en la sierra de Villa Alta en la parte central del estado. Todas estas 19 comunidades hablan diferentes lenguas y en las inaccesibles montañas cada una de ellas se descompone en un sinnúmero de dialectos, lo que dificulta que se puedan entender unas con otras. El más destacado de los pueblos de Oajaca es el zapoteco, del que una rama desde tiempos antiguos emigró a Tehuantepec y se caracteriza por su atractivo físico; sus mujeres pueden considerarse como las más bellas del mundo. Los hombres están bien formados, tienen una frente alta y estrecha, nariz aguileña, ojos negros sumamente vivos y hermoso cabello negro. Las mujeres son de boca pequeña, de grandes ojos negros y poseen una figura exuberante que saben resaltar con su pintoresco traje ligero y fresco, consistente en una pequeña blusa de algodón colorado que deja el talle, el cuello y los brazos al descubierto; llevan una prenda oscura de lana en la cadera que cuelga hasta el tobillo, y sobre los hombros se colocan una fina tela casi transparente que se llama huipil. Al cuello portan collares de perlas y otro tipo de adornos y en las orejas grandes pendientes de oro. Las zapotecas del valle de Oajaca son más pequeñas que sus hermanas de Tehuantepec, y destacan por sus vistosos y limpios vestidos; una camisa blanca como la nieve, un titisle rojo y un rebozo azul que se lleva colgado de los hombros como las togas romanas.

Aunque la población indígena es sumamente diversa en cuanto a lengua y vestido, y a pesar de que también su forma de vida es diferente dado que está determinada por el medio que la rodea, es muy uniforme en cuanto a carácter, defectos y virtudes. Sus puntos de vista y sus formas de pensar y de proceder son comunes en atención a que durante los 300 años del dominio español se sometió a toda la raza nativa a la misma presión espiritual y física. Esa presión forjó en el indio un carácter sumiso y desconfiado que no ha podido ser erradicado durante el corto tiempo en que el país ha disfrutado de libertad y seguramente tendrán que transcurrir muchos años para que pueda ser extirpado. El indio está dotado de un alto grado de astucia natural, por lo que uno no debe fiarse de su apariencia un poco tonta, ya que no lo es en absoluto. Lo que sucede es que se ha acostumbrado a disimular y usa una máscara que corresponde a la condición que se le ha impuesto; con ella pretende engañar hasta al observador más penetrante. Explicablemente cualquier forastero le parece sospechoso, y cuando no puede evitar hablar con él, siempre le responde con

mentiras, buscando con ello averiguar lo que el extraño pretende y deshacerse de él lo más rápidamente posible. Si se le pregunta si el camino conduce al norte, responderá afirmativamente a sabiendas de que ello no es cierto, pues por tener un miedo ancestral al desconocido, prefiere que no encuentre el camino correcto y se pierda. Si se quiere saber la distancia que falta recorrer para llegar al pueblo más cercano, casi siempre dirá que está a “menos de media legua”, aunque en realidad esté a más de tres. Si se le interroga sobre el estado del camino, indicará que está en buenas condiciones, aunque sepa que es intran-sitable, ya que teme que a uno se le ocurra querer pasar la noche en su casa si deja ver que no se puede continuar la marcha.

Lo que especialmente le provoca terror es la presencia de destacamentos militares, pues teme ser obligado a convertirse en soldado, lo que no es una preocupación injustificada dada la tradición de reclutar gente mediante la leva. Al ver que se aproxima un contingente militar, de inmediato el indio se esconde en las montañas y sólo permanecen en los pueblos las mujeres, los viejos y los niños. Cuando llegamos a pasar largas temporadas en los pueblos, nunca vimos hombres jóvenes, pues ante nuestra llegada se marchaban despavoridos a los bosques, a donde las mujeres secretamente les llevaban de comer; sólo reaparecían cuando habíamos partido. Todas las seguridades que les dábamos para convencerlos que no planeábamos reforzar nuestras filas con gente que, por ser tan pacífica, no nos serviría de nada en el combate, eran inútiles para hacer que regresaran a sus casas. A pesar de esa desconfianza, en realidad no es difícil ganarse su amistad una vez que se logra que superen su natural suspicacia hacia el desconocido y entonces se convierten en el servidor más honrado y dedicado que puede haber. En eso el indio se distingue del mestizo, ya que en éste jamás se puede confiar; el indígena es capaz de exponerse a los peligros más grandes para salvar a su patrón, en tanto que el mestizo ni siquiera lo intentaría.

Su inteligencia natural de ninguna manera es inferior y lo único que le hace falta es el aprendizaje necesario para que pueda colocarse al mismo nivel cultural del europeo; los múltiples casos de indios puros que se han convertido en los hombres más ilustres de México es testimonio de ello. El indio tiene mayor energía y firmeza de carácter que el criollo o el mestizo, y no hay duda de que una vez que la difusión de la educación permita su elevación, él será quien conducirá a México a un futuro mejor. Este razonamiento no es una mera fantasía, sino una certeza, lo demuestra el hecho de que Juárez, Porfirio Díaz, Almonte, Mejía, Álvarez y muchos otros, eran indígenas que de simples pastorcillos y

mozos, han pasado a ocupar los puestos más altos del país, lo que no sólo lograron con su valentía y arrojo, sino también merced a los conocimientos que adquirieron y a su espíritu superior. Juárez era un pobre campesino de la sierra de Ixtlán que llegó a la ciudad en calidad de mozo; fue incorporado a la escuela por un bondadoso vecino y estudió derecho en el Instituto de Ciencias de Oajaca; se convirtió en abogado, fue gobernador de Oajaca, y más tarde fue elegido Presidente de la República. En esa calidad promulgó las Leyes de Reforma de 1857 que quebrantaron el poder del clero y primero tuvo que defenderlas con firmeza frente a Zuluoaga, Miramón y otros, y luego luchar contra la Intervención francesa y el Imperio.

El muy instruido y magnánimo general republicano Porfirio Díaz, respetado por amigos y enemigos, y admirado por su coraje y nobleza de carácter, al igual que Juárez es un indio zapoteca, y pocos generales de la historia contemporánea pueden comparársele. Su capacidad y arrojo le han permitido vencer los obstáculos y mantenerse en pie frente a las adversidades. Otro de ellos es el general y diplomático Almonte,⁹³ quien ejerció gran influencia para que Maximiliano viniera a México; su padre fue el famoso héroe de la Independencia; Morelos. Igualmente es de origen indígena el general Mejía, admirado por la fidelidad que profesó al emperador, y que lo llevó a acompañarlo hasta el paredón en Querétaro. Estos ejemplos demuestran fehacientemente la capacidad que tiene el indígena para absorber la cultura moderna y la fuerza de carácter de que dispone para hacerla fructificar. Desgraciadamente hasta el momento son pocos los que han logrado superar su tradicional posición subordinada y abrirse camino en los rangos del clero y de los licenciados; la gran masa continúa siendo gente rural, ignorante y marginada, y costará mucho trabajo mejorar su situación en tanto prevalezcan las condiciones adversas en que continúan viviendo y persistan sus vicios ancestrales.

⁹³Juan Nepomuceno Almonte (1803-1869) fue hijo natural de José María Morelos y Pavón, y durante la guerra de Independencia ascendió al rango de general brigadier. Estudió en Nueva Orleans, en 1834 estuvo adscrito a la legación de México en Londres, participó en la guerra de Texas, de 1839 a 1841 fue secretario de Guerra y Marina y en 1842 fue diplomático en Washington, cargo que abandonó cuando se decidió anexar Texas a la Unión Americana. Volvió a ocupar dicha secretaría en 1846. En 1850 se afilió al partido conservador, y a partir de 1856 fue representante diplomático en Londres y París. Durante las guerras de Reforma fue elegido Presidente por los conservadores opuestos al gobierno legítimo de Juárez; al triunfo liberal abandonó el país y se unió al grupo de conservadores que en Europa gestionó el establecimiento del Imperio. En 1866 Maximiliano lo nombró su representante ante Napoleón III; murió en París después de la caída del Imperio.

En tanto que el comercio y la industria se encuentran en manos de criollos y mestizos, los indios tienen a su cargo el trabajo físico más pesado, especialmente en el campo, donde son pequeños propietarios o jornaleros de las grandes haciendas. Esa situación se origina en parte en el hecho de que las condiciones climáticas del país no permiten al más débil criollo dedicarse a las fatigosas labores del campo y en parte a la circunstancia de que, para los orgullosos descendientes de los hidalgos y de los caballeros españoles, sería una verdadera ignominia tener que trabajar al lado del indio cultivando la tierra. Consecuentemente los señores hacendados se muestran muy conformes en que los más musculosos trabajadores nativos, acostumbrados al clima caliente, sean los que sigan trabajando para ellos. Como resultado de esta situación, la agricultura se encuentra todavía en un nivel primitivo, utilizándose el muy antiguo método de remover ligeramente la tierra y aventar la semilla en un agujero hecho manualmente. Los surcos se siguen haciendo con arados de madera tirados por bueyes como los que empleaban los romanos en su tiempo, no se usan fertilizantes ni ningún otro método para mejorar la tierra, y el riego se sigue haciendo a base de los estrechos canales que el ingenio indígena diseñó hace siglos. Aunque los canales son una verdadera reminiscencia de la antigua cultura del país, no deja de llamar la atención el ingenio y precisión con que han sido construidos sin la ayuda de instrumento matemático alguno.

El indio que trabaja en la hacienda depende totalmente del patrón, pues como en ésta existe una tienda donde los peones y jornaleros se abastecen a crédito de todo lo necesario, y también de lo innecesario, contraen deudas que amortizan con su propio trabajo, resultando que rara vez llegan a pagarlas antes de morir. En el caso de los propietarios independientes, que los hay en poca cantidad, las condiciones son mucho mejores, pues no sólo obtienen buenas ganancias, sino que en ocasiones se vuelven ricos. Esto difícilmente resalta a la vista, porque el indio es demasiado desconfiado como para dejar que alguien se dé cuenta que tiene un capital; prefiere vivir tan parco y miserable como el resto de sus hermanos, y enterrar sus tesoros para que ni el sacerdote ni las autoridades se enteren que los tiene. Explicablemente les tiene gran desconfianza, pues los españoles nunca respetaron la propiedad de sus súbditos morenos, y aun hoy día nunca faltan pretextos para arrebatarles a los indígenas sus talegas⁹⁴ u onzas de oro. Siempre hay alguien dispuesto a despojarlos, bien sean

⁹⁴Una talega es un saco con 1,000 pesos de plata (nota del autor).

los abundantes ladrones, los necesitados, o incluso uno que otro pronunciado,⁹⁵ pues el Partido Republicano considera que todo tesoro disponible debe ser empleado para llevar a cabo sus planes reformistas. Aparentemente el indio siempre permanece en la más grande de las pobreza, pero en realidad a menudo secretamente deja descansar su dinero en el seno de la tierra, de donde frecuentemente ya nunca vuelve a salir puesto que ni siquiera los legítimos herederos llegan a conocer el paradero de la riqueza de sus mayores.

En Oajaca me contaron la historia de un sacerdote apellidado Robles que durante muchos años fue director espiritual de la congregación indígena de Coatlán y que con el tiempo misteriosamente llegó a ser muy rico. Resulta que cada vez que solicitaba su traslado a otro lugar, sus devotos feligreses, que mucho lo querían, le rogaban que permaneciera, y para convencerlo le ofrecían todo el oro que pudiera llevarse del tesoro que tenían escondido en una cueva de las montañas; lo conducían a esa con los ojos vendados y le dejaban tomar de unas inmensas tinajas repletas de onzas de oro lo que pudiera cargar consigo. En una ocasión, el listo sacerdote quiso dejar señalado el camino secreto dejando caer las cuentas de su rosario cuando lo regresaban a su casa con los ojos vendados; para su sorpresa, los devotos feligreses resultaron ser más listos que él, pues al llegar a casa le devolvieron su rosario completo. Cuando murió, su familia, a la que llegué a conocer personalmente, se fue a vivir a Oajaca para disfrutar la herencia que dejó.

Los únicos que saben cómo hacer que los indios gasten sus tesoros enterrados, son los abogados y los sacerdotes; los primeros por medio de los prolongados y confusos pleitos legales sobre la propiedad de la tierra a los que los indígenas son muy dados, y los segundos organizando las fiestas religiosas que tanto agradan a éstos. Los procesos judiciales sobre los predios frecuentemente se suscitan entre dos pueblos que tienen terrenos colindantes, y cuya propiedad es disputada. Los abogados, sabiendo que siempre hay grandes sumas de por medio, suelen aprovechar hábilmente estas buenas oportunidades. El indígena, increíblemente, siempre está dispuesto a gastar todo lo que sea necesario para ganar el juicio sobre un pequeño pedazo de tierra, ello a pesar de que ni lo trabaje, ni le produzca siquiera dos reales. Los pueblos indígenas viven eternamente preocupados en tener perfectamente delimitados sus solares, y para ello

⁹⁵ Los continuos levantamientos, golpes de Estado, cuartelazos o revueltas políticas recibían el nombre de pronunciamientos, de donde un "pronunciado" era aquel que se levantaba en arma.

constantemente recurren a la ayuda de los licenciados y del prefecto del distrito, quienes saben cobrar muy bien sus diligentes servicios.

En el verano de 1867 fui testigo de un arreglo de límites en el pueblo de Tecomartlahuacan situado en la frontera entre los estados de Guerrero y Oajaca. Con grandes cantidades de comida, bebida y de cohetes al aire, todos los habitantes del pueblo celebraban la colocación de las mojoneras que, para demarcar su propiedad, realiza un nutrido número de abogados y prefectos. Sin embargo, como también estaban presentes los abogados que los pueblos vecinos habían enviado para que protegieran sus intereses, no fue de extrañar que empezaran a surgir serios alegatos sobre los límites de la propiedad de uno y otro pueblo. Como resultado, lo que se había planeado como una jubilosa celebración, acabó en un prolongado enredo legal gracias a la gran cantidad de demandas que interpusieron todos los pueblos del distrito; lo que justamente habían planeado los señores abogados. Lamentablemente los indígenas no se conforman con promover juicios ante los tribunales, sino que muchas veces se hacen justicia por su propia mano, cometiendo actos sangrientos de gran barbarie. Eso hicieron los pobladores de la ciudad de Nacaltepec situada a unas 10 leguas al norte de Oajaca, pues después de haber tratado inútilmente de hacer prevalecer sus derechos frente al rico dueño de la hacienda de Aragón, quien se había apoderado de parte de sus tierras sobornando a los funcionarios públicos, en venganza emprendieron una incursión contra la hacienda de su defraudador, asesinando al mayordomo y a su familia, incendiando sus edificios y destruyendo la cosecha de caña tanto como les fue posible. Cuando llegó la brigada enviada de Oajaca para castigar a los culpables, éstos ya se habían ocultado en las montañas.

El indígena poco participa en la vida pública del país, y como ciudadano se limita a reclamar sus derechos a través del alcalde, que es una especie de corregidor al que se acude cuando tiene alguna querrela contra un conciudadano. Si bien los indígenas son por definición eminentemente cristianos, la devoción que muestran ante las imágenes religiosas y por los sacerdotes es tan exagerada que raya en el fanatismo; a estos últimos siempre se acercan haciendo profundas reverencias y besándoles los hábitos o las manos. A pesar de ello, ignoran por completo las cosas más elementales de la religión, y no es infrecuente que en sus casas continúen practicando las artes de la magia ancestral para convocar a los buenos y a los malos espíritus. Esto, sin embargo, no molesta demasiado al clero en tanto siga recibiendo de su grey las ofrendas y las limosnas correspondientes. La misa atrae profundamente al indio y hasta cierto punto puede

resultar un tanto gracioso observar la enorme devoción y entusiasmo con los que un joven y haraposo indígena hecha cohetes al aire, o se postra en la iglesia cuando escucha las campanillas que anuncian la llegada del píxide. En tiempos pasados los sacerdotes obligaban al indígena a trabajar gratuitamente para ellos bajo el pretexto de que su labor era un sagrado ofrecimiento a la Santa Iglesia, pero afortunadamente a últimas fechas esos abusos se han suprimido y ocurren sólo ocasionalmente.

De cualquier forma la influencia del sacerdote sobre la población indígena sigue siendo determinante y es digna de verse la humildad con la que el nativo se le acerca para solicitarle algo. Con bombo, platillos, instrumentos de latón y guitarras, toda la población masculina presidida por los alcaldes llega en procesión hasta la casa del párroco; ingresan a ésta los alcaldes y otras autoridades llevando en la mano un bastón de plata que simboliza su alta dignidad, se hincan reverentemente frente al sacerdote que, con gran parsimonia recibe a los visitantes permaneciendo sentado y fumando un cigarrillo, y con una terrible dignidad les extiende la mano para que se la besen como si fuera el Dalai Lama o Luis XIV. Cuando se desea que organice una misa para un determinado santo, la delegación le entrega un plato cubierto de flores en el que se ha colocado la cantidad de dinero necesaria, generalmente entre cuatro y cinco pesos, mismos que el humilde servidor del Señor, con impresionante indiferencia, hace desaparecer entre sus bolsillos y da su consentimiento. Tras de haber besado nuevamente la regia mano, salen de la casa anunciando a todo el pueblo con inmensa alegría que el "tata cura" ha accedido a celebrar la misa. Esta ilimitada sumisión al sacerdote ya ha comenzado a disminuir como consecuencia de las ideas más liberales que se han impuesto en los últimos años y seguramente no tardará en desaparecer del todo. Sin embargo, es de preverse que si ese devoto sometimiento no va siendo reemplazado simultáneamente por otro tipo de enseñanzas, las consecuencias pueden ser muy graves, pues puede desatarse la barbarie y los excesos.

Algo que mucho perjudica a la raza indígena es el vicio de la bebida, lo que contrasta notablemente con el resto de los mexicanos pues, como hemos señalado, se suelen distinguir por una forma de vida moderada. El indio no puede resistir la tentación de disfrutar de las bebidas embriagantes, sin importar que sea un chinguerito, un aguardiente de caña fuerte, el mezcal que se hace de un pequeño maguey, o el pulque que se extrae del corazón de un gran agave y que es el elemento principal del tepache, otro tipo de bebida de color marrón. Cuan-

do visita los mercados tiende a emborracharse, y no es difícil encontrar a individuos de ambos sexos tirados bajo los portales, sobre los quicios de las puertas, o en la calle misma, como también colgados de sus burros cuando regresan a sus hogares.

El indígena es pequeño pero musculoso, y los de algunas tribus pueden considerarse como hercúleos en proporción a su tamaño, como es el caso de los semisalvajes copaltecos del distrito de Tlaxiaco. El constante caminar por las montañas los ha hecho sumamente resistentes para las grandes caminatas y las carreras, siendo impresionante la velocidad con que pueden recorrer largos trayectos. Se mueven a base de lentos trotecitos, y ello aun cuando sobre las espaldas van cargando grandes pesos; le es fácil recorrer hasta 20 leguas de intransitables sendas con ese peso en un solo día. La carga, que se lleva en una gran cesta llamada chiquihuite, se sostiene sobre la espalda y es afianzada por medio de una cinta que se colocan en la frente. Es normal que de esta manera transporten hasta seis arrobas (quintal y medio), aunque la única comida que llevan es unas cuantas tortillas guardadas en un pañuelo colocado alrededor de la cintura, un poco de chiles, sal y agua. Al anochecer se envuelve en su sarape y duerme bajo el primer árbol que encuentra, y se levanta a temprana hora para reiniciar el incansable trote. Por todos los caminos del país se pueden encontrar grupos de indígenas que, recorriendo 10 o 20 leguas para vender sus frutas en los mercados, caminan en hilera uno tras de otro sin siquiera voltear a la derecha o a la izquierda. Como correo, el indio no tiene precio; con enorme habilidad esconde las cartas y se interna sin dificultad alguna por los caminos más desconocidos de las montañas y de las selvas. Durante las batallas solíamos escribir breves mensajes secretos en el papel de los cigarrillos que llevaban nuestros carteros indígenas, y a través de ellos obteníamos valiosa información sobre las posiciones republicanas, resultándonos inexplicable la forma en que eran capaces de cruzar las líneas enemigas. En un país montañoso, boscoso y selvático como México, no se puede encontrar mejor guía que un indio, ya que su instinto natural le permite encontrar caminos donde las pistas han sido totalmente borradas; su habilidad me recordaba a Uncas, Redhand y a otros héroes de Cooper. El más insignificante detalle que a un europeo le pasaría totalmente desapercibido, para él es como el hilo de Ariadna que lo puede conducir a través de la espesura y oscuridad del bosque.

Soporta admirablemente los cambios de clima, los dolores y las privaciones. En las montañas con nieves perpetuas, en las que incluso los nórdicos

padecíamos frío, el indio portaba el mismo vestido que usa en tierra caliente; una especie de camisa de lana gruesa y un pantalón de algodón blanco recogido en el muslo. Su cama es el mismo sarape con el que se envuelve para quitarse el frío frente al fuego que mantiene vivo durante toda la noche. Es digno de admirarse el estoicismo con el que soporta el sufrimiento cuando es herido o brutalizado. He llegado a escuchar, en todas las lenguas existentes, los terribles lamentos de nuestros valerosos soldados y sus desesperadas imploraciones al Creador cuando son heridos, pero en cambio el indígena se queda tranquilamente acostado como si no le importara el dolor de la herida que lo está matando; la muerte, para él, aparentemente no tiene nada de horroroso. Vi fusilar a muchos de ellos que ni en el último momento perdieron su acostumbrada serenidad. Posiblemente esta actitud se deriva de una cierta indiferencia al destino; es una especie de fatalismo que también muestra cuando sufre una enfermedad o se accidenta. Es raro que llame al médico, conformándose con usar algunas yerbas curativas, las que en varios casos observamos surtir efectos sumamente benéficos, especialmente sobre las heridas externas.

En la vida doméstica es un modelo de buen marido, ya que es raro que tenga riñas con su mujer. Se casa muy joven, a menudo entre los 12 y 16 años, y existe la costumbre de que la mujer lleve a los hijos a todas partes cargados sobre la espalda con una especie de gran pañuelo. Su vivienda no es agradable ni alegre. Su cabaña está hecha de cañas que se rellenan de lodo y musgo, el techo se hace de grandes troncos y hojas de palmera o de junco, y la luz sólo entra por la puerta ya que no hay ventanas. El piso es de tierra y está cubierto de unos pequeños tapetes hechos a base de cortezas de plantas que igualmente sirven como cama. En un rincón se encuentran el fogón sobre el que se coloca el comal para hacer las tortillas, así como unos cuantos tarros para los frijoles y las salsas de chile. De las paredes cuelgan diferentes jícaras que se usan en lugar de vasos y tazas, y en otra esquina se apiñan mazorcas de maíz. Unos toscos bancos y mesa de madera son los únicos adornos de la habitación, así como las flores que a veces se colocan sobre aquélla. En vista de que la limpieza de las cabañas no es muy frecuente, se prefiere pasar la noche al aire libre; su amor por los animales, perros, gatos, aves de todo tipo y hasta cerdos, es tan exagerado, que se suele compartir con ellos los petates.

Su temperamento es mucho más melancólico que el del criollo y del mestizo, siendo raro que se divierta con los juegos de azar o con los bailes. En algunas ocasiones llega a participar en un baile que data de los tiempos de la

Conquista llamado chilolo; un grupo, que vestido como los caballeros españoles porta máscaras y espadas, baila acompasadamente al ritmo de una monótona melodía, representando una escena en la que se ataca y mata a un dignatario indígena que lleva grandes plumas en la cabeza y que aparentemente es Moctezuma. Vi realizar esta danza a los zapotecas, quienes posiblemente por no haber simpatizado con los aztecas tratan de celebrar de esta manera la caída del detestado emperador. La alegría de este baile, sin embargo, al final de cuentas no deja de estar poco justificada, pues quienes subyugaron a los aztecas también sometieron a todas las naciones indígenas. Las huellas de los 300 años de represión se observan por igual en todos los grupos de indígenas, y no desaparecerán hasta que logren alcanzar el nivel cultural de los criollos.



EL CLERO EN MÉXICO

Como se sabe, México es un país católico, y como su cristianismo provino de una España en la que imperaba el celo religioso, bien se puede comprender que el clero ejerció una enorme influencia cuando el país se formó bajo el dominio español. Su papel fue sumamente relevante por el hecho de que su principal misión fue la de convertir a los indios al cristianismo, pues con ello quedaron totalmente bajo el poder de los frailes. La influencia del poderoso clero no sólo se dejó ver en las magníficas iglesias que se construyeron en todas las ciudades, en los impresionantes conventos de monjas y frailes que se edificaron, y en la multitud de propiedades de las que poco a poco se fue posesionando, sino también en la soberanía que ejerció sobre la población. Los conquistadores no sólo subyugaron a los naturales de América mediante la violencia extrema, sino que también, al encadenar su espíritu por medio de la religión, hicieron que desapareciera de él cualquier idea de libertad.

No debe pensarse que por el hecho de que en el movimiento por la independencia de España participaron como grandes protagonistas dos curas, los sacerdotes Hidalgo y Morelos, todos los eclesiásticos lucharon por liberar a su patria, pues la mayoría apoyó los esfuerzos del gobierno virreinal para reprimir la rebelión, ya que sabían que mucho iban a perder si se imponían en el país las nuevas ideas libertarias. La influencia de los sacerdotes se logró mantener después de la independencia porque la mayor parte de la población continuó careciendo de acceso a la educación, y no ha sido sino hasta los años cuarenta cuando se ha iniciado la lucha que hace tiempo se libró en Europa entre la Iglesia y el Estado, que finalmente la población ha podido acercarse a los conceptos más modernos



sobre la forma de vivir en sociedad. El conflicto entre el Estado y la Iglesia siempre ha sido más violento y encarnizado en aquellos países en los que, como en México, el poder del clero ha sido mayor. La población se dividió en dos campos rivales, el de los clericales o reaccionarios y el de los liberales, que se enfrentaron en las sangrientas guerras civiles que han destruido a este hermoso y rico país. En ocasiones se han mezclado en esa contienda otras cuestiones, como la de si el Estado debe ser una entidad federal o centralizada, pero en realidad esto sólo en apariencia ha sido otro tipo de conflicto político, pues en el fondo ser federalista significa ser liberal, rojo o puro, y ser centralista implica ser reaccionario o mocho.⁹⁶

Al principio de la confrontación el partido clerical fue el más fuerte, especialmente bajo el régimen de Santa Anna cuando contó con más dinero y mejores líderes, pero en los años cincuenta su poder comenzó a desvanecerse, y a partir de 1857 el Congreso aprobó las iniciativas del presidente Juárez, las grandes leyes de Reforma, que acabaron despojando al clero de sus fueros y a la Iglesia de sus bienes. Las inmensas haciendas y la gran cantidad de fincas urbanas y rústicas que a lo largo de los siglos la Iglesia había acumulado, comenzaron a ser vendidas en subasta pública, pero como el gobierno se encontraba urgido de dinero y los compradores temían que los liberales no se pudiera mantener en el poder por largo tiempo, todo se hizo en forma apresurada y las propiedades fueron rematadas en una quinta o sexta parte de su verdadero valor. Su precio también disminuyó por la amenaza de los sacerdotes de excomulgar a quienes los adquirieran, pues como pocos se atrevieron a correr semejante riesgo, las ofertas fueron modestas. Cuando posteriormente las autoridades se vieron nuevamente precisadas de recursos, tanto acabaron rematando lo poco que queda de la propiedad eclesiástica, como impusieron, sin más ni más, una especie de impuesto suplementario a los compradores equivalente al 10 por ciento del valor de la transacción original. Ello no dejó de ser gravoso para los nuevos dueños, pero en cualquier forma las operaciones no dejaron de ser un buen negocio.

Como resultado de la expropiación se abolieron los conventos, y sus moradores fueron echados a la calle para que se incorporaran a la forma de vida burguesa. En muchos casos se cometieron grandes injusticias, en especial contra las monjas que habían tenido que pagar hasta 3,000 pesos para ingresar al convento donde esperaban pasar el resto de sus días; sin recibir indemnización

⁹⁶El origen de este mote puede provenir del hecho de que uno de los grandes líderes del partido conservador durante los años cincuenta, el general don Manuel Osollo, perdió el brazo izquierdo como consecuencia de un disparo (nota del autor).

alguna, las pobres se quedaron sin el único refugio y sustento que tenían en la vida. Como podía esperarse, el clero reaccionó violentamente; el general Félix Zuluoga⁹⁷ se pronunció contra Juárez, y éste tuvo que abandonar la capital y refugiarse en Vera-Cruz donde logró sostenerse con el apoyo norteamericano.⁹⁸ Don Miguel Miramón⁹⁹ fue nombrado por los conservadores Presidente y se dispuso a atacar a Juárez, en tanto que el general Leonardo Márquez¹⁰⁰ venció a las fuerzas liberales en Tacubaya. La alegría, sin embargo, no duró mucho, pues Miramón tuvo que abandonar el sitio de Vera-Cruz, y aunque logró regresar a México tras una salida magistral cerca del volcán de Orizaba por San Andrés,

⁹⁷Félix María Zuluoga (1813-1898) nació en Sonora y desde joven luchó como miliciano en el norte contra apaches y comanches; participó en la guerra de Texas y contra los norteamericanos en 1846. En diciembre de 1857 encabezó el levantamiento conservador de Tacubaya contra la Constitución liberal de 1857 aprobada durante el gobierno de Ignacio Comonfort, del cual Benito Juárez formaba parte como presidente de la Suprema Corte de Justicia. En enero de 1858 el presidente Comonfort se adhirió a los levantados, pero de cualquier forma éstos lo desconocieron y designaron en su lugar a Zuluoga; Comonfort abandonó el país y de acuerdo con la Constitución lo reemplazó Juárez. Zuluoga sólo duró en el poder hasta diciembre, ya que un nuevo golpe conservador lo desconoció y fue reemplazado por Miguel Miramón. Cuando a finales de 1860 los liberales derrotaron finalmente al espurio gobierno de los conservadores, un grupo de éstos reconoció nuevamente a Zuluoga como Presidente, pero pronto fue instaurado el Imperio por las tropas francesas, mismas que lo rechazaron. Se exilió a Cuba en 1865 y regresó al país en 1873.

⁹⁸Véase nota número 13.

⁹⁹Miguel Miramón (1832-1867) nació en la ciudad de México y en 1846 ingresó al Colegio Militar participando en la defensa de Chapultepec contra los norteamericanos; ocasión en la que fue hecho prisionero. Luchó contra los liberales y en 1858 asumió la jefatura del Ejército del Norte. Participó en el levantamiento de Zuluoga y luego desplazó a éste de la presidencia conservadora. Combatió fallidamente a Juárez en Vera-Cruz, y al triunfo liberal en 1860 escapó del país ayudado por el representante de Francia, Dubois de Saligny, y se exilió en Europa, donde colaboró en la promoción del establecimiento del Imperio. En 1863 regresó, pero Maximiliano lo marginó dándole una comisión en Berlín; retornó en 1866 y murió fusilado con el emperador en Querétaro el 19 de junio de 1867.

¹⁰⁰Leonardo Márquez (1820-1913) nació en la ciudad de México e inició la carrera militar en el norte del país en 1836; participó en la guerra de Texas y contra los norteamericanos. En 1855 fue exilado por oponerse al Plan de Ayutla; regresó en 1858 y en 1859 fue gobernador de Jalisco. Se unió al levantamiento de Zuluoga, y mientras Miramón marchó contra Juárez a Veracruz, atacó a los liberales de Melchor Ocampo que avanzaban sobre la ciudad de México, derrotándolos en Tacubaya en abril de 1859; el desmedido fusilamiento de prisioneros y civiles que ordenó le valió el título del "Tigre de Tacubaya". También se le atribuye el asesinato de Melchor Ocampo y de Leandro Valle. Fue destituido por Miramón y encarcelado. Cuando fue liberado reconoció a Zuluoga, pero en mayo de 1862 lo desconoció para ofrecer, junto con sus 2,500 hombres, sus servicios al conde de Lorencez para proteger a los convoyes franceses. Al igual que a Miramón, Maximiliano lo marginó enviándolo a Constantinopla y a los Santos Lugares. Regresó en 1866 y en el sitio de Querétaro el emperador le dio el mando del ejército encargándole salir de éste para obtener en la capital dinero y más tropas. Sin embargo lo desobedeció y prefirió avanzar contra Porfirio Díaz en Puebla, quien lo derrotó. Se refugió en la capital sin dar ningún auxilio al emperador, y a la rendición de éste se escondió y logró fugarse a Cuba. Regresó en 1895 y más tarde volvió a La Habana donde murió.

acabó siendo derrotado en Calpulalpan por el general González Ortega.¹⁰¹ La represalia de los liberales fue tan severa, que al partido clerical no le quedó más remedio que invocar la intervención extranjera que derivó en la expedición francesa y el establecimiento del Imperio.

La Iglesia confió en que el Imperio le devolvería las propiedades expropiadas y sus fueros, pero como ese también necesitaba dinero y no deseaba que la gran masa de la población que simpatizaba con la causa liberal se tornara contra él, se limitó a imponer un impuesto del 15 por ciento sobre el valor de la venta de los bienes religiosos, lo que de cualquier manera fue a parar a la caja del Estado y no a las arcas del clero. Como resultado, éste se alejó del emperador, y no fue sino hasta el final, cuando Maximiliano se dio cuenta que no podía derrotar a los liberales, que se echó de lleno en los brazos del partido clerical, cuyos capaces líderes, Miramón, Márquez, Mejía, Severo del Castillo, etcétera, decidieron dar la batalla final con lo que quedaba del ejército imperial, del cuerpo austriaco y con los pocos voluntarios franceses que no se habían marchado. Esa última batalla, como es sabido, concluyó con la caída del Imperio y la muerte de Maximiliano, y con ello se vino abajo el último baluarte del clero, quedando totalmente desprotegido frente a sus enemigos liberales. La mayoría de los obispos huyeron al extranjero, y al clero bajo no le quedó más que ir a la cárcel, o jurar la Constitución de 1857, lo que equivalía a aceptar los decretos que embargaron los bienes de la Iglesia y que los privaron de sus fueros.

Actualmente la situación de los eclesiásticos es similar a la que desde tiempo atrás tienen en nuestros países; su influencia es ya meramente espiritual, y aun cuando continúan siendo más fuertes que en nuestro caso, su posición como Estado dentro del Estado ha sido abolida. Sus ingresos se limitan a las limosnas que obtiene en las parroquias y sus bienes son ya únicamente el inventario que

¹⁰¹ Jesús González Ortega (1822-1881) nació en Zacatecas, donde se dio a conocer por sus ideas liberales. En 1858 fue designado gobernador del estado, y en 1859 inició la carrera militar organizando las fuerzas que detuvieron un ataque de los conservadores contra el Estado; a partir de ese momento se anotó una serie de brillantes victorias contra éstos, especialmente la de Calpulalpan donde con la derrota de Miramón concluyeron las guerras de Reforma, y pudo tomar la ciudad de México para Juárez. A pesar de las diferencias que tuvo con Juárez, fue nombrado presidente de la Suprema Corte de Justicia. Durante la Intervención francesa fue designado jefe del Ejército de Oriente y participó en el sitio de Puebla donde fue hecho prisionero. Marchó a Estados Unidos para promover la causa liberal, y dejó ver a Juárez su intención de ocupar la presidencia en virtud de que era presidente de la Suprema Corte de Justicia y el mandato de ése expiraba en 1864; sin embargo el periodo de Juárez fue prolongado por decreto hasta 1865. Se acusó a González Ortega de haber abandonado su puesto y el territorio nacional sin autorización, y éste se declaró Presidente de la República abriendo con ello una grave escisión en las filas republicanas; sin embargo fue aprendido por órdenes del general P.H. Sheridan para que no regresara a territorio nacional.

se ha levantado de los edificios religiosos. A los sacerdotes se les ha dado la posibilidad de votar y de ser elegidos al Congreso, pero hasta el momento nadie ha decidido aprovechar las oportunidades que les ofrecen las elecciones de 1867.

Después de este preámbulo histórico, es conveniente referirse a algunos aspectos singulares del clero mexicano. Lo conforman dos clases de estamentos y de razas, que van desde los criollos blancos, hasta los indígenas de piel oscura, salvo que estos últimos tienen que contentarse con ocupar los puestos inferiores de la jerarquía. Reciben su educación en los seminarios mayores de las sedes episcopales, pero a pesar de que estudian desde niños, sólo adquieren conocimientos de un nivel muy bajo desde el punto de vista científico. Únicamente el alto clero posee una amplia cultura. Los curas únicamente aprenden el latín más indispensable para leer la vulgata, adquieren medianos conocimientos de la historia de la Iglesia, en especial sobre la vida de los santos y la doctrina. El resto de su formación se limita al aprendizaje de la misa, de la liturgia y del ceremonial religioso; en todo lo demás su cultura está al nivel de nuestras escuelas primarias. Hay excepciones como la gente que se ha educado por su propia cuenta, lo que es más meritorio por el hecho de que esto no es tan fácil en México como en Europa porque no existen buenos maestros ni libros suficientes. Entre todos sus ignorantes colegas destaca honrosamente el cura de Tamazulapan, don Gabriel Pimentel, a quien con orgullo considero uno de mis mejores amigos mexicanos; es un hombre que por sí mismo se ha procurado leyendo incansablemente buenos libros y estudiado matemáticas, historia, geografía y ciencias naturales. Gracias a su aguda inteligencia y despierta fantasía, a la vez que era un consejero sensato, también sabía ser un fiel amigo que me proporcionaba importante información sobre los estados del país y me hacía las recomendaciones indispensables para que un extranjero, como yo, no fuera a caer en una trampa. Su parroquia en Tamazulapan, que era tan grande como Falster,¹⁰² cubría 15 pueblos con 11 iglesias, lo que administraba con tan sólo un suplente y con los recursos indispensables. Ello a pesar de los muchos robos que llegó a sufrir durante la guerra civil; incluso disponía de una pequeña fortuna para adquirir los libros con los que saciaba su interés por la literatura y la ciencia.

Como en todas partes, las buenas excepciones son raras, pues en general me encontré con curas que tenían una ignorancia total sobre Europa, y que

¹⁰² Falster es una de las islas del archipiélago danés.

incluso me llegaron a preguntar si los protestantes éramos cristianos, si nos bautizaban, etcétera. Además, tenían la mente llena de supersticiones y de las más tontas nociones sobre los santos y los milagros; tan era así que lo único que provocaban era compasión. Esta clase de individuos eran los mentores espirituales de los indígenas, a los que ellos consideraban como semidioses. Cuando el cura pasa por el pueblo, la gente de inmediato se quita el sombrero y con gran reverencia le besa la mano al “tata-cura” que con gran deferencia se las extiende. A pesar de su terrible ignorancia, los sacerdotes mexicanos se comportan, se mueven y hablan con una impresionante dignidad, pues están totalmente convencidos de que son los únicos y más fieles servidores de la Iglesia. En fechas recientes se han suscitado diversos escándalos que han deteriorado su imagen, pero al menos en el campo continúan siendo reverenciados por la población.

Su poder sobre los feligreses se ve incrementado por la circunstancia de que hablan las lenguas indígenas y que en muchas partes todavía no se habla el español. Esto explica el que ejerzan una enorme influencia en la vida privada de los indios, pues es muy común que sean los encargados de dirimir las riñas familiares y de mediar en las disputas personales. El mayor instrumento de poder con el que cuentan es el de la influencia que saben ejercer sobre el corazón de sus fieles, especialmente de las mujeres, las que se dejan dominar por completo. En todas las casas de los pueblos está presente un sacerdote; es el confesor de la familia que se aparece todos los días y que invariablemente es recibido con el mayor de los respetos aunque no venga a tratar asuntos relacionados con la confesión o la absolución. Esa relación íntima con la señora de la casa no siempre agrada al dueño de la misma, pero... ¿qué se puede hacer? Por más republicano y liberal que un mexicano sea, siempre será un ferviente católico, apostólico y romano; antes que cualquier otra cosa, es cristiano. Muchas veces prefiere cerrar los ojos para pretender no darse cuenta de lo que está ocurriendo entre el cura y la hermosa pecadora que confiesa. El celibato es el lado más flaco del clero mexicano, y aunque en Europa tampoco los sacerdotes católicos lo observan con el rigor esperado, al menos sus escapadas son más discretas. En México, en cambio, el cura sin amante es raro, pues incluso vive con ésta como si fuera su mujer; los hijos son educados en la propia casa y simplemente se hace como si el celibato no existiera. El sacerdote no se refiere a la dama de la casa como “su mujer” o “su señora”, sino que la llama por su nombre o como “la señora que me cuida”. Como es natural que los pobres y

solitarios clérigos requieran de una mujer para el cuidado de la casa, a los extranjeros que ignoran estas realidades se les hace creer que se trata de la hermana o de la cuñada, y que los niños que andan corriendo por todas partes son los sobrinos.

Como esta situación también se da entre otros grupos de la sociedad que, pudiendo casarse, no lo hacen, la conducta del clero no provoca ninguna indignación. Hace algunos años entre las mejores familias del sur del país se consideraba un gran honor y un buen medio de sustento, el que alguna de las hijas fuera concubina de un sacerdote; una joven mujer difícilmente podría rechazar hacerse cargo de la casa de un eclesiástico. Los hijos de un prelado de la Iglesia nunca se dirigen a él llamándolo papá, sino solamente “el señor cura”. Antiguamente los hijos de las buenas familias mexicanas tenían fama de estar demasiado mimados y de ser disolutos, en tanto que los de los curas invariablemente estaban muy bien educados, pero como actualmente ya no hay grandes diferencias entre unos y otros, a todo aquel que observa mala conducta se le suele llamar “hijo de cura”, lo que en danés equivale a ser un golfo.

Los sacerdotes que vivían en el campo tenían también una casa en la capital del estado y en ella por lo general radicaba su familia, pues además de que las casas de las familias de los eclesiásticos siempre eran las mejores del lugar, en las capitales se podía dar mejor educación a los descendientes. La presencia en las capitales igualmente era importante para supervisar las inversiones, ya que los eclesiásticos con frecuencia eran dueños de tiendas o fábricas que vendían o producían artículos de consumo como jabones, aguardientes, etcétera. Esto no era considerado como incompatible con la dignidad y responsabilidad de un eclesiástico, pues, ¿acaso Pedro no era pescador y Pablo fabricante de telas? Obviamente nunca atendían personalmente sus negocios, pues de ello se ocupaban los hijos o las hijas, principalmente las segundas, ya que en México no es raro que las mujeres se dedicaran al comercio.

Excluyendo la falta del voto de castidad, cuestión por la que los protestantes no censuramos a los curas, aunque si su propia doctrina los condena a vivir en el pecado, los prelados de la Iglesia pertenecen a la clase más educada y de mejor conducta, ya que no comparten con los demás los vicios del juego y de la bebida, aunque de cualquier forma suele haber excepciones. A diferencia de ello, sí es común que se vean involucrados en las contiendas políticas, bien sea apoyando en todas las formas posibles a su partido, o sirviendo a ése como instigadores, informantes o espías. Algunos de los iniciadores del movimiento

de Independencia fueron curas, como Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, que mostraron excelentes aptitudes militares, y en tiempos más recientes también otros como uno apellidado González que acabó sucumbiendo a las balas enemigas. El partido clerical siempre ha contado con la valiosa y rápida información facilitada por los sacerdotes, la que es de suma importancia cuando la contienda se libra a través de un sinfín de montañas. Muchos han sido acusados de delatores, por lo que se les ha perseguido y se ha saqueado sus casas; mi amigo Gabriel Pimentel de Tamazulapan varias veces logró escapar de ser arrestado y fusilado, pero no de ser saqueado.

En tanto que el clero bajo está muy vinculado con el grueso de la población por razones religiosas, de familia, de comercio y de política, el alto clero, como los obispos, está sumamente distanciado de ella. No obstante, su participación en la vida política ha sido decisiva, ya que en un momento dado todos los medios de la Iglesia pueden estar a su disposición. México tiene un arzobispo y diversos obispos, los que obviamente se adhirieron a la causa imperial; cuando ésta tocó a su fin, no les quedó más remedio que huir para salvar sus vidas. La mayoría se trasladó al Caribe y a Europa, de manera que para finales de 1867 el país se quedó sin obispos y los asuntos de la Iglesia comenzaron a ser dirigidos por los cabildos. En el futuro el clero ya no podrá seguir influyendo en los asuntos del gobierno como lo había venido haciendo hasta en fecha reciente, máxime que su influencia moral sobre la población también ha disminuido notablemente. Finalmente no le ha quedado más que admitir que “su reino no es de este mundo”, algo que le ha costado mucho trabajo reconocer en México y en otros países.

LITERATURA Y POESÍA POPULAR MEXICANA

Un país que por siglos fue mantenido en la oscuridad de la ignorancia por sus severos y barbudos señores, y que en menos de medio siglo de libertad ha sufrido continuos disturbios internos e invasiones del exterior, no puede obviamente poseer una literatura tan desarrollada como la europea. Sin embargo, es sorprendente que, a pesar de todo, exista una literatura mexicana y un enorme interés por la poesía. El que esto haya sido posible debe considerarse como un buen augurio para el avenir de la nación, pues deja ver que cuando se acaben las luchas civiles, podrán aflorar las cualidades de la raza hispanoamericana y que éstas se desarrollarán.

Hay poco de la vieja literatura de la época de los virreyes que valga la pena mencionar, pues la mayoría de lo que se escribió se limita a extensas obras de teología sobre la vida de la Virgen María, o sobre los sufrimientos y virtudes de los santos. Entre las obras históricas del siglo pasado destaca *La historia antigua de México* del poblano Beitia Linajes, y la del jesuita Matías de Bocanegra, que aunque por su estilo y presentación son realmente magníficas, contienen algunas opiniones un tanto aventuradas y son poco críticas. La única obra literaria verdaderamente amena y que incluso es muy conocida en España es la de las *Poesías* de la monja Inés de la Cruz, misma que tiene un alto valor poético. Aun cuando nació en 1651 en Guzpúzcoa, España,¹⁰³ pasó la mayor parte de su vida en un convento mexicano y por ello es considerada como una de las más grandes poetisas del país.

¹⁰³ Sor Juana Inés de la Cruz nació en ese año en la hacienda de San Miguel Nepantla en el actual Estado de México, habiendo sido su nombre original el de Juana de Asbaje y Ramírez.

Con la independencia el sentimiento de libertad también comenzó a hacerse sentir en la literatura y en la producción de múltiples obras científicas, pero lamentablemente ello vino a ser perturbado por las conmociones políticas, y la tarea que se iniciaba quedó relegada a un segundo plano. La mejor narración que existe precisamente sobre la lucha por la independencia y los conflictos civiles que le siguieron es la contenida en los tres tomos de la *Historia de Méjico desde 1810*¹⁰⁴ de Lucas Alamán; obra que sin duda puede equipararse a la de Schloffer, Reumer y Thiers en cuanto a calidad y precisión. Uno de los libros más leídos en los primeros tiempos de la independencia fue la novela en cuatro tomos de González¹⁰⁵ intitulada el *Periquillo Sarniento*, que es una excelente narración de la vida popular y de las costumbres del mexicano. El autor más famoso de esos tiempos fue el cubano Heredia,¹⁰⁶ un estupendo talento poético que supo expresar su entusiasmo por la libertad a través de bellas y sonoras rimas. Aunque nació en Cuba, se educó en México y ahí tuvo que vivir el resto de sus días por haber criticado la tiranía española en su isla natal. El gobierno mexicano le confió importantes puestos ministeriales, y sus poemas son considerados como unos de los más hermosos de la literatura nacional. Murió en 1838, pero pronto fue sustituido por el brillante poeta mexicano Fernando Calderón,¹⁰⁷ que nació en 1809 y enriqueció la cultura de su patria con sus *Obras poéticas*.

La nueva poesía mexicana sufre, como en la mayoría de los países de habla hispana, el defecto de que la belleza de la lengua fácilmente tiende a seducir y

¹⁰⁴ El nombre completo de la obra es *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*.

¹⁰⁵ El autor muestra no haberse informado suficientemente bien en el caso de la literatura mexicana, o que tal vez como escribió sus memorias años después ya estando en Dinamarca, olvidó los datos correctos. Como se sabe, el *Periquillo Sarniento* es la obra más conocida de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) y fue escrito en 1816. Otras de sus obras fueron: *Noche triste y día alegre*, *La quijotita y su primo* y publicó varios periódicos como *El Hermano del Perico*, *El Conductor Eléctrico*, etcétera.

¹⁰⁶ José María Heredia y Heredia nació en Cuba en 1803 y murió en México en 1839. Llegó al país en 1819 y en 1821 regresó a Cuba donde participó en la conspiración del grupo llamado "Los Caballeros Racionales"; regresó a México en 1825 y fue secretario de Santa Anna, diputado, ministro de audiencia y director del Instituto Literario de Toluca. Es considerado como el primer romántico en lengua española: escribió *Meditación en el teocalli de Cholula*, *Poesías*, *Minerva*, *Poesías del ciudadano*, *Obras poéticas*, *Antología herediana*, varias obras de teatro y dirigió el periódico *El Iris*.

¹⁰⁷ Fernando Calderón y Beltrán (1809-1845) nació en Guadalajara y heredó el título de conde de Santa Rosa que nunca utilizó. En 1829 se recibió de abogado y luchó contra Santa Anna, por lo que fue desterrado. A los 15 años comenzó a escribir poesía, siendo sus obras más conocidas: *Regulado y Elvira*, las citadas *Obras poéticas*, *Obras completas* y *Obras de poesía y teatro*.

ello ocasiona que, al declamar, se caiga en un juego de palabras eufónicas y al-tisonantes cuyo ritmo cosquillea en los oídos y provoca que innecesariamente se eleve la voz y se gesticule rebuscadamente; todo ello cuando lo único que se está haciendo es emitir agradables sonidos vacíos de todo contenido, puesto que no expresan ningún concepto o pensamiento elevado. La forma es sumamente poética, pero la sustancia es trivial; es como una decoración escénica... la apariencia es deslumbrante, pero sólo disfraza un gran vacío. Llama poderosamente la atención la facilidad con la que al instante cualquier mexicano puede improvisar un par de versos, pero lamentablemente éstos no llegan a expresar nada profundo ni original. De las muchas antologías existentes, pocas merecen ser conocidas en círculos más amplios; algunas excepciones son, por ejemplo, la obra de José Montiel, quien en *Flores y lágrimas* revela una auténtica capacidad poética, y los recientemente editados *Ensayos poéticos* de María del Carmen Cortez, una ilustre joven de Jalapa. El modesto título de esta última obra contrasta con los muy floridos y pretenciosos nombres que por lo general los poetas mexicanos asignan a sus trabajos, como es el caso del mencionado *Flores y lágrimas*, o como puede ser el de *Estrellas de la noche*, etcétera. Los poemas casi exclusivamente son líricos y siempre versan sobre el amor o temas religiosos, como es el caso de: *Al corazón de Jesús* o *Al alma de María*, o bien como *La amabilidad de doña Luz* o *La infidelidad de doña Soledad*. La rica lengua española acaba siendo pobre para expresar con precisión lo primero y para lo segundo siempre se tiene dificultades para expresarlo correctamente. Como resultado, el poeta acaba refugiándose en una serie de reproches contra la pobre e infiel diosa del “perjurio, de la traición y de la ingratitud” y todo ello sólo porque ya no lo ama más.

Entre los escritores de literatura popular, cuyo número es mucho menor que el de los poetas, vale la pena mencionar a Niceto de Zamacois, cuyas novelas *El mendigo* en cinco tomos y *El capitán Rossi*, contienen una excelente narrativa de las condiciones que imperaron en el país desde la independencia hasta la guerra contra los norteamericanos de 1847. Una vertiente de la literatura popular es la de los almanaques que cada año se editan en gran variedad de formatos, pues además de contener el respectivo calendario, se hacen acompañar de novelas, pasajes religiosos, poesías, informaciones históricas, etcétera. Entre éstos se destacan los de Ignacio Cumplido por su elegante diseño y los de Galván por la precisa narración cronológica que hacen de los acontecimientos del año anterior en su sección de “efemérides”. También contienen reseñas

sobre la vida de los santos y biografías de los papas y de los arzobispos, lo que francamente carece de interés para el europeo.

Por ser México escenario permanente de la lucha entre los partidos políticos, es natural que la prensa otorgue gran importancia a este tema y le conceda un amplio espacio. La prensa cotidiana se encuentra en un alto nivel de desarrollo y puede compararse con la de cualquier país europeo, tanto en su presentación, como en su contenido. El país cuenta con estupendos periodistas, mismos que con aguda perspicacia y convincentes argumentaciones saben defender sus opiniones; tanto por su estructura lógica y tono convincente, como por su buena presentación y atractivo lenguaje, resulta un verdadero placer leer los artículos de fondo de los principales diarios. En todas las grandes ciudades existe uno o más periódicos, entre ellos el boletín oficial del Estado que reproduce los textos de los nuevos decretos, leyes, etcétera.

Bajo el Imperio los principales periódicos estaban controlados por los clericales, y su redacción estaba a cargo de los sacerdotes; consecuentemente sus páginas, amén de contener infinidad de noticias eclesiásticas o relacionadas con el santoral, las fiestas de guardar, etcétera, únicamente reproducían la versión oficial. El único diario aceptable, y que incluso se atrevía a criticar al gobierno y a darle buenos consejos, era *L'Estafette*¹⁰⁸ publicado en francés; todos los otros, como *El Cronista de Méjico*, *El Pájaro Verde*, *La Sociedad*, etcétera, no osaban decir otra cosa más que aquello que se les pusiera en la lengua. A diferencia, la prensa juarista ofrecía información más interesante, pues obviamente tenía buenas razones para poner en evidencia las fallas del gobierno imperial. En especial, había un periódico fundado por el anterior gobernador de Puebla, Rafael García, que era editado en esa ciudad bajo el nombre de *La Idea Liberal*; un modelo de periodismo por su sólida argumentación, fino estilo y tono moderado. Siguiendo el modelo francés, el gobierno imperial introdujo las llamadas "advertencias", consistentes en prevenir a los redactores que al tercer artículo crítico que publicaran, se cerraría el diario. Como resultado de esa restricción, la prensa de oposición, que quedaba exenta de semejante medida, era la única que podía darle rienda suelta a sus pasiones, fundamentalmente *El Criterio*, editado en la republicana Vera-Cruz.

¹⁰⁸ Sin embargo llegó a ser considerado como el órgano oficial del ejército francés de ocupación, puesto que reflejaba el parecer del alto mando del mariscal Bazaine, razón por la que frecuentemente era crítico del gobierno de Maximiliano. Cfr. Pedro Pruneda, *op. cit.*

Con la caída del Imperio la prensa recuperó la libertad, pero con ello también el desenfreno, pues en tanto que la mayoría de los periódicos proimperiales desaparecieron, surgieron numerosas nuevas publicaciones, tales como *El Globo* –que era de corte conservador moderado– una nueva versión de *La Sociedad*, *El Pensamiento*, y muchos más, cuyo principal afán fue el de encarnecer y ofender al caído Imperio y a sus seguidores, así como agitar y promover a sus respectivos candidatos a la Presidencia de la República. De la misma forma que los poetas echan mano a su exaltada fantasía para bautizar sus obras, los periódicos mexicanos se desviven por darse los nombres más patrióticamente rebuscados y altisonantes, como es el caso de *La Sombra de Zaragoza* en memoria del famoso defensor de Puebla, o *La Bandera Imperial*, *El Rayo*, etcétera. Una característica peculiar de los diarios mexicanos es la de presentar su contenido en forma de verso, como en el caso de la gran cantidad de canciones patrióticas y de los divertidos epigramas contra el adversario político que incluyen; ello además de la muy socorrida poesía religiosa. Todo esto se inserta entre la demás información, lo que equivaldría a incluir en nuestro *Diario* o en *La Patria* junto a los artículos políticos de fondo, algún salmo o algo parecido. El mexicano mezcla más que nosotros lo religioso con los sucesos de la vida cotidiana y los sentimientos personales y la prensa es un claro reflejo de ello.

También hay una marcada inclinación a utilizar la sátira y la broma para atacar al adversario político; en la prensa diaria siempre aparecen numerosos comentarios que, en forma por demás graciosa, ponen en ridículo a los miembros de uno y otro partido. En Vera-Cruz se editaban revistas humorísticas como *Fray Gerundio*, *El Diablo Predicador* y otras; esta última fue especialmente crítica del Imperio, razón por la que fue cerrada. Hasta donde sé, actualmente no se publica ninguna revista; sin embargo, he sabido que en los años cuarenta un grupo de hombres cultos editó una muy bien ilustrada y elegante llamada *El Ateneo* que contenía valiosos artículos de historia y geografía, así como estadísticas. Como muchas otras cosas, tuvo que ser suspendida ante la imparable inestabilidad política.

Aunque esta breve reseña deja ver que la vida literaria de México está bastante atrasada en comparación de Europa, los pasos que en estos momentos se están dando son testimonios de que se cuenta con los elementos necesarios para que la literatura pueda llegar a florecer y que para ello es necesario, como en otros campos, el establecimiento del orden y la tranquilidad social.

Si bien esa es la situación que priva en el campo literario, no se puede decir lo mismo en cuanto a la poesía popular, pues ésta ha sabido expresar con gran riqueza lo auténticamente mexicano y los sentimientos y pensamientos más profundos del pueblo. Ello se aprecia en la cantidad de bellas canciones que el extranjero puede escuchar todos los días, independientemente de que se encuentre en las montañas, en la selva salvaje, en las inmensidades de las mesetas, o bajo la sombra de los plataneros en tierra caliente. En tanto que en el canto popular español el romance ocupa un sitio privilegiado, en particular en las hermosas canciones sobre la vida y la lucha en los tiempos de los moros, el del mexicano se expresa en forma lírica y aunque como en casi todo el mundo se centra en el tema del amor, aquí ello reviste una forma más épica. Ante todo los mexicanos son subjetivos y siempre expresan con gran pasión y ardor los sentimientos de placer y de dolor acompañados de hermosas melodías y de la suave armonía de la guitarra. Al juzgarse las composiciones mexicanas debe tenerse en cuenta que se trata de gente meridional, por lo que no debe extrañar que los hombres lloren al igual que los héroes homéricos, o que sus tonos sean bastantes liberales para nuestros cánones, pues ello es una forma natural de ser de los pueblos latinos. Así, por ejemplo, la pena de un enamorado se suele expresar de la siguiente forma:

*Esta calle está regada
Que parece que ha llovido:
Son lágrimas de un amante
que anda por allá perdido.*¹⁰⁹

A los nórdicos nos puede parecer como muy exagerado que alguien, a quien sin duda tomaríamos por un enamorado sumamente exaltado, se dirija a su amada con estas palabras para tratar de convencerla de sus sentimientos:

*Toma este puñalito
Y abre mi pecho,
Y verás tu retrato
Si está bien hecho.*

¹⁰⁹ En el texto original el autor incluyó estos versos en español y como pie de página acompañó la traducción al danés.

En forma delicada y bella, un hombre casado puede expresar sus sentimientos por otra mujer de la manera siguiente:

*En las concavidades
De un pecho herido
Un pájaro extranjero
Quiso hacer nido,
Pero no pudo
Porque estaba amarrado
Con cierto nudo.*

También de manera sumamente simple, pero no por ello menos emotiva, una mujer abandonada puede conversar así con la luna:

*Luna que alumbras la tierra
Con tu semblante amoroso,
Dime si es cierto ¿halla mi esposo
Abrazos de otra mujer?
Si preguntan si sabes
Quién me robó la ventura,
Responderás con ternura:
El amor de otra mujer.*

Algo muy especial en las canciones mexicanas es el llamado “descanto”, que es un alegre rápido con el que terminan las canciones románticas o pesadas. A pesar del brusco cambio, el contenido del descanto siempre sigue el mismo patrón de la canción, y lo único que se modifica es la melodía que pasa a una cadencia más rápida; de esta manera la pasión se expresa con mayor fuerza. Estas canciones no sólo reflejan sentimientos amorosos, pues también transmiten otro tipo de sentimientos, como es el caso de los siguientes pequeños versos que, con toda sencillez, denotan una profunda devoción cristiana:

*Sólo lloro el dolor de mi ofandad
Y el abandono de mis dulces padres,
La dura muerte se llevó a mi madre;
Hágase, Señor, tu santa voluntad.*

*Ten compasión ¡oh Dios! no me abandones,
Que soy hechura de tus bellas manos.
Sin parientes, sin amigos, sin hermanos
Tu bendición, Señor, me alcanzará.*

Es sumamente difícil reproducir con precisión los bellos ritmos del español que corren por los labios como el agua que brota de la fuente, por lo que sólo las declamaciones y las poesías puestas en labios españoles pueden expresar a plenitud su belleza. Quién no piensa de inmediato en la bella poesía de Christian Winther, por ejemplo, en *Ella es dulce, ella es tierna*, etcétera, cuando lee los siguientes versos:

*Ángel hermoso
Por quien suspiro
Por quien deliro
Con frenesí,
De mis ensueños
Por mi ventura
La imagen pura
Miro en ti.
Ven ángel mío,
Ven mi gacela,
Ven y consuela
Mi agitación,
Ven que tus ojos
De amor me embriagan
Y siempre halagan
Mi corazón.*

Un tipo particular de canciones populares son las llamadas canciones rancheras; las antes citadas se cantan principalmente en las ciudades y reflejan un mayor conocimiento de la poesía artística. Las rancheras, por el contrario, se originan en el campo y provienen, precisamente, de los rancheros, quienes las componen a base de estribillos y las acompañan con guitarra. Una de las más populares en este género es la siguiente:

*Toda la noche me tienes
Como pato en la laguna
Con el agua hasta las narices
Sin esperanza ninguna.
Ay chapulín, ay ¿qué haré yo?
Tú te me enojas pero yo no.*

También se componen de fragmentos, versitos o coplas más o menos relacionados entre sí y los siguientes merecen la pena citarse por su simpática sencillez:

*Estas son las mañanitas
Que cantaba el rey David,
Y si no estás enamorada
Enamórate de mí.
Asómate a tu ventana,
Me verás y te diré
Que me des un vaso de agua,
Que ya me muero de sed.
No tengo ni vaso ni copa
Ni en qué darle agua a usted.
Sólo tengo yo mi boquita
Y en esa se la daré.*

La melodía de la canción arriba citada se parece mucho a la de los bailes o de las canciones populares del sur de Alemania, como también la siguiente que se llama *El rancho*, el que con despecho canta a su amada:

*En una jaula de acero
Pendiente de un corazón
Un pajarillo jilguero
Lloraba su prisión.
A las puertas de la cárcel
No te vengas a parar:
Ya no me quitas penas
No me las vengas a dar.*

Con estos versillos o coplas también se acompañan los bailes, en especial el popular jarabe nacional. Éste es bailado por una pareja que se coloca frente a frente y que, sin tocarse, al ritmo de la música realiza infinidad de movimientos con las piernas y giros del cuerpo en forma semejante al czardas húngaro. Los mejores bailarines del jarabe son los costeños que descienden de la mezcla de antiguos esclavos negros e indígenas; en las noches de la costa siempre es posible encontrar a los morenos costeños bailando con pasión y energía bajo un techo de palmeras y hojas de plátano, alumbrado con la luz de los ocotes. Tan pronto se cansa una pareja, es reemplazada por otra que estaba haciendo turno y el resto de la concurrencia, compuesta por jóvenes y viejos, acompañan alegremente la danza con palmadas y tarareando los versos de las canciones.

Otro baile muy popular que se parece al jarabe, es el de *La paloma*, en el cual la bailarina simula ser una paloma perseguida por un palomo; reproduce con tanta exactitud los movimientos del ave, que hasta podríamos pensar que el cancán francés se ha inspirado en la paloma mexicana. Otro más, parecido al anterior, es el de *La petenera*, cuyos versos pueden dar idea del tipo de canción de que se trata:

*Pasé por un camposanto
Y vi una calavera
Con un cigarro en la boca
cantando la petenera.*

También existen bailes un tanto grotescos, que dan oportunidad para mostrar la agilidad y el talento mímico del bailarín, como es el caso de *El borracho*, *El cojo* y *Los enanos*; todos son muy bien representados y se actúan con enorme sentido del humor.

Finalmente sólo quiero mencionar la letra de una pequeña y bella canción del estado de Oajaca que, junto con otras muchas más que coleccioné, forman parte de los recuerdos más preciados que guardo de México:

*Cual hoja seca que arrebatava el viento
Y se la lleva fugaz a otras regiones,
Así camina perdido el pensamiento
De mis pasadas y divinas ilusiones
De amor.*

*Cual ave errante que cruzó los cielos
Ay, por perderse en medio de torrente,
Perdió sus alas con esfuerzo vano
Quedando siempre por los mares fatigado
De amor.*

Es prácticamente imposible poder reproducir la belleza original de estas canciones en una traducción. Para poder valorar el rico tesoro de sentimientos, humor e inocencia que contienen las canciones mexicanas, así como la pasión y vitalidad que encierra la poesía popular, es indispensable conocer la lengua.

LA CAÍDA DEL IMPERIO

Como último intento para encontrar una solución a la difícil situación en que se encontraba el Imperio, el emperador Maximiliano expidió un decreto desde Orizaba en 1866¹¹⁰ informando que, de acuerdo con la decisión del consejo de ministros, había decidido permanecer al frente del gobierno, pero que convocaría a una asamblea de notables que debería pronunciarse sobre el tipo de gobierno que más conviniera a la nación, y cuya decisión aceptaría. Más que una intención equilibrada y conciliadora del emperador, su decreto debería ser considerado como un plan efectivo para abrir nuevas oportunidades que permitieran encontrar una solución. Sin embargo, era obvio que bajo las condiciones que en esos momentos imperaban en el país, la realización del proyecto era más que imposible. Si a pesar de todo el emperador todavía hubiera abrigado alguna esperanza, los acontecimientos posteriores anularon cualquier posibilidad: ni se convocó la asamblea de notables, ni su manifiesto tuvo impacto alguno.

En lugar de dicha asamblea de notables se acabó celebrando una reunión en México con los más altos dignatarios del Imperio, incluyendo al mariscal Bazaine, para que cada uno se pronunciara abiertamente sobre la situación del país y se propusieran las medidas a tomar. Sólo Bazaine y unos cuantos más se

¹¹⁰Una vez que el consejo de ministros reunido en Orizaba el 25 de octubre de 1866 votó en contra de la abdicación, Maximiliano hizo una proclama que en su parte sustantiva decía lo siguiente: "Nuestros consejos de ministros y de Estado, convocados por nos, opinaron que el bien de México exige que todavía conservemos el poder. Hemos creído deber acceder a sus instancias anunciándoles a la vez nuestra intención de reunir un Congreso nacional sobre las bases más amplias y más liberales donde tengan acceso todos los partidos. Este Congreso determinará si debe subsistir el Imperio y en el caso afirmativo promulgará las leyes vitales para la consolidación de sus instituciones políticas." José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 193.

atreveron a dar una opinión sincera; el emperador debería abdicar y abandonar el país.¹¹¹ La mayoría, por el contrario, opinó que la lucha debería continuar con mayor energía, y para ello ofrecieron su apoyo para fortalecer al ejército imperial. Los generales Miramón y Márquez, reconocidos como los militares más capaces, de inmediato levantaron un numeroso contingente ordenando el reclutamiento forzoso por todas partes. Miramón fue nombrado mariscal y se dirigió hacia el interior del país para detener el avance republicano, logrando tomar mediante un ataque sorpresivo Zacatecas. El emperador regresó a la capital en diciembre decidido a defender su trono hasta el último momento; fue una clara señal de que ya era una lucha de vida o muerte, y un indicio de que pronto se escribiría una de las páginas más sangrientas de la historia de México.

Cuando Bazaine comprendió que sus esfuerzos para convencer al emperador de que partiera eran inútiles, asumió una actitud que sorprendería a cualquiera, y que sólo puede explicarse como un capricho personal. Hubiera sido inconcebible que Napoleón ordenara a su mariscal entrar en contacto con los republicanos, pues ello hubiera equivalido a pedirle que atentara contra un Imperio que él mismo había creado. La realidad fue que Bazaine abrió negociaciones¹¹² con el enemigo para asegurarse de que no atacaría a sus tropas durante la retirada, y por ello dejó que tomara las ciudades y poblados que los franceses iban desalojando. En consecuencia, de inmediato cayeron en manos de los juaristas Durango, Aguascalientes, San Luis Potosí, etcétera; en suma, todo el interior del país. Gran cantidad de viejos rifles, municiones y cañones que las tropas francesas no podían llevarse, fueron vendidos a precios de ganga a los

¹¹¹ El 14 de enero se reunió la asamblea en la ciudad de México; de sus 35 miembros sólo votaron por la abdicación siete: Bazaine, Robles, Pezuela, López-Portillo, Cortés Esparza, Pérez Cordero y Sarabia.

¹¹² Los franceses, ante el temor de que su partida provocara una anarquía generalizada y que los extranjeros fueran víctimas de ello, entraron en contacto, tanto con los liberales, como con los norteamericanos, para tratar de evitarlo. Uno de los objetivos del viaje a México del general Castelnau, como ya se señaló, fue la de tratar de buscar quién se pudiera hacer cargo del gobierno a la partida de sus tropas. El oficial francés Alberto Hans, años más tarde, escribió lo siguiente al respecto: "Por lo demás, el presidente Porfirio Díaz contará, sin réplica, algunos hechos todavía no dilucidados. Sabemos que, previendo una abdicación del emperador Maximiliano y conforme a las instrucciones confidenciales del gabinete de las Tullerías, el mariscal Bazaine le ofreció al general en jefe del Ejército de Oriente, colocarlo a la cabeza del Estado mexicano, y de ofrecerle suministrar apoyo indispensable si quería entenderse con Francia. Sabemos, por otra parte, que con el objeto de atraérselo, el monarca le propuso convertirlo en su principal lugarteniente. Estas ofertas tan seductoras en la forma, pero tan engañosas en el fondo, fueron rechazadas con dignidad. Alberto Hans, *La guerra de México según los mexicanos*, París, Berger-Levrault & Cia., 1899, p. 232, en apéndice de Martín Quiriarte, *op. cit.*

liberales a pesar de que el comando imperial ofreció comprarlas; la actitud de Bazaine fue tan disparatada, que incluso antes de salir de México ordenó destruir mucho equipo militar que no pertenecía a los franceses, ya que había sido comprado por cuenta del gobierno de Maximiliano. Lo desvergonzado de su proceder llegó al colmo cuando desde Vera-Cruz envió a Porfirio Díaz, quien se encontraba sitiando la ciudad de Puebla, un cargamento de ocho millones de balas; dicho cargamento realizó la travesía con un pase del gobierno imperial y fue transportado por mulas que pertenecían a éste. No es una excusa admisible el argumento de que tuvo que entrar en arreglos amistosos con los liberales para proteger a sus tropas, puesto que el ejército francés era lo suficientemente poderoso para resistir los ataques liberales, además de que éstos se encontraban ocupados combatiendo a las tropas imperiales.¹¹³

El mariscal Bazaine abandonó la capital en febrero de 1867, saliendo después en un gran convoy que, fuertemente protegido, transportó el equipo militar restante a Vera-Cruz. En Orizaba y en Córdoba los franceses vendieron sus caballos y mulas a precios de remate, y tan pronto dejaron esas dos ciudades, fueron ocupadas por los republicanos. Las últimas tropas francesas se embarcaron el 17 de marzo de 1867.

El ejército imperial había logrado reunir una fuerza de 20,000 hombres cuyo núcleo central estaba compuesto por alrededor de 4,000 europeos. Éstos eran soldados provenientes de los disueltos cuerpos de voluntarios austriaco y belga, y militares del ejército francés que ya habían cumplido su servicio obligatorio. El resto lo conformaba el elemento mexicano: unos eran fanáticos defensores del partido clerical, y otros –la mayoría– reclutas que se habían conseguido por aquí y por allí, o que habían sido forzados a enrolarse mediante la leva. El contingente, que estaba bien armado con rifles austriacos y fusiles ingleses “Enfield”, se dividió en tres cuerpos que quedaron bajo las órdenes de Miguel Miramón, quien anteriormente había sido Presidente y al que se le dio el mando supremo. El problema del dinero para pagar la tropa se solucionó recurriendo a los préstamos forzosos o ejerciendo la extorsión directa. La nueva fuerza que se había logrado reunir se veía favorecida por el hecho de que una

¹¹³ Se han dado diversas versiones para explicar el proceder de Bazaine. Los partidarios de Maximiliano consideraron que ello fue hecho por el odio que los franceses tenían hacia el emperador y los conservadores. Los franceses sostuvieron que lo hicieron porque el ejército imperial era incapaz de tomar las armas que dejaban antes que los liberales llegaran a las ciudades que desalojaban, y preferían destruirlas antes de que cayeran en manos republicanas. Los liberales sostuvieron que Bazaine se las ofreció en venta, pero como no aceptaron la oferta, aquéllos prefirieron destruirlas.

parte importante del centro del país, incluyendo las importantes ciudades de México, Puebla y Vera-Cruz, estaban bajo control del régimen imperial.

Las fuerzas republicanas que anteriormente se encontraban dispersas por todo el país, y que habían operado a través de pequeñas y grandes bandas sin una adecuada coordinación general, comenzaron a integrarse en un ejército único bajo un solo mando. Éste se compuso de tres grandes divisiones; la del Este (Ejército de Oriente) bajo las órdenes del general Porfirio Díaz que fue reforzado con la división del sur del estado de Guerrero al mando de Diego Álvarez; el del norte (Ejército del Norte) comandado por Mariano Escobedo, y el del oeste (Ejército de Occidente) encabezado por Antonio Corona. La mayoría de los soldados que conformaban esas divisiones eran voluntarios; gente de todas las clases y de todos los colores que decidieron por el momento poner a un lado sus eternas rencillas y unirse a los jefes locales para aniquilar a los odiados clericales y a los invasores. Al igual que en el caso del ejército imperial, se recurrió a la leva, de manera que los infelices indígenas fueron reclutados por uno y otro partido para que lucharan por sus respectivas causas, misma que en realidad ni entendían, ni seguían.

En tanto que al paso de los meses el contingente imperial se comenzó a debilitar por las desertiones y los combates, el liberal se incrementó constantemente con los nuevos llegados, muchos de los cuales eran desertores del bando contrario; esto siempre ocurre en cualquier parte del mundo, especialmente en México, cuando una de las partes empieza a levantarse merced a la ruina de la otra. Poco a poco fueron cayendo en poder de los republicanos desde los poblados más miserables, hasta las ciudades más importantes, y con ello los distritos mineros que les facilitaron los recursos para equipar y pagar al contingente en constante aumento. Las regiones más apartadas pronto quedaron bajo su control; después de que Porfirio Díaz tomó Oajaca, aniquiló lo que quedaba de las tropas imperiales en el sur, donde el coronel Toledo se había logrado mantener en Tehuantepec; casi al mismo tiempo cayeron Jalapa y Perote. En Sonora, Pesqueira derrotó al gobernador imperial, general Langberg, en el encuentro de Santa Rita, fusilándolo el 18 junto con los principales oficiales en Guaymas, incluyendo a los hermanos Almeida, los caciques ópatas Tanori y al yaqui Domingo. En el interior la situación también se tornó favorable para Juárez; Miramón fue derrotado en San Jacinto cerca de Zacatecas, y se reunió en Querétaro con Márquez, Mejía y Méndez. El emperador también llegó a esa ciudad en marzo después de haberse enfrentado en el camino con algunos grupos

liberales; en total se concentró una fuerza de alrededor de 15,000 hombres. Salvo Querétaro, México, Puebla y Vera-Cruz, el enemigo ya ocupaba el resto del país.

El ejército de Juárez no tardó de enfilarse hacia Querétaro, pero como Maximiliano disponía de suficientes fuerzas para mantenerlo a raya, al principio el enemigo se conformó con cercar la ciudad por no poder sitiarla. En vista de que en el valle de México sólo había bandas incapaces de atacar la capital, concentraron sus esfuerzos en Cuernavaca, en cuya toma murió el general Lamadrid.¹¹⁴

El Ejército de Oriente, que era el mejor equipado y el más temido, mantenía sitiada Puebla desde finales de febrero; los fuertes de Guadalupe y Loreto así como gran cantidad de conventos e iglesias, habían sido fortificados eficientemente, y estaba defendida por el viejo general Quijano que contaba con más de 3,000 hombres. Algunos de éstos eran europeos, pero la mayoría eran reclutas de la ciudad que formaron la guardia nacional. Quijano logró resistir valerosamente el ataque gracias a los magníficos trabajos de fortificación que habían hecho los austriacos, y a la gran cantidad de municiones que dejaron, puesto que durante más de dos años y medio esa ciudad había sido su cuartel general. Hacia finales de marzo, cuando la capacidad de resistencia de los sitiados comenzaba a debilitarse, Quijano recibió la noticia de que el intrépido Márquez¹¹⁵ había salido de Querétaro con 6,000 hombres y se disponía a auxiliarlo. Porfirio Díaz no quiso esperar la llegada de Márquez, y decidió tomar la ciudad sobornando a varios oficiales imperiales que resguardaban algunos de los baluartes. A las seis de la mañana del 2 de abril los republicanos lograron ingresar a la ciudad y se inició el asalto con una sangrienta batalla en diversas calles; la mayor parte de la guarnición pereció en la refriega, otros fueron hechos prisioneros, y

¹¹⁴ Cuando las tropas austriacas salieron de Cuernavaca, ésta fue tomada por los republicanos. Maximiliano, encontrándose en la hacienda de la Teja (entre Chapultepec y el actual Paseo de la Reforma) durante su regreso a la capital, fue informado de ello y de que habían saqueado su casa en esa ciudad. El coronel Lamadrid salió de inmediato hacia Cuernavaca y, si bien logró recuperar la ciudad, después de perseguir a los liberales cayó en una emboscada y murió.

¹¹⁵ Durante el sitio de Querétaro surgieron serias discrepancias entre Miramón y Márquez sobre la estrategia a seguir, pues en tanto el primero insistía en atacar a los sitiadores, el segundo sostuvo que debería esperarse hasta que iniciaran el asalto; Maximiliano confió más en Márquez y ello provocó el inmovilismo. Cuando la situación ya se hizo desesperada, Maximiliano ordenó a Miramón marchar a México para obtener dinero y refuerzos; Márquez se opuso y prefirió ir el mismo con el general Vidaurri que había desertado de las tropas de Juárez y 1,200 jinetes. Márquez desobedeció las órdenes y prefirió atacar a Porfirio Díaz en Puebla; al ser derrotado se refugió en la capital y los sitiados en Querétaro nunca recibieron ayuda.

algunos se lograron refugiar en los fuertes. Entre los detenidos se encontraron los generales Quijano, Trujeque y Mendoza, quienes con casi 100 oficiales de inmediato fueron fusilados; la sangre corrió por las calles de la ciudad como si hubiera sido agua de un gran chubasco. Los fuertes de Guadalupe y Loreto quedaron completamente incomunicados, y ante la falta de víveres y de agua, en la tarde de ese mismo día sus defensores se rindieron bajo la condición de que sus vidas serían respetadas. Una de las últimas y más importantes plazas del Imperio se había perdido.

Al recibir las noticias de la caída de Puebla, Márquez decidió detenerse cerca de la hacienda de San Lorenzo a cinco o seis leguas de distancia de la ciudad; el 4 de abril fue atacado por el gran ejército de Díaz que ya para entonces contaba con más de 12,000 hombres. Aunque la caballería austriaca se distinguió por su arrojo y logró salvar la vida de muchos soldados imperiales, al final de cuentas la superioridad numérica del enemigo se impuso, y Márquez se vio precisado a ordenar la retirada hacia México. El contingente austriaco resistió valerosamente durante los cuatro días del trayecto las constantes y despiadadas embestidas de Díaz, y ello le valió a su comandante, el conde y coronel Khevenhüller,¹¹⁶ ganarse la gloria inmortal. La derrotada columna de Márquez tuvo que deshacerse de la artillería pesada, y una vez que clavó los cañones en la tierra o los arrojó a los abismos, abandonó el sitio de batalla ya tan sólo con 3,000 hombres.

La guarnición de la capital de 2,000 soldados bajo el mando del general Talavera se incrementó con los restos de las tropas de Márquez y con el reclutamiento forzoso que éste ordenó a su llegada. También dispuso nuevas medidas para la defensa, como fue la inundación de algunas zonas en las afueras de la ciudad con las aguas del lago de Tezcoco para dificultar el desplazamiento de los republicanos. Aunque Márquez podía ser una persona sumamente cruel y de que muchas veces actuaba sin ninguna conmiseración, su destreza y audacia le permitieron allegarse la confianza y lealtad de sus subordinados, por lo que pronto estuvo preparado para librar la batalla definitiva. Estaba decidido a todo, pues sabía que a nadie odiaban tanto sus enemigos como a él, y que

¹¹⁶Carl Khevenhüller igualmente escribió sus memorias: *Mit Kaiser Max in Mexiko. Aus dem Tagebuch des Fürsten Carl Khevenhüller 1864-1867*, mismas que fueron publicadas en español por el Fondo de Cultura Económica en 1898. Khevenhüller responsabilizó a Márquez de la derrota, señalando que "se había ganado nuestro más profundo desprecio". Brigitte Haman, *op. cit.*, p. 204.

deseaban vengar sus acciones en la batalla de Tacubaya, donde fusiló a no menos de 200 oficiales liberales, incluyendo a 14 médicos.

El ejército de Porfirio Díaz se acercó a las puertas de la ciudad con un ejército notablemente incrementado, ello tanto porque se le había sumado la División del Sur comandada por Diego Álvarez,¹¹⁷ como porque la prensa liberal contribuía a que muchos se le unieran clamando que por fin sería atrapado el monstruo de Márquez, el “Tigre de Tacubaya”. A pesar de que los alimentos comenzaron a escasear puesto que la población de la capital era de alrededor de 200,000 personas, era posible mantener el sitio por un largo periodo, ya que a sus defensores se les habían sumado los extranjeros residentes en ella quienes formaron una guardia nacional, y principalmente porque se estaba decidido a defenderla con todo el coraje necesario. Fue, sin embargo, la caída de Querétaro y la muerte del emperador lo que obligó a la rendición.

Después de la partida de Márquez, las tropas imperiales en Querétaro disminuyeron a alrededor de 8,000 o 9,000 soldados, en tanto que Mariano Escobedo disponía de más de 32,000 hombres, de los cuales la mayoría estaba bien equipada con armamento norteamericano. A pesar de que día a día la situación se tornaba más adversa, los sitiados continuaron resistiendo heroicamente gracias a la presencia de ánimo del emperador, de sus generales y de los europeos que los acompañaban. Como todas las ciudades mexicanas, la de Querétaro se componía de manzanas cuadradas con casas de techos planos, disponía de sólidas iglesias y conventos, y estaba dominada por varias montañas, como los cerros de La Cruz y de las Campanas en los que se habían apostado los más importantes baluartes defensivos. El ejército imperial realizaba frecuentes salidas para hostilizar a los sitiadores, habiéndose distinguido entre ellas la del 27 de abril que logró hacer retroceder la línea enemiga e hizo perder a los liberales 28 cañones. Mostrando gran arrojo, Maximiliano se colocaba al frente de las líneas de avanzada,¹¹⁸ y su ejemplo servía para dar confianza a sus soldados.

¹¹⁷Diego Álvarez (1812-1899) hijo de don Juan Álvarez, inició la carrera militar en 1829 y junto con su padre luchó por el Plan de Ayutla, contra los conservadores en las guerras de Reforma y la intervención francesa. Llegó a ser gobernador del estado de Guerrero.

¹¹⁸En sus memorias, Blasio cuenta que innecesariamente Maximiliano se exponía al fuego enemigo, pues daba largos y arriesgados paseos “dictándome en circunstancias tan críticas, un nuevo ceremonial de la corte, cosa que a la verdad, me parecía perfectamente ridícula”. Llegó a ser recriminado por Miramón, quien “le hizo ver lo inútil de aquella temeridad, diciéndole cuán distinto sería morir así sin gloria alguna, si acaso la puntería de los cañones enemigos estuviera mejor dirigida, a morir combatiendo en una batalla”. José Luis Blasio. *op. cit.*, p. 227.

Como sucedió en Puebla, en un momento dado comenzaron a escasear las provisiones¹¹⁹ en Querétaro, y tanto para el emperador como para los demás, se fue haciendo obvio que, tarde o temprano, el sitio concluiría con la derrota puesto que era imposible recibir refuerzos, y los soldados y armamento del enemigo no dejaban de incrementarse. En un país que por tanto tiempo había vivido en la guerra civil, se sabía por experiencia que cuando no se puede esperar auxilio del exterior, la única posibilidad de sobrevivir es huyendo, así que de acuerdo con la máxima de que “Quien se encierra, se entierra”, los generales del emperador no tardaron en proponerle que abandonara la ciudad. En un consejo de guerra celebrado el 14 de mayo se decidió intentar la salida hacia Veracruz que aún estaba ocupada por las fuerzas imperiales. Siguiendo la misma estrategia que se había empleado en las exitosas salidas anteriores, se planeó cuidadosamente la definitiva, teniéndose la certeza de que ello se podría llevar a cabo con mínimos riesgos. Sin embargo, estaba visto que Maximiliano estaba condenado a tener que cumplir la promesa que había hecho cuando dijo que: “Estoy preparado para morir por mi corona.” Con trágica y lamentable exactitud se cumpliría la predicción hecha por el periódico francés *L'Estaffete*, el que de acuerdo con el buen conocimiento que tenía de la realidad mexicana, en el mes de marzo pronosticó que el emperador acabaría cayendo en la trampa que le tendería la traición.

Así ocurrió. Como es sabido, el coronel López no perdió la oportunidad de desempeñar el papel de traidor, lo que fue más abominable por el hecho de que el emperador lo había hecho su compadre,¹²⁰ y tanto a él como a su familia los había colmado de favores. El miedo a perder la vida cuando cayera la ciudad fue lo que motivó su infame conducta, pues por haber pertenecido anteriormente a las fuerzas liberales, el renegado seguramente temía ser fusilado; la alta recompensa de 2,000 onzas de oro que recibió naturalmente también fue

¹¹⁹ “...comenzaba ya a sentirse de una manera notable la escasez de víveres, especialmente de carne y de maíz, supliéndose la primera con la de caballo y mula. Un día que comíamos a la mesa del Emperador [escribió Blasio] llegó un asistente de Miramón trayéndonos un magnífico pastel, que comenzábamos a saborear, pues estaba delicioso, “cuando se presentó Miramón preguntándonos qué nos parecía el regalo. Contestamos todos que estaba exquisito, y repuso: «Pues siempre que ustedes quieran un manjar semejante, pueden decírmelo porque tengo en mi casa una buena provisión de gatos, para que no nos falten pasteles como el que están ustedes saboreando.» El Emperador, que ya sabía la clase de liebre que contenía el famoso pastel, no había probado más que la pasta y rió mucho de la ocurrencia de Miramón.” José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 228.

¹²⁰ La persona que lleva a bautizar a un niño, se convierte en compadre de sus padres, y en padrino de bautizo. Para los mexicanos la relación del compadrazgo incluso es más sagrada que la de la familia (nota del autor).

otro de sus motivos. Más tarde López trató de negar su traición con un escrito que publicó en Puebla, pero si la circunstancia de que fue el único oficial imperial liberado por los republicanos no hubiera sido suficiente prueba de su culpabilidad, varios de los más importantes generales y oficiales imperiales apresados publicaron en Morelia una respuesta a dicho escrito que confirmaba su traición. De acuerdo con el testimonio de más de 20 altos oficiales, en la madrugada del 15 de mayo López¹²¹ facilitó la entrada a un grupo de soldados liberales, lo que no despertó sospechas por haber ido acompañado de uno de los amigos de mayor confianza del emperador. El enemigo de inmediato se posesionó de los puntos más importantes del cerro de las Campanas, y sólo Méndez luchó desesperadamente hasta encontrar la muerte, pues sabía que en cualquier forma su final estaba cercano por haber fusilado a los generales Arteaga y Salazar cuando tomó Uruapan en julio de 1866. Una vez sometida la guarnición, quedaron en manos de los invasores todas las armas y las municiones, y éstas se enviaron con un numeroso contingente a Porfirio Díaz para acelerar la caída de la capital. Con la captura del emperador el fin del Imperio y del partido clerical fueron un hecho consumado, y aunque todavía resistían Vera-Cruz y México, su caída necesariamente sería una consecuencia natural de la tragedia de Querétaro.

En vista de que desde el primer momento Juárez dejó ver que estaba dispuesto a asegurar que no se volvería a intentar imponer en México otro trono imperial como el de Maximiliano, se temió por la vida de éste. La esperanza de que se llegaría a conformar con su abdicación y regreso a Europa, se desvaneció completamente cuando se informó que sería juzgado por una corte marcial. Ésta se integró con el teniente coronel Sánchez¹²² como presidente y cuatro

¹²¹ En principio se había planeado la fuga para las tres de la mañana del día 15, pero en la noche del día 14 se celebró en la habitación de Maximiliano un consejo de guerra que decidió posponerla para la noche del día siguiente. Sin embargo, alrededor de las cuatro de la madrugada del 15 penetró al convento de La Cruz, donde se encontraba Maximiliano y sus principales lugartenientes, un contingente republicano; en la confusión el emperador, el príncipe Salm-Salm, el general Castillo, el doctor Basch, Blasio, algunos oficiales y criados, lograron salir del convento y caminaron hacia el cerro de las Campanas. En el camino se les acercó a caballo López, quien indicó a Maximiliano que él lo conduciría a un escondite seguro; éste rehusó esconderse y prosiguió la caminata. López, en lugar de acompañarlos, regresó hacia donde estaban los republicanos. Al llegar al cerro fueron rodeados, y después de algunas negociaciones se rindieron; Maximiliano entregó su espada a Mariano Escobedo y retornaron al convento de La Cruz en calidad de prisioneros. Los republicanos les informaron que López había sido quien les facilitó la entrada. El sitio de la ciudad duró 72 días.

¹²² Teniente coronel de infantería Rafael Platón Sánchez

capitanes más, y comenzó a sesionar en el teatro de Querétaro.¹²³ Maximiliano permaneció prisionero en un convento¹²⁴ padeciendo incomodidades, carencias y la disentería que sufrió durante más de un mes; a pesar de todo, no dejó de mostrar en todo momento una gran entereza que merece la admiración de todos.

En tanto que la noticia sobre la detención del emperador provocó el desánimo total de los conservadores, para los liberales fue motivo de enorme júbilo, y no tardó en surgir un clamor generalizado por su fusilamiento. La prensa no hablaba más que de la necesidad de hacer justicia a la nación en la persona de Maximiliano, quien debería expiar todas las miserias que habían acarreado al país los cinco años de guerra. Juárez, por su parte, poco necesitaba escuchar el clamor de su partido para pronunciarse por la muerte de Maximiliano; era algo que él y sus ministros ya habían decidido de antemano. El único propósito del juicio era darle al fusilamiento un sello de legitimidad para no dar la impresión de que se estaba cometiendo una arbitrariedad. El fallo de la corte estaba decidido desde el momento en que fue creada.

El emperador fue defendido por dos abogados mexicanos, Riva Palacio y Martínez de la Torre,¹²⁵ quienes con gran habilidad y elocuencia refutaron las acusaciones del fiscal juarista. Las principales acusaciones fueron las de que con la ayuda de tropas extranjeras se había arrogado ilegítimamente el poder y de que su decreto del 3 de octubre de 1865 había costado la vida a miles de mexicanos; también se le achacaban todas las desgracias ocurridas durante la guerra de los últimos años. Naturalmente era una cuestión sobre la cual las dos

¹²³El teatro llevaba el nombre del primer emperador de México, que igualmente murió fusilado: Iturbide.

¹²⁴Primero en el de La Cruz y luego en el de las Capuchinas.

¹²⁵Mariano Riva Palacio (1803-1880) fue abogado y tuvo una destacada trayectoria en la administración pública; fue diputado, ministro de Hacienda y varias veces gobernador del Estado de México. Por ser republicano rechazó varios cargos que le ofreció Maximiliano, pero aceptó ser su defensor. Rafael Martínez de la Torre (1828-1876), distinguido abogado y funcionario público nacido en Teziutlán, Puebla, aceptó igualmente la defensa de Maximiliano sin cobrar honorarios; por su dedicado esfuerzo recibió como regalo una vajilla de plata del emperador Francisco José. Ambos solicitaron a Juárez el indulto, arguyendo entre otras consideraciones las implicaciones políticas que acarrearía el no hacerlo: "La vida de Maximiliano no sería motivo jamás de transtorno interior en el país, y puede elevar a México, moral y positivamente en el exterior. Su muerte entrañaría un grave germen de mal; porque para la discordia civil, es un punto de partida que comienza con sangre, y no se sabe su terminación; en cuanto al exterior, significa el aislamiento de Europa y un motivo de sentimiento para la nación vecina. ¡Sombrió cuadro de un futuro que no quisiéramos profetizar!" Juan de Dios Frías, *Reseña histórica de la formación y operaciones del Ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro, y noticias sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Imprenta Nabor Chávez, 1867, pp. 668-669.

partes sostenían puntos de vista totalmente contrarios y partían de bases opuestas, por lo que era imposible lograr un entendimiento; la amplia y estu-penda argumentación de la defensa que fue leída por un colega de los aboga-dos, don Eulalio González, no logró cambiar el parecer de la corte marcial.

Mientras el juicio tenía lugar, los partidarios del emperador, en especial el encargado de negocios de Austria, barón Lago, y el ministro prusiano, barón Magnus, trataron de obtener el indulto de Juárez. El Presidente, que había resi-dido en San Luis Potosí durante el sitio de Querétaro, se mostró totalmente inflexible a los ruegos y peticiones que recibió, manifestando que la única decisión debería ser la de la corte marcial, sobre la que él no podía influir. La actuación de muchos que abogaban por el emperador llegó a hacerse sospe-chosa, y por temerse que se intentara liberarlo, el general Escobedo expulsó a todos los extranjeros de la ciudad de Querétaro¹²⁶ el 15 de junio. Entre ellos se encontró la princesa Salm, cuyo marido, edecán del emperador, también se en-contraba preso.

El 17 de junio de 1867 se emitió el fallo final, y sólo estuvieron presentes en esa última sesión Miramón y Mejía, puesto que el emperador se negó a com-parecer ante una corte que no consideraba capacitada para juzgarlo. Maxi-miliano, por los cargos ya señalados, y Miramón y Mejía por haber traicionado a su patria apoyando a un déspota extranjero, serían fusilados. El fallo fue reconocido por Juárez,¹²⁷ y lo único que el desafortunado emperador, que en vano había solicitado sostener una entrevista con el Presidente, pudo obtener

¹²⁶ En realidad no se trató de una mera sospecha; se pidió al secretario del emperador, José Luis Blasio, entregar el oro que le había dado a guardar Maximiliano, a Agnes Leclerc, esposa del príncipe de Salm-Salm, la que en coordinación con el ministro de Prusia, barón Magnus, y el de Austria, barón Lago, sobornó a los guardias que custodiaban a Maximiliano para que lo dejaran escapar. El plan fue descubierto y se relevó a los guardias comprometidos; en represalia se ordenó a todos los extranjeros que habían llegado a la ciudad desalojarla de inmediato.

¹²⁷ El ilustre diplomático de Juárez en Washington, Matías Romero, resumió de la siguiente forma las razones para no acceder a perdonarle la vida a Maximiliano: "Temo que si [Juárez], le per-mite regresar a Europa impunemente, sea una constante amenaza para la paz de México. Seguirá llamándose para oprobio nuestro, Emperador de México. Todos los mexicanos descontentos e intri-gantes mantendrán una correspondencia activa con él, sobre su supuesta popularidad allí y podrán inducirlo a que regrese algún día, como hicieron con Iturbide... siempre que tengamos complica-ciones con cualquier nación europea, el primer paso que dé la parte interesada será intrigar con Maximiliano, amenazándonos con dar auxilio a nuestro legítimo soberano, para recobrar la autori-dad de las manos de los usurpadores, si no aceptamos las condiciones que quieren imponernos. Además, si se perdona a Maximiliano y se le permite regresar a su país, ninguno dirá en Europa que hacemos eso porque somos magnánimos, puesto que las naciones débiles no se cree que sean generosas; sino por lo contrario, se dirá que lo hicimos por temor a la opinión pública de Europa, y porque no nos atrevimos a tratar duramente a un príncipe europeo..." Martín Quirarte, *op. cit.*, p. 58.

fue que la ejecución se pospusiera 48 horas para, con la ayuda del barón Magnus, redactar su testamento y disponer su última voluntad. Aun cuando Norteamérica había solicitado enérgicamente se perdonara la vida a Maximiliano,¹²⁸ su petición pasó tan desapercibida como todas las demás. Sin embargo, quizás debe considerarse la solicitud de Washington, más como un mero gesto para guardar una cierta apariencia de decencia frente a las potencias europeas, que como un verdadero deseo de salvar la vida del emperador. Juárez se mostró firme sobre una decisión que se veía reforzada por el estado de ánimo imperante en el país; el 19 de junio a las siete de la mañana Maximiliano, Miramón y Mejía fueron conducidos al cerro de las Campanas y fusilados. La serenidad con la que los tres confrontaron la muerte fue solemne y conmovedora, pues hasta el último momento mostraron una gran tranquilidad. El emperador recibió seis balas, y como aún no había muerto, se le dieron tres tiros más para acabar de segar su vida.¹²⁹ De esta manera acabó el desafortunado soberano que apenas tres años atrás había subido al trono de México lleno de grandes esperanzas; en corto tiempo y de una manera cruel sucumbió víctima de la traición y de su propia dignidad. Aunque cometió muchos errores y tuvo muchas fallas, con su heroica muerte se ganó la admiración y el cariño de la posteridad.

Como era de esperarse, su violenta muerte provocó la indignación de Europa, pero no hay que olvidar que Juárez, y la gran mayoría del pueblo mexicano que estaba de su lado, vieron el problema desde un ángulo distinto al de Europa. Para ellos, Maximiliano no podía ser otra cosa más que un extranjero que con el apoyo de ejércitos, también extranjeros, impuso un régimen de violencia en el país, trató de exterminar al partido que no lo aceptaba y luchó contra un gobierno constituido. Desde su punto de vista, con la ejecución se limi-

¹²⁸ Dado que Estados Unidos mantenía buenas relaciones con el gobierno de Juárez, las monarquías europeas, principalmente la austriaca, solicitaron su intermediación para que se le perdonara la vida a Maximiliano, a lo cual el gobierno republicano no accedió. Sin embargo, algunos autores señalan que el secretario de Estado Seward no quiso hacer demasiada presión y por ello no ordenó a Campbell, a quien había nombrado su representante ante el gobierno el presidente Juárez, que se trasladara a México "...Campbell no fue a México y muchos estadistas y otros observadores europeos entendieron que su acción era una conspiración siniestra orquestada por Seward. Temían que Seward, que no deseaba ofender a las potencias europeas con su negativa a intervenir, y que no quería ofender a Juárez interviniendo en favor de Maximiliano, intencionalmente mantenía a Campbell en Nueva Orleans, de modo que llegara tarde a Juárez para salvar a Maximiliano." Jasper Ridley, *op. cit.*, p. 285.

¹²⁹ Esta versión no concuerda con otras, como la que el representante de Prusia, barón Magnus, rindió a Bismark por haber presenciado el fusilamiento: le informó que Maximiliano recibió seis balas, de las cuales tres fueron fatales, por lo que murió instantáneamente. Jasper Ridley, *op. cit.*, p. 289.

taba a ejercer el derecho de represalia, pues no había la menor duda de que si Juárez, o cualquiera de los líderes republicanos, hubieran caído en manos de los imperiales, también habrían sido fusilados. Pocos de los generales aprehendidos fueron fusilados; la pena capital contra Severo Castillo fue más bien una excepción. Muchos fueron desterrados y otros encarcelados, entre estos últimos varios extranjeros.

El cadáver del emperador fue embalsamado en Querétaro por cuenta de la República, y luego trasladado a México; después de muchas difíciles negociaciones, finalmente fue entregado al almirante Tegetthoff enviado a México por la familia imperial austriaca. Fue llevado a Trieste en la fragata "Novara"¹³⁰ en enero de 1868, y en Viena se celebraron solemnemente los funerales en la capilla de la familia imperial.¹³¹

En tanto que el drama de Querétaro tenía lugar, México continuaba resistiendo el sitio de Porfirio Díaz, cuyas tropas, como mencionamos, fueron reforzadas con las de Escobedo. Con gran arrojo las fuerzas imperiales lograron realizar varias salidas, especialmente el 9 de junio. Pero cuando se conoció la suerte que había corrido el emperador, el contingente extranjero ya no vio ninguna razón por la cual continuar resistiendo, pues además el hambre ya imperaba en la ciudad y la gente se estaba alimentando con caballos y perros. La rendición tuvo lugar el 21 de junio; Márquez trasladó el mando al general Tavera¹³² y se escondió, y éste negoció la capitulación con Porfirio Díaz, quien sólo aceptó respetar la vida y la propiedad de los vecinos pacíficos. A pesar de que no se dio ninguna garantía para los miembros del ejército imperial, se confió en que después del fusilamiento de Maximiliano, Juárez se mostraría más magnánimo, lo que así ocurrió. Todo aquel que había desempeñado algún cargo militar o civil en el régimen imperial fue invitado a comparecer ante las autoridades republicanas; los funcionarios y oficiales recibieron penas de cárcel, y sólo algunos fueron condenados a muerte como O'Horan y

¹³⁰En la misma fragata había llegado al país tres años antes.

¹³¹Se encuentra en la capilla de las Capuchinas junto con los demás miembros de la familia imperial.

¹³²Al decidirse la rendición, el "Tigre de Tacubaya" transfirió el mando, tomó dinero de la tesorería, y junto con el general O'Horan se ocultó en un molino fuera de la ciudad. O'Horan no quiso dejar el lugar y Márquez se marchó; tres horas más tarde llegaron los republicanos, lo arrestaron y lo fusilaron. Márquez se ocultó dos días más en la fosa de un cementerio, y luego huyó a Cuba. Después de 28 años regresó a México siendo presidente Porfirio Díaz sin que se le molestara. Murió en 1905. Respecto a su traición, Maximiliano habría dicho: "¿Ya ven ustedes la traición de López? Pues no me causa tanto dolor como la de Márquez." Jose Luis Blasio, *op. cit.*, p. 282.

Santiago Vidaurri.¹³⁴ El más importante de ellos, Márquez, logró escapar, y con su huida aún permanece viva una tibia esperanza en el partido clerical, que de otra forma hubiera sido totalmente aniquilado.

Los funcionarios imperiales fueron sustituidos por todas partes con republicanos, y Juárez anuló todas las disposiciones y leyes del Imperio para volver a establecer el orden que imperaba en el país antes de la Intervención francesa. Ya sólo un pequeño destacamento bajo el mando del general imperial Rafael Olvera continuaba vagando por la Sierra Madre, y cuando fue sometido, la única plaza en rebeldía era la de Vera-Cruz, misma que contaba con 1,500 hombres; la mayoría eran mexicanos que procedían de Yucatán, y unos cuantos eran europeos.

La ciudad, cuyo mando militar estaba a cargo del general Taboada, y el civil del comisario imperial Bureau, recibía suministros de Campeche y Cuba, y de esta isla arribaron 500 españoles con una buena carga de pólvora para apoyar la resistencia. Ello, obviamente, provocó el malestar del gobierno liberal con España. Los generales republicanos Alejandro Gracia y Benavides sólo habían logrado hacer modestos avances contra los sitiados porque carecían de suficientes cañones, y el clima causaba grandes estragos a sus tropas. Cuando se recibió la noticia de la muerte del emperador, también se decidió dar por terminada la resistencia; los funcionarios, los oficiales y los extranjeros, temiendo la venganza republicana, prefirieron embarcarse, y los cónsules de diversos países que asumieron provisionalmente el mando, rindieron la ciudad a los generales de Juárez el 29 de junio. Con Vera-Cruz cayó el último baluarte del Imperio, y México fue nuevamente una República en la que prevalecería el Partido Liberal, ya que el clerical difícilmente podría algún día volverse a levantar. Santa Anna, sin embargo, intentó ponerse a la cabeza de lo que quedaba de los conservadores pronunciándose como nuevo dictador del país, pero fue detenido en Yucatán y llevado preso a San Juan de Uloa donde fue juzgado por una corte marcial. Fue muy extraño que sólo se le condenara a ocho años de destierro;¹³⁵ fue embarcado en el vapor inglés "Eider" que lo llevó a La Habana.

¹³⁴ Santiago Vidaurri (1808-1867) originario de Nuevo León, respaldó el Plan de Ayutla y se proclamó gobernador de su estado. Durante las guerras de Reforma fue uno de los paladines de la Constitución de 1857 y combatió denodadamente a los conservadores. Sin embargo, al proclamarse el reaccionario Plan de Tacubaya, protegió al presidente Comonfort que se había adherido a éste y con ello rompió con Juárez; en 1864 tomó partido por el Imperio. Fue apresado a la caída de la ciudad de México y fusilado por orden de Porfirio Díaz el 8 de julio de 1867.

¹³⁵ Este ligero castigo sin duda se debió a un soborno dado por Santa Anna; los integrantes de la corte marcial fueron condenados por Juárez a seis meses de prisión en Uloa, sin que nadie pudiera conocer el texto de la disposición con el que se les sancionó para conocer las causas del castigo (nota del autor).

La presidencia de Juárez había terminado en diciembre de 1865, pero en vista de las circunstancias extraordinarias por las que atravesaba el país, continuó desempeñando el cargo; en las elecciones celebradas en 1867 fue reelegido por un nuevo periodo de cuatro años, el que sería el tercer mandato de su vida. No hay duda que sobre las ruinas del caído Imperio se ha sabido ganar un lugar permanente en el corazón del pueblo mexicano.¹³⁶

¹³⁶El presidente Juárez fue reelecto y tomó posesión de la presidencia el 25 de diciembre de 1867. A pesar de la derrota de los invasores y de los conservadores, pronto tuvo que hacer frente a nuevos alzamientos en México y en Yucatán. En 1871 fue nuevamente reelegido, y Porfirio Díaz se rebeló mediante el Plan de la Noria, pero el 18 de julio de 1872 el Presidente falleció en el Palacio Nacional y asumió la presidencia Lerdo de Tejada. En 1876 Díaz lanzó el Plan de Tuxtepec desconociendo a Lerdo e iniciándose una nueva lucha. Díaz finalmente tomó posesión de la presidencia el 5 de mayo de 1877. El 18 de septiembre de 1910, durante las fiestas del centenario, el presidente Díaz inauguró en la Alameda Central el "Hemiciclo a Juárez" que lleva la inscripción "Al Benemérito Benito Juárez. La Patria".

VIAJE AL OCÉANO PACÍFICO

Poco después de ser liberado del cautiverio en Tlaxiaco y de haber regresado a Oajaca, emprendí un largo viaje por el suroeste del estado para visitar la costa del océano Pacífico. Vestido como mexicano con un gran sombrero y bien armado, dejé Oajaca a mediados de mayo, y después de pasar algunos días en Teposcula, llegué por el camino que ya he mencionado a Tamazulapan; en ésta permanecí casi un mes en la casa de mi amigo el cura don Gabriel Pimentel.

Si bien se puede viajar cómoda y rápidamente a caballo, el gran problema de los caminos de México es el de que cuando se les recorre no únicamente se debe temer a Dios, sino principalmente a los asaltantes y ladrones; máxime cuando se viaja solo y en una época de agitación política. Era indispensable allegarse constantemente información para no correr el riesgo de caer en las manos de una banda de bandidos o de pronunciados. Al enterarme de que en la frontera con el estado de Guerrero había serios disturbios, decidí viajar primero a Orizaba para arreglar algunos asuntos con unos oficiales de nuestro cuerpo de voluntarios, mismos que no habían podido llegar a Vera-Cruz por estar sitiada por los liberales; en esos momentos era imposible regresar a Europa.

Hacia un par de meses Orizaba que había sido tomada por los republicanos, y la ciudad ya no me gustó tanto como antes, puesto que estaba en plena agitación electoral y con cualquier pretexto se hacía escarnio del caído Imperio; después de permanecer en ella un par de días, preferí regresar a Tamazulapan. Salí el 27 de julio acompañado de un mozo mexicano que me servía de guía, y nos dirigimos hacia el occidente por las montañas que corren a lo largo del valle del río Santiago, hasta llegar a la importante población de Tezoatlán situada a

unas cuantas leguas de Huajuapán; por ser sus habitantes partidarios del Imperio, me brindaron una cordial recepción. Los acontecimientos de Querétaro, la muerte del emperador y el triunfo de la República habían afectado profundamente a la población, misma que por no estar dispuesta a resignarse a la nueva situación, ya estaba conspirando para tratar de revivir al extinto Imperio; varios oficiales que habían escapado del baño de sangre de Puebla tramaban un pronunciamiento encabezado por don Teodoro Cervantes. No tardaron en invitarme a adherirme a su causa, pero la realidad era que después de la muerte del emperador y de la disolución de mi cuerpo, el movimiento político que se estaba gestando ya tenía para mí un interés secundario. Además, si bien era cierto que mis principales relaciones y amistades eran con miembros del Partido Conservador, mis simpatías estaban del lado de los triunfantes liberales. Ante esa disyuntiva preferí continuar viajando, a tener que vagar nuevamente por las montañas como pronunciado y vivir como un ladrón.

A finales de julio dejé Tezoatlán y recorrí un maravilloso paisaje de montañas para llegar a San Francisco Postlahuaca, que es un pueblo indígena situado en un hermoso y romántico valle; para llegar a él hay que cruzar un inmenso río que nace en las montañas cerca de Tlaxiaco. Estaba sumamente crecido por las copiosas lluvias de los días pasados, y sus aguas corrían con tanta impetuosidad que tuve miedo que mi caballo y mi persona fueran arrastrados por la violenta corriente. Los caballos mexicanos son sumamente confiables y por lo general es muy fácil hacer que atraviesen los ríos, pero cuando el agua les llega hasta el vientre se corre el peligro de que la corriente los levante y arrastre. Mi mozo se desnudó, y caminando lentamente por el río con el agua hasta el cuello, diestramente logró conducir al noble animal hasta la otra orilla; lo hizo con la prudencia y la destreza que sólo los indígenas pueden tener. Cuando realizábamos la difícil travesía llegó un grupo de hombres y mujeres que, para hacer lo propio, se desnudaron por completo y con gran tranquilidad cruzaron el río llevando su ropa en un gran bulto sobre la cabeza. Al llegar a la otra orilla se secaron, se vistieron y continuaron su camino; difícilmente la gente de Dinamarca podría cruzar un río semejante con la misma naturalidad.

Después de San Francisco pasamos por una sierra muy alta cubierta de bosques, de cuyas inclinadas cuestas caían enormes cascadas que ofrecían un panorama verdaderamente encantador. Pasamos por Tlacotepec que tiene una bella parroquia y que es atravesado por el río Chayuco, que es un afluente del que acabábamos de cruzar. Como es la costumbre en estas tierras, el párroco me

recibió con gran cortesía cuando le pedí posada, y pasé una agradable noche en su compañía platicando sobre la situación de la región y los diversos lugares que me proponía visitar. Tlacotepec pertenece administrativamente a Oajaca, pero eclesiásticamente es una dependencia del obispado de Puebla, y de ello me percaté tan pronto como entré en contacto con mi gentil anfitrión; era un típico sacerdote poblano, puesto que no había ninguna señora en la casa, ni sobrinos o sobrinas. Los curas poblanos son mucho más estrictos en materia de celibato que sus más alegres colegas de Oajaca.

Aproximadamente a tres leguas de Tlacotepec se encuentra, sobre el lado derecho del río Chayuco, la acogedora población de Juxtlahuaca, donde gracias a la recomendación que llevé de un amigo de Tamazulapan, fui recibido en la casa de un rico comerciante llamado José María Pérez. La población es básicamente de criollos y de algunos cuantos mestizos, es sumamente religiosa y exclusivamente se dedica al comercio, pues consideran que no es digno de su nivel ocuparse, como lo hacen sus vecinos indígenas de Tecomaxtlahuaca, de las tareas del campo. No sin razón la gente de Juxtlahuaca se considera a sí misma como "sumamente decente", pues en pocos pueblos he encontrado habitantes tan educados, cultos y bien vestidos; la belleza física de los dos sexos es verdaderamente notable. En los pueblos vecinos sólo viven indígenas, por lo que la pequeña Juxtlahuaca que sólo cuenta con 400 personas, puede equipararse a una Grecia en miniatura rodeada de pueblos bárbaros. Son exageradamente trabajadoras, van y vienen constantemente por todas partes en sus magníficos caballos, visitan asiduamente los mercados y las fiestas de los pueblos vecinos, y celebran corridas de toros y fandangos; prefieren estar en constante movimiento que dedicarse al cultivo de la tierra o a la explotación de las minas. La importante actividad comercial que desarrollan suministrando de todo lo necesario a las demás poblaciones de la comarca, les permite disfrutar de buenos ingresos y de tiempo suficiente para gozar la vida.

El fresco aire de las montañas y el clima templado contribuyen a que las mujeres tengan una apariencia sumamente atractiva y fresca, y puedo afirmar que en pocos sitios del país he visto criollas más bonitas y alegres como las de aquí. En particular había una encantadora dama llamada Zenaida que era popular por su belleza; aun el más exigente europeo no hubiera dudado en dejar a todas las bellezas nórdicas de ojos azules por esa chica tan hermosa. El fuego de sus negros ojos, no sólo era capaz de incendiar los corazones de los juxtlahuaqueños, sino también el de los extranjeros. El gran entretenimiento del

lugar era pasear por las calles del pueblo durante las noches y llevar serenatas a las ventanas de las bellas mozas; después de que se era admitido con la casa de alguna de ellas, no se tardaba en organizar una fiesta con baile.

Los buenos vecinos de Juxtlahuaca, sin embargo, no habían podido mantener su placentera y alegre existencia alejada de la guerra civil, y como consecuencia de ella muchos tuvieron que abandonar sus casas y refugiarse en las montañas. Una vez que el Imperio se derrumbó, el gobierno liberal se propuso castigar al pueblo por haber mostrado abiertamente su afición a Maximiliano; Juxtlahuaca dejó de ser cabecera del distrito, y la sede de la prefectura se trasladó a otro profundamente republicano llamado Silacayopam. Con ello se ofendió enormemente a los juxtlahuaqueños, quienes naturalmente acabaron odiando más que nunca todo lo que fuera liberal.

A los pocos días de mi llegada casi toda la población se dirigió a la feria de Las Nieves, la que se celebraba en un pueblo indígena conocido en la región por su mercado anual. Decidí acompañar a un grupo de jóvenes de la localidad para disfrutar del tradicional evento. En la cumbre de una alta montaña se halla el santuario de Las Nieves, que es la iglesia donde se encuentra la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Las Nieves. La plaza está situada frente a la iglesia, y para la ocasión los comerciantes de la comarca habían instalado puestos para exponer y vender sus variadas mercancías, y numerosos visitantes llegaban de todas partes para rendir homenaje a la milagrosa virgen. Durante tres días se congregaron infinidad de indígenas de diversas tribus, quienes sólo se diferenciaban entre sí por el color de las cintas que llevaban atadas a los sombreros. Entre éstos circulaban con gran dignidad las bellas criollas, en tanto que los comerciantes las adulaban galantemente para animarlas a adquirir sus productos. Había muchas fondas, o restaurantes ambulantes, y los curas acompañaban el regocijo popular celebrando la misa; fuera de la iglesia se vendían amuletos consagrados, los que los visitantes compraban para llevar como recuerdo a la familia o a los amigos. Dentro de la iglesia los fieles se amontonaban, se arrodillaban y ofrecían a la virgen velas encendidas para que aliviara sus enfermedades y sufrimientos. Por supuesto no faltaban los juegos de azar, pues hasta en la sala de reuniones del ayuntamiento se instaló una especie de banco para atender las necesidades de la concurrencia. Varios trovadores indígenas entonaban con la guitarra sus monótonas canciones en un dialecto mixteco que difícilmente yo podía comprender. La vida y la alegría se veía por todas partes, y no era raro que algún personaje de la raza marrón, que se había exce-

dido en la bebida, comenzara a perturbar el orden. El alcalde y algunos soldados se movilizaban con agilidad entre la multitud para apaciguarlos, y los acababan invitando a ocupar temporalmente la cárcel pública en tanto regresaban a sus cinco sentidos. Las noches se pasaban en los puestos y en las fondas, y muchos se dormían en éstas hasta la llegada del alba que, con un grandioso esplendor, hacía que mágicamente apareciera en el fondo del cielo infinito la majestuosidad del Popocatepetl. El 6 de agosto dejamos Las Nieves y regresamos a Juxtlahuaca después de haber pasado tres divertidos días de feria.

Al otro lado del río se encontraba, al pie de una alta montaña, un pequeño y bello lago llamado El Sacrificio, mismo que siempre conserva un bello color azul y que está rodeado por altos cipreses. Es un lugar temido por los indígenas, ya que antiguamente se celebraban sacrificios lanzando víctimas al lago desde lo alto de la montaña. Por ser sus aguas muy frías y azufrosas, se tiene la creencia de que si uno se mete en ellas, las fuerzas invisibles que lo habitan lo jalarán hacia el fondo; muchos se quedaron sorprendidos cuando lo crucé sin que ninguna fuerza oculta me lo impidiera.

Dejé la hospitalaria Juxtlahuaca y me enfilé por el sur del valle hasta llegar al caudaloso río Copalteco, cuyo nombre se deriva del pequeño pueblo indígena de Copala situada en el fondo del valle. Está habitado por gente semisalvaje temida por su valentía e insociabilidad; hasta hace poco era peligroso acercarse al poblado, pues los brutos copaltecos eran muy dados a usar el machete para robar y matar al primer transeúnte que encontraban. Viven del cultivo de plátano, que además de ser su principal alimento es la mercancía más importante que venden en los mercados de la localidad. Son de complexión robusta y andan casi desnudos puesto que en esta región se inicia la llamada tierra caliente. El camino después de Copala es bastante rústico y está cubierto de espesa vegetación, y conduce a una llanura donde se localizan los pueblos de Santa María, El Rosario y Putla. Este último es de cabañas y sólo tiene unas dos o tres casas de piedra, entre ellas la del cura. Todo el pueblo está rodeado de bosques, y en éstos se han abierto claros para cultivar tabaco y maíz. La población se compone de mestizos e indígenas de origen mixteco, y se dedica a la agricultura y a la ganadería, aunque debe decirse que no se esfuerzan demasiado, ya que en tierra caliente nadie se rompe la cabeza trabajando.

De Putla se pasa por el rancho La Laguna y se cruza el río Copalteco hasta llegar a la hacienda de Atoyauillo donde el Copalteco se une al río Cuchara, mismo que después se junta con uno más grande llamado Verde. Posteriormente

se llega al poblado de Los Melones que es un típico pueblo costeño formado de cabañas con techos de hojas de plátano y palmera. El camino continúa por la frontera del estado de Guerrero, y siguiendo la dirección del río de Las Desgracias se llega a Zacatepec, que es un pueblo de indígenas mixtecos; de allí se pasa a Amusgos donde se cultiva el algodón. El pueblo más importante antes de llegar a Jamiltepec, que es la capital de distrito, es el de Pinotepa del Estado que produce el algodón con el que en Puebla se fabrica la manta; la tela usada por los indios y las clases bajas.

Jamiltepec está situada a 20 leguas de Putla y es una ciudad de considerable dimensión, aunque sus casas son principalmente cabañas. La mayoría de sus pobladores son zambos que descienden de la mezcla de indio y negro, y se distinguen por su extraordinaria pereza, pues ellos mismos dicen que: “La noche es para dormir, y el día para descansar.” Generalmente se les encuentra tumbados en las hamacas bajo la sombra de los platanos y de las palmeras fumando un puro para quitarse los mosquitos de encima; en tanto descansan, sus mujeres preparan la comida... que el tabaco y el algodón crezcan por su cuenta, ese es un asunto de Dios.

En estas zonas es muy común una rara enfermedad llamada mal del pinto; padecimiento cutáneo que provoca manchas en la piel de color blanco, verde y hasta violeta, las que son francamente asquerosas. Ataca principalmente a los indígenas y a los zambos, por lo que casi todo el pueblo está infectado. O es hereditaria, o los niños son atacados a muy temprana edad, pues casi todos la tienen; los indígenas usan como medicina el Zarzapille, aunque de cualquier manera no logran eliminarla. A las personas que padecen el mal se les llama “pintos”, y éstos son rechazados por considerarse que la enfermedad es contagiosa; los viajeros prefieren pasar la noche al aire libre antes que compartir la cabaña de un pinto. Después de un par de días en Jamiltepec, realicé una excursión por la llanura cubierta de selva virgen que en mucho se parece a la zona del golfo de México. Los pocos ranchos existentes están dispersos, y a lo largo de enormes extensiones no hay más señal de vida que las de las grandes manadas de ganado semisalvaje.

Tras de una larga caminata a caballo durante una soleada mañana, finalmente encontré delante de mí al inmenso océano Pacífico. En esos momentos realmente hacía honor a su nombre, pues no había la más mínima brisa y el único ruido que se escuchaba era el silencioso arrastrarse de las olas sobre la playa; el ardiente sol parecía haber adormecido hasta el mar con sus potentes

rayos, lo mismo que a mi guía; un zambo de Jamiltepec que no tardó en buscar una sombra para tomar la siesta. La espesura de la vegetación llega hasta el borde de la playa, la que forma una estrecha y larga franja de arena y piedras que se pierde en la distancia. Después de recoger unas cuantas conchas para conservar un recuerdo de mi visita a este lugar, por la tarde regresé a Jamiltepec.

El clima de la costa es agotador para el europeo, por lo que decidí no prolongar mi estancia más de lo necesario; partí hacia Juxtlahuaca en donde nuevamente pasé unas semanas agradables en grata compañía. Me marché hacia Oajaca por el camino de Mixtepec, pueblo situado al este de Juxtlahuaca, y de ahí crucé montañas y desiertos hasta llegar a Tepozcula, donde al fin pude recuperar las energías perdidas. Finalmente llegué a la siempre bella Oajaca en los últimos días de septiembre después de un viaje de cuatro meses y medio.

EL REGRESO

Cuando retorné a Oajaca, la caída del Imperio ya se había consumado.¹³⁷ El emperador y sus principales generales habían sido fusilados, México y Veracruz habían sido tomados, y el gobierno de Juárez se encontraba más fuerte que nunca.

Terminada la guerra, lo que más acaparaba la atención de la población eran las elecciones presidenciales que se celebrarían en el mes de octubre; las opiniones estaban muy divididas entre los que favorecían a Juárez y los que respaldaban a Díaz, pues merced a sus victorias sobre las fuerzas imperiales, había adquirido gran popularidad; el triunfo republicano en mucho se atribuía a ello. Mientras permanecía en Oajaca reflexionando seriamente sobre la posibilidad

¹³⁷ El segundo Imperio mexicano fue una creación del segundo Imperio francés, y tanto uno como otro, acabaron derrumbándose estrepitosamente. En tanto Napoleón III llevaba a cabo sus múltiples proyectos geoestratégicos en Italia, México, Asia y África, la Prusia de Bismark incrementaba su fuerza, y como lo demostraron las guerras franco-prusiana de 1864 y la prusiano-austriaca de 1866 (en la que Napoleón no sólo no intervino, ni trató de impedir, sino que se felicitó por el triunfo de Bismark), la unificación de Alemania y el choque con Francia eran ya inevitables. Por un pretexto intrascendente, Napoleón declaró la guerra a Prusia en 1870, y el supuestamente mejor ejército del mundo que invadió México, fue derrotado penosamente. Encontrándose enfermo, Napoleón transfirió el mando militar al mariscal Bazaine, quien capituló y el emperador fue apresado en Sedán en septiembre de 1870. Un golpe de Estado en París liquidó al Imperio y, al igual que en México, se restauró la República; mediante la paz de Frankfurt, Francia tuvo que pagar a Prusia una indemnización de 5 Mrd oro y cederle Alsacia y parte de Lorena. Napoleón murió exiliado en Inglaterra, y María Eugenia de Montijo le sobrevivió 47 años, falleciendo en 1920. Esta derrota y sus consecuencias estaría en la raíz de los problemas que llevaron a las dos guerras mundiales del siglo xx. Bazaine capituló en Metz al frente de 173,000 hombres, por lo que fue condenado a muerte por un consejo de guerra. Se le conmutó la pena por la prisión perpetua, pero con la ayuda de su esposa mexicana logró escapar; vivió en Madrid hasta su muerte en septiembre de 1888. Su viuda, Josefa Peña, regresó a México y murió en la miseria en una casa de salud de Tlalpan.

de quedarme a vivir para siempre aquí, el viejo Santa Anna realizó la incursión ya mencionada en Yucatán con un grupo de aventureros norteamericanos, y ello provocó que Juárez expidiera un decreto ordenando la expulsión de todos los oficiales y soldados extranjeros del ex ejército imperial, pues temía que pudieran unirse a Santa Anna. En consecuencia tuve que marcharme lo más rápidamente posible a Vera-Cruz para embarcarme a Europa. El 18 de octubre, aniversario de la batalla de La Carbonera, salí de Oajaca acompañado de un oficial francés apellidado Thiele que había servido en el ejército republicano como secretario de Porfirio Díaz, y que anteriormente había llevado una vida aventurera en California y en el norte de México, donde incluso participó en el famoso ataque en Sonora del conde Raousset-Boulbon en 1843.¹³⁸ Partimos por Cuicatlán y Teotitlán y al cuarto día llegamos a Tehuacán de las Granadas, desde donde continué el viaje a Orizaba solo; el resto del trayecto lo realicé en compañía de dos yanquis¹³⁹ que trabajaban como ingenieros en el ferrocarril de Vera-Cruz, ciudad a la que llegué el 26 de octubre.

En Vera-Cruz me encontré con gran cantidad de amigos del cuerpo de voluntarios que habían estado tanto en el sitio de Querétaro con Maximiliano, como en el de México con Márquez, y que como yo regresaban a Europa. El cónsul de Austria en el puerto había sido encargado por su gobierno de ocuparse de nuestra repatriación, por lo que había celebrado un contrato con una línea de vapores franceses. En vista de que teníamos que esperar alrededor de tres semanas porque el vapor sólo hacía la travesía una vez al mes, nos juntamos, poco a poco, más de 100 suboficiales y soldados, además de cinco oficiales. El tiempo de espera lo pasamos agradablemente en esta ciudad-puerto tan llena de vida; principalmente realizábamos excursiones en el mar en pequeñas lanchas.

¹³⁸Como se indicó en una nota anterior, la escasez de plata en Francia centró la atención en la tradicional riqueza aurífera de México. El conde Gastón de Raousset-Boulbon, contando con el apoyo de prominentes personalidades, entre ellas el propio Napoleón y el banquero Juan Bautista Jecker, en 1854 trató de apoderarse de las minas de plata de Sonora atacando en julio de ese año con 400 milicianos la guarnición de Guaymas; fue aprehendido y fusilado el 12 de agosto. En 1856 Henrie de la Madeleine publicó en París una exitosa novela inspirada en el aventurero conde, con la que no sólo lo glorificó como “un patriota víctima del gobierno mexicano”, sino que incentivó la codicia sobre la plata mexicana. Cfr. Jean Meyer *et al.*, *Historie de la France Coloniale*, París, Armand Colin, 1991. tomo 1, p. 131. El banquero Jecker, si bien logró reconstruir su fortuna gracias a la Intervención francesa y vivir cómodamente, durante los disturbios de la comuna que siguieron a la capitulación de París a los prusianos, los comuneros fusilaron a un grupo de ricos tomados como rehenes al azar; entre los que se encontró Jecker.

¹³⁹Es interesante notar el término despectivo que generalmente usa para referirse a los norteamericanos, a pesar de que en este caso fueron sus compañeros de viaje. Esta actitud prevaleció entre muchos europeos que resintieron el respaldo que Washington dio a Juárez.

A una legua al sur de Vera-Cruz, cerca de la isla de Sacrificios, pudimos observar la llegada de la fragata austriaca "Novara" que debería recoger el cadáver del emperador para transportarlo a Trieste. Igualmente en la rada estaban anclados algunos barcos de guerra mexicanos.

En tanto aguardábamos, también llegó al puerto el príncipe de Salm, antiguo edecán del emperador, para ser encarcelado en el fuerte de San Juan de Uloa. Gracias a la mediación del ministro de Prusia, barón Magnus, pocos días después fue liberado y también se dispuso a regresar a Europa. El 13 de noviembre finalmente arribó el gran vapor "Panamá", y el día 15 nos embarcamos despidiéndonos de la tierra mexicana que durante dos años y medio había sido testigo de nuestras luchas, victorias, derrotas y desgracias, y donde los restos de tantos de nuestros amigos permanecerían lejos de la patria para siempre. Vimos desaparecer lentamente las costas mexicanas coronadas por el majestuoso Pico de Orizaba, cuya nevada cima resplandecía bajo la brillante luz del día y parecía darnos el último adiós. La neblina comenzó a cubrirlo todo y de nuestros ojos desapareció la última vista de México cuando nos hundimos en la azul inmensidad del mar.

Después de tres días de navegar, el 18 de noviembre llegamos por la tarde a La Habana, fecha que coincidió con la terrible destrucción que causó en Saint Thomas¹⁴⁰ un huracán y un terremoto, los que afortunadamente no afectaron a Cuba. El magnífico puerto de La Habana ya ha sido descrito en páginas anteriores, por lo que me limitaré a señalar que en esta hermosa ciudad tuvimos la oportunidad de presenciar un magnífico desfile con motivo del cumpleaños de la reina Isabel. Los marciales soldados españoles lucían como verdaderos guerreros, y el desfile fue realizado con gran orden y una increíble precisión. En Cuba encontramos a varios de nuestros queridos compañeros que originalmente habían llegado a México con el emperador en la fragata "Novara", y muchos de ellos, así como varios con los que yo había viajado, decidieron iniciar una nueva aventura; unos se marcharían a Brasil, y otros hacia la guerra que se había desatado en Paraguay.

Como era tradicional, el cólera y la fiebre amarilla estaban asolando a La Habana, y nos vimos obligados a regresar a bordo del Panamá para no morir como muchos de los habitantes del puerto. Dos días y medio después llegamos

¹⁴⁰ Saint Thomas fue una de las Islas Vírgenes que perteneció a Dinamarca hasta que se las vendió a Estados Unidos en 1917, y a las cuales Eggers, aún sin saberlo cuando escribió estas memorias, iría a vivir pocos años después de que terminó su viaje a México.

a la Martinica, pero como veníamos de Cuba tuvimos que parecer en cuarentena en el puerto cercano a Fort France. Durante varios días nos limitamos a tratar únicamente con los negros del lugar que en sus canoas se acercaban a nuestro barco para vendernos frutas y tabaco, los que subíamos en cestas amarradas a unas improvisadas cuerdas, y en las que también hacíamos bajar el dinero para pagarles. El 28 de noviembre zarpamos y el 14 de diciembre, después de un feliz y tranquilo viaje, llegamos al puerto de San Nazaire en la desembocadura del río Loire; del mismo que habíamos partido al lejano México hacía casi tres años. Con júbilo contemplamos nuevamente a este pequeño pueblo bañado por las sucias y amarillas aguas del Loire, cuya iglesia y gente de inmediato me hizo recordar Dinamarca. Desgraciadamente no tuvimos la dicha de poder pisar tierra de inmediato, pues la bandera amarilla nuevamente fue izada en el mástil principal; los pasajeros civiles tuvieron que guardar la cuarentena en el barco, en tanto que los militares fuimos trasladados a la vieja fragata "Prudence", que anclada desde hacía tiempo en el río, ya sólo servía para hospedar a quienes deberían permanecer en cuarentena.

En ésa pasamos ocho largos y aburridos días, siendo nuestra única diversión la lectura de los periódicos que a diario nos llevaba una pequeña lancha, mismos que hacíamos subir a la embarcación con el método que utilizamos en la Martinica para las frutas. En la "Prudence" nos encontrábamos alrededor de 80 aventureros de pantalones rojos que animadamente nos consolábamos del tedio haciendo grandes planes para el futuro. Aunque en realidad no hacía frío, el clima nos resultaba bastante desagradable pues ya nos habíamos acostumbrado a la temperatura de los trópicos y olvidado la severidad del invierno europeo; ello además de que seguíamos vistiendo las ligeras ropas mexicanas.

Finalmente pudimos desembarcar a los ocho días, y de inmediato tomamos el tren a Nantes, donde adquirimos ropa adecuada para Europa. Continuamos juntos el viaje hasta París, y de ahí me separé de mis queridos amigos que regresaban a Viena. Decidí permanecer todavía algunos días en París antes de retornar a mi querida Dinamarca, a la que apreciaba más que nunca después de tan larga ausencia.

BIBLIOGRAFÍA

- BAZANT, Jan, *Historia de la deuda exterior de México; 1823-1946*, México, Colegio de México, 1995.
- BELENKI, A., *La intervención francesa en México 1861-1867*, México, Ediciones Quinto Sol, s/f.
- BERENGER, Jean, *El imperio de los Habsburgo 1273-1918*, Barcelona, Crítica, 1992.
- BIERMAN, John, *Napoleón III y su alegre imperio*, Buenos Aires, Vergara Editores, S.A., 1990.
- BLASIO, José Luis, *Maximiliano íntimo; el emperador Maximiliano y su corte*, Memorias de su secretario, México, UNAM, 1996.
- CASTELOT, André, *Maximilien et Charlotte du Mexique; la tragedie de l'ambition*, París, Librairie Academique Perrin, 1977.
- DE DIOS FRÍAS, Juan, *Reseña histórica de la formación y operaciones del ejército del norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro, y noticias sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Imprenta Nabor Chávez, 1867.
- DE GRECE, Michel, *L'imperatrice des Adieux*, Francia, Libreria Plon, 1998.
- GALEANA, Patricia, *México y el mundo; historia de sus relaciones exteriores*, México, Senado de la República, 1990, tomo III.
- GARFIAS M., Luis, *La intervención francesa en México*, México, Panorama Editorial, S.A., 1992.
- HAMANN, Brigitte, *Con Maximiliano en México; del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

- HANS, Alberto, *La guerra de México según los mexicanos*, París, Berger-Levrault, 1899, Incluido como apéndice en Martín Quiariarte, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*.
- KERCKVOORDE, Mia, *Charlotte; première princesse de Belgique, dernière impératrice du Mexique*, Bruselas, Editions Duculot, 1981.
- LECAILLON, Jean-Francois, *Napoleón III et le Mexique*, París, Editions L'Harmattan, 1994.
- LUCA DE TENA, Torcuato, *Ciudad de México en tiempos de Maximiliano*, Barcelona, Editorial Planeta, 1989.
- MUSEO NACIONAL DE ARTE, *Testimonios Artísticos de un Episodio Fugaz (1864-1871)*, México, Imprenta Madero, 1995.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor, *Juárez el impasible*, México, Espasa-Calpe Mexicana, S.A., 1993.
- PRUNEDA, Pedro, *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867*, (Facsimil de la edición española de 1867), México, FCE/FMA/UNAM/ICH, 1996.
- QUIARTE, Martín, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993.
- RAMOS, Luis (coordinador), *Del Archivo Secreto Vaticano; la Iglesia y el Estado mexicano en el siglo XIX*, México, SRE/UNAM, 1997.
- RIDLEY, Jasper, *Maximiliano y Juárez*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, S.A., 1994.
- SALOMON, Noël, *Juárez en la conciencia francesa 1861-1867*, México, Colección del Archivo Diplomático Mexicano, SRE, 1975.
- SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES, *Versión francesa de México; informes económicos 1851-1867*, México, Colección del Archivo Histórico, 1974.
- , *México y la Gran Bretaña durante la intervención y el Segundo Imperio mexicano 1862-1867*, México, Colección del Archivo Histórico Diplomático, 1974.
- SÉGUIN, Philippe, *Louis Napoleón le Grande*, París, Bernard Grasset, 1990.
- VALADÉS, José C., *Maximiliano y Carlota en México; historia del segundo imperio*, México, Editorial Diana, 1993.
- WECKMAN, Luis, *Las relaciones franco-mexicanas 1839-1867*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962.

ÍNDICE

Presentación	
<i>Walter Astié-Burgos</i>	5
Ærindringer Fra Mexico Af Henrik Baron Eggers	
Cuerpo de voluntarios.....	25
Viaje por mar	35
Vera-Cruz	41
Marchando hacia Oajaca	47
Oajaca.....	59
Transporte de prisioneros a Puebla	71
Puebla.....	83
La situación del imperio en 1865	91
En tierra caliente	101
Expedición en la selva virgen	117
Los ladrones en México	123
Tercera estancia en Oajaca	135
El sitio de Oajaca.....	145
En cautiverio republicano.....	153
La situación del imperio en 1866	165
La sociedad mexicana.....	173

Los indígenas mexicanos.....	191
El clero en México	203
Literatura y poesía popular mexicana	211
La caída del imperio	223
Viaje al océano Pacífico	239
El regreso.....	247
Bibliografía	251

Memorias de México
se terminó de imprimir en la ciudad de México
durante el mes de febrero del año 2005.

La edición, en papel de 75 gramos,
consta de 2,000 ejemplares más
sobrantes para reposición y
estuvo al cuidado de la
oficina litotipográfica
de la casa editora.



ISBN 970-701-577-2
MAP: 132352-01

“Los conquistadores no sólo subyugaron a los naturales de América mediante la violencia externa, sino que también, al encadenar su espíritu por medio de la religión, hicieron que desapareciera de él cualquier idea de libertad...” Contundentes son las palabras de nuestro viajero danés, el barón Eggers, quien llegó a México alistado como voluntario del cuerpo austriaco que acompañó al ejército invasor de Napoleón III, en una época en que el país ofrecía un escenario de feroces luchas políticas entre liberales republicanos y conservadores, ansiosos por abrazar la monarquía con el arribo de Maximiliano de Habsburgo. La crónica se desarrolla en una época de transición en la que el país, tras haber sido imperio, federación y república centralista, buscaba concentrarse en lo que habría de ser su estatuto definitivo. No obstante los múltiples intereses políticos a que estaba obligado como miembro del ejército, el barón logró conservar su ímpetu por relatar objetivamente la vida en México desde todos sus ángulos, con una rica narrativa que desmantela muchos de los prejuicios sobre el México de aquel entonces.



Memorias de México



9 789707 015777

Miguel Ángel
Porrúa



CONOCER
PARA DECIDIR
EN APOYO A LA
INVESTIGACIÓN